

*Amor y muerte en Nueva York*

La ~  
**SEÑORA** de  
**LA MAFIA** 

Juan Martorell

# 1

Nueva York, 1986

Laura Di Mato sonrió a su imagen reflejada en el espejo. Fue una sonrisa cómplice, propia de quienes, a fuerza de conocerse, se entienden sin hablarse. Había en ella mucho de esperanza y también algo de incertidumbre.

—Dios dirá —murmuró para sí mientras hacía un ademán para alejar sus pensamientos.

Se centró en lo que veía en el espejo e hizo un gesto de asentimiento. Tenía ya treinta y seis años y empezaba a notar la aparición de signos que hablaban del paso del tiempo. Eran apenas perceptibles, nada que un sabio maquillaje no pudiera disimular, pero ella sabía que estaban ahí. A cambio, sus facciones poseían un atractivo que sólo la madurez era capaz de otorgar.

Su pelo era negro y brillante, recuerdo de sus antepasados italianos, mientras que sus ojos, herencia en cambio de su madre irlandesa, eran de un verde intenso. Tenía la piel fina, como lo eran también sus rasgos; y sus pómulos, altos, daban firmeza a su expresión.

Laura se quedó un momento contemplando la imagen, aunque sus pensamientos comenzaron a vagar... Recuerdos inconexos pasaron por su mente: de momentos que habría querido olvidar y que se mezclaban con otros que desearía guardar para siempre; de instantes de decepción... y también de aquellos en que había alcanzado sus objetivos a base de fe y de tesón.

Una fe y un tesón —Laura lo sabía— alimentados casi en exclusiva, desde hacía dieciocho años, por un profundo deseo de venganza. Él le había dado la fuerza necesaria para sobrevivir, primero, y para después seguir día tras día tejiendo la trama que hoy, finalmente, iba a llegar a su desenlace final.

Se levantó del asiento frente al tocador y paseó la mirada por la

habitación. El lujo no era algo que ella necesitara —de hecho recordaba con nostalgia su pequeño cuarto de Brooklyn—, pero comprendía que el mundo en que ahora se movía exigía que se rodeara de unos signos externos que afianzaran el estatus al que había llegado.

Sonrió de nuevo para sí misma. Laura Di Mato: capo de una de las principales «familias» de Nueva York y, por tanto, del mundo entero. La primera mujer que había sido aceptada en la más machista de las organizaciones como uno de sus todopoderosos jefes. De ella y de sus decisiones dependían la vida y el destino de miles de personas y el manejo de cientos de millones de dólares. Y hoy Laura iba a hacer uso de ese poder para poner el punto final a algo que comenzó muchos años antes. «Han pasado tantas cosas —se dijo mientras se pasaba la mano por la frente, como queriendo olvidar— y todo sigue pareciéndome tan cercano... Dieciocho años —pensó—, dieciocho años desde aquel día...».

Se dirigió hacia una vitrina situada en uno de los ángulos de la habitación. Era pequeña, con puertas de cristal y tres baldas en su interior. La había comprado años atrás en una subasta en Londres y era una verdadera joya. Francesa, del siglo XVIII, había sido diseñada por un orfebre italiano para un archiduque galo. Era exquisita, pero a Laura lo que de verdad le emocionaba era su contenido. Objetos que le recordaban momentos especialmente significativos de su vida y que eran como marcas puntuales que señalaban sus logros en la carrera que se había impuesto. Objetos que le producían una especial ternura o que, por el contrario, le traían imágenes que preferiría no recordar. Pero todos eran necesarios, porque se había impuesto a sí misma no olvidar lo que había sido su vida desde aquel aciago día, que seguía muy vivo en su memoria, y el porqué de todo ello.

Trató de imaginar lo que podría haber sido de ella si entonces no... Pero no pudo; en eso se reconocía a sí misma fatalista. Aquellos hechos sucedieron y no habrían podido ser de otra manera.

Abrió las pequeñas puertas y paseó su mirada una vez más por los objetos allí encerrados. Como siempre, le produjo una emoción casi mística. No cesaba de sorprenderse de que, al mirarlos, esa sensación se repitiera una y otra vez.

«Quizá —pensó— mañana sea diferente; lo que todos ellos significan, el

único objetivo que los reúne, va a tener su culminación esta noche».

La idea la turbó. ¿A partir del día siguiente su vida no tendría ya sentido? ¿No sería su obsesión la que le daba fuerza y, una vez desaparecida, se sentiría vacía y sin objetivos?

Con un movimiento de cabeza desechó la idea. No, en todo caso se apagaría una llama en su interior, pero otras quedarían en pie. Y la extinción de esa llama, que ciertamente había sido en gran parte su motor, tal vez le diera una tranquilidad de espíritu de la que hasta entonces había carecido.

Su mano se tendió hacia una pequeña pulsera. Sus dedos la acariciaron de forma casi sensual. Era su objeto más querido, el primero de su extraña colección. Su adquisición le había servido para tener fe en sus propias posibilidades y había supuesto un punto de partida desde el que dejar atrás la desesperación en que había estado sumida.

Era una pulsera barata y —pensó con una sonrisa— fea. Tan sólo un aro plano de metal dorado con tres piedras de bisutería. Pero su importancia para Laura no era material. Se quitó de la muñeca izquierda una deslumbrante riviére de brillantes de Cartier y la sustituyó por la pulsera. Esa noche no llevaría más joyas. Pensó que era algo que le debía a la pulsera y a lo que representaba: el recuerdo de una etapa ya lejana, de una etapa muy dura pero que marcó como ninguna otra su vida y su personalidad.

Miró la hora en un reloj de sobremesa —aquella noche tampoco llevaría reloj— y vio que faltaba menos de una hora para que empezaran a llegar los invitados.

Se dirigió hacia la cama y descolgó un teléfono que había sobre la mesilla. Marcó una extensión y rápidamente obtuvo respuesta.

—Elsa, ya falta poco. Me gustaría que vinieses un momento.

Laura colgó, se dirigió al cuarto de vestir y observó con expresión crítica la imagen reflejada en el espejo. Se vio a sí misma con un elegante traje de noche negro y la pulsera en su muñeca. El traje era un modelo exclusivo, de cuello cerrado y mangas hasta la mitad del antebrazo. El peinado y el maquillaje eran discretos, pero realzaban con perfección cada uno de sus rasgos sobresalientes. El inaccesible dueño de la peluquería se había ocupado aquella tarde personalmente de ella y sonrió al pensar en la exorbitante factura que le llegaría y que ella había firmado sin mirar.



Una discreta llamada en la puerta dio paso a Elsa. Laura la contempló durante unos instantes con ternura. Elsa era grande y sin el menor atractivo. Tenía ya más de cincuenta años y ni el dinero que invertía en modistos ni los esfuerzos de los especialistas en belleza conseguían hacer que pareciese mínimamente elegante. Pero para Laura aquello no era importante. Al mirarla sólo veía a la persona que había permanecido con ella desde el principio — bueno, casi desde el principio— y que hoy se disponía a estar a su lado en lo que habría de ser el final. Para Elsa no era una cuestión personal, pero la había hecho suya desde que decidió unir su destino al de Laura.

—¿Estás nerviosa? —preguntó la mujer tras contemplar a Laura y hacer un gesto de aprobación.

—No. Y pensé que iba a estarlo. Ansiosa sí, un poco. Pero no nerviosa. ¿Está todo en orden?

—Absolutamente. Hace poco he comprobado cada cosa otra vez. Hasta el último detalle.

—Gracias. Te confesaré que yo también lo he hecho. Aunque estoy convencida de que todo va a funcionar según lo previsto. Lo sé con certeza y no me preguntes por qué. Quizá porque creo en la justicia del destino y pienso que no me puede jugar una mala pasada en los metros finales. Te veré abajo cuando vayan llegando los invitados.

La mujer mayor miró con ternura a la más joven.

—Aún recuerdo el día en que te vi por primera vez. Parecías tan... desamparada. Suerte, Laura. Dame un beso.

Las dos se abrazaron y, por un momento, penosos recuerdos pasaron por la mente de Laura al sentir la proximidad de su amiga.

Se apartó, reprochándose a sí misma la sensación que había sentido y se quedó contemplándola.

—Gracias, Elsa. Gracias de verdad por todo. Mañana empieza para nosotras una nueva etapa.

—Así será, querida. Nadie lo desea tanto como yo.

Laura vio que la mirada de Elsa descendía hasta la pulsera que acababa de ponerse y sintió como un destello de orgullo cruzaba por sus ojos.

—Veo que te la has puesto...

Laura sonrió.

—Esta pulsera fue hace muchos años el símbolo de mi nueva vida... y de nuestra amistad, Elsa. Hoy le toca estar también presente. Además me da seguridad.

La mujer mayor sonrió con ternura y tras un leve movimiento de cabeza salió de la habitación.

Ella se sentó de nuevo frente al espejo, aunque esta vez no reparó en lo que veía. Los recuerdos de dieciocho años atrás, de una Laura joven y despreocupada, comenzaron a desfilar por su mente...

## 2

Brooklin, 1968

Nicholas Di Mato era un hombre alegre. Pensaba que la vida se portaba bien con él y decía que era porque él se portaba bien con la vida. «Si trabajas y eres honrado —solía comentar—, nunca tendrás problema». Y esa seguridad en sí mismo y esa alegría de vivir lograba transmitir las a cuantos le rodeaban.

Hijo de un emigrante italiano, Massimo Di Mato, Nicholas hablaba con orgullo de los logros de su padre. Llegado a Estados Unidos en 1920, Massimo era uno más entre los miles de emigrantes que veían en América la panacea que podía sacarlos de la extrema pobreza en que vivían. Miembro de ese anónimo ejército de luchadores capaces de dejar atrás una patria, una familia y un idioma, Massimo desembarcó en Nueva York con la esperanza de labrarse un porvenir y la inconsciencia de sus veinte años. «Si llego a saber lo que me esperaba —dijo en más de una ocasión—, me habría quedado en Italia». Aunque después recapacitaba y acababa reconociendo que «la verdad es que ahora no estoy tan mal. Tengo familia, un hogar y me gano la vida. Y sobre todo confío en que mi hijo tenga mejores oportunidades».

Pero Massimo nunca fue un hombre feliz. Como la inmensa mayoría de los inmigrantes fue a caer en manos de un sistema que no veía en ellos más que mano de obra barata. Incluso la colonia italiana ya asentada los despreciaba o, en el mejor de los casos, los ignoraba. Era una lucha feroz por la supervivencia.

Massimo trabajó de estibador en los muelles, de albañil cuando surgía un trabajo, lavó coches, hizo de repartidor... pero lo único que conseguía era ir malviviendo.

En 1923 tuvo su único momento de verdadera fortuna. En un baile

conoció a Ana Buratti, calabresa como él e hija de una pareja acomodada. Los Buratti habían emigrado cinco años antes, pero lo habían hecho con el dinero obtenido por la venta de sus tierras en Italia. No era mucho, pero les permitió instalar una pequeña tienda de frutas y verduras —«Es de lo que entiendo, ¿no?»», solía comentar Angelo Buratti—, con la que vivían con cierto desahogo.

Angelo era un hombre de buen corazón y de los pocos que ayudaban, dentro de lo que podía, a sus compatriotas en apuros. Enmascaraba su natural bondad diciendo que lo hacía pensando en su propio negocio. *È certo che un italiano riconoscente non dimentica mai*, [*Es cierto que un italiano agradecido no olvida jamás.*] y lo cierto es que tenía razón, como el tiempo demostró. Jamás tuvo un problema de seguridad en su tienda y sus relaciones con proveedores y mayoristas iban sobre ruedas cuando había un italiano «agradecido» en la línea de distribución, lo que sucedía con abrumadora frecuencia.

Massimo y Ana se casaron seis meses después de haberse conocido y «papá» Buratti se volcó con ellos. «No sólo eres italiano —le dijo a Massimo—. Serás además el padre de mis nietos».

Propuso a Massimo instalar una sucursal de su tienda y que Ana y él la llevaran. «Te aseguro que ser verdulero no es tan malo. Y si no te gusta, piensa en que serás frutero, que suena mejor», le decía riéndose.

Adquirieron una tienda en traspaso, relativamente cerca de la «central», como la llamaba Angelo, y se dedicaron en cuerpo y alma a sacarla adelante. Era pequeña —había sido un antiguo garaje—, pero Massimo era feliz al pensar que por fin tenía algo suyo... aunque fuera a medias.

En 1924 nació Nicholas. Lo llamaron así en recuerdo del padre de Massimo, Nicolo, aunque el matrimonio decidió americanizar el nombre, y en 1926 lo hizo una niña a la que pusieron Rose.

Fue la época más feliz en la vida de la pareja. La tienda les permitía vivir sin apreturas y, aunque a Massimo le costó empezar a entender de frutas y verduras, «papá» Buratti siempre estaba allí para echar una mano.

La relativa felicidad duró, sin embargo, sólo ocho años. En 1931 Rose murió de meningitis —tenía sólo cinco años— y con ella se fue también una parte de su madre, Ana. La niña se apagó poco a poco, como una llama



vacilante, y Ana jamás se recuperó del trauma. Ni los cuidados de Massimo ni el cariño y protección de sus padres consiguieron evitar que cayera en una especie de trance que la hacía alejarse un poco más cada día que pasaba.

Sólo el pequeño Nicholas —todos lo llamaban Nick— parecía poder impedir que su madre emprendiera definitivamente un camino sin retorno. Era un chico sano, travieso y cariñoso, y su alegría de vivir contrastaba con el ambiente que se vivía en su casa. Tenía entonces siete años.

Fue una época dura. La tienda seguía rindiendo sus frutos, pero no era el dinero el problema que corroía a la familia. Massimo confiaba en que el paso del tiempo curaría la herida abierta en el corazón de su esposa, mas no era así. Ana tenía momentos en que parecía recuperar su anterior alegría, pero el hombre pronto comprendió que eran sólo fuegos de artificio, debidos a los esfuerzos de la mujer para no envolver a la familia en su propio estado de ánimo.

En 1947 Ana dijo su definitivo adiós. Tenía cuarenta y cinco años y hacía sólo tres meses que su hijo Nick se había casado. Parecía que hubiera esperado a que él ya no la necesitara para completar el viaje que había iniciado dieciséis años antes: el que la llevaría a reunirse con su hija Rose.

Massimo quedó completamente anonadado. También una parte de su ya quebrantado ánimo se fue para no volver. A sus cuarenta y siete años parecía un viejo y confesaba que ya no encontraba motivación alguna en seguir viviendo. Nick trataba de animarlo por todos los medios, pero era una empresa inútil.

Ahora era él quien se ocupaba de las dos tiendas. Angelo Buratti tenía setenta y un años y poco a poco había ido delegando en Massimo, primero, y en Nick después.

El propio Massimo también había insistido en que Nick se hiciera cargo de la dirección. «Tú eres el nieto de Angelo —le dijo— y sé que él lo prefiere así. Además yo ya no tengo el empuje necesario. Prefiero seguir echando una mano en la tienda pequeña. Allí me encuentro, además, cerca de tu madre».

La esposa de Nick era una irlandesa de pura cepa, aunque nacida en Nueva York. Hija de inmigrantes, era guapa, alta y con unos maravillosos ojos verdes. Su nombre era Sharon O'Malley y Nick se enamoró de ella nada más conocerla. El noviazgo fue rápido, como lo fue también la realización del

deseo expresado por Angelo Buratti de llegar a conocer a sus bisnietos: en 1948 venía al mundo John y dos años después lo hacía Laura.

La llegada de sus nietos pareció devolver parte de su energía a Massimo, que desde su nacimiento sintió una especial predilección por Laura. Sin duda veía en ella a las dos mujeres que la vida le había arrebatado.

La infancia de la segunda generación americana de los Di Mato fue bastante más feliz que la de sus antepasados. Sin problemas económicos y asentados socialmente, crecieron como cualquier niño americano, aunque influidos por la peculiaridad de hacerlo dentro del pequeño mundo que la colonia italiana había creado en Brooklyn. En 1955 Nick y Sharon tuvieron un tercer hijo, Stephan. Así como John y Laura no podían negar su ascendencia italiana —con la excepción de los ojos verdes de Laura—, Stephan era un niño de piel clara y pelo casi rubio. Parecía que con cada nuevo hijo los genes irlandeses de Sharon fueran imponiéndose sobre los latinos de su marido.

En 1958 murió Angelo Buratti y su entierro fue una multitudinaria expresión de pésame. Realmente se confirmó su máxima de que un italiano agradecido nunca olvida. Incluso don Simone Patrese, uno de los principales capos, acudió al entierro. Aquello no gustó nada a Massimo, que adujo que los presentes podrían pensar que existía alguna relación entre Angelo y la mafia.

—No te preocupes, papá —le dijo Nick con cariño—. Nadie puede pensar nada malo de Angelo. Todos lo conocían muy bien.

Menos aún le gustó a Massimo el que, al finalizar el entierro, don Simone se acercara a Nick y le dijera mientras estrechaba su mano:

—Tú eres ahora el heredero de Angelo. Él me hizo una vez un favor que nunca olvidaré y que jamás me cobró. Si en alguna ocasión necesitas algo, acude a mí.

—Olvídate de lo que te ha dicho, hijo —diría más tarde Massimo—. Nunca te relaciones con la *Cosa Nostra*. Aunque pudieran hacerte un favor, luego se lo cobrarían.

Ahora, diez años después, Nick recordaba aquellas palabras. Su padre había

muerto hacía cuatro, en el 64, y durante esa década nadie había vuelto a hablar del asunto. Tampoco en ningún momento se había planteado la oportunidad de tener que recurrir al ofrecimiento de don Simone, ni ya habría ocasión de hacerlo, puesto que también él había muerto años atrás y ahora era su hijo Cario el que ostentaba la jefatura de la «familia».

Las tiendas seguían marchando bien —la pequeña hasta se había ampliado adquiriendo el local adyacente— y para entonces contaban incluso con dos empleados. Sin embargo, Nick nunca había querido introducir a sus hijos en el negocio. «Ya tendrán tiempo —decía—. Pero primero quiero que completen sus estudios y que luego decidan por sí mismos».

Esa misma mañana, sin embargo, el hombre estaba agitado. Su hijo John le había dicho que quería hablar con él y, por el tono de su voz, Nick comprendió que se trataba de algo importante. La reunión había tenido lugar en el pequeño salón familiar a media mañana —era domingo—, con Sharon presente.

—Mira, papá —empezó John, al que se le notaba nervioso—, sé que después del verano te gustaría que fuera a la universidad, pero he pensado, y creedme que lo he meditado, que lo que de verdad quiero es ponerme a trabajar. Casi todos mis amigos trabajan... y ganan su dinero.

—Pero el dinero... —comenzó Nick.

—No, papá, si no me quejo de lo que me dais. Al revés. Pero no es eso. Quiero que lo entendáis. Lo que pretendo es ganar mi propio dinero. Voy a cumplir veinte años y es que además... bueno, vosotros lo sabéis, no soy muy bueno para los estudios. Si fuera como Laura, que no tiene problemas... Pero es que yo...

Mientras su hijo callaba, Nick y Sharon se miraron. Aquello era algo que Nick ya imaginaba, o al menos barruntaba. Quizá él siempre había dado por hecho que sus hijos irían a la universidad, tal vez porque quería para ellos lo que él no pudo tener, pero también les había inculcado la idea de que cada uno debía conducir su vida por donde estimara conveniente. Del mismo modo pensaba, y en eso Sharon estaba de acuerdo, que nunca debían forzar a un hijo a hacer algo que luego pudiera recriminar a sus padres.

La conversación se prolongó largo rato. Sharon y Nick dejaron que John hablara. Les produjo ternura el ver como a medida que iba exponiendo sus

argumentos, el chico iba ganando en confianza y seguridad en sí mismo. «Es un gran muchacho», pensó Nick con orgullo.

John les explicó que tenía la oportunidad de entrar a trabajar en Tradico, una empresa de importación-exportación instalada en la zona y manejada por italianos. Sus amigos Giuseppe y Fred trabajaban ya allí y estaban muy contentos. Tendría un puesto en las oficinas y con el tiempo podría alcanzar tareas de mayor responsabilidad. Además —y a John se le iluminaron los ojos— comenzaría cobrando setenta dólares semanales.

—Hijo —dijo Nick cuando John hubo terminado—, sabes que queremos lo mejor para ti y que nunca nos opondremos a algo que emprendas con ilusión. Lo malo de la vida es que no suele dar segundas oportunidades, y decisiones como ésta van a marcar todo tu futuro. Pero, si algo va mal, sabes que siempre nos tendrás a nosotros y un puesto en nuestro negocio. A mí también me llegará el momento de retirarme y alguien tendrá que hacerse cargo de las tiendas.

—Precisamente, papá, ¿qué mejor puedes pedir? Si ahora paso unos años viendo cómo se maneja una empresa, luego podré hacer maravillas con nuestro negocio. Imaginad... a lo mejor acabamos montando una cadena de tiendas por toda la ciudad.

Sharon y Nick rieron ante el ímpetu de John.

—Sí, quién sabe —respondió Nick—. Di Mato and Company, las mejores verduras de Nueva York. Pero, hablando en serio, hay algo que no me gusta. Tradico está dirigida por Alfonso Brescia y todos sabemos lo que es Alfonso y a quién representa. Detrás está don Carlo Patrese y toda su organización. Nunca hemos tenido nada que ver con esa gente y no me gustaría empezar ahora. Tu abuelo, si viviera, se opondría tajantemente.

—De ninguna manera, papá. —Se notó que John tenía prevista la objeción—. Tradico es una empresa absolutamente legal. No niego que don Cario tenga intereses en ella, pero tú sabes tan bien como yo que su organización se dedica cada vez más a asuntos legales. La época de Capone ya pasó. Eran otros tiempos. Ahora todos comprenden que es más fácil moverse por los terrenos de la legalidad. De verdad, no os preocupéis; sabéis que jamás haré algo que no esté bien.

—Bueno, ¿y cuándo empiezas? —preguntó Sharon. John se volvió

sorprendido hacia ella. Su madre hablaba poco, pero mandaba mucho, como decía Nick, y el muchacho comprendió que aquella pregunta era el espaldarazo definitivo a su pretensión.

—Eh, pues... mañana mismo. Bueno, si es que de verdad me dejáis. Mamá, papá... os quiero mucho —dijo John mientras se levantaba exultante para abrazar a sus padres.

Laura se consideraba a sí misma como una persona feliz. A sus dieciocho años veía la vida como una interminable sucesión de momentos maravillosos. Había heredado de su padre la jovialidad y la simpatía, amén de unos rasgos físicos que la hacían tremendamente atractiva. De su madre tenía unos extraordinarios ojos verdes y una finura de piel que eran la envidia de sus amigas y la admiración de sus múltiples pretendientes. No era alta ni baja y poseía un cuerpo esbelto que no parecía resentirse si alguna vez le daba por comer más de la cuenta. Y tenía el don de saber repartir su tiempo de manera que estudios, trabajo en casa y diversión encontraban perfecto acomodo en las veinticuatro horas de cada día.

Cada miembro de la familia tenía sus propios cometidos y el sistema funcionaba. Ciertamente era que sobre Sharon recaía la mayor parte de las responsabilidades, pero Laura trataba siempre de aligerar el trabajo de su madre y de tapar las deficiencias en las tareas asignadas a los varones. Stephan —tenía entonces trece años— era el ojo derecho de Laura y el chico se aprovechaba de ello. Un dinerillo extra, el recoger de vez en cuando la mesa del desayuno, tarea democráticamente encomendada a Stephan —«¡Oh, Laura, es que no llego al colegio!»— y alguna que otra vez la cama sin hacer y que Laura ponía en orden rápidamente eran funciones que la chica asumía con el mejor ánimo. Por lo que no pasaba era por el desorden que continuamente imperaba en la habitación del niño.

—Stephan, es imposible que en este lío encuentres nada. Este cuarto parece una leonera. Dentro de diez minutos paso revista. —Y el muchacho, tras farfullar unas cuantas protestas, acababa transigiendo.

A Laura le encantaba el cine. Aprovechaba cualquier momento libre para encerrarse en una sala de proyección y devorar las imágenes que pasaban por

la pantalla. Lloraba o reía, sufría y aplaudía con las historias que veía. «De mayor seré actriz», pensaba, aunque en su fuero interno lo que de verdad deseaba era que en la vida real pudieran pasarle a ella cosas tan apasionantes.

Aquel día volvió a casa después de ver *Lejos del mundanal ruido* y venía emocionada.

En el salón estaba John contemplando un partido de béisbol por la televisión.

—John, ¿no sabes qué película! Prométeme que irás a verla. Julie Christie está sensacional y Terence Stamp... oh, ¡es tan guapo! Imagínate que...

Mientras Laura hablaba, John sonreía. Verdaderamente su hermana tenía algo diferente. Era capaz de transmitir sus emociones a quienquiera que la estuviera escuchando, y lo hacía con una ilusión y una fuerza expresiva tales, que nadie podía sentirse ajeno a sus palabras.

—Vale, vale, hermanita —dijo John alzando los brazos—. Te prometo que iré a verla. Y no me cuentes más, que me la vas a destripar. A cambio te voy a pedir un favor. Mañana tenemos que ultimar un envío en Tradico y contamos con el tiempo justo. Hay que inventariar un montón de cajas que debemos mandar sin falta al día siguiente a la aduana. Giuseppe ha quedado en llevar a su hermano y yo les he dicho que te convencería a ti para que nos eches una mano. Basta con que te pases por allí al terminar las clases. Serán cuatro o cinco horas y además te podrás ganar unos dólares. Seguro que te vendrán bien para seguir yendo al cine —terminó con un guiño.

—No me cameles, «hermanito». Estoy encantada de hacerlo, pero que conste que si lo hago es por ti. Mañana íbamos a ir a Rhode Island, pero no pasará nada si me lo pierdo. Supongo que el que tu adorada hermanita vaya mañana te hará quedar bien con tus jefes. Y por cierto, ¿qué tal te va?

—De primera. El ambiente es estupendo y me divierte lo que hago. No sabes los follones que se montan. De repente estamos todos patas arriba por un envío urgentísimo y a los diez minutos nos vamos a tomar algo porque no hay nada que hacer. El otro día descubrí un error en una caja mal etiquetada y el propio *signore* Brescia me felicitó personalmente. «Muy bien, muchacho —John asumió un tono pomposo imitando al de su jefe—. Sigue así, sigue así». Tenías que haber visto la cara de alumno pelota que le puse. Ni tu Terence Stamp la habría mejorado —terminó el joven riendo.



—Me la imagino perfectamente. Siempre has sido un pelota de primera.  
—Lo miró con cariño—. Estoy encantada de verte contento y de que todo te vaya bien. Todos nos alegramos y creo que más que nadie papá y mamá. ¿Se lo has contado?

—Hombre, claro. Y corregido y aumentado. Mamá ya me ve dirigiendo la empresa dentro de nada.

—Pues venga, colabora también en nuestra empresa y vete poniendo la mesa. Papá debe de estar a punto de llegar. Yo me voy a la cocina a echarle una mano a mamá.

—Pero Laura, el béisbol...

—No me vengas con cuentos. Entre bateo y bateo vas poniendo un plato. Y cuando haya un *homerun* pones las servilletas para celebrarlo. ¡Venga!

—¿Y si no hay ningún *homerun*? No te creas que...

Pero Laura ya no le escuchaba. Estaba rumbo a la cocina dispuesta a contarle a su madre lo maravilloso que era Terence Stamp.

Tradico ocupaba un viejo edificio en pleno corazón de Brooklyn. Sus diseñadores no se habían partido la cabeza a la hora de concebirlo. De fachadas lisas y estropeadas por el paso del tiempo, constaba de dos plantas. La inferior no era sino un inmenso almacén al que daban acceso grandes puertas y en la superior se ubicaban varias oficinas.

Laura lo miró con ojo crítico. «¡Qué cosa más fea! —pensó—. No le vendría mal una manita de pintura, aunque la verdad es que tampoco mejoraría mucho. Bueno, no es asunto mío».

Con paso decidido atravesó uno de los grandes portones. El interior estaba, por lo menos, bien iluminado y, aunque la suciedad de suelos y paredes parecía heredada de la del exterior, se advertía al menos un orden en la disposición de los innumerables embalajes, cajas y cajones de todo tipo que albergaba. Diversas máquinas elevadoras descansaban aparcadas junto a las paredes y un entramado de carriles transportadores surcaba el techo.

Laura distinguió rápidamente a su hermano. Estaba junto a una pila de cajas con unos papeles en la mano. Por lo que pudo ver, había al menos otras siete u ocho personas trabajando en el almacén.

—Hola, John. —Se acercó a él—. Ya me tienes aquí.

—¡Qué bien, Laura! Eres puntualísima. Como verás, tenemos un lío de padre y muy señor mío. Pero ahora que ha llegado el genio de Brooklyn, o sea, tú, todo irá sobre ruedas. Ven que te explique.

John cogió a su hermana por el hombro y se dirigió con ella hacia uno de los laterales del almacén, donde ya se afanaban otras personas. John explicó a Laura su cometido. Había que localizar y contrastar una serie de cajas de acuerdo con un inventario y luego etiquetarlas y numerarlas de una forma determinada.

—Según lo vayas haciendo —concluyó John—, avisas a Giuseppe para que las transporte con la máquina a la zona de carga. Si tienes algún problema, me avisas.

—Vaya, tú debes de ser la famosa hermana de John —dijo a su espalda un hombre que se había acercado a la pareja—. Eres tan guapa como tu hermano nos había dicho.

Laura se volvió y observó al recién llegado. No le gustó demasiado lo que vio. Era más bien bajo, fuerte y de unos cuarenta años. Su cara era gruesa y de ojos pequeños, pero lo que molestó a Laura fue precisamente la expresión de aquella mirada. Era fría y calculadora, sin el menor asomo de calor humano, en claro contraste con las amables palabras que el hombre había pronunciado.

—Oh, Laura. Te presento a mi jefe, el señor Brescia —dijo John—. Don Alfonso, ésta es mi hermana Laura. Además de guapa es listísima. Ya lo verá.

—Bien, bien. Estoy seguro. Y ahora a trabajar, que el tiempo apremia. — Y dando unos golpecitos en el hombro de John, el hombre se apartó de ellos.

Laura levantó ligeramente la ceja. No iba a decirle nada a su hermano, pero tenía claro que aquella persona no le gustaba lo más mínimo.

El trabajo resultó más interesante de lo que había supuesto. Era un pequeño reto el localizar y etiquetar las cajas que figuraban en el inventario; algo así como ir completando un crucigrama o dando forma a un puzle. Laura se concentró en su tarea y el tiempo fue pasando deprisa.

Cerca de las ocho todo había cuadrado. John se acercó sonriente a Laura agitando un billete de cinco dólares en la mano derecha.

—De parte de don Alfonso, Laura. Me ha dicho que te ha estado viendo y

que «parecías un tío». Viniendo de él, ése es el mejor cumplido.

Laura cogió el billete con una media sonrisa. «Ay, hermanito —pensó para sus adentros—, si supieras lo que me parece él a mí, no te iba a hacer tanta gracia».

—Ah, y nos ha pedido un favor, aunque más bien el favor es para nosotros. Quiere que al irnos a casa dejemos unos paquetes cerca del puerto. Ya están cargados en una furgoneta. Vamos, los dejamos y volvemos a casa en coche. La furgoneta la devuelvo yo mañana.

—Pero, John, si tardo un cuarto de hora andando a casa. Además estoy cansada. ¿De verdad me necesitas?

—Lo siento, Laura, creí que te divertiría. Mira, está a punto de llover y... bueno, Giuseppe viene también. Ya sabes que le gustas muchísimo. Me ha dicho que, en fin, que te convenciera para acompañarnos —terminó bajando la voz y dirigiendo un guiño a Laura.

La muchacha sonrió. Giuseppe era uno de los mejores amigos de su hermano y uno más en la larga fila de admiradores de la joven. Era ciertamente simpático y Laura lo había pasado bien las veces que había salido con él.

—Vale, vale. —Laura alzó los brazos en señal de rendición—. Me apunto al *tour* turístico; pero que quede claro: no pienso descargar un solo paquete.

Al sentarse en la furgoneta se dio cuenta de lo cansada que estaba. Se había levantado temprano, había ido a clase y, casi sin tiempo más que para comerse un bocadillo, había acudido a ayudar a su hermano. Las horas en el almacén habían transcurrido rápidas, pero ahora comenzaban a pasar su factura. Instalada entre su hermano y Giuseppe, Laura sintió como todo su cuerpo se relajaba y la mente comenzaba a vagar sin excesivo control por su parte. Fue ligeramente consciente de que Giuseppe se apretaba contra ella más de lo que el reducido espacio de la furgoneta exigía, pero no le importó demasiado. El juego de luces y sombras que se producía a medida que la furgoneta avanzaba contribuía a aumentar la sensación de irrealidad en que estaba inmersa.

Oía la conversación que los dos muchachos mantenían, pero no la

asimilaba. Las palabras flotaban a su alrededor y se fundían con el monótono zumbido del motor. Laura se durmió.

Un breve ruido la despertó. Tardó un instante en recordar el lugar en el que se hallaba. Primero se asustó ligeramente al comprobar que estaba sola en el asiento del vehículo, pero pronto comprendió que habían llegado a su destino y que John y Giuseppe se habían bajado ya de la furgoneta. Notó que había movimiento detrás de ella y vio a los dos muchachos, que, tras abrir la puerta trasera, comenzaban a sacar paquetes.

—Buenos días, hermanita —dijo John sonriente—. ¿Quieres que te traiga el desayuno?

Laura le devolvió la sonrisa mientras ahogaba un bostezo.

—No he sido muy buena compañía, ¿verdad? Estaba tan cansada...

—No te preocupes. A la vuelta nos cuentas unos cuantos chistes y en paz. Vete recuperándote, que nosotros enseguida terminamos.

Laura se tomó unos momentos para volver a la realidad. Miró hacia fuera y comprendió que no tenía ni idea de dónde se encontraban. La calle aparecía completamente desierta y estaba poco iluminada. Los edificios eran bajos, muy similares entre sí y con pequeños jardines a su alrededor. La construcción no era de calidad, pero tampoco indicaba abandono. «Una urbanización en un suburbio —pensó Laura para sus adentros—. Bueno, y qué más me da».

Salió de la furgoneta y se detuvo sobre la acera mientras respiraba el frío aire nocturno. John y Giuseppe habían abierto una pequeña cancela que daba paso al modesto jardín del edificio que había frente a ella y se dirigían, cargados de paquetes, hacia la puerta.

Oyó, lejano, el repiqueteo de un timbre y vio como, un momento después, la puerta se abría.

Lo que sucedió a continuación fue para Laura peor que la peor de las pesadillas. Y, como ellas, iba a asaltarla con regularidad durante varios años después, a pesar de sus intentos por evitarlo. Las imágenes, no se sabe por qué extraños mecanismos del cerebro, se le presentarían en lo sucesivo como a cámara lenta, quizá en un vano esfuerzo por quitar realidad a lo sucedido o tal vez por un masoquista impulso de autocastigo.

Vio cómo John entregaba sus paquetes al hombre de la puerta y éste los

depositaba en el interior de la casa. En ese momento un foco se encendió desde uno de los laterales del jardín iluminando la escena mientras una voz gritaba: «¡Policía! ¡Que nadie se mueva!».

Percibió el gesto asombrado de John y Giuseppe mientras se volvían hacia la luz. Percibió también, con horror, cómo el hombre de la puerta empuñaba una pistola y disparaba antes de meterse en la casa y cerrar la puerta.

Como si hubiera sido una señal, el infierno invadió durante unos momentos la escena. Desde la parte oscura del jardín surgieron una serie de fogonazos y estampidos que, estúpidamente, recordaron a Laura una traca de feria. Vio con horror como Giuseppe, aún con los paquetes en la mano, era despedido hacia atrás y se derrumbaba como un muñeco. John, más rápido, emprendió la huida hacia la cancela. Laura pudo percibir con claridad la expresión de pavor en su rostro. Al llegar a la pequeña puerta de madera, John se estremeció, aunque siguió andando. Con la mano extendida se dirigió hacia Laura. Sus pasos eran vacilantes. Un nuevo disparo lo alcanzó y el joven se desplomó arrastrando a la muchacha en su caída.

Un sonido diferente se introdujo en el cerebro de Laura. Era agudo y persistente. No se dio cuenta de que estaba gritando.

Sin saber bien lo que hacía, apartó el cuerpo de su hermano y miró hacia arriba. Vio a un hombre junto a ella empuñando una pistola. Su cara y su expresión se le quedarían grabadas para siempre. Con horror vio que el hombre apuntaba la pistola hacia ella y el dedo se curvaba en el gatillo.

Laura quiso hablar pero no pudo. No era consciente de que seguía gritando.

En ese momento una mano apareció en la escena y apartó la pistola que la apuntaba.

—Pero ¿qué haces? —oyó decir—. ¿No te das cuenta de que es casi una niña?

La joven dejó de gritar, aunque tampoco se percató de ello. Le resultó extraño el repentino silencio. Su mirada pasó de la pistola al hombre que había hablado. Vestía uniforme de policía y la observaba con una mezcla de conmiseración y perplejidad.

Laura se desmayó.

### 3

Brooklin, 1968

Con la sensación de un estallido de luz en el cerebro, Laura se despertó. La mujer que se encontraba junto a ella —Laura fue vagamente consciente de que llevaba uniforme— retiró el frasco que había mantenido junto a la nariz de la joven.

—Ya ha vuelto en sí, teniente —oyó que decía.

Laura miró a su alrededor. La habitación era pequeña y de paredes blancas. El mobiliario escaso y espartano: dos sillas, una cómoda y la cama sobre la que ella se encontraba.

Poco a poco, las imágenes de lo sucedido volvieron a su mente con dolorosa precisión. Por un instante se aferró a la idea de que nada había sido real, de que todo había sido un mal sueño.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? Y... ¿dónde está mi hermano?

—Señorita, no sé si sabrá que está usted metida en un buen lío. En cuanto a su hermano y a la otra persona involucrada, lamento decirle que las noticias no son buenas. Ambos han muerto. Y ahora debo leerle sus derechos. Tiene usted derecho...

Lo que aconteció durante los días sucesivos fue como un mal sueño del que Laura no conseguía despertar. De alguna forma extraña todo fue almacenándose en su mente en algún lugar recóndito, una especie de archivo secreto de difícil acceso. Años después le costaría recordar lo sucedido cuando por algún motivo trataba de hacerlo; en cambio, en otras ocasiones, detalles mínimos que ni ella misma creía conocer aparecerían en su mente sin ser llamados, con una extraordinaria nitidez que la dejaría anonadada.

A las pocas horas Laura recibió la visita de su padre. Fue una entrevista corta, tensa y angustiada. Laura se asombró de lo mucho que parecía haber



envejecido aquel hombre y éste trató, aunque sin conseguirlo, de infundir ánimos a la muchacha.

—Es terrible, Laura —finalizó—. John... tan joven, y tú... ¡Oh, Dios mío! Ahora debo ir con tu madre. Está deshecha. Mañana volveré a verte. Ya verás como todo se arreglará.

—Pero, papá, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Por qué nos dispararon? ¿Por qué estoy detenida? ¿Por qué...?

—De verdad, Laura, no te preocupes —interrumpió Nick—. Es todo un malentendido... un trágico malentendido. Tiene que ver con drogas, eso dicen. Ahora procura serenarte y descansar. Mañana todo se aclarará; vendré a verte temprano.

Aquella noche Laura, en contra de lo que ella misma imaginó al tenderse en el catre de su celda, se durmió. Fue una noche sin sueños ni pesadillas. Sin duda la mente humana, pensó a la mañana siguiente, tiene resortes de autodefensa y es capaz de bloquearse en situaciones límite. Por momentos, al despertar, se sintió mejor, aunque enseguida volvió a caer sobre ella el peso de lo sucedido y el interrogante de lo que vendría después.

A las once recibió el anuncio de una visita. Era de nuevo su padre, acompañado esta vez de otro hombre, alto, de unos treinta y cinco años, bien parecido y elegantemente vestido.

—Es el señor Ferguson, Laura, un abogado. Él nos ayudará a sacarte cuanto antes de aquí.

—Llámame Tom, Laura —sonrió el hombre mientras estrechaba su mano—. Confía en mí. Ahora tienes que contarme punto por punto todo lo sucedido. No olvides nada.

—Sí. Lo intentaré. Pero antes, papá, dime cómo está mamá, y Stephan. ¿Cuándo podré verlos?

—Pronto, hija, muy pronto. Ya puedes imaginarte cómo está tu madre. Pero se recuperará. Es fuerte. En cuanto a Stephan, bueno, es joven. Es el que menos me preocupa.

—Bien, Laura, la escucho —dijo Tom Ferguson mientras ponía en marcha un magnetófono que había extraído de su portafolios.

Y Laura se vio a sí misma rememorando en voz alta los hechos de un día que había transcurrido para ella de una forma grata hasta que, en tan sólo dos

minutos, la furia del destino había hecho presa en su vida y en la de su familia.

Poco a poco fue asimilando los pormenores de aquella horrible pesadilla. Por su padre se enteró de quién era Tom Ferguson, el abogado, y del revuelo que en la prensa y en la opinión pública había levantado el suceso.

—Muchos kilos de cocaína, hija. Eso dicen los periódicos. También dicen que ha sido un gran éxito policial y del alcalde. No puedo creer que John estuviera metido en eso. Quizá ese amigo suyo...

—¿Pero qué dices, papá? ¿Cómo puedes ni siquiera pensarlo? Han usado a John y a Giuseppe como cabezas de turco. ¡Ni siquiera sabían lo que llevaban en los paquetes! El culpable, ya se lo dije al abogado, es el encargado del almacén, ese tal Braccia, o Brescia. Creo que se llamaba Alfonso. Por ahí tienen que buscar.

—Sí, hija. Si yo lo creo. Pero no va a ser tan fácil. El *signore* Brescia niega todo conocimiento en el asunto. Ha dicho que John le pidió la furgoneta y que quedó en devolverla al día siguiente. Según él, no sabe nada más.

—¿Pero eso no puede ser! John me dijo que Brescia le había encargado entregar un envío. ¡Y además me pidió que les acompañara! ¿Tú crees que tu hijo me iba a involucrar en un asunto de drogas? Papá, los mataron a sangre fría. Ni iban armados ni trataron de defenderse. Y si a mí no me mataron fue porque un policía lo impidió cuando otro ya estaba dispuesto a disparar.

—Laura... sé que todo es falso, pero los periódicos dicen que John iba armado, que le encontraron un arma. Y que los disparos comenzaron por parte de... bueno, de los delincuentes. Pero, por favor, Laura, no lo pienses más. Ahora lo importante es demostrar tu inocencia. Lo otro, desgraciadamente, no tiene remedio. El señor Ferguson se está moviendo mucho y rápido. Confía en él.

—¿De dónde ha salido? ¿Quién es?

—Bien... creo que lo mejor es que lo sepas todo. Tu madre y yo decidimos que necesitabas lo mejor y acudí a ver personalmente a don Cario Patrese. Ya sabes que su «familia» está en deuda con nosotros. La vieja

deuda del padre de Cario, don Simone, con tu abuelo Angelo. Don Cario estuvo muy amable y me aseguró que se tomaría el asunto como si tú fueras su hija. Tom Ferguson es su abogado, el mejor de Nueva York, según él.

—¡Pero, papá! ¡Qué disparate! ¡Si Alfonso Brescia trabaja para don Cario! ¿No te das cuenta de que lo más probable es que don Cario esté detrás de todo este asunto?

—No lo creo, Laura. Pienso que en todo caso era un negocio del *signore* Brescia. Pero de cualquier forma eso no tiene nada que ver contigo y con que salgas libre lo antes posible. Don Carlo me ha dado su palabra. Y Tom Ferguson es el mejor abogado que podrías tener.

—Bien... supongo que tienes razón —dijo Laura mientras abrazaba a su padre, aunque algo en su interior le decía que en aquel asunto había algo turbio, muy turbio.

Tom Ferguson consiguió rápidamente la libertad bajo fianza para Laura. Ofreció incluso pagar él los diez mil dólares fijados por el juez —el *signore* Patrese había insistido, dijo—, pero Nick se negó.

—Agradézcaselo a don Cario —le contestó al abogado—. Pero no es necesario. Puedo hacerme cargo yo.

Tom Ferguson habló con Laura el mismo día en que habían de dejarla en libertad.

—Laura —le dijo—, sabes bien que este desagradable asunto ha levantado mucha polvareda en la prensa. Hemos conseguido que tu nombre apareciera lo menos posible, pero ya sabes cómo son los periodistas. Alguno intentará ahora ponerse en contacto contigo. Dínoslo si es así y dejará de molestarte. De cualquier forma sabes que no debes hacer ninguna declaración hasta que no se vea el juicio. Lo mejor sería que salieras de la ciudad por una temporada, aunque no puedes abandonar el Estado. Si así lo decides y no tienes adonde ir, también podemos arreglarlo. Y ahora, ánimo, Laura. Todo se arreglará.

—Gracias, señor Ferguson. —Se resistía a llamarle Tom—. Pensaré en lo que me ha dicho. De momento quiero estar con mi familia y tratar de recuperarme... de que nos recuperemos todos.

Fueron días difíciles para Laura, pero también emotivos, con ese sabor agrídulce que proporcionan, por un lado, la sensación de desamparo e impotencia y, por otro, el cariño y el mutuo apoyo entre personas que han sido golpeadas por la desgracia. Las relaciones entre los miembros de la familia adquirieron una intensidad hasta entonces nunca alcanzada. Cada uno dependía tanto de sí como de todos los demás, y generalmente resultaba más gratificante el estar pendiente de las necesidades ajenas que de las propias. Fue un período de los que marcan y modelan la vida de una persona y tanto más cuanto mayor fuera la capacidad de asimilar nuevas emociones y de adquirir nuevos valores y puntos de vista. Por todo ello, Laura fue la más afectada. Su edad era la más propicia. Su hermano Stephan sólo tenía trece años y sus padres ya tenían personalidades difíciles de cambiar en profundidad.

Laura, a sus dieciocho años, se hizo de pronto mayor. Mayor en su manera de ver la vida, en su apreciación del cariño y de la amistad y, sobre todo, en su conocimiento del género humano y de sus imperfecciones. El candor propio de su edad dejó paso a un espíritu resentido y al acecho, capaz aún de entregarse a quien le demostrara su bondad, pero duro y sin piedad para aquellos que no buscaban en los demás sino su propio beneficio.

La Laura joven, despreocupada y feliz, había muerto. En su lugar había ahora una mujer alerta y calculadora, dispuesta a enfrentarse a la vida con una óptica totalmente diferente.

Había pasado casi un mes cuando Tom Ferguson acudió una tarde a casa de Laura. La muchacha ahora salía poco y había dejado de asistir a la escuela a la espera de que se celebrara el juicio.

—Hola, Laura —dijo el abogado—. Traigo buenas noticias o, al menos, así lo pienso yo. En todo caso se trata de una decisión que te corresponde tomar a ti. Quiero que lo medites y lo consultes con tus padres, aunque para mí la opción es evidente.

El abogado tomó asiento junto a la muchacha.

—Ya han nombrado juez para tu caso —continuó—. Se trata de Elias Wyatt. Es un buen juez, justo y que se aviene a razones. He hablado ya con él

y con el representante de la fiscalía. Éste estaría de acuerdo en que llegáramos a un pacto que evitaría el juicio. Tú te declararías culpable de un delito menor y el juez te impondría una pequeña condena que cumplirías en libertad vigilada, dada tu falta de antecedentes penales. Creo que se trata de una buena oferta y que debes aceptarla.

—Pero... ¿cómo? ¡Si yo no he hecho absolutamente nada! ¡Si estaba dormida cuando llegamos allí! ¡Si...!

—Lo sé, Laura, lo sé. Y sabes que te creo. Durante estos días he llegado a conocerte bien. Sin embargo debes ser capaz de ver las cosas con objetividad, de ponerte en el lugar del jurado. Piensa en lo que el fiscal va a presentar y en cómo lo va a presentar. Se trata de tu palabra contra la de Alfonso Brescia, con el agravante de que tú estabas en el lugar de los hechos mientras que él estaba tranquilamente en su casa. El informe policial tampoco te ayuda. Dicen que al llegar a aquella casa tú bajaste de la furgoneta y permaneciste en la acera observando los hechos. El informe dice textualmente «en actitud vigilante».

—Pero...

—Espera, espera. Quiero exponerte todo y que luego tú decidas. A favor tenemos tu personalidad y tu edad, que sin duda impresionarán de manera favorable al jurado, así como el hecho de que no hay pruebas reales contra ti. Todas son circunstanciales, aunque el hecho de que hubiera disparos y muertos es otro aspecto negativo. La sociedad está hoy en día muy sensibilizada con los problemas de la droga y tranquiliza su conciencia quemando brujas. Si vamos a juicio pienso que estaremos al cincuenta por ciento. Que todo va a depender del tipo de personas que integren el jurado. —Dejó, durante unos segundos, que Laura se hiciese a la idea—. Pero hay algo más que a mi entender inclina la balanza y es precisamente el que podemos evitar el juicio. Piensa en la polvareda que todo este asunto ha levantado. El juicio sería la guinda del pastel. Estarías en la picota y en boca de todo el mundo; y tu familia contigo. Además esa publicidad influiría de forma negativa en el jurado. Se sentirían más inclinados a dar un veredicto de culpabilidad por lo ejemplarizante que, desde su punto de vista, tendría el caso.

Laura calló por unos momentos, tratando de asimilar cuanto Tom

Ferguson le había dicho. Sintió un nudo en el estómago al comprender la enormidad del dilema al que se enfrentaba. Hasta entonces no se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que el resultado de todo el proceso fuese otro que el de la aceptación de su evidente inocencia y el progresivo olvido de todo el asunto.

Ahora afrontaba, sin embargo, una decisión que sólo ofrecía dos disyuntivas y ambas le repugnaban profundamente. Por un lado la aceptación oficial de una culpa que, por pequeña que fuera, no le correspondía. Por otro, el enfrentarse ella y enfrentar a su familia a la luz de las tergiversadas y oportunistas apreciaciones de los medios de comunicación y de la opinión pública, con el riesgo añadido, que se resistía a aceptar, de un veredicto de culpabilidad.

—Bien, señor Ferguson... Tom. Lo pensaré y lo hablaré con mis padres. Ahora, por favor, necesito estar sola.

—Lo comprendo, Laura. Eres una chica fuerte y sé que, pase lo que pase, saldrás adelante. Cuando lo hayas decidido, avísame. Y, por favor, no tardes mucho. El ayudante del fiscal espera mi respuesta. Adiós.

Elias Wyatt tenía todos los atributos para ser un buen juez. Era sereno y reflexivo, le gustaba su profesión y procuraba mantenerse al día en sus conocimientos judiciales. Su figura era la que podía esperarse de un magistrado y hasta su nombre ayudaba: el honorable Elias Wyatt, juez del tribunal número doce del Estado de Nueva York.

Aquella mañana no se encontraba de buen humor. Tenía que dictar sentencia en aquel caso de la chica Di Mato y no le gustaba cómo se estaba desarrollando el asunto. El ayudante del fiscal y el abogado defensor le habían comunicado unos días atrás que la acusada estaba dispuesta a asumir una declaración de culpabilidad y que la fiscalía aceptaba la calificación de los hechos. No era raro que defensa y acusación se pusieran de acuerdo en facilitar el arduo camino de la justicia y hasta era bueno para ahorrar trámites y dinero de los contribuyentes. Pero siempre que así ocurría era en casos de claridad meridiana, en que la culpa del acusado era evidente y el juicio mero trámite. Entonces la defensa proponía la declaración de culpabilidad como un



medio, normalmente aceptado, para que el juez dictara sentencia en su grado mínimo.

Aquel caso, sin embargo, se salía de las normas habituales. La principal característica, la de claridad meridiana, brillaba por su ausencia. Cuando el auto le fue asignado y Elias Wyatt estudió las declaraciones preliminares, pensó que era un buen caso para la defensa, pues todas las pruebas eran circunstanciales. La declaración de la acusada, Laura Di Mato, le había parecido al juez llena de sinceridad, aunque ello no era más que una sensación a la que en fría lógica no había que hacer mucho caso.

Tampoco le cuadraba al juez que el abogado defensor fuera Thomas Ferguson. Reconocido como mano derecha en asuntos legales del todopoderoso Cario Patrese y de su organización, Ferguson era un abogado de demasiadas campanillas como para ocuparse de un asunto aparentemente de tan poca monta. Claro que alguien había insinuado, entre bastidores, que don Cario podía estar detrás de todo aquel asunto y la elección de abogado parecía en cierto modo confirmarlo... En fin, que aquello era un pequeño embrollo y a Elias Wyatt no le gustaba en absoluto ser utilizado.

La vista estaba fijada para las once de la mañana y el juez apreciaba la puntualidad. A las once menos dos minutos se puso la toga y cruzó la puerta que separaba su despacho de la sala del tribunal. De una ojeada pudo percatarse de que ambas partes se encontraban ya en sus lugares y se ponían en pie mientras el ujier anunciaba su presencia y leía la introducción al juicio.

—... el Estado de Nueva York contra Laura Di Mato. Preside el honorable juez Elias Wyatt.

Wyatt se fijó entonces más atentamente en Laura. Le gustó aquella chica atractiva y de aspecto juvenil. Laura también le miró y el juez pudo apreciar en sus ojos una forzada tranquilidad bajo la que se escondía, sin embargo, la aprensión que una corte de justicia infundía a todos los que ante ella se presentaban. Laura sostuvo su mirada y el juez pensó para sus adentros que aquella chica tenía carácter.

La vista fue corta. Tras la exposición de los hechos y la obligada pregunta sobre la aceptación de culpabilidad por parte de Laura, Tom Ferguson se acercó al estrado para declarar que su defendida se declaraba culpable.

—¿Es así, señorita? —preguntó Wyatt dirigiéndose a Laura.

—Sí, señor... digo, señoría —respondió Laura con voz insegura.

—¿Se ha encontrado usted bien asesorada en este caso y se le han explicado todas las posibilidades de su defensa? —prosiguió el juez mientras observaba como Tom Ferguson levantaba sorprendido la cabeza.

—Sí, señoría. Sí... creo que sí.

—Bien. Reconozco que es éste un caso anómalo, pero no soy quién para entrar en los motivos que la llevan a asumir su culpa. Mi misión es administrar justicia y hacerlo dentro de los cánones que la Ley establece. En mi mano está el graduar la duración de la pena y la obtención de libertad vigilada, pero siempre dentro de lo que el código prevé para el delito cometido, del cual se ha declarado usted culpable. Dada su falta de antecedentes y su admisión de culpa voy a hacerlo en los grados mínimos. Póngase en pie.

—Laura Di Mato, este tribunal la condena a usted a una pena de privación de libertad de dos años en la penitenciaría para mujeres del Estado de Nueva York. No podrá alcanzar la libertad bajo palabra hasta haber cumplido, como mínimo, la mitad de dicho período. Se levanta la sesión.

El significado de lo que acababa de escuchar tardó unos momentos en abrirse paso por la mente de Laura. Cuando lo hizo, comprendió que no era aquello que Tom Ferguson le había dicho. ¿O quizá había entendido mal?

Cuando sintió en su brazo la presión de la mano de la mujer policía que tiraba de ella con firmeza, dirigió su mirada hacia Tom Ferguson, en desesperada demanda de ayuda. El abogado le daba la espalda, aparentemente muy ocupado en recoger sus papeles, y ni siquiera levantó la cabeza. Se volvió entonces hacia el juez para decir que no, que todo había sido un espantoso error, pero éste ya abandonaba la sala.

Mientras Laura salía del tribunal, escoltada por aquella mujer, pensó en sus padres y en cómo habían sido utilizados, al igual que ella. Cario Patrese no sólo no había pagado la deuda contraída muchos años atrás, sino que se había burlado de ellos. Laura, como antes lo fueran su hermano y su amigo Giuseppe, había sido traicionada.

## 4

### Penitenciaría para mujeres del estado de Nueva York, 1968

Elsa Stilian era celadora jefe de la prisión y le gustaba su trabajo. Si la cara llega a ser el espejo del alma, en el caso de Elsa se podía decir que su aspecto físico encajaba perfectamente con su profesión. Un director de cine a la caza de actriz para dar vida a una celadora de una penitenciaría sin duda habría elegido a Elsa entre miles de aspirantes. Todo en ella era grande y con un toque masculino, sin la menor concesión a la coquetería. Tan sólo una pulsera en su muñeca derecha desmentía esa imagen, pero Elsa la llevaba más como dije o amuleto que como concesión a un posible realce de sus atractivos. Era una pulsera barata: un simple aro de metal con tres piedras de bisutería.

Elsa tenía el pelo muy negro y lo peinaba recogido en la nuca por un moño. Tanto su pelo como su piel, ligeramente aceitunada, hablaban de sus antepasados mediterráneos, más en concreto griegos. El verdadero apellido de su abuelo era Stilianopoulos, pero tanto lo complejo del mismo como el deseo de americanizarlo habían llevado a su antepasado a reducirlo.

Elsa disfrutaba con lo que hacía y sacaba su placer en hacer las cosas bien. Pensaba que sabía cuáles eran sus obligaciones y cuáles las de las demás celadoras y las de las reclusas. Trataba de ser justa y condescender si ello era posible; pero exigía, incluso con dureza, que los demás le pagaran con la misma moneda.

Tan sólo tenía un defecto desde el punto de vista de su relación con las presas. Un defecto que, de hecho, podría resultar excluyente para el trabajo que realizaba, pero que sus jefes aceptaban porque lo veían compensado por su eficacia y entrega. Elsa Stilian era lesbiana.

Aquel día llegaban nuevas reclusas a la cárcel —a Elsa le gustaba llamarlas internas— y ella consideraba que era su obligación estar presente durante los trámites de ingreso. Pensaba que de su conocimiento del carácter de las internas dependía en gran parte el buen funcionamiento de la institución y estaba convencida de que el mejor momento para observarlas, para cogerlas con la guardia baja, era precisamente el de su llegada a la prisión. Sus miradas, sus gestos y sus reacciones podían decir mucho a una persona que, como ella, llevaba años sacando conclusiones de aquellos pequeños detalles. La celadora llevaba incluso su propio fichero de reclusas, en el que anotaba en primer lugar, junto con el nombre, edad, delito y duración de la condena, aquella primera impresión recibida en la sala de admisión. Después podía ampliarla o retocarla, pero rara vez tenía que tacharla y escribirla de nuevo.

Elsa se encontraba en su despacho cuando le llegó el aviso por el teléfono interior de que «la carga» había llegado. Cogió una copia de las fichas de las nuevas reclusas, un bloc y un bolígrafo, se alisó la falda y se dirigió hacia el recinto de admisión.

Si algo había aprendido Elsa a lo largo de los diez años que llevaba como funcionaria de prisiones era a prescindir de sus sentimientos. Observaba y catalogaba a las internas con desapasionamiento, con frío espíritu clínico. La experiencia la había llevado a ello de una forma natural. Al principio la mujer se involucraba con la personalidad de las reclusas, las juzgaba y pretendía conocer sus motivaciones y el porqué de ellas. Sólo sufrió sinsabores y engaños. Se sintió traicionada en más de una ocasión y culpable en otras al comprender que sus inclinaciones y favoritismos sólo habían servido para desencadenar situaciones que finalmente habían escapado a su control. Ahora se veía a sí misma como un médico que observaba unos síntomas, establecía un diagnóstico y trataba de poner los medios para que la vida de su «enferma» discurriera por los mejores cauces posibles para ella y para el conjunto de la institución.

Aquel día se situó, como de costumbre, cerca de la mesa del oficial de

admisiones, próxima a la pared y en un lugar en que la luz no le diera de lleno para poder observar sin llamar en exceso la atención.

Las nuevas reclusas no tardaron en entrar. Mientras el oficial de policía les quitaba las esposas, Elsa las fue observando. Inmediatamente le llamó la atención una de las cinco: era muy joven y había algo en ella que no cuadraba con lo habitual. Elsa frunció levemente las cejas. La joven estaba pálida y miraba continuamente a su alrededor. En su mirada había temor e incompreensión, lo que no era inhabitual, pero algo en su porte, en su manera de llevar la espalda erguida y la cabeza alta, denotaba asimismo una firme resolución y una clara rebeldía.

Elsa vio como la muchacha se sometía a los trámites de admisión. Lo hizo de una forma serena y hasta cooperativa, aunque sus respuestas eran cortas e impersonales, como si todo aquello le fuera ajeno.

«Su rebeldía no es contra nosotros —pensó Elsa—. Esta mujer odia, odia profundamente, pero será una buena interna; los problemas pueden venir por otro lado», concluyó la celadora para sí misma mientras observaba con admiración el cuerpo y la figura de la reclusa.

Elsa miró sus fichas: Laura Di Mato, dieciocho años, tráfico de drogas, dos años que, salvo problemas, serían uno.

«Algo no me cuadra —pensó—. Pero, en fin, no es asunto mío».

La celadora se olvidó por unos momentos de Laura mientras su atención se dirigía hacia las otras reclusas. Una ya le era conocida. Había salido de la prisión tan sólo cuatro meses atrás y ya estaba allí otra vez. «Lo malo no es que robes, sino lo mal que lo haces», se dijo Elsa a sí misma. Las otras tres —dos eran negras y una blanca— fueron catalogadas rápidamente por la celadora. Eran arquetipos que Elsa conocía bien. Mujeres sin duda difíciles, pero no más de lo habitual. Ninguna de ellas entraba de momento, ni por su delito ni por lo que Elsa había podido observar, en lo que ella calificaba como «alto riesgo».

Cuando las cinco mujeres pasaron a la zona destinada al reconocimiento médico, Elsa se acercó a la mesa del oficial de admisión.

—Jim... esa chica, Laura Di Mato, ¿a qué celda va?

—Doscientos quince, con Sarah Lovett.

Elsa se quedó pensando.

—Déjame ver... Karla Raines está sola, ¿no? Creo que es la ciento doce.  
El oficial se levantó y abrió un archivador.

—No sé para qué demonios necesitamos tantos papeles, Elsa. Con preguntarte a ti sería suficiente. Efectivamente, Karla Raines, ciento doce y sola.

—Hazme un favor, Jim. Pasa a Di Mato a la ciento doce. Di que ha sido cosa mía.



## 5

### Penitenciaría para mujeres del estado de Nueva York, 1968

—Laura, no quiero asustarte, pero debes estar alerta. Esa mujer es de lo más peligroso que tenemos aquí. Varias de nosotras hemos sufrido su acoso y la mayoría con muy desagradables consecuencias. De verdad, hazme caso.

—¿Tú también, Karla? Quiero decir... ¿a ti también te ha acosado?

La mirada de Karla Raines se oscureció por un momento.

—Eso es algo de lo que prefiero no hablar... al menos no de momento. Quizá algún día te lo cuente. Sí quiero que sepas que no fue nada agradable.

Laura dirigió su vista hacia el otro lado del patio de la prisión y se encontró nuevamente con lo que, desde hacía unos días, había empezado a ser obsesivo: la mirada, fija en ella, de otra mujer; aunque considerarla mujer era, cuando menos, un eufemismo. Fuerte, grande, informe, con una cara que reflejaba, como en un compendio, cuanto de abyecto podía haber en la naturaleza humana. Era Chanda Crabb y entre las internas se la conocía como *Virago*, aunque nadie se atrevía a pronunciar el apodo en su presencia.

Tenía los ojos pequeños, la boca era una fina línea ascendente en uno de sus extremos, como en una perpetua y macabra media sonrisa, y su piel presentaba huellas de enfermedades dérmicas, incluyendo una casi completa carencia de pestañas y cejas. Cumplía desde hacía seis años cadena perpetua por asesinato y era inmune a las amenazas y castigos de las celadoras. Había estado ya cuatro veces en la celda de castigo y cada vez que salía parecía más fortalecida en su decisión de ejercer su maléfico dominio y de dar como fuera rienda suelta a sus insanas inclinaciones.

*Virago* era lesbiana, no se sabía bien si por necesidad o por un innato deseo de causar el mal y de buscar escape a su sadismo. Más bien parecía esto último, pues Chanda Crabb nunca buscaba la compañía de las lesbianas

reconocidas que había en la prisión, sino que dirigía sus «atenciones» hacia las reclusas que, elegidas a través de un demoníaco sexto sentido, más podían sufrir con su acoso.

«Al menos tiene buen gusto», se dijo para sí Elsa Stilian. La celadora, situada junto a una de las puertas de acceso al patio, no se perdía detalle de lo que, tarde o temprano, sabía que iba a desembocar en problemas. No le había pasado desapercibida la atención de *Virago* hacia Laura —la Crabb nunca disimulaba en esos casos— y también se había percatado de que Laura era ya consciente de la atención de la mujer.

Elsa dirigió su mirada al recuadro de cielo azul que se veía desde el patio. Estaban en junio y gracias a Dios hacía un tiempo cálido y soleado. Era bueno que las internas pudieran estar unas horas al aire libre y disfrutar de la buena temperatura. Eso las descargaba. «Bueno, nos descarga a todos», pensó.

Devolvió su atención a Laura. La impresión que la chica había producido en la celadora con ocasión de su llegada se había ido fortaleciendo en los ya veinte días de su estancia en la penitenciaría. Laura había evolucionado y para bien. Se había adaptado poco a poco a la reclusión y había quedado claro que con ella no habría problemas... o que al menos ella no sería la causante.

La elección de compañera de celda había sido otro acierto. Karla Raines era una prostituta que cumplía condena por homicidio con atenuantes. Nueve años, que serían menos y de los que ya había cumplido dos. Elsa creía en la versión de Karla de que no había tenido más remedio que matar al hombre cuando éste pretendía hacer lo mismo con ella, pero el puritanismo imperante y el abogado de oficio que le correspondió no le habían hecho un gran favor.

Por lo demás era una buena mujer, castigada por la vida y sin esperanzas en el futuro, callada y encerrada en sí misma; aunque bajo todo ello Elsa estaba convencida de poder encontrar un alma decente y confiaba en que Laura y ella se ayudaran mutuamente.

«Al menos en este caso espero que te aconseje bien, Laura», se dijo la celadora mientras abría la puerta del patio y pasaba al interior de la prisión.

Laura estaba en su catre, con la mirada perdida en los juegos de luces y

sombras que se proyectaban en el techo de la celda. Eran sus momentos preferidos del día, sola consigo misma y capaz de dar libertad a la imaginación, a sus recuerdos y a sus ilusiones de futuro.

En aquellos minutos diarios de duermevela Laura hacía una especie de gimnasia mental que se había impuesto a sí misma desde que comenzó todo aquello: nunca se dejaría vencer, nunca se sentiría desanimada, siempre actuaría en su propio interés y siempre, SIEMPRE, tendría presente la idea de venganza.

Sonrió al recordar su sueño juvenil de tener una vida propia de las películas que tanto le gustaba ir a ver al cine. «Hada buena —pensó—, si has querido concederme mi deseo, podías haberme consultado antes el guión».

De vez en cuando algún sonido apartaba a Laura de sus ensoñaciones: un ruido metálico, los pasos de una celadora, alguna tos, un suspiro o murmullos susurrados desde el sueño. Los sonidos se escuchaban acolchados por la reverberación que producían las desnudas paredes y no eran molestos, salvo cuando penetraban en su mente en esos instantes en que ésta discurría por la tenue línea que separa la vigilia del sueño y, sobresaltándola, la devolvían a la realidad.

Haciendo un esfuerzo, Laura apartó la mirada de los hipnóticos claroscuros del techo y la desvió hacia su compañera de celda. «Aquí te has portado, hada. Gracias».

Karla dormía ya y era sólo un impreciso bulto sobre su catre. En aquel momento, y como siendo consciente de la atención de Laura, se removió y murmuró algo desde sus sueños.

«Ojalá los tengas felices, Karla —pensó Laura—. Lo mereces».

Recordó el día de su llegada y el momento en que la llevaron a la celda. La esperaba individual y se sorprendió al encontrar allí a otra persona.

—Recuerda tu número de celda, ciento doce —dijo la celadora—. Y ésta es tu compañera, Karla Raines. Ella te pondrá al corriente de cómo funcionan aquí las cosas. Recuerda, no queremos problemas. Si no los creas no los tendrás. Ahora hazte la cama y dispón tus pertenencias. Volveré en media hora.

Laura se quedó de pie en la entrada mientras oía tras de sí el ruido de la puerta al cerrarse electrónicamente. Tenía en las manos la ropa de cama y a

su lado una pequeña maleta. Unos días más tarde Karla le confesaría que aquella imagen, recortada contra los barrotes de la celda, le había producido un sentimiento de ternura al que hacía ya tiempo que se creía inmune.

—Hola, ¿cómo estás? Me llamo Laura. Laura Di Mato.

Karla siguió observándola unos instantes antes de responder.

—Anda, ven que te ayude. Yo soy Karla, ya lo has oído. Karla Raines.

Laura la observó mientras instalaban sus cosas. «Tendrá unos veinticinco años —pensó— y es atractiva. ¿Por qué estará aquí?».

Karla le devolvió la mirada, como adivinando su pensamiento.

—Bien... Laura, ya que vamos a vivir juntas, supongo que será mejor que nos conozcamos. Ven, siéntate y dime cómo has llegado aquí.

—Te... te iba a preguntar exactamente lo mismo, Karla. De acuerdo, empezaré yo. Tú lo has dicho antes.

Y Laura contó su historia a aquella mujer que le era desconocida. Lo hizo con una sinceridad y un desapasionamiento que a ella misma le sorprendieron; seguramente lo necesitaba desde hacía tiempo. Poder desahogarse con alguien que fuera ajeno a ella y que no tuviera una imagen preconcebida.

Karla era una buena oyente. Dejó que Laura hablara sin interrumpirla. Tan sólo breves gestos acompañaban de vez en cuando al relato de la joven.

—Vaya, Laura, es tremendo. No sé qué decirte. Si te sirve de consuelo te diré que te creo. Te parecerá una tontería, pero eso aquí ya es mucho. Te confesaré que esperaba oír una proclama de inocencia, vacía y llena de resentimiento. Entre nosotras eso es lo habitual. Imagino que la mayoría acaba por creer en su propia versión... o que acabamos por creer en nuestra propia versión —terminó en un susurro.

—Karla... yo también te creeré. Cuéntamelo. Yo me he quedado mucho más tranquila después de hablar. —Sonrió a su nueva amiga.

Karla Raines devolvió el gesto. Fue sólo una media sonrisa, en la que Laura intuyó una profunda amargura.

—Imagino que tienes razón. Hace tiempo que no se lo cuento a nadie. He llegado a comprender que a nadie le interesa... supongo que ya ni siquiera a mí. Lo único que me importa es salir de aquí mientras voy tachando los días que faltan... aunque tampoco sé lo que haré cuando esté fuera.

—¿Cuánto... te falta?

—Depende del comité de libertad bajo palabra y del informe del alcaide. Espero que menos de dos años y medio. Me cayeron nueve y ya llevo dos. Bueno, exactamente llevo dos años, un mes y seis días. —Sonrió a Laura, esta vez más abiertamente—. No me hagas caso. Lo peor que te puede pasar es obsesionarte con los días que te faltan. Tú saldrás enseguida. Considera esto como unas vacaciones pagadas.

Laura rió.

—Sí, aunque sin posibilidad de elección. Por lo menos la habitación del hotel me gusta —paseó la mirada por la celda y la detuvo con intención en Karla—. Venga, te escucho.

—Laura, yo era, o soy, una prostituta —dijo mirándola a los ojos—. Créeme que no por gusto. Digamos que por necesidad. Y bastante buena en mi trabajo... —continuó con una mueca irónica.

Laura sintió como crecía un nudo en su estómago a medida que aquella mujer iba relatando lo que había sido su vida durante los años previos a la condena. Karla lo contaba de forma impersonal, con la mirada perdida en uno de los rincones de la celda.

Era hija única y su padre había abandonado a la familia cuando ella tenía nueve años de edad. No había vuelto a saber de él. Su madre trabajaba en lo que podía, pero de lo poco que ganaba, aún menos se utilizaba para cubrir las necesidades familiares. La mayor parte se iba en alcohol, con el que la madre de Karla trataba de olvidar su impotencia ante la vida. Karla se prostituyó por primera vez a los dieciséis años; desde entonces, no había conocido otra profesión.

—Créeme, no tuve otro remedio... O quizá sí, pero entonces me pareció la salida natural. Era dinero fácil y me permitió escapar en parte de aquel infierno... y ocuparme de mi madre. Ella nunca quiso saber de dónde sacaba el dinero, aunque supongo que lo imaginaba. Y pasé a vivir de forma desahogada porque, ¿sabes?, llegué a ser bastante cotizada.

Laura escuchaba a su compañera sin atreverse a interrumpirla. «Lo mío ha sido terrible —pensaba—, pero la vida de esta mujer tampoco es precisamente un ejemplo de felicidad».

—No creas, llegué a acostumbrarme a lo que hacía —prosiguió Karla

como adivinando sus pensamientos—. Incluso llegué a considerarlo como un trabajo cualquiera... Tenía sus momentos buenos. Lo malo es que tratas con personas que en muchos casos no están muy equilibradas y al final me tocó el monstruo que todas nosotras tememos. Siempre acaba llegando, pero normalmente puedes salir airosa. En mi caso no fue posible y tuve que matarlo.

Había pronunciado estas palabras con la misma falta de pasión que el resto de su historia, aunque Laura no pudo evitar un sobresalto.

Karla la miró.

—Y no me arrepiento, Laura. Volvería a hacerlo. No te digo que volvería a matarlo, no. Eso fue circunstancial. Pero sí que volvería a defenderme como lo hice, y sin ningún remordimiento.

—Er... lo comprendo, Karla. Pero ¿qué te hizo?

Nuevamente apareció en el rostro de la mujer la misma sonrisa cansada.

—Acabamos de conocernos y estás consiguiendo que te cuente cosas que creí que no iba a repetir jamás. ¿Qué tendrás? —Ahora su sonrisa se hizo más amplia.

—Bueno, qué demonios —prosiguió—. Era un perfecto hijo de puta y no merece ninguna consideración a su recuerdo. Me tenía atada a la cama —no te extrañes, los sádicos abundan— cuando sacó una navaja de afeitar. Al principio pensé que formaba parte del juego, aunque el tipo no me había gustado desde el principio, pero cuando empezó a herirme comprendí que no. Tenías que haber visto sus ojos, Laura. Era la mirada de la muerte. Aún me asalta por las noches. Menos mal que cometió un error. No había apretado bien una de las cintas con las que me había atado y mientras se masturbaba a horcajadas sobre mí cerró los ojos, supongo que esperando su repugnante orgasmo. Liberé mi mano, cogí un cuchillo que siempre guardaba en la mesilla y se lo clavé.

—Es... terrible, Karla.

—Sí, lo es. ¡Y qué ironías, Laura! Se marchó de este mundo feliz. Su muerte coincidió con su orgasmo.

Laura recordaba ahora todo aquello en la penumbra de la celda, mientras

poco a poco el sueño se iba adueñando de su mente. Sus siguientes recuerdos, ya un tanto inconexos, fueron para su familia. Su padre y su madre habían ido ya dos veces a verla y habían prometido seguir haciéndolo siempre que fuera posible. Los encontró bien —sorprendentemente bien—, dado el poco tiempo transcurrido.

Cierto que ambos parecían haber envejecido mucho desde que todo aquello comenzó, pero al menos la joven los halló animosos y con la suficiente presencia de espíritu como para ser ellos los que trataran de alegrarla, en lugar de recurrir a ella, como en otras ocasiones, en busca de apoyo.

—Mejor, mejor... —murmuró ya casi en sueños, mientras imágenes que ya no dependían de su voluntad consciente bailaban en su cerebro. La última que recordó fue la de sí misma, siendo muy niña, saltando alborozada hacia los brazos abiertos de su padre.

A Laura la habían destinado al servicio de lavandería. No era de los peores, aunque a veces podía resultar agotador. La ropa, especialmente la húmeda, podía llegar a ser muy pesada. Por fortuna las máquinas se ocupaban de la mayor parte del trabajo y ella tenía frecuentes espacios de tiempo en los que abstraerse y quedarse a solas con sus pensamientos.

De la lavandería le gustaba a Laura el hecho de no verse obligada a mantener continuas conversaciones con otras internas, o simplemente a escucharlas. Allí las operarias estaban separadas entre sí y el ruido de lavadoras y secadoras abortaba cualquier intento de comunicación prolongada.

Aparte de la celadora de turno, que a veces ni estaba presente, la encargada de la lavandería era una interna ya mayor, María López. No sólo su nombre, sino también su aspecto, hablaban a las claras de su ascendencia chicana. Era una mujer hermética, que hacía bien su trabajo y a la que Laura nunca había visto sonreír. Entre ambas apenas se habían cruzado más palabras que las necesarias para sacar adelante el trabajo que tenían encomendado.

Laura llevaba ya un mes en prisión. Por un lado le parecía mucho y,

desde otro punto de vista, muy poco. Esos treinta días habían transcurrido con rapidez —«A este paso acabo enseguida», pensaba—, pero luego caía en la cuenta de que sólo eran una doceava parte del total y que un año entero constituía una parte muy importante de la vida, sobre todo de una vida que, como la suya, sólo existía desde hacía dieciocho. Laura no quería ni pensar en los sentimientos de las internas que cargaban con largas condenas y empezaba a comprender la cuenta de los días transcurridos en prisión que, como a Karla, obsesionaba a la mayoría de ellas.

Lo malo de la privación de libertad, había ya comprendido Laura, no lo era para el cuerpo, que rápidamente se acostumbraba, y ni siquiera para el espíritu, que podía encontrar hasta relajante la rutina cotidiana. Lo malo era para la mente: ella era la verdadera prisionera. Lo peor era la certeza de que una no podía salir de allí hasta que el reloj marcara una hora determinada; y por desgracia no era un reloj de sólo veinticuatro horas. La necesidad de salir se iba convirtiendo, poco a poco, en obsesión.

Laura comprendió todo con rapidez y se aprestó a defenderse. Ya que era la mente la verdadera prisionera, lo que había que hacer era liberarla, dejarla vagar en alas de la imaginación y llevarla lejos de allí. Cuanto más lejos, mejor. Por eso Laura agradecía los momentos en que, a solas, se abstraía y permitía que sus pensamientos viajaran hacia otros mundos: el pasado, sus seres queridos o un futuro que a la joven se le presentaba nebuloso, aunque con un objetivo bien definido: el de la venganza. Aún no sabía cómo la llevaría a término, pero sí sabía que lo haría o que, al menos, lo intentaría con todas sus fuerzas.

No se le ocultaba que los individuos hacia los que apuntaba eran de difícil acceso, sobre todo cuanto más alto se hallaban en la pirámide. En la base estaban los policías, fundamentalmente el que intentó matarla a sangre fría, con un interrogante hacia el que, finalmente, le salvó la vida. A media altura se encontraban Alfonso Brescia, el despiadado jefe de su hermano John, y aquel abogado falso y traicionero, Tom Ferguson. Y por último, en la cúspide, dos seres que Laura nunca había visto en persona, aunque conocía por fotografías: el alcalde de Nueva York y el todopoderoso don Cario Patrese. Porque a Laura no se le ocultaba la relación entre ambos personajes: un caramelo ofrecido por Patrese al alcalde para garantizar su reelección a



cambio de quién sabe qué oscuras concesiones.

La pirámide aún estaba incompleta, pues con seguridad habría un enlace entre el alcalde y los policías que habían llevado a cabo los asesinatos. Otro u otros culpables a quienes Laura estaba dispuesta a desenmascarar y hacer pagar un alto precio. Era algo que debía a sus padres, a su hermano John y a su amigo Giuseppe, pero que, fundamentalmente, se debía a sí misma.

—Laura, vete al almacén y trae cuatro sábanas limpias. Éstas están ya para tirar.

La joven se volvió hacia María López, pero ésta ya le daba la espalda mientras se alejaba. «Qué mujer más extraña —pensó—, aunque quién sabe lo que habrá tenido que pasar a lo largo de su vida».

Con un leve encogimiento de hombros se dirigió hacia el almacén. Se accedía a él a través de una pequeña puerta situada al final de la lavandería, que Laura abrió.

El almacén era un lugar en el que la joven se encontraba a gusto. Tenía algo de sacristía recoleta y silenciosa; hasta el olor a jabón y desinfectantes traía reminiscencias conventuales, y las pilas de ropa almacenadas recordaban a Laura el pequeño armario en el que su madre guardaba la ropa blanca.

La muchacha se dirigió hacia las estanterías donde se apilaban las sábanas arrastrando tras de sí una pequeña carretilla, similar a las que se usan en los supermercados y que había cogido a la entrada.

Mientras se estiraba para alcanzarlas oyó el ruido de la puerta del almacén al cerrarse. No se volvió a mirar, pues en ese momento las alcanzaba con la punta de los dedos.

—¿Puedo ayudarte, preciosa?

La voz era ronca y de momento Laura no la situó como la de ninguna de sus compañeras de trabajo.

—No, gracias —respondió—. Ya las tengo.

Con las sábanas en la mano se dio la vuelta y lo que vio le heló la sangre.

Ante ella, formando un semicírculo, se encontraban tres mujeres, aunque sólo se fijó en la que se hallaba en el centro. Era Chanda Crabb y la miraba con sus ojos diminutos cargados de amenazas.

Laura nunca la había tenido tan cerca y su aspecto era aún más ominoso que el que ella guardaba en su memoria. *Virago* era la monstruosa encarnación de la maldad y no había nada en la mujer ni en su expresión que permitiera albergar la más mínima esperanza de cambiar sus sentimientos.

Su cuerpo se quedó petrificado, con las sábanas aún abrazadas. A su mente le pasó exactamente lo contrario: se disparó a toda velocidad tratando de encontrar una salida para aquella pesadilla. Las imágenes se agolpaban con tal rapidez que se superponían entre sí y el resultado no era más que una total y dolorosa desorientación. Laura comprendió por segunda vez en su vida lo que era el terror más absoluto.

*Virago* pareció darse perfecta cuenta y su sempiterna y macabra sonrisa se amplió ligeramente.

—No tienes por qué preocuparte, preciosa. Sólo pretendo que tú y yo nos divirtamos un rato. Seguro que te va a gustar.

Lo que siguió fue para ella aún más traumático que lo sucedido la noche de la muerte de su hermano. Entonces todo fue, al menos, sorprendente y duró escasos segundos. Además, la naturaleza fue compasiva con ella y perdió el conocimiento.

Esta vez fue todo lo contrario y Laura fue dolorosamente consciente de cada instante.

A un leve gesto de *Virago*, sus dos compañeras inmovilizaron a la muchacha por los brazos. Crabb avanzó hacia ella y con estudiada suavidad le quitó las sábanas de las manos, las depositó en el carrito y, lentamente, comenzó a tocar el pecho de Laura.

Su reacción fue instintiva. La rodilla derecha se disparó hacia arriba, alcanzando a *Virago* en la ingle. Ésta casi ni se inmutó. Sólo sus ojos se entrecerraron un instante y, de nuevo, la sonrisa se amplió ligeramente.

Laura ni siquiera vio venir la tremenda bofetada.

—Bien, bien... Parece que el gallito quiere pelea. Así será más divertido. Echadla sobre la mesa.

La joven comenzó a gritar pero de inmediato una mano le oprimió los labios. Intentó morderla, aunque sin conseguirlo. Un instante después sintió que le introducían un trapo en la boca y que la amordazaban con una tira de tela. Notó como la levantaban en vilo y la depositaban sobre una de las mesas

metálicas del almacén.

Durante unos instantes intentó continuar defendiéndose, pero de pronto su cuerpo quedó quieto. Una luz se introdujo en su cerebro y algo le dijo que lo mejor para ella era no resistirse. Laura, con una lucidez que a ella misma la asombró, se aprestó a enfrentarse a lo que iba a venir de modo que le causara el menor daño posible: es decir, ignorándolo.

Crabb notó inmediatamente el cambio de actitud de la chica, aunque no lo interpretó de forma correcta.

—Vaya, vaya, parece que al gallito le gusta después de todo. Querida, te voy a llevar al cielo.

Y Chanda Crabb, ahora con manos más ávidas, empezó a desnudarla.

—¿Y dices que te has caído? —preguntó la celadora a Laura—. Bueno, por mí está bien, siempre que no causes problemas. Puedes volver a tu celda. Llamaré para que te abran.

Cuando *Virago* y sus dos acompañantes se hubieron marchado, la muchacha se vistió como pudo, aunque tanto la blusa como otras prendas estaban desgarradas. Tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para conseguir serenarse, recordándose a sí misma que jamás se dejaría vencer, aunque todo su cuerpo seguía temblando de forma incontrolada. Se secó las lágrimas con el dorso de la mano, abrió la puerta del almacén y salió.

Vio a María López al otro extremo de la lavandería. La mujer le daba la espalda y parecía más pequeña y encogida que de costumbre. Por un momento Laura sintió el impulso de arremeter contra ella y hacer que pagara en ese instante por toda su frustración y toda su desesperanza, aunque el arrebato duró poco. «Eres sólo una pieza más en el engranaje de toda esta mierda —pensó—. Seguramente ya tienes bastante castigo con tener que soportarte a ti misma».

Laura abandonó la lavandería y salió al pasillo en busca de una celadora.

—Dios mío, querida, me siento tan... impotente. ¿Por qué tú, por qué precisamente tú? —Karla se hallaba sentada al borde de la cama de Laura,

mientras cogía con las suyas una mano de la joven—. Además soy culpable. No debí permitir que esto sucediera.

—Pero... ¿qué dices? Si tú me avisaste, si me hablaste de esa... mujer, y de lo peligrosa que era.

—No fue suficiente, no fue suficiente. —Karla parecía realmente afectada—. Había que haberte alejado más de ella. No sé... haberte buscado otro trabajo en un lugar menos solitario... haberte vigilado más.

—No te tortures, Karla. De verdad creo que fue inevitable. Ella habría encontrado la manera tarde o temprano. No quiero pensar más en ello. Lo que de verdad importa ahora es que no vuelva a suceder. No sé si podría volver a soportarlo —concluyó con un sollozo.

Karla Raines permaneció un rato pensativa mientras acariciaba el pelo de su amiga.

—No basta con que no te vuelva a suceder, Laura. Hace falta además la certeza de que va a ser así. No se puede vivir pensando que existe la más mínima posibilidad de que algo semejante puede repetirse. Acabarías loca... Te lo digo por experiencia.

Laura frunció las cejas mientras miraba a su compañera.

—Ya te insinué una vez que yo también fui objeto de... las atenciones de ese monstruo. Lo mío fue en la ducha y nadie movió un dedo por mí. Esa mujer tiene aterrorizada a toda la prisión. Se dice que hasta cuenta con la colaboración de algunas celadoras. Les proporciona chicas, ya me entiendes.

Laura asintió en silencio.

—Comprendí, como ahora ya sabes tú —Karla la miró con afecto—, que no podría volver a resistirlo. Y eso que lo mío es el sexo, pero es que eso de sexo no tiene nada. Es sólo terror, puro terror. Pasé una temporada rehuendo a Crabb, evitando estar sola... hasta simulando estar enferma. Acabé neurótica, Laura. Cualquier ruido me sobresaltaba, me encontraba mirando a mi espalda a cada momento y me encerré completamente en mí misma. Menos mal que tuve un instante de lucidez y comprendí que no podía seguir así.

—¿Y qué hiciste, Karla? Dímelo, por favor.

—¿Que qué hice? —La mujer tomó de nuevo la mano de su amiga y, por un momento, su mirada pareció perderse en el pasado—. Digamos que de

momento prefiero guardarlo para mí. Ahora no te preocupes más. —Sus ojos volvieron a posarse en ella, dirigiéndole un guiño amistoso—. Ten confianza. Voy a intentar que puedas vivir tranquila el tiempo que te queda aquí. Si no resulta, te lo diré y buscaremos una solución. Por lo menos sabes que puedes contar siempre conmigo... y eso es algo que yo no tuve.

Laura se esforzó en sonreír.

—Gracias, Karla, de verdad. Espero poder devolverte lo que ahora haces por mí.

—Ya lo haces cada día, querida. Ya lo haces...

—Y... ¿no crees que he hecho mal no denunciando lo sucedido? A lo mejor habría conseguido que esa mujer me dejara en paz.

—De ninguna manera. Has hecho lo que debías. Como si ya fueras una interna con experiencia. —Sonrió—. Mira, al poco rato de que ocurriera, ya lo sabía todo el mundo. Los canales de comunicación en la cárcel son increíbles. Y los comentarios eran unánimes. Tenías que haber oído lo que se decía de *Virago*, aunque nadie lo hacía en voz muy alta, por si acaso. Para ti, en cambio, todo eran alabanzas. Esa chica tiene un par de huevos, decían. —Le dio un golpe cariñoso en la mano—. No, Laura, puedes estar tranquila: si lo hubieras denunciado, todo habría sido peor. No contarías con el aprecio de las demás, aunque la verdad es que tampoco te iba a servir de mucho, y es probable que Crabb hubiera vuelto a la celda de castigo. Pero eso dura poco y a la salida habría ido a por ti. Piensa en que esa mujer no tiene nada que perder, porque ya nada le queda, y que no hay en ella el menor sentimiento humano.

Karla se levantó.

—Ahora debes dormir. Si te despiertas por la noche y quieres algo, aunque sólo sea hablar, no dudes en llamarme. Y estate tranquila. Durante unos días *Virago* se olvidará de ti... y antes habremos resuelto tu problema. Para siempre.

Habían pasado dos días desde el asalto a Laura y el sosiego había ido poco a poco ganando terreno en el ánimo de la joven.

Por un lado el afecto continuo que le mostraba Karla, por otro su cada vez

más firme decisión de salir adelante por encima de todo y de todos y, por último, las muestras de ánimo por parte del resto de las reclusas habían contribuido a crear una Laura más confiada, más segura de sí misma.

El apoyo de sus compañeras de prisión había llegado a emocionarla. Con muy pocas excepciones, habían aprovechado un momento u otro para acercarse a ella y susurrarle palabras de ánimo. Algunas lo habían hecho de forma directa, ostensible; otras, con palabras murmuradas por lo bajo o con simples gestos y sonrisas de amistad.

Laura descubrió que dentro de aquel conjunto gris de mujeres proscritas y repudiadas por sus semejantes existían también virtudes y afectos humanos, en muchos casos más profundos y afianzados que en otros sectores de la sociedad. La conciencia de clase era algo muy arraigado entre ellas y llegaba a crear un mecanismo de autodefensa que fomentaba la relación humana y la comprensión de los defectos ajenos.

En la cárcel no había hipocresía ni sentimientos racistas o de superioridad. Cada cual iba a lo suyo, aunque ello tampoco implicaba necesariamente sentimientos egoístas, pues todas necesitaban en mayor o menor grado de las demás y sabían, o mejor intuían, que posturas insolidarias o prepotentes revertían al final en contra de su escaso y preciado bienestar.

Laura razonaba todo ello apoyada contra una de las paredes del patio de la prisión. El tiempo era soleado y agradable y la joven permanecía con los ojos cerrados y la cara dirigida al sol. Era la pausa de mediodía, previa a la comida, y Laura se hallaba sola. Karla no estaba en el patio. «Voy a hacer unos arreglos», le había dicho con una sonrisa cómplice.

La joven intuía que ello tenía que ver con *Virago* y su propia tranquilidad, pero no había querido preguntar nada. Sonrió al comprender que ello formaba parte de la ley no escrita de la cárcel y a la que Laura se había adecuando tan rápidamente: no insistas en saber algo que no te quieran contar. Ya te enterarás cuando llegue el momento.

Abrió los ojos y los paseó por el amplio patio. Rápidamente localizó a *Virago*. No es que la buscara, pero la ubicación de la Crabb saltaba siempre a la vista. Y no por su inmensa mole o por la maligna atracción que despedía, sino porque a su alrededor había siempre un vacío. *Virago* era como una isla rodeada de mar gris, yermo. Tan sólo sus dos o tres acólitos se encontraban

junto a ella. «Esas mujeres deben de ser tan depravadas como ella —pensó Laura—. O quizá están tan aterrorizadas por ese monstruo que no tienen otro remedio».

Por fortuna Crabb parecía haber perdido el obsesivo interés por ella. Ya no la perseguía con aquella mirada fija de los días previos a la violación, aunque Laura no se engañaba. Aún recordaba vívidamente las palabras y la expresión de la mujer cuando por fin se dio por satisfecha. «Ha sido muy agradable. Hasta la próxima, preciosa».

Ahora se sentía ya capaz de evocar y analizar lo sucedido sin sufrir un excesivo sobresalto e incluso trataba de prepararse mentalmente para resistir un segundo envite. Cada vez era más consciente del poder de la mente y se esforzaba en conseguir que su vertiente racional se impusiera sobre la otra, la atávica e instintiva. Sabía que si no era así podría caer en la locura o, al menos, verse seriamente dañada.

Karla apareció a su lado, sacándola de su ensimismamiento.

—¿Cómo va todo, Laura?

—Bueno... supongo que bien. ¿Y tú? ¿Puedo ya saber algo de lo que has estado haciendo?

Karla desvió por un momento la mirada, aunque acabó fijándola de nuevo en su amiga.

—Tenemos que hablar. Seriamente. Y no es éste el lugar adecuado. Quedan sólo cinco minutos para volver a las celdas —dijo mirando su reloj—. Tendremos media hora antes de la comida. Ahora vamos a pasear. Hace un día maravilloso.

—¿Recuerdas que te dije que *Virago* también fue a por mí? Lo que no te conté es cómo solucioné el problema.

Karla hablaba en voz muy baja. Estaba claro que no quería que nadie más escuchase lo que tenía que decir. Se había sentado junto a Laura, en la cama de ésta, y su mirada traslucía la preocupación que sentía.

—Entonces tuve que enfrentarme a la misma decisión que ahora vas a tener que tomar tú, querida: seguir viviendo con el fantasma de Crabb siempre a tu lado o poder olvidarte para siempre de él... aunque pagando un

precio a cambio. —La voz de la reclusa se convirtió en un susurro.

—Ay, Karla. Ojalá *Virago* fuera sólo un fantasma. Lo malo es que es demasiado real. Seguramente cualquier cosa es mejor que ella. Anda, dime de una vez de qué se trata.

—Había esperado no tener que contártelo y poder decirte que *Virago* había pasado a la historia. Bien sabe Dios que lo he intentado por todos los medios, pero no ha resultado. Bueno... ha resultado a medias.

Laura no pudo reprimir un gesto de impaciencia.

—Ya va, ya va, Laura. Perdona. Pero antes tengo que ponerte en antecedentes. Tú ya conoces a Elsa Stilian, la celadora jefe. Ella fue en su día la solución para mis problemas con *Virago*. Pienso que es una mujer decente. Bueno, dentro de lo que cabe —añadió con un encogimiento de hombros—. Yo entonces disparé un tiro a ciegas. Ya te conté lo desesperada que llegué a estar con la obsesión de Chanda Crabb todo el día pesando sobre mí. Decidí contárselo a la Stilian, de forma no oficial, ya me entiendes, en busca de consejo. Ella ya lo sabía todo y me dio la impresión de que hasta intuía mi desesperación. Hay que reconocer que es muy buena en su trabajo y a veces da la impresión de saber sobre nosotras más que nosotras mismas.

Laura hizo un ademán a su amiga para que continuara.

—El acuerdo surgió casi sobre la marcha. Elsa me tanteó con sutileza. Esa mujer es inteligente. Fue una conversación a base de sobrentendidos, pero en la que todo quedó claro. Finalmente llegamos a un acuerdo: ella se ocuparía de *Virago* y yo cumpliría mi parte en el trato.

—La Stilian es... lesbiana, ¿verdad? —murmuró Laura.

—Veo que vas comprendiendo. Sí, lo es. Y también habrás comprendido lo que yo daba a cambio. —Vio como Laura desviaba su mirada—. Mi cuerpo. Para mí no fue nada difícil. Estaba acostumbrada a hacerlo a cambio de dinero y en aquella ocasión iba a cobrar un precio mucho más alto. Tampoco me era extraño el sexo con mujeres. Abundan más de lo que crees.

—Karla... ¿estás insinuando...?

—Espera, espera. Antes te diré que Elsa Stilian cumplió perfectamente su parte en el trato. Lo limitamos en el tiempo, a no más de tres meses con un máximo de diez... sesiones. Además resultó ser una mujer considerada y no exenta de sensibilidad.



—Pero Karla, yo no puedo...

—Desgraciadamente es algo que sólo tú puedes decidir. He intentado renovar mi trato con Elsa, volver a ella a cambio de tu seguridad, pero no ha aceptado.

Laura levantó una mano para interrumpir a su amiga.

—Karla, ¿quieres decir que estabas dispuesta a hacer eso por mí? ¿Que ibas a volver con esa mujer a cambio de... mi tranquilidad?

—Desde luego. ¿Cómo puedes dudarlo? Ya te dije que ése ha sido mi trabajo desde hace mucho tiempo y te aseguro que el precio que ahora iba a cobrar valía de sobra la pena.

Laura tomó emocionada las manos de su amiga.

—Es increíble, Karla... y maravilloso. Pensar que he tenido que esperar a venir a la cárcel para encontrar una persona como tú... una amiga como tú.  
—Miró a la mujer a los ojos—. Nunca lo olvidaré.

—Vamos, vamos, Laura. No le des más importancia de la que tiene. Te aseguro que yo no se la he dado. Lo malo es que no he conseguido mi propósito... o no del todo, como te dije. Elsa Stilian me dio a entender que nuestro acuerdo estaba ya cerrado y que segundas partes nunca fueron buenas, pero dejó abierto el camino para que fueras tú la que hablaras con ella. Creo que quiere renovar el trato... aunque con otra protagonista.

—Pero... No, no. Eso es impensable. Yo no podría, no podría.

—No lo sé, Laura. Desde luego depende de ti. Yo personalmente no lo dudaría.

—Además, ¿qué seguridad tendría de que *Virago* me iba a dejar en paz? Todas pensamos que esa mujer es incontrolable.

—Lo que Elsa Stilian hace con Crabb lo desconozco. Nunca quiso decírmelo. Pero sí me aseguró que podía estar tranquila. Y la cosa funcionó. Chanda Crabb dejó de existir para mí. Ni siquiera se atrevió a volver a mirarme.

La joven permaneció un rato sin hablar.

—No sé. Tengo que pensarlo. Primero tengo que hacerme a la idea y luego... Comprende que la disyuntiva es terrible.

Karla Raines asintió en silencio.

## 6

### Penitenciaría para mujeres del estado de Nueva York, 1968

Elsa Stilian estaba desasosegada y eso le resultaba molesto. Tenía treinta y cuatro años y ya llevaba diez trabajando en el submundo carcelario. Las ilusiones juveniles, los sueños de una vida apasionada, hacía tiempo que la habían abandonado. A cambio había aprendido a crearse una existencia cómoda, prácticamente lineal, en la que la rutina diaria y la ausencia de sobresaltos creaban una sensación de confort y de seguridad.

Elsa era maniática del detalle y del orden —atributos, aunque ella no fuera consciente de ello, de las personas solitarias— y su vida se centraba cada vez más, y ya casi con exclusividad, en su trabajo y en el pequeño cosmos de su intimidad.

Hubo una época en la que Elsa había mantenido frecuentes charlas con el psicólogo de la cárcel. De ello hacía ya casi un año y fue una etapa de su existencia en la que se sintió verdaderamente deprimida. Fue asaltada entonces por obsesivos pensamientos acerca de su fracaso como persona y de la inutilidad hacia la que estaba llevando su vida. Llegó a odiarse a sí misma y a la falta de capacidad para sentir cariño por nadie y, sobre todo, de despertar en los demás un sentimiento de aprecio hacia ella.

Ahora todo aquello había pasado. El psicólogo supo hacer su trabajo y Elsa había aprendido a convivir consigo misma, aunque para ello hubo de enterrar muy profundamente los sentimientos. Se convirtió en una persona que vivía sólo para el momento y que encontraba su satisfacción en el orden que imponía en lo que la rodeaba.

Y ahora, de algún modo, ese orden se estaba resquebrajando.

La mujer se levantó de la silla y dirigió una mirada de desagrado a los papeles que había sobre la mesa. Llevaba un rato tratando de concentrarse en

ellos pero su mente estaba, decididamente, en otro sitio. Su entrevista con Karla Raines seguía martilleándola una y otra vez desde el subconsciente y le estaba negando la paz de espíritu que tanto anhelaba.

Se acercó a la ventana y dejó que la mirada se perdiera en el paisaje que se veía por encima de los muros de la prisión. Sabía que, en la cárcel, todas las internas conocían sus preferencias sexuales pero desconocían que, desde su relación con Karla, se había propuesto poner fin a ellas.

Lo había decidido así en aras de su paz interior. Era consciente de que ello supondría encerrarse cada vez más en sí misma, pero era la conclusión a la que, ayudada por el psicólogo, había llegado. Ambos habían pasado revista a sus tendencias homosexuales y a los efectos que sobre ella producían.

El psicólogo incluso le había explicado que rara vez la homosexualidad en la mujer es por motivos genéticos, siendo debida, generalmente, a condicionantes sociales y ambientales. Elsa tuvo que aceptar que ése podía ser su caso. En su pubertad había sido una joven como las demás, ansiosa de atraer la atención de sus compañeros masculinos, y había sufrido amargas decepciones al verse repetidamente ignorada. Su físico no era en absoluto atractivo, pero pocas jóvenes son capaces de mirarse al espejo y no encontrar en su propia imagen algo destacable que les permita albergar sueños románticos.

Elsa había dejado de ser virgen a los diecisiete años y la experiencia había resultado definitiva para ella. Se sintió utilizada y, lo que es peor, despreciada. El joven —ya ni se acordaba de su nombre—, tras unos escauceos en el asiento trasero de un coche, que resultaron dolorosos y nada gratificantes, la había dejado en su casa no sin antes aclararle el inmenso favor que le había hecho, pudiendo disponer de chicas mucho más atractivas que ella. Desde entonces, Elsa había perdido todo interés por el sexo opuesto y había empezado a mirar con buenos ojos a otras chicas. Descubrió en ellas mucha mayor sensibilidad y preocupación por sus sentimientos y, sobre todo, se sintió recompensada al ver que, a cambio de lo que ella daba, al menos recibía algo.

Fue una época amable, recordaba ahora, en la que hizo buenas amistades e incluso llegó a sentir algo parecido al amor por alguna de sus compañeras. Pero nada tenían que ver los sentimientos que entonces tuvo con el poso de

amargura que su última relación, la que mantuvo con Karla Raines, le había dejado. Aquello no había sido más que sexo, sexo comprado a una profesional y que no le había dado ninguna satisfacción, ni siquiera la que puede producir la sensación de dominio sobre otra persona. Karla se había comportado de forma impecable, cumpliendo a la perfección su parte en el trato. Elsa había llegado incluso a pensar que la pasión que Karla mostró en algunos momentos había sido auténtica, pero pronto comprendió que no debía engañarse: aquella mujer sólo hizo lo que se esperaba de ella y lo hizo como lo que era, una magnífica profesional.

Elsa recordó como había estado a punto de liberar a Karla de la parte que le correspondía en el trato antes de que éste llegara a su fin y si no lo hizo fue quizá por su estricta manera de ser: ella nunca dejaba nada a medias y tampoco quería que aquella mujer pensase que había sido su culpa, que había fallado en algo.

De cualquier forma, Elsa procuró acortar al máximo la duración de las últimas sesiones y las utilizó, sobre todo, para hablar con Karla, dejando a un lado, lo más posible, la relación sexual. Fueron la mejor parte de su convenio. En ellas descubrió que Karla era alguien que escondía una gran sensibilidad detrás de su aparente dureza y que no era sino un ejemplo más de lo que con frecuencia se repetía tras las paredes del penal: una mujer a la que la maquinaria de la sociedad había llevado a una situación extrema, pero que poseía unos valores más elevados que otros seres humanos que Elsa había conocido; personas que en muchos casos se hallaban encumbradas en lo alto de la escala social y que contaban con el beneplácito y hasta con la pretendida admiración del resto de la sociedad.

Y ahora Elsa se enfrentaba de nuevo a una situación similar, a pesar de su firme propósito de que aquello no volviera a suceder.

Todavía de cara a la ventana, pero ya sin ser consciente del paisaje que miraba, recordó la visita que, dos días antes, le había hecho Karla. La mujer fue directa al tema. Le propuso reanudar su relación, en las mismas condiciones, a cambio de que ella garantizara la seguridad de Laura Di Mato ante los acosos de Chanda Crabb.

Su primera reacción fue de sorpresa. La segunda, de algo parecido a la indignación. Y no porque Karla Raines quisiera reeditar el pacto, sino porque

lo hiciera en beneficio de una tercera persona que, a todas luces, estaba utilizándolas a las dos. ¿Qué le habría ofrecido Laura Di Mato a Karla Raines y cómo se había atrevido ésta a airear un trato que habían acordado mantener secreto? Algo de todo ello debió de adivinar Karla en su mirada, recordó Elsa con una sonrisa, pues se apresuró a explicar que la muchacha no sólo era totalmente ajena a la idea, sino que ni siquiera tenía el menor conocimiento de ella.

El sentimiento de la celadora fue ahora de incredulidad, pero se disipó pronto. Conocía lo suficiente a Karla como para comprender enseguida que estaba diciendo la verdad. Además Elsa estaba acostumbrada a interrogar a las presas y sabía distinguir los pequeños indicios que acompañaban a una mentira. La mirada franca y directa de Karla terminó de convencerla.

Se apartó de la ventana con una sonrisa. Sin duda fue la generosa actitud de Karla la que le impidió negarse a la propuesta, tocándole una fibra profunda que pocas veces sentía latir. Lo que ahora no tenía tan claro fue la respuesta que le dio y por qué lo hizo: estaba dispuesta a aceptar, pero cambiando los papeles. Tenía que ser Laura y no Karla la que asumiera su parte en el trato. Quizá, pensaba ahora, lo hizo con la esperanza de que la joven no aceptara. O... y la idea le producía desazón, porque desde un principio se había visto atraída por aquella muchacha por unos motivos que prefería no reconocerse a sí misma.

Sentándose de nuevo a la mesa, consultó su reloj. Faltaba muy poco para las seis de la tarde, hora en la que Laura Di Mato debía ser conducida ante ella.

Paseó la mirada por la pequeña habitación. Una espartana mesa de despacho, proporcionada por la administración, con cajones a ambos lados, un gran armario archivador, una pequeña nevera con una cafetera encima, dos diplomas colgados en las paredes y sus dos únicos toques personales: un grabado de Watteau que le había regalado una antigua compañera y un sofá con dos butaquitas a los lados. El sofá lo había tenido primero en su dormitorio, pero hacía ya tiempo que decidió trasladarlo al despacho, pues prefería mantener ciertas entrevistas en él en lugar de en la más fría y oficial mesa de despacho. Chanda Crabb, pensó, nunca lo había utilizado. Se había sentado siempre en una de las incómodas sillas que había frente a la mesa y

con una atenta celadora a su lado.

Alguien llamó a la puerta y, aunque lo esperaba, Elsa se sobresaltó. Inconscientemente se alisó el peinado y, tomando uno de los papeles de la mesa, dijo que pasaran. Apenas alzó los ojos cuando la puerta se abrió y dos mujeres entraron en la habitación. Una era Susan White, celadora de confianza de Elsa, y la otra Laura Di Mato.

—Gracias, Susan, puedes dejarnos.

—¿No deseas que me quede?

—No, muchas gracias. Llamaré por el interfono cuando haya terminado.

La celadora cerró la puerta tras de sí y Elsa levantó la mirada del papel.

El otoño acababa de empezar y el clima era aún extraordinariamente benigno. Laura estaba sentada al sol junto a uno de los muros del patio de la prisión y tenía los ojos cerrados.

«Qué milagro es —pensó— que con todo lo que me ha pasado sea capaz de sentir en estos momentos algo parecido a la felicidad».

Abrió los ojos y parpadeó al notar el impacto de la luz sobre ellos. Junto a ella vio a Karla, con la cabeza apoyada contra la pared y aparentemente dormida. Elsa Stilian le había comentado que en la cárcel se dormía mucho y Laura ya tenía la suficiente experiencia para saber que así era. Otro fenómeno de adaptación, sin duda: el tiempo pasaba más rápidamente y los sueños podían transportarte a escenarios menos opresivos. Laura, a pesar de ello, prefería estar despierta. El sueño era necesario y en ocasiones gratificante, pero a ella le gustaba más el contacto con la realidad.

Los ojos, ya acostumbrados a la luz, se pasearon por el patio de la prisión. Quizá fuera eso lo que peor llevaba: la repetida monotonía de los escenarios en que transcurría su vida. Comprendía ahora el valor que tienen pequeñas cosas a las que no se da importancia cuando se disfrutan con regularidad, como el poder pasear la mirada por un paisaje o, simplemente, contemplar el ajetreo de una calle en la ciudad.

Su mirada se detuvo un momento en la figura de la celadora jefe. Elsa Stilian, quizá por ese extraño mecanismo que nos hace saber que somos observados, movió la cabeza hasta que sus ojos se encontraron con los de

Laura. Hizo un leve gesto de reconocimiento y su boca esbozó una ligera sonrisa. Laura respondió del mismo modo.

—Vais a conseguir que me ponga celosa. —Laura se sobresaltó al oír la voz de Karla y se volvió sonriente hacia su amiga.

—Creí que estabas dormida. Y soñando cosas bonitas, porque tenías una expresión muy plácida.

—Bueno, estaba medio dormida y... la verdad es que no me acuerdo muy bien de lo que pasaba por mi cabeza. Voy a ver si lo reengancho —dijo mientras se apoyaba nuevamente contra la pared y cerraba los ojos.

Karla sabía muy bien en qué había estado pensando, pero no se lo quiso decir. Aunque ahora todo había pasado, y con unos resultados que nunca se atrevió a imaginar, prefería no reabrir momentos que sin duda habían sido muy penosos para su amiga.

Retomó el hilo de sus recuerdos, los de la tarde, hacía ahora tres meses, en que ella se encontraba ya en su celda, esperando nerviosa la vuelta de Laura. Recordó la expresión seria y la palidez del rostro de su compañera de celda cuando Susan White, una de las celadoras, apareció en el patio para llevar a Laura a su cita con Elsa Stilian. Karla era muy consciente de que era ella la que, para bien o para mal, había desencadenado los acontecimientos que entonces iban a ponerse en marcha. Deseaba de corazón que fuese para bien y pensaba que era lo mejor para Laura, pero ¿y si se equivocaba?

Rememoró, con dolorosa precisión, el sobresalto que le produjo oír los pasos que se acercaban por la galería que llevaba a la celda y la ansiedad con que miró el rostro de Laura tras su regreso mientras trataba de adivinar sus sentimientos.

Ésta se sentó en la cama y se cubrió el rostro con las manos, pero fue sólo un momento. Cuando las retiró, miró a su amiga y le dirigió una sonrisa que, para inmenso alivio de Karla, no resultó en absoluto forzada.

—¿Qué ha pasado, Laura? ¿Cómo ha ido?

—Espera, espera, tengo que serenarme. Ahora te lo cuento todo. Pero tranquilízate, ha valido la pena.

Laura fue sosegándose a medida que le relataba lo ocurrido.

—Al principio creí que no podría resistirlo, que iba a dar media vuelta y salir corriendo. Casi sin mirarme me preguntó si conocía mi parte en el trato

y si estaba dispuesta a cumplirlo hasta el final. Luego me dijo: «Bien, me alegro de que sepas para qué estás aquí. Y ahora quiero verte... desnuda, me refiero». De verdad, Karla, creí morir, aunque sabía a lo que iba. Empecé a desnudarme y, cuando ya me había quitado la blusa y el sujetador, ella se acercó a mí y me puso las manos en los pechos. Entonces, Karla, me eché a llorar.

—Dios mío, pobre —dijo Karla mientras pasaba el brazo por los hombros de Laura y la atraía hacia sí.

—No, no, Karla. Fue lo mejor que pudo pasar. Ella se quedó mirándome bastante rato, totalmente inmóvil. Luego sacó un pañuelo de su bolsillo y me lo dio. «Anda, vístete», me dijo.

—Entonces, ¿habéis deshecho el trato?

—No, no, Karla, espera. Algo cambió en aquella mujer. Me dio un vaso de agua y me dijo que me sentara en un sofá que había en su despacho.

—Sí, lo conozco bastante bien —dijo Karla con ironía.

—Sí... claro, lo siento. Bueno, no te lo creerás, pero incluso llegó a pedirme perdón, todavía no sé bien por qué. Me dijo que no me preocupara, que el trato seguía en pie y que Chanda Crabb no volvería a molestarme. Mi parte consistiría en seguir visitándola como estaba pactado, pero sin que yo tuviera que dar nada a cambio. Imagínate... ¿no es increíble? —La expresión de Laura se hizo ahora radiante.

Karla sonrió ante el recuerdo. Fue una sonrisa alegre, surgida de dentro; muy parecida a la que aquel día había compartido con su amiga.

Abrió nuevamente los ojos y vio que Laura ya no se encontraba junto a ella. La descubrió paseando y charlando animadamente con un grupo de internas. «Esta chica tiene un carisma especial —pensó—. Y quizá su mayor fuerza radica precisamente en que ella lo ignora».

Karla se levantó y, desperezándose, fue a reunirse con el grupo.

—No hay duda de que te la jugaron y de que la conspiración alcanza muy alto. Como ya te dije, tu expediente me llamó la atención cuando lo recibí y ahora ya tengo respuestas a algunas averiguaciones que he hecho. Lo que más me convence de que hubo algo muy sucio es precisamente el secreto que



rodea a todo el asunto. El amigo de archivos con el que me puse en contacto me ha confirmado que hay algo extraño. En los registros no figura casi nada y, cuando ha querido indagar, se ha encontrado con un muro. De los policías que intervinieron, ha hablado con uno que es su amigo. Le costó mucho sacarle palabra, pero al fin le confesó que ni él mismo se explica bien lo sucedido. Fue un compañero suyo, Ralph Andino, el que abrió fuego sin la menor advertencia. Cree que otros policías también dispararon, pero piensa que fue debido a la inercia y a la tensión del momento. Confesó que él mismo estuvo a punto de hacerlo. Otro dato: Ralph Andino es tirador de primera. Y otro aún más significativo: el tal Andino ha sido ascendido a teniente, saltándose todo el escalafón. Fue nombrado a petición del capitán Stewart, que, curiosamente, fue quien se encargó de la investigación policial obligatoria cuando se producen disparos... y muertos. Por lo que se ve, el capitán no encontró nada censurable en la actuación de los agentes, sino todo lo contrario.

Laura escuchó las palabras de Elsa Stilian con expresión seria. Al final asintió despacio.

—Gracias, Elsa. Has llenado muchos huecos en el puzle. Creo que está casi completo.

—Sí, Laura, pero mi consejo es una vez más que te olvides de todo. Te lo digo por experiencia. Una idea obsesiva puede ir minándote hasta destrozarte. Sólo si la superas podrás sentirte en paz.

—Lo comprendo, pero sería una paz falsa. Quizá lo intentaría si fuese sólo por mí. Pero están mis padres, el pobre Giuseppe y, sobre todo, mi hermano. No, Elsa, nunca abandonaré la idea de venganza.

La mujer la contempló unos momentos antes de responder.

—Temo por ti, Laura. Eres como David enfrentándose a Goliat. Y lo que más me preocupa es que vayas a hacer una tontería y pronto te tengamos aquí de vuelta... y para toda la vida.

—Bueno, no sería tan malo teniéndote a ti como amiga. —Elsa sonrió—. Pero estate tranquila. Sé que no puedo fallar, porque desde la cárcel no podría hacer nada contra ellos.

La celadora movió la cabeza dubitativamente, y acabó suspirando.

—Es tu vida, Laura, pero hazme caso. No te obsesiones demasiado o la

destrozarás. Voy a preparar un café.

Laura contempló a la celadora mientras ésta se levantaba y se dirigía hacia la cafetera. Nuevamente, como ya le sucediera con Karla, sentimientos de ternura la invadieron. Aquella mujer, informe y poco atractiva, solitaria y encerrada en sí misma, escondía en su interior grandes dosis de humanidad que Laura había ido descubriendo.

Desde aquel día en que había ido por primera vez a su despacho, entre las dos mujeres había comenzado a tejerse una relación de mutuo aprecio y comprensión. Laura descubrió en ella a una persona muy necesitada de calor humano y capaz de devolver multiplicado lo que recibía. Cada una encontró en la otra alguien con quien sincerarse y ambas se volvieron totalmente dependientes de sus citas semanales, hasta el punto de que, una vez finalizadas las diez sesiones pactadas, ninguna lo mencionó y sus encuentros seguían teniendo lugar de manera regular.

En la prisión pronto cobró consistencia el rumor de que Laura era la querida de la celadora y Karla le aconsejó que no lo desmintiera. «Primero, ¿qué te importa? Segundo, no te iban a creer. Y tercero, es lo mejor para ti. Nadie se atreverá a molestarte».

Y Karla tuvo razón. Las demás reclusas trataban a Laura con deferencia, casi con respeto, y eran muchas las que se dirigían a ella para contarle sus pequeños problemas con la intención, a veces claramente manifestada, de que la muchacha actuara de intermediaria ante la celadora jefe. Laura procuraba separar lo importante de lo accesorio y, en sus charlas con Elsa, se lo exponía. Descubrió así que la celadora tenía un profundo conocimiento de la vida carcelaria y de las relaciones entre las reclusas. Rara era la vez en que Elsa no estaba ya al tanto de lo que ella le contaba y, en ocasiones, sabía más del problema y de su verdadero origen que lo que revelaba la confianza que a Laura le habían hecho.

«Es lógico, Laura. Piensa que esto es como un polvorín y que hay muchas mechas circulando por su interior. Si no estás al tanto de todo, no puedes adelantarte a lo que va a ocurrir. Y se producirá la explosión».

En el transcurso de sus charlas con la celadora, Laura había llegado a sentir una profunda admiración por el modo en que ésta desarrollaba su trabajo. Y comprendió que aquello era algo que no sólo le pasaba a ella. El

resto de las reclusas, al igual que los encargados de la prisión, veían en Elsa Stilian la referencia que garantizaba el orden y la convivencia y acataban sus decisiones con la confianza del soldado ante el jefe indiscutido.

Lo que aún no había conseguido saber Laura era cómo se las arreglaba su nueva amiga para mantener a Chanda Crabb a raya. *Virago* no había vuelto a molestarla, ni siquiera se había acercado a ella, y para la muchacha era ya como si no existiera. «No te lo puedo decir. Quizá algún día. Digamos que es mi pequeño secreto», fue todo lo que obtuvo de Elsa. Y Laura prefirió no insistir.

—Por ti, Laura —dijo Elsa mientras levantaba su vaso de coca-cola—. Ya sólo te queda la mitad. —Y sonriente chocó su vaso con el de Laura.

Aquel día se cumplían seis meses de la entrada de Laura en prisión y las dos mujeres lo habían aprovechado para organizar una pequeña fiesta en el despacho de la celadora. La idea había sido de Elsa y Laura había colaborado aportando un paquete de jamón de Parma que sus padres le habían traído en su última visita.

—Ya es seguro, Laura. El alcaide está de acuerdo en informar favorablemente al Comité para que te concedan la libertad dentro de seis meses. Tienes que empezar a pensar ya en lo que harás cuando salgas. El tiempo pasa muy deprisa.

—Ya lo hago, y tengo muchas dudas. Por un lado siento que lo que deseo es volver a mi vida anterior, con mi familia y mis amigos, y olvidar cuanto antes lo sucedido. Pero ésa es sólo la parte intuitiva. Cuando lo razono comprendo que no sería feliz... aunque quizá ya no pueda serlo nunca. Pero tengo claro que lo que me han hecho no puede quedar impune y que, al menos, tengo que luchar para que los culpables paguen de alguna manera.

—Estás equivocada, Laura. Claro que puedes ser feliz volviendo a ser lo que eras: una joven alegre con toda la vida por delante. Y es lo que tienes que hacer. El tiempo cura todas las heridas y la mente acaba rechazando aquello que le resulta molesto. Lo que de verdad puede hacerte un daño irreparable es obsesionarte con algo... cuando, además, los objetivos no están a tu alcance.

Laura sonrió.

—Gracias. Sé que quieres lo mejor para mí. Y es muy probable que tengas razón. La prueba es que ya no tengo tan claro que mi vida deba ser una cruzada contra los infieles. Estos seis meses, y tu insistencia, y la de Karla, me han hecho ver las cosas de un modo algo distinto. Pero no creas que del todo —continuó al ver la sonrisa de satisfacción de su amiga—. Digamos que ahora estoy en un término medio: pienso con ilusión en vivir mi vida, pero sin olvidar en ningún momento el otro objetivo.

—Bueno, por lo menos es un avance. Otros seis meses y estarás curada del todo. Y ahora, tengo un regalo para ti. Digamos que es por tu... semicumpless. Es una manera de llenar un poco mejor los seis meses que te quedan. Claro que, si no te gusta la idea, lo olvidamos.

—¿Qué es? —preguntó la muchacha con curiosidad.

—Creo que sabes quién es Samuel Allen, uno de los guardias de la prisión. —Laura asintió—. Lo que seguramente no sabes es que es un experto en artes marciales. De hecho, uno de los mejores. Lleva dos años ganando los campeonatos que se organizan entre policías de todo el país. Ha recibido ofertas para incorporarse a las fuerzas de élite y parece que va a aceptar pronto, pero no tanto como para que no podamos aprovecharlo.

—Aprovecharlo, ¿para qué?

—Para que te enseñe, Laura.

—¿Cómo? Pero yo...

—Espera, espera. Él se entrena todos los días en el gimnasio. Bueno, él y otros guardias con sus mismas aficiones. He pensado que sería bueno para ti que te dedicara algo de su tiempo. Tendrías algo más en qué ocuparte, te ayudaría a mantenerte en buena forma y te enseñaría algo que quizá pueda serte muy útil en el futuro.

—No sé, Elsa. Nunca se me había pasado por la cabeza el aprender artes marciales. Además... ¿por qué querría él ser mi profesor? No me conoce de nada.

—Pero a mí, sí. Como puedes suponer, antes de hablar contigo lo hice con él. Y está dispuesto si tú lo estás. Su familia y la mía son amigas desde hace tiempo y yo le facilité la entrada en la policía, primero, y en el cuerpo de prisiones después. Te aseguro que lo hará encantado.

Laura permaneció unos momentos en silencio.

—No sé qué decirte. Por un lado, la idea me seduce —sonrió—. Lo pensaré. Y gracias, Elsa; puede que resulte un regalo que tenga que agradecerte toda la vida... ¿quién sabe? Bueno, y ahora vamos a terminarnos este jamón, que, por cierto, está buenísimo.

—Te parecerá mentira, Karla, pero creo que cuando salga de aquí recordaré mi estancia como una época positiva en mi vida. Ha habido momentos malos, muy malos, pero te diría que los buenos los superan. Además me siento... No sé cómo explicarlo... más adulta y más capaz de enfrentarme a todo con otra perspectiva. Te aseguro que he aprendido más en estos meses que antes en muchos años. Sobre todo a valorar ciertas cosas, lo que de bueno nos trae cada momento. Y, lo que es más importante, a conocer la verdadera amistad; la que se da en los momentos difíciles... y sin pedir nada a cambio.

Su amiga la miró con cariño.

—Me alegro tanto, Laura. No es nada fácil pasar por la cárcel y tomárselo como tú lo haces. Además, has sido una bendición para todas... o casi todas. No lo creerás, pero desde que tú has llegado reina otro ambiente en la prisión. Has hecho mucho bien a mucha gente, empezando por mí. Te voy a echar de menos.

—Oh, Karla. Será por poco tiempo. Apenas diecisiete meses más. Elsa no duda de que obtendrás la libertad condicional. Te prometo que vendré a verte todas las semanas. Será casi como si aún estuviera aquí.

Karla tomó la mano de la joven y la apretó suavemente.

—Nos vamos a poner tristes; cambiemos de tema. ¿Cómo siguen tus clases?

—Son... sensacionales. Los días que no tengo parece que me falta algo. Samuel es un profesor estupendo y, además, es guapísimo. Bueno... eso ya te lo he contado varias veces. Dice que soy una alumna muy buena, que aprendo a una velocidad que le sorprende. Ayer me dijo que debía considerar seriamente el hacerme profesional.

Karla rió.

—No estaría mal. Tener una amiga campeona de kárate.

—Pues siento decepcionarte —unió su risa a la de Karla—. No me

imagino de campeonato en campeonato o dando saltos por una pantalla de cine. Pero, fuera de bromas, me divierte muchísimo. Ayer tuve mi primer combate ya un poco en serio. Fue contra Robert Wilkins, ya lo conoces, otro de los guardias. Me ganó, pero se las hice pasar moradas.

—Y, ¿no es peligroso?

—No. Se trata sólo de marcar los golpes, aunque puedes recibir alguno. Y además llevamos las manos y los pies acolchados. Acabas con algunos cardenales, pero nada importante.

Otras dos reclusas se unieron a la pareja y pronto se estableció entre las cuatro una animada conversación mientras paseaban por el patio de la prisión. Abril acababa de comenzar y las internas agradecían el poder pasar algunos ratos al aire libre. El invierno había sido duro y las salidas al patio poco frecuentes. Ahora, al comienzo de la primavera, el clima aún era frío, pero las nubes habían dejado paso al sol, que, aunque de forma tibia, introducía algo de calor en aquellos corazones. El cambio se apreciaba fácilmente en el ánimo de aquellas mujeres. Del letargo invernal se había pasado a una explosión, aunque contenida, de su vitalidad. Las conversaciones eran más frecuentes, el tono de voz algo más elevado y en todos los rostros se adivinaba una nueva ilusión.

Laura también se había contagiado y en aquellos momentos se encontraba pletórica. Recordaba el sentimiento que siempre le producía la llegada de la primavera y le alegraba no haber perdido aquellas sensaciones. Eran una mezcla de amor por el resto del mundo y de ansias de vivir. Incluso los olores le parecían diferentes o, al menos, era capaz de apreciarlos con mayor intensidad.

En los meses transcurridos en prisión la joven no sólo se había adaptado perfectamente a la compleja vida carcelaria, sino que, y de ello Laura no era consciente, había llegado a adquirir un papel preponderante dentro de la complicada trama social de aquel mundo aparte.

A pesar de su juventud, poseía unas innatas dotes de liderazgo y una comprensión hacia los problemas de los demás que la hacían ser referencia obligada para muchas de sus compañeras. Su relación de privilegio con Elsa Stilian era un motivo más para acrecentar el respeto que provocaba en el resto de las reclusas. Así, alrededor de ella y de Karla se había formado un grupo

cada vez más numeroso de presas que habían llegado a constituir una facción importante y capaz de influir en las sutiles relaciones y costumbres que marcaban la vida en la prisión.

Elsa Stilian no lo veía con malos ojos, aunque siempre había sido muy cuidadosa en no permitir la existencia de facciones dominantes. Al menos, la que se había constituido alrededor de sus dos protegidas no pretendía alcanzar posiciones de poder o de presión sobre las demás reclusas. Había ido creciendo naturalmente y ni siquiera era consciente de la influencia que podía llegar a alcanzar. «Lo malo será cuando Laura y Karla se vayan de aquí — pensaba la celadora—. Podrá surgir alguien que trate de ocupar su lugar y con objetivos egoístas. Ya veremos, aunque lo más probable es que el grupo se diluya con la misma naturalidad con que se ha formado».

Elsa buscó con la mirada a Chanda Crabb. La mujer llevaba una temporada sin causar mayores problemas, aunque la celadora no se engañaba. Era la calma que precede a la tempestad. El psicólogo de la cárcel ya le había comentado en más de una ocasión que *Virago* era del todo impredecible y totalmente irreductible en su afán de causar daño. No existía terapia alguna que le fuera aplicable y tampoco la reclusa estaba dispuesta a prestar la menor colaboración. «Y lo malo es que tenemos *Virago* para rato», pensó la celadora. La única esperanza era su traslado a una prisión para reclusos difíciles, pero Crabb parecía tener un sexto sentido que le indicaba hasta dónde podía llegar. El alcaide ya le había advertido en más de una ocasión el destino que le aguardaba si mantenía su comportamiento, pero *Virago* se limitaba a encogerse de hombros, aunque Elsa adivinaba que la idea no era precisamente seductora para ella. Aunque ayuna de moral, Chanda Crabb no carecía de inteligencia y comprendía sin dificultad que su vida en la prisión especial no iba a permitirle las libertades de que ahora disfrutaba. Sin duda la amenaza la contenía, pero Elsa habría preferido que *Virago* diera de una vez rienda suelta a sus instintos y poder librarse de ella.

Su mirada se apartó de la reclusa y continuó vagando por el patio. Vio caras que conocía desde tiempo atrás y otras que se habían añadido hacía poco. Pero el conjunto no variaba: con sus incorporaciones y sus bajas seguía siendo el mismo que ella había conocido desde su llegada a la cárcel; un ente con vida propia que repetía, día tras día, la misma rutina y los mismos gestos

y que, por ello, era muy predecible. Pero también, como en cualquier ser vivo, por mucho que se le conociera, de repente podía surgir una reacción no prevista que alterara profundamente su comportamiento. Y eso era lo que Elsa más temía, porque entonces las consecuencias podían ser incontrolables.

Con un suspiro, la celadora regresó al interior de la prisión. En media hora llegaban dos nuevas reclusas. Y, como siempre, quería estar presente.

A Laura le quedaban sólo quince días para obtener su libertad. Le costaba hacerse a la idea y, en cierto modo, le causaba una ligera aprensión. Había llegado a acostumbrarse a la vida en la cárcel, a la rutina medida y a la convivencia con las personas que allí había conocido y que habían llegado a constituir su mundo. Sentía una mezcla de ansiedad ante su incorporación de nuevo a la vida en el exterior y de alegría al pensar que iba a ser otra vez de forma plena dueña de sus actos, que iba a convivir con sus seres queridos y que iba a iniciar una nueva etapa de su vida.

—No te preocupes, Laura. Te adaptarás tan rápidamente como lo has hecho aquí. —Elsa Stilian la contemplaba desde el sofá de su pequeño despacho—. A todas les pasa algo parecido, aunque te diré que ninguna ha llegado ni de lejos a tenerle a esta cárcel el mismo apego que tú. Nadie podría creerlo. Pero no te engañes: la vida fuera de estos muros es mucho más completa. Aquí acabarías atrofiándote, cada vez más encerrada en ti misma. Piensa que sólo has estado un año y muchas cosas han sido novedad para ti. Aparte de que has tenido una gran suerte. No podrías haber encontrado mejor compañera que Karla y, además, has disfrutado de no pocas ventajas.

—Tú has sido la principal, Elsa. De verdad, no sé lo que habría hecho sin ti. —La celadora sonrió—. Y no temas. Estoy deseando salir. Pero comprende que no es fácil dejar atrás todo lo que aquí he vivido... y a las mejores amigas que he tenido.

—Las seguirás teniendo, Laura, no te quepa duda. Los amigos que se hacen aquí lo son para siempre. Quizá porque la convivencia es muy estrecha o porque llegas a conocer a las personas como de verdad son, sin disimulos ni falsedades.

La joven asintió.



—Bien, Laura. He estado ocupándome de buscarte un trabajo, como me pediste. Y creo que he encontrado algo. Pienso que eres la persona ideal y que, sobre todo, puede llegar a gustarte mucho. No sé si has oído hablar de don Pietro Valenti. —Laura negó con la cabeza—. Bueno, pues es... ¿cómo te lo diría? Una especie de Cario Patrese. —La muchacha no pudo reprimir un respingo—. Pero no te preocupes, no tiene nada que ver con él. Al menos como persona. No te oculto que sus negocios no están precisamente dentro de la ley, pero a ti eso no te afectaría para nada. El hombre se ha quedado viudo hace unos meses y tiene una hija de nueve años. Quiere que alguien se ocupe de ella. Una mujer, claro está. Y quiere que sea joven y de toda confianza. Don Pietro ama con locura a su hija; más aún, si cabe, desde la muerte de su mujer. ¿Qué opinas?

—No sé... ¿De qué murió su mujer?

—Cáncer. Y era joven. Bastante más que don Pietro. Él tiene más de cuarenta años y ella apenas pasaba de los treinta. Él la veneraba.

—Y tú, ¿de qué lo conoces?

—No lo conozco. Al menos personalmente. Aunque en este negocio todo el mundo sabe bien quién es don Pietro Valenti. Muchas de tus compañeras te podrían hablar de él. Y lo harían bien. Al que conozco es a uno de sus segundos. Está casado con una prima mía. Se llama Giancarlo Bordone, aunque todo el mundo lo llama Gianni. El otro día fui a visitar a mi prima y él estaba en casa. Hablé de ti y ya puedes imaginar que no mal precisamente. Gianni se mostró enseguida interesado. Me contó que don Pietro buscaba alguien de tus características y ambos convinimos en que podías ser la persona ideal para ocuparte de la niña. La decisión, en cualquier caso, tiene que tomarla su padre. Y tú, naturalmente, si piensas que te puede interesar.

—Elsa, no nos engañemos. Soy una reclusa. ¿Qué padre querría a una persona como yo para educar a su hija?

—Pues quizá no muchos, es cierto. Pero resulta que don Pietro es uno de ellos. Gianni ya ha hablado con él y le ha contado todo sobre ti. Bueno, todo lo que yo le conté, que no fue poco. Ha accedido a entrevistarse contigo en cuanto salgas de la cárcel. Gianni me ha dicho que comentó algo así como «esa chica parece interesante; me gustaría conocerla». Parece que le hizo mucha gracia lo de tus dotes en artes marciales. —Elsa rió.

Laura reflexionó durante unos instantes.

—Me da miedo. Aunque, la verdad, ahora mismo cada idea me da miedo. Hasta dudo de que mi decisión de trabajar en lugar de seguir estudiando sea la acertada.

—Tú verás, Laura, pero creo que no pierdes nada yendo a ver a don Pietro. Piensa en la niña. Se llama María, no tiene madre y está rodeada de hombres no precisamente entrañables. Podríais haceros mucho bien la una a la otra. La decisión es tuya, aunque tienes que tomarla pronto. Por lo menos si es negativa. Tendría que llamar a Gianni para que sigan buscando.

—De acuerdo, Elsa. La respuesta es sí. Por lo menos es sí a mi entrevista con... don Pietro —añadió Laura, ahora con una franca sonrisa—. Quiero conocerlo a él y, sobre todo, a la niña. Puede que no nos gustemos.

—Tú les gustarás, Laura. Seguro. Y espero que también ellos a ti. Sé que la mafia te ha hecho mucho daño, pero te aseguro que este hombre no tiene nada que ver con lo que has conocido. Lo llaman «el filósofo» y es una persona, por lo que sé de él, educada, culta y muy sensible. Es cierto que dirige una organización que hace buena parte de sus negocios al margen de la ley, pero él, al menos, mantiene un rígido código de conducta. Te diré, como ejemplo, que su gente, o su «familia», como prefieras llamarla, no toca para nada las drogas. Fue una decisión que ya tomó su padre en su momento. Don Pietro lo considera inmoral y, cuando llegó a la jefatura, no cedió ante las presiones de una facción que pretendía incorporarlas como uno de los negocios que había que explotar. Fueron momentos duros para él. Tras la muerte de su padre algunos pensaron que podrían implantar nuevas normas, pero él se mantuvo firme. Y salió vencedor. Ahora tiene el respeto de muchos.

—No sé, Elsa. No me imagino respetando a un capo. Pero trataré de mirarlo como a un viudo que tiene una hija a la que quiere de verdad.

—Aparte, Laura, imagino que no se te habrá escapado que, trabajando cerca de don Pietro, tendrás mayores facilidades para no perder de vista ese otro asunto que tanto te preocupa.

Laura sonrió.

—No, no se me ha escapado. Y a ti tampoco el que eso me ha influido favorablemente, ¿verdad? Lo que sí me sorprende es que hayas sacado el

tema, sabiendo, como sé, que tu deseo es que lo olvide cuanto antes. Pero tranquila, Elsa. No me obsesionaré.

—Bravo. Hoy mismo voy a llamar a Gianni. Te tendré al corriente.

—Ahora hay otra cosa de la que quiero hablarte. Se trata de Chanda Crabb.

—Esa malnacida... Si se trata de su ataque a Ruth, no puedo hacer nada, Laura. Ella, al igual que tú, se niega a acusar a *Virago*. Aparte de que, como de costumbre, no hay testigos. Sólo sus secuaces, que de ningún modo dirán nada.

—Lo sé, lo sé. No se trata de lo que puedas hacer tú, sino de lo que puedo hacer yo... con tu ayuda. Sabes que la pobre Ruth es amiga mía. Por Dios, ¡es casi una niña!

—Si me vas a pedir que actúe para que *Virago* deje en paz a la chica, no lo hagas. —La expresión de la celadora se tornó seria—. Me prometí a mí misma no volver a intervenir. Tú has sido la última. Compréndelo, Laura. No puedo convertirme en ama de cría de todas las presas que tienen problemas. Ruth está ahora muy afectada, pero se repondrá. Lo que sí planeo es trasladarla a tu celda cuando te vayas. Espero que Karla sea suficiente salvaguarda para ella. Crabb la respeta.

—Es una gran idea. Pero no, no se trata de eso. No se me ocurriría pedirte algo sobre lo que ya me has dicho varias veces que no piensas volver. Es otra cosa. Y depende más de mí que de ti... aunque necesito tu colaboración.

Elsa Stilian enarcó las cejas.

—Venga, cuéntamelo.

Era la víspera del día en que Laura iba a recobrar la libertad. Su salida estaba prevista para las doce del día siguiente, pero ya desde por la mañana la muchacha había ido recibiendo las despedidas, en ocasiones emocionadas, de la mayoría de sus compañeras. Incluso la hermética María López, la encargada de la lavandería, se había acercado a ella durante la comida para desearle suerte. Había tomado las manos de Laura entre las suyas y las había oprimido mientras sus ojos tristes se posaban en los de la joven. Era una mirada que reflejaba el sufrimiento de aquella mujer pero que, en aquel momento, también traslucía un calor humano y una súplica de perdón. Laura la abrazó durante unos momentos y le dijo unas cariñosas palabras al oído.

Cuando se separaron, le pareció que los ojos de María estaban húmedos, aunque fue una impresión fugaz, porque la reclusa se dio rápidamente la vuelta y regresó a su mesa.

Ahora Laura se dirigía al gimnasio. Eran las cinco y media de la tarde y en su camino se había cruzado con una de las secuaces de Chanda Crabb, que iba acompañada por una celadora. «Todo según lo previsto», pensó. En el patio, una hora antes, Laura había estado largo rato hablando con Ruth Torreta, la última víctima de *Virago*. La muchacha se hallaba ya bastante recuperada, aunque el daño había sido profundo. No tanto en lo físico —en eso la Crabb era cuidadosa— como en lo anímico. Ruth no poseía la fortaleza de Laura y el asalto sufrido la había afectado profundamente. Llevaba sólo dos meses en la cárcel y era otro de los casos en los que su entorno y la propia sociedad la habían llevado a prisión cuando todavía era poco más que una niña.

Tenía sólo dieciocho años y a Laura su caso le recordaba mucho el propio. Se había visto involucrada en un asunto de tráfico de drogas en el que sólo había sido un peón movido por otras manos que, como también solía ocurrir, se habían visto libres de culpa. Su condena no era larga, pero Laura temía mucho que fuera excesiva para las fuerzas de la joven. Únicamente la idea de trasladarse a la celda de Karla y el cariño que ésta, Laura y alguna de las otras reclusas le habían manifestado habían conseguido restaurar parte de su mellado ánimo. Laura mantenía fija en su mente la imagen de Ruth mientras se dirigía al gimnasio. Y la de Karla. Y la suya. No quería que nada la indujera a arrepentirse a la hora de llevar adelante su plan.

Llegó ante la puerta del recinto sin encontrarse a nadie más y la abrió cuidadosamente. Aunque sentía una ligera ansiedad, se sorprendió de no estar nerviosa. «Mejor —pensó—; necesito la mente fría».

Paseó la mirada por el gimnasio. Sólo había otra persona en él, en el otro extremo y dándole la espalda. Tenía una fregona en la mano y la pasaba con calma por el suelo entarimado. A pesar de no verle la cara, la reconoció inmediatamente. Su figura era inconfundible.

Chanda Crabb, ajena a la entrada de Laura, siguió con su trabajo. «A este paso te puedes tirar todo el día», pensó la joven mientras cerraba la puerta sin hacer ruido.

Cruzó el recinto en dirección a la mujer. Sus zapatillas de deporte apenas hacían ruido sobre la madera. Algo debió intuir sin embargo *Virago*, pues se dio la vuelta cuando aún faltaban unos metros para que Laura llegara a su altura.

Por un instante, su expresión fue de sorpresa. Luego miró a derecha e izquierda y, finalmente, volvió a posar sus pequeños ojos en la joven.

—Bueno, bueno, conejita. ¿Has venido a por más?

—Así es. Pero esta vez pondré yo las condiciones.

—Ah... Te gustó, ¿verdad? A todas os gusta aunque no queráis reconocerlo.

—No sabes bien hasta qué punto. Espero que sea parecido a lo que vas a sentir tú ahora. —Y Laura, sin aparente esfuerzo, lanzó su pierna derecha sobre el abdomen de *Virago*.

Fue un golpe perfectamente medido. Llegó apenas a contactar con su objetivo, sin causar daño.

Chanda pareció, por un momento, sorprendida. No tanto por el dolor, que apenas sintió, sino porque no había visto venir el golpe. Cerró aún más sus diminutos ojos, mientras una torcida sonrisa asomaba a sus labios.

—Quieres pelea, ¿eh? Mejor, así será más divertido. —Y, dejando a un lado la fregona, lanzó su inmensa humanidad sobre Laura.

Ésta se apartó ligeramente, aunque dejando su pie izquierdo. *Virago* tropezó con él y salió trastabillada unos metros antes de caer al suelo.

Se levantó con una rapidez que sorprendió a la muchacha y volvió a cargar contra ella.

El juego se prolongó por unos minutos. Laura la quería cansada y enfurecida y la Crabb estaba cayendo en la trampa.

Una de las veces, *Virago* cambió su ángulo de ataque en el último momento y consiguió agarrar a Laura mientras ésta se retiraba.

«Vaya, esta mujer aprende rápido», pensó. En lugar de resistirse, cargó su peso en la misma dirección en la que Chanda tiraba. La suma de esfuerzos hizo que ambas se desplazaran unos metros con rapidez antes de chocar contra una de las paredes del gimnasio. Allí Laura aplicó su codo, esta vez con fuerza, sobre el vientre de la mujer.

Con un resoplido, *Virago* soltó su presa y se llevó las manos a la zona

dolorida.

Las miradas de ambas se encontraron y Laura tuvo la satisfacción de ver en aquellos ojos algo parecido al temor.

—Bien —dijo—. Éstos han sido los prolegómenos. Cuando se da placer hay que ir poco a poco. Ahora empieza lo bueno. Al contrario que tú, conozco muchas técnicas que, como me dijiste aquel día, te van a llevar al cielo. Y las vas a conocer una a una.

Dejó que durante unos momentos la idea se abriera camino en la mente de su adversaria y después lanzó una nueva patada al tobillo de *Virago*.

Ésta cayó de rodillas y apoyó las manos en el suelo, jadeante. El pie de Laura las barrió y Chanda cayó sobre la tarima. Se tomó unos instantes de respiro y luego, medio incorporada, intentó agarrarla por las piernas.

—No se puede negar que tienes coraje. Venga, levántate.

Con esfuerzo, Crabb irguió de nuevo sus ochenta kilos, pero esta vez no intentó nada y se quedó observando por un momento a Laura. Luego dio media vuelta y se dirigió corriendo con torpeza hacia la puerta. La joven la alcanzó con facilidad y detuvo su carrera con un golpe dirigido al cuello.

Siguió golpeándola de forma metódica, castigando todas las partes de su cuerpo. *Virago ya* no se resistía, hasta que, por fin, se dejó caer al suelo mientras levantaba trabajosamente una mano.

—Basta, basta... Por favor.

—Vaya, la gran Chanda Crabb pidiendo algo por favor. Quién lo iba a decir. Está bien, levántate. No puedo negarme cuando me piden algo con educación.

*Virago* la miró desde el suelo. Tenía un ojo semicerrado y en su rostro ya empezaban a insinuarse algunas zonas tumefactas. Con un gran esfuerzo se sentó sobre los talones, con las manos aún apoyadas sobre la tarima.

—Te he dicho que te levantes. También te lo pediré por favor, aunque si no lo haces tendré que pedírtelo de otra manera.

Chanda se incorporó despacio, ayudándose de unas espalderas fijadas a la pared. Luego se volvió hacia Laura.

Por un momento, ésta sintió un asomo de piedad al ver a aquella mujer temblorosa haciendo esfuerzos por mantenerse de pie. Pero el sentimiento se desvaneció con igual rapidez al recordar todo el mal que era capaz de causar.

—Casi hemos terminado, pero no quiero dejarte sin que alcances el clímax. No estaría bien, ¿verdad?

Y saltando en el aire, al mismo tiempo que imprimía un giro a su cuerpo, disparó su pierna derecha. El golpe impactó en la mandíbula de *Virago*, haciendo girar su cabeza. El sudor del rostro se dispersó por el aire como un abanico. Chanda permaneció un instante más en pie. Luego sus ojos se quedaron en blanco y, desmadejada, cayó al suelo sin sentido.

Laura la contempló durante unos segundos y, lentamente, se dio la vuelta para encaminarse a la salida. Pudo ver que la puerta estaba entreabierta y que en ese momento se cerraba. Se apresuró hacia ella y, cuando la abrió, llegó a distinguir la figura de Elsa Stilian que desaparecía por un recodo del pasillo.

Laura estaba sentada en un banco de la sala de recepción. Era el mismo lugar por el que había entrado en la cárcel un año atrás. Estaba esperando a que dieran las doce del mediodía y las puertas se abrieran para ella.

Poco antes había recibido la despedida del alcaide y, antes aún, ella había dicho adiós a todas sus compañeras. Había dejado a Karla para el final. Fueron unos momentos agrídulces en los que las palabras sobraban. Las dos amigas ya se lo habían dicho todo. Se abrazaron estrechamente y, al separarse, cada una pudo ver que los ojos de la otra brillaban.

—Hasta muy pronto.

—Mucha suerte.

Elsa Stilian entró en ese momento en la sala de recepción y dirigió una mirada al gran reloj de la pared.

—Cinco minutos. Ven, vamos al despacho.

La joven agarró su pequeña maleta y siguió a la celadora.

—Siéntate —le dirigió una sonrisa—. ¿Qué te voy a decir, Laura? Ha llegado el momento y, de verdad, te voy a echar de menos. Espero tener noticias tuyas.

—No lo dudes. Una parte muy importante de mi vida se queda aquí... con Karla... contigo. Nunca os podré olvidar. Dime, Elsa, ¿qué tal... Chanda?

—Hace un rato la he visitado en la enfermería. Tiene para unos cuantos

días. Dos costillas rotas y la mandíbula desencajada. Su cara parecía un mapa... en relieve. —Laura no pudo reprimir un gesto de preocupación.

—No te inquietes. Nada es grave. Hiciste lo que debías.

—No lo sé. Entonces pensé que sí y seguramente lo sigo pensando. Pero no me ha producido la satisfacción que esperaba. Parece estúpido, pero ahora siento por ella algo parecido a la pena. Por cierto, ¿qué hacías detrás de la puerta?

—Me viste, ¿eh? Pues hubo varios motivos, aunque fundamentalmente pienso que era mi obligación. Yo lo permití y de algún modo hasta lo organicé. Yo era la responsable. Algo podía ir en contra de lo previsto y ser necesaria mi intervención.

—Fue una locura, ¿verdad?

—A medias. Seguramente más por mi parte que por la tuya. Me salté todos los reglamentos, aunque pienso que ha valido la pena.

—Gracias otra vez, Elsa. De verdad.

—No me las des.

—Elsa... algún día me contarás cuál es tu fórmula secreta para controlar a Chanda Crabb, ¿verdad?

—Sí, algún día... Te reirás cuando la sepas. Podríamos jugar a las adivinanzas durante mucho rato y no lo acertarías. Bien, es la hora. —La mirada de la celadora se fijó en el reloj de la pared—. Fírmame este papel, por favor. Es el último requisito para tu libertad.

Mientras Laura firmaba, Elsa Stilian desprendió de su brazo la pulsera que llevaba puesta. No era más que un fino aro de metal dorado con tres piedras baratas. Laura la había visto siempre en el brazo de la mujer.

—Toma, Laura. No es gran cosa, pero es algo que ha sido siempre muy mío. Ahora quiero que sea tuya.

Laura miró la pulsera y después a los ojos de su amiga.

—Pero yo, Elsa... no puedo...

—Claro que puedes. Sé que quieres olvidar esta época, pero no quiero que me olvides a mí. Espero que la pulsera te sirva para recordar la parte buena de este año de tu vida.

Laura la miró con emoción.

—Claro, Elsa, perdona. Nunca me habían hecho un regalo mejor. Y estás



equivocada en que pretenda olvidar este año que he pasado aquí. Lo recordaré siempre porque he tenido la suerte de conoceros a Karla y a ti. Ahora sois mis mejores amigas... y pienso que nunca tendré otras iguales.

Las dos mujeres tomaron sus manos por encima de la mesa y las mantuvieron unidas durante unos instantes.

—Vamos, Laura, que hoy es un día de alegría y nos estamos poniendo tristes. Salgamos.

La joven colocó la pulsera en su muñeca y la miró con indefinible emoción.

—Gracias, Elsa.

Laura traspasó la entrada que acababan de abrir para ella. Por un momento sus ojos se cegaron por la luz del sol de mediodía.

Era una mañana clara y sin nubes y se detuvo un momento para inspirar profundamente. Luego continuó avanzando mientras su vista iba de nuevo enfocando cuanto la rodeaba. Cuando los vio sintió que su corazón daba un vuelco. Allí estaban, quietos, mirándola también y sonrientes. Sus padres y su hermano Stephan habían ido a esperarla y, en los brazos de su madre, Laura vio un pequeño ramo de flores.

Con lágrimas en los ojos se dio la vuelta para observar por última vez la prisión. La puerta aún estaba entreabierta y, en la semipenumbra, la figura de Elsa Stilian era visible. Laura alzó brevemente la mano y la celadora respondió del mismo modo. Después la puerta se cerró tras ella.

## 7

Nueva York, 1969-1970

—¡Laura, Laura, mira, me han puesto un «excelente» en el dibujo que hice ayer!

Laura miró sonriente a la niña que había irrumpido en la habitación con un papel en la mano. En la otra llevaba todavía la cartera del colegio y en su rostro se dibujaban unos rosetones producto del frío que ya hacía en Nueva York en aquellos primeros días de noviembre.

—Qué maravilla, María. Estaba segura de que le iba a encantar al profesor. Venga, quítate el abrigo, dame un beso y cuéntame lo que te ha dicho.

Mientras la niña obedecía sonriente, Laura la miró con cariño. Llevaba poco más de cinco meses en casa de Pietro Valenti y desde el principio habían experimentado ambas una mutua compenetración.

Ya el primer día, cuando, tras mantener una charla con don Pietro, éste llamó a su hija al despacho para presentarle a su nueva tutora, la niña había cogido la mano de Laura tras sentarse junto a ella en el sofá. Fue un gesto que la emocionó, pues María pareció intuir que la joven se encontraba necesitada de apoyo y seguridad. «Soy yo la que tengo que ganármela y es ella la que se preocupa por mí», pensó entonces. Desde aquel día no le había supuesto el menor esfuerzo convertirse en amiga, profesora y, en muchos aspectos, hasta en madre de la niña, que devolvía multiplicadas todas las muestras de cariño que recibía.

María procuraba no hablar de su madre y Laura ya había comprendido que era un tema que no debía tocar. Tampoco con don Pietro, que sólo se había referido a ella de forma obligada durante su primera entrevista. A través del personal que trabajaba en la casa pudo formarse una imagen de la

mujer y pensaba que esa impresión estaba próxima a la realidad, pues el no haber oído nada negativo sobre ella era un claro indicio de que había sido una persona que supo rodearse del afecto de cuantos la conocían.

Sólo había una foto de ella en toda la casa y estaba en el despacho de don Pietro. No en su mesa, sino sobre una cómoda lateral. Según la idea que Laura se había ido creando, tanto él como su hija la adoraban y su muerte había sido un golpe tremendo para ambos. El hombre había volcado todo su cariño sobre la niña, tratando por todos los medios de que olvidara cuanto antes. Laura pensaba que en parte lo había logrado, pues a su firme decisión de que no se hablara de ella se unía que, a los nueve años de edad, la mente humana olvida con facilidad todo aquello que le es desagradable.

Por la foto, que sólo había visto en contadas ocasiones, pues no entraba con frecuencia en el despacho de don Pietro, Laura había constatado que la madre de María había sido una mujer de singular belleza... y que esa belleza llevaba camino de heredarla su hija, que cada vez tenía un mayor parecido con ella.

María tenía su mismo rostro ovalado, la misma frente alta y despejada e idénticos ojos azules, de largas pestañas. Y, al igual que la mujer de la fotografía, el aura que irradiaba la niña poseía un singular atractivo.

—... y en matemáticas hemos empezado a hacer multiplicaciones de dos números. Mañana tengo que llevar unos ejercicios resueltos. Me ayudarás, ¿verdad?

—Claro que sí, pero primero tienes que empezar a resolverlos tú, porque si no no tiene gracia. ¿Quieres que empecemos ya?

—¿Y por qué no dentro de un rato? —dijo una voz desde la puerta—. Antes podríamos merendar juntos. ¿Qué tal la idea?

—¡Papá! —María saltó de su silla y se abalanzó a los brazos del hombre que en ese momento traspasaba la entrada—. Lo dices en serio, ¿verdad? Estás siempre tan ocupado...

—No para ti, hija mía. Y si me dices eso es porque no he debido de hacerte mucho caso últimamente. Tendremos que corregirlo, ¿no te parece?

—¡Sí, sí! Acuérdate de que me tienes que llevar al parque de atracciones, y al cine, y...

—Basta, basta, me rindo, pero no pretenderás hacerlo todo a la vez. ¿Qué

tal si empezamos este sábado por el parque de atracciones? —contestó el hombre riendo.

—¡Oh, papá! —respondió la niña abrazando con fuerza a su padre.

—De acuerdo. Es una cita. Este sábado. Y espero que se ponga usted bien guapa, señorita. Y ahora, ¿qué tal esa merienda?

—Yo la preparo, papá. Sándwiches de atún y pastas y té para ti y mi cocacola y... Laura merendará con nosotros, ¿verdad?

—Faltaría más, María.

—¡Qué bien! —contestó la niña alborozada—. Como antes, cuando merendábamos con mamá.

Pietro Valenti abrazó con fuerza a su hija para que no pudiera ver la expresión de tristeza que pasó por su rostro. Pero Laura sí la vio.

El invierno había sido duro y el mes de marzo aún no conseguía hacer olvidar sus inclemencias. Laura acababa de salir de casa de sus padres después de comer con ellos. Era una visita que repetía habitualmente y que procuraba compaginar con las que hacía a la cárcel del Estado.

Su familia, sus amigas Elsa y Karla y María Valenti formaban el grupo que, desde el punto de vista de sus relaciones humanas, interesaba a la joven. Sus familiares eran el reducto al que siempre podía acudir, estable y acogedor, de plena confianza, pues constituía como una prolongación de sí misma. Por sus amigas de la penitenciaría sentía un profundo cariño que estaba por encima de posibles disimulos o de intereses personales. Y por fin... María. La niña había tocado una fibra que hasta entonces le era desconocida. Nunca llegó a imaginar que pudiera llegar a involucrarse tan profundamente con una criatura de diez años a la que conocía desde hacía relativamente poco tiempo.

María era dulce, cariñosa e inteligente. María era directa y sin dobleces; era ingenua y, al mismo tiempo, sabía cómo conseguir lo que se proponía, pero sin ser consciente de las armas que utilizaba.

Pero, sobre todo, María era un ser necesitado de cariño, que vivía en un ambiente duro y poco acogedor y que había perdido a su madre. Laura fue para ella como una tabla de salvación. Lo intuyó sin analizarlo, con esa facilidad que tienen los niños para reconocer a las personas que les son afines.

Y Laura había sido conquistada. Y lo había sido totalmente. Sonrió, mientras cruzaba la calle, al recordar como su madre le decía al servir el postre: «Laura, ¿te das cuenta de que llevas toda la comida hablando de esa niña? Parece que te tiene sorbido el seso».

Miró su reloj al llegar a la acera. Quería pasarse por el gimnasio y tener tiempo de estar en casa antes de que llegase María del colegio. Al gimnasio solía ir un par de veces por semana porque quería mantener su forma física y no descuidar sus conocimientos en artes marciales.

Iba a entrar ya en el metro cuando algo llamó su atención. Fue al mirar hacia el otro lado de la calle. Se quedó parada a mitad de la escalera observando a través de los barrotes de la barandilla. El hombre estaba vuelto hacia ella, pero no la miraba. Su cara hizo que el corazón de Laura sufriese un sobresalto. Imágenes que creía ya olvidadas volvieron a su mente. Por un momento se sintió de nuevo tendida en el suelo, con su hermano John muerto junto a ella y una pistola apuntándola. Y, empuñando la pistola, el mismo hombre que ahora ella veía de nuevo.

«Ralph Andino —pensó Laura—. Entonces no sabía tu nombre, pero tu cara nunca podré olvidarla».

Por lo que le contó Elsa Stilian en la prisión, Andino no sólo no había sido cuestionado por su actuación en la *trágica noche*, sino que, a raíz de aquello, encima había recibido el premio de un ascenso.

Ahora Laura lo veía de nuevo y sintió que no era cierto que su rencor se hubiese atenuado. Estaba allí, tan pujante como siempre. Sintió deseos de salir del metro, cruzar la calle y enfrentarse al policía, pero fue sólo un instinto momentáneo.

Andino miraba en derredor, como buscando a alguien. Finalmente, y con lo que a Laura le pareció un gesto de reconocimiento, abrió la puerta de la cafetería frente a la que se encontraba y la cruzó. La joven permaneció aún unos instantes observando y, cuando ya iba a continuar su camino, vio a otra persona entrando en la cafetería. Conocía bien a aquel hombre: era Lou Ferrato, uno de los miembros de la «familia» de Pietro Valenti.

A Laura aquello le resultó extraño. Lou era uno de los hombres de confianza de don Pietro y ella lo había visto con cierta frecuencia en casa de su jefe. Era un tipo presuntuoso y de pelo engominado, con cara de pocos

amigos. A Laura no le gustaba, aunque no había tenido ocasión de hablar demasiado con él.

«Si va a encontrarse con Andino, aquí hay algo que falla —se dijo a sí misma—. Tengo que averiguarlo».

Recordaba bien su primera entrevista con el padre de María. Don Pietro estuvo amable y demostró conocer la vida de Laura casi mejor que ella misma. Estaba perfectamente al tanto de la trampa a que la habían sometido y, cuando el nombre de Andino salió a relucir, Valenti hizo un gesto con la mano y dijo algo así como «en la policía hay muchos hombres despreciables, pero él es de lo peor; trabaja para Patrese, como todos los involucrados en tu asunto». A Laura le pareció sincero entonces, como se lo había parecido siempre que tuvo ocasión de hablar con él. «Habrás usted oído cosas sobre mí —le dijo también aquel día—, seguro que muchas malas, pero no le quepa duda de que me tendrá como amigo siempre que usted me pague con la misma moneda».

Volvió a salir del metro y, mientras cruzaba la calle, se anudó alrededor de la cabeza el pañuelo que llevaba al cuello, tapando su cara lo más posible.

Decidida, entró en la cafetería y miró discretamente a su alrededor. No tuvo que buscar mucho. En una mesa del rincón, dándole la espalda, estaban sentados los dos hombres. No veía sus caras, pero no le cupo la menor duda: eran ellos.

—Laura, quiero darle las gracias una vez más. Hemos investigado a Ferrato y se ha confirmado su relación con Ralph Andino. Digamos que ha traicionado la confianza que la «familia» tenía depositada en él. Y eso no podemos permitirlo.

Laura permaneció en silencio esperando a que Pietro Valenti continuara.

—¿Le molesta que fume? —preguntó el hombre señalando una caja de puros—. Gracias. Entiendo que mis problemas con la gente que trabaja para mí no deben afectarla, pero creo que le debo una explicación, ya que usted ha sido el detonante. No, no se preocupe —continuó al ver la expresión de preocupación en la cara de la muchacha—. Los tiempos de Capone ya quedaron atrás, al menos en lo que a mí respecta, y la vida de Ferrato no

corre peligro...

Valenti se tomó unos segundos para encender su cigarro mientras Laura seguía silenciosa.

—... pero no es menos cierto que no podemos pasar por alto lo sucedido. Tratamos con personas difíciles y nos movemos en un mundo difícil. La fidelidad es imprescindible y su falta debe ser castigada... duramente. No hay otro remedio si quiero mantener la cohesión y el liderazgo. Además se trataba de un feo asunto de drogas y eso no estoy dispuesto a permitirlo —continuó mirándola a los ojos.

—Pero yo no sé...

—... qué tiene que ver usted con esto, ¿verdad? Trataré de explicárselo. Aunque mi decisión ya está tomada, quiero que la conozca, porque puede afectarla. He pensado en un castigo a dos bandas. Lou Ferrato está dispuesto a cumplir su parte en el trato. La verdad es que no le queda más remedio si no quiere que las consecuencias sean peores... para él. No la aburriré con detalles, pero en resumen se trata de involucrar a Lou públicamente en el tráfico de drogas y buscarle un compañero de aventuras.

—¡Andino! —musitó Laura.

—Veo que es usted inteligente —sonrió Valenti—. Efectivamente. Le consta que sé lo que ese hombre le hizo, aunque sólo fuera el brazo ejecutor, y pienso que no le resultará desagradable que pague por ello... aunque sea por otro motivo.

Laura permaneció silenciosa unos momentos.

—Don Pietro, no sé qué decirle. No, no... no me refiero a Ralph Andino. Cualquier castigo me parecerá pequeño para él. Estoy hablando de usted, de que haya pensado en mí y de que haya tenido la delicadeza de contármelo. No sé cómo darle las gracias.

—Con una sonrisa me basta, Laura. Y soy yo el que tiene que estar agradecido, y por doble motivo. Primero, fue usted la que me alertó sobre este asunto, pero no es eso lo principal. —La miró a los ojos—. Mucho más importante para mí es su comportamiento con María, su abnegación y su dedicación. Mi hija la adora y su risa vuelve a sonar en esta casa. No sabe cómo la echaba de menos.

Laura sonrió. Fue una sonrisa progresiva, salida de dentro, como las

tenues lágrimas que asomaron a sus ojos.

A Karla Raines le faltaban menos de cuatro meses para salir de la cárcel y no podía ocultar su ansiedad. Por una parte, estaba tan deseosa como el primer día y continuaba llevando la cuenta exacta de su condena, pero, por otro, empezaba a manifestarse en ella ese síndrome, bastante habitual entre las reclusas, del temor a enfrentarse de nuevo con la vida en el exterior.

La cárcel no le gustaba a nadie, pero su rutina tenía algo de adormecedor y que no precisaba el plantearse cómo sería el mañana. Era, en cierto modo, una situación cómoda dentro de otra que no lo era en absoluto; pero la mente iba aceptando lo inevitable y haciéndose a ello.

Era una reacción que los psicólogos conocían bien y que era comparable a la de los animales que vivían en cautividad: si se los dejaba en libertad, podían llegar a sentirse desorientados y morir.

Elsa Stilian no estaba especialmente preocupada por su amiga. Había vivido en múltiples ocasiones los mismos síntomas en otras reclusas y sabía que Karla tenía la suficiente entereza de ánimo para superarlos sin problemas.

El tema había salido, sin embargo, en la charla que en ese momento mantenían ambas con Laura. Ésta había ido a verlas y las tres se encontraban hablando en una de las pequeñas salas destinadas a las visitas de los abogados. Se trataba de un pequeño privilegio que Elsa les proporcionaba y que todas agradecían: era mucho más agradable que hacerlo en la incómoda sala de visitas, con un cristal de por medio y hablando a través de una reja.

Primero habían comentado la detención de Ralph Andino y de Lou Ferrato. Había salido en todos los periódicos y las dos amigas de Laura estaban ya perfectamente al tanto. Según la información aparecida en la prensa, la policía había tenido conocimiento, por medio de un comunicante anónimo, de que un importante alijo de drogas iba a cambiar de mano. La detención se produjo en un almacén del Bronx donde la policía sólo tuvo que esperar para detener a todos los implicados. Aparte de Andino y Ferrato, habían caído otros miembros del hampa y dos policías más. La operación fue llevada a cabo por una brigada especial antidroga que se suponía incorruptible. La prensa añadía que no se descartaban otras detenciones



cuando la investigación siguiera su curso.

—Imagino que estarás contenta, Laura —había dicho Elsa—. De momento ya ha pagado uno de ellos. Y le van a caer más años que a ti. Bastantes más.

—Sí, lo estoy. Bueno, más que contenta estoy satisfecha. Ese hombre va a pagar y, aunque sea por otro motivo, el resultado es el mismo.

Laura no había comentado con ellas su participación en el asunto, pero no pudo evitar una ligera sonrisa cuando Elsa dijo:

—Lo que no me extrañaría nada es que ese «comunicante anónimo» tuviera que ver con tu actual jefe, don Pietro. Conociendo su aversión a las drogas y teniendo en cuenta que Ferrato trabajaba para él... Fíjate además que en la información de la policía dejan bien claro que Valenti no tiene nada que ver, a pesar de que Ferrato pertenecía a su «familia». Uhm, no sé... pero me huele a un trato.

Laura procuró poner cara de ignorancia, aunque lo que le hubiera gustado era aplaudir y decir: «Bravo, Elsa, eres un genio».

La conversación había continuado por otros derroteros hasta terminar en el inevitable «¿y qué haré cuando salga?» de Karla.

La celadora mantuvo por unos momentos su mirada en la joven y luego la desvió hacia Laura.

—No sé qué te parece a ti, Laura, pero creo que entre las dos podríamos echarle una mano. Me consta que don Pietro te tiene un especial afecto por la manera en que te estás ocupando de su hija y que estaría dispuesto a escucharte si le hablaras de Karla. Él tiene muchas maneras de proporcionarle un trabajo.

Laura miró a Karla y no notó en su expresión que la propuesta fuera una sorpresa para ella. Comprendió que era algo que ambas habían tratado previamente entre sí y, de pronto, tuvo la molesta sensación de estar siendo utilizada. Su situación en la «familia» Valenti era aún precaria y el acudir a don Pietro con una petición semejante era algo que le resultaba profundamente incómodo.

Pero esa impresión duró tan sólo unos segundos y fue barrida por la evidencia de lo que aquellas dos mujeres representaban para ella y de lo mucho que habían hecho en su favor. «Por Dios, Laura, si les debes todo —se

dijo a sí misma—. ¿Cómo puedes permitirte siquiera dudar?».».

Algo de sus encontrados sentimientos debió de traslucirse, porque Karla tomó su mano y la miró con una sonrisa reconfortante.

—Claro que si no quieres hacerlo, Laura...

—¿Cómo que si no quiero? Si me parece una idea maravillosa. Imagínate, trabajar para el mismo jefe, poder seguir viéndonos con frecuencia... seguir siendo... amigas —concluyó emocionada.

—Bien, bien —intervino Elsa—. Yo por mi parte me ocuparé de que los informes que le lleguen al señor Valenti sean impecables. Aunque para ello no tendré que faltar a la verdad —concluyó con una sonrisa.

## 8

Nueva York, 1986

Con un leve movimiento de cabeza, Laura dejó atrás sus recuerdos y miró nuevamente el reloj. Aún faltaban casi tres cuartos de hora para que sus invitados empezaran a llegar. Se encontraba extrañamente serena, con la sensación de ser espectadora de una obra de teatro. Se encogió de hombros al pensar que en ella lo que se estaba representando era su vida.

Dirigió de nuevo la mirada al pequeño armario donde guardaba su colección de objetos y ésta descansó un instante sobre el pañuelo de seda que había llevado el día en que descubrió a Ralph Andino hablando con Lou Ferrato. Con él se había cubierto la cabeza tratando de pasar desapercibida cuando entró en la cafetería. Y desde entonces lo guardaba como símbolo de su primera victoria.

Del pañuelo, sus ojos se desplazaron a un pequeño broche, de escaso valor y de dudoso buen gusto. ¿Qué habría sido de su dueña? Laura deseó que la vida la hubiera tratado con amabilidad. Lo merecía. Se llamaba Teresa y había sido un pilar importante en la particular cruzada de Laura.

Los ojos de la mujer se enfocaron de nuevo en la nada, mientras su mente recordaba...

## 9

Nueva York, 1971-1972

—Pues sí, mamá, estoy muy contenta. María es un encanto y nos llevamos muy bien. En cuanto a don Pietro, no tengo la menor queja. Es una persona muy... interesante. Parece que está a lo suyo, pero continuamente notas que no se le escapa nada. Sobre todo si se relaciona con su hija. Yo creo que la quiere con locura, pero su carácter no es demasiado expresivo.

—No sabes cuánto me alegro, Laura. Tenía miedo de que después de todo lo sucedido te costara volver a ser como eras. Menos mal que no ha sido así.

—Pero no creas que olvido, madre. Y no porque ponga un especial empeño en recordar, sino porque no consigo olvidar. John, tu hijo... mi hermano, fue brutalmente asesinado; y lo fue para el beneficio de unas personas sin entrañas. No, nunca olvidaré.

Laura sonrió para sí al recordar la expresión de su madre ante estas palabras. A la buena mujer le habría gustado que su hija dejara de recordar lo que ya era irremediable, pero la joven no podía. Su familia había optado por enterrar los malos recuerdos y aferrarse al presente. Y Laura comprendía la bondad de la decisión: de nada servía sufrir por algo que no podía ser cambiado. Pero a ella, simplemente, no le era posible. O bien su manera de ser era diferente o, por haberse visto afectada de forma más directa, sus sentimientos eran más profundos.

Al menos, había conseguido no obsesionarse y, como le había dicho a su madre, vivía una época feliz. Lo notaba en que comenzaba con ilusión cada nuevo día y en que el círculo de aquellos con los que se relacionaba estaba integrado por personas de su agrado.

Era sábado por la tarde y Laura se dirigía desde casa de sus padres, donde había almorzado, a visitar a su amiga Karla. «Madame Karla», se sonrió

Laura, porque la mujer era ahora una de las encargadas de manejar a las chicas que trabajaban para la «familia» en la prostitución. Laura le había pedido una entrevista a don Pietro al día siguiente de su visita a la cárcel. Y le había hablado con la tranquilidad que da el saber que se está haciendo lo correcto.

Algo de esa seguridad debió de transmitirla en la conversación, pues el hombre no tardó en alzar sus brazos en señal de rendición.

—De acuerdo, de acuerdo. Si alguna vez necesito un abogado, ya sé a quién recurrir. Es evidente que siente usted un gran aprecio por esa mujer. Karla Raines ha dicho, ¿verdad? Dígale a Elsa Stilian que me envíe esos informes. Váyase tranquila: encontraremos un trabajo para su amiga.

De esa conversación hacía ya varios meses y Karla había encontrado, efectivamente, trabajo. Don Pietro la había puesto bajo las órdenes de uno de sus segundos, Angelo Fantoni, que era quien controlaba la red de prostitución que manejaba la «familia». Pronto Karla se había ganado el aprecio y la confianza, no sólo de sus jefes, sino, y sobre todo, del grupo de mujeres cuyo control le había sido encomendado. Entendía sus problemas y sus necesidades, procuraba ser su amiga y las defendía en todo momento de posibles abusos, tanto de la propia organización como de los eventuales clientes.

—Es usted realmente extraordinaria, Laura —le había dicho don Pietro hacía tan sólo unos días—. Primero consigue devolver la felicidad a esta casa, luego descubre a alguien que podía habernos hecho mucho daño y ahora me proporciona la persona ideal para ocuparse de que funcione una parte importante de nuestros intereses.

La joven recordaba aquel momento con especial intensidad, porque el hombre la había tomado por los hombros mientras hablaba y, aunque el gesto resultara totalmente casual, Laura sentía todavía la presión de los dedos masculinos, que permanecieron sobre ella quizá un momento más de lo necesario. ¿O fue sólo su imaginación? En cualquier caso, la sensación había sido agradable.

Se quitó de la cabeza el recuerdo con un gesto mientras entraba en el pequeño hotel que era ahora el feudo de su amiga. Tenía sólo quince habitaciones, pero estaba equipado con todos los detalles que lo convertían en

uno de los más lujosos de la ciudad. A pesar de ello no figuraba en las guías hoteleras y si alguien entraba solicitando una habitación, simplemente se le decía que estaba lleno. Salvo en el caso de que algún importante miembro de la «familia», no residente en la ciudad, ocupara alguna de las habitaciones, éstas sólo se alquilaban por días o, mejor, por noches.

En la planta baja había un salón principal con su bar, otros salones más pequeños, la recepción y la zona de administración, uno de cuyos despachos pertenecía a Karla.

Hacia él se encaminó Laura mientras dirigía un saludo con la cabeza al recepcionista. Llamó a la puerta y entró, tras ser invitada a hacerlo por la voz de su amiga.

—Laura, querida, cómo me alegra verte. —Karla Raines se levantó de detrás de su mesa para darle un abrazo—. ¿Qué tal te va?

—Muy bien, no me puedo quejar. Y, por lo que sé, tú tampoco lo llevas mal —sonrió—. Por lo menos, no oigo más que alabanzas hacia tu trabajo.

Karla hizo un gesto con la mano, como restando importancia a las palabras de Laura, mientras la invitaba a sentarse en un sofá de su amplio despacho.

—Para mí es fácil. He pasado muchos años en este ambiente. Y basta con ponerme en el lugar de las chicas para saber lo que hay que hacer. Pero me alegra que los jefes estén contentos. Siempre gusta oírlo, porque tarde o temprano surgirá algún problema y es bueno estar respaldada.

—¿Qué tal te llevas con Angelo?

—Muy bien... de momento. Y toquemos madera. Si no mi trabajo sería imposible. Con Angelo, don Pietro ha acertado. Me deja hacer, se interesa por lo que pasa y me da consejos siempre que se los pido. Además, conoce este mundo perfectamente y sabe evitar problemas.

—Cuánto me alegro, Karla.

—Sí. Te confesaré que yo también —sonrió—. Parece que huele al cliente difícil y se adelanta a las situaciones embarazosas. No sé... en cierto modo me recuerda a Elsa. También ella tiene esa virtud.

—Sí, la buena de Elsa. Acuérdate de que el sábado que viene hemos quedado con ella. Podríamos comer las tres juntas.

—Perfecto. Yo estoy disponible hasta las seis y media o las siete.

Después ya sabes que los sábados tenemos bastante lío, igual que hoy.

—Bueno, aún te quedan un par de horas —dijo Laura consultando su reloj.

—Sí. Y vamos a aprovecharlas, porque hay algo de lo que quiero hablarte. Quizá se te ocurra cómo utilizarlo, aunque, cuando te lo cuente, comprenderás que hay que hacerlo con la máxima discreción. Podríamos decir que es lo que los políticos llaman información privilegiada.

—De momento suena emocionante. Cuenta.

—Alguna vez te he hablado de Teresa, ¿verdad? Es esa chica de México que trabaja para nosotros. Una verdadera belleza. Creo que te conté que uno de los que suspiraban por ella era el capitán Stewart, el subjefe de policía.

—Sí. Ese cerdo. Cuando me lo contaste, lamenté no ser Teresa. ¿Te imaginas tener en la cama, desnudo, al hombre al que odias?

Una sonrisa forzada pasó por el rostro de Karla.

—Algo parecido me sucedió una vez, ¿recuerdas? No, no te preocupes. —La mujer agitó sus manos para tranquilizar a Laura—. Sé que no has querido referirte a ello. Además ya te dije en una ocasión que es algo de lo que no me arrepiento. Otra cosa es que me guste recordarlo.

—Perdona de todos modos. Debí morderme la lengua. La idea de vengarme de ese hombre me hace hablar sin pensar. Si él no hubiera dado la orden, mi hermano aún seguiría vivo.

—Olvídalo. Bien, el caso es que Teresa ha despertado ahora las pasiones de Lance Kelly. Es el rey de la carne, no sé si has oído hablar de él. Posee una inmensa red de mataderos y prácticamente controla toda la carne que pasa por esta ciudad. Sobre todo la que se destina a hamburguesas.

—Sí. Sé quién es —asintió Laura—. Aparece con frecuencia en los periódicos. Y siempre acompañado de chicas estupendas.

—Así es. Digamos que es su *hobby*. Sale con una chica durante una temporada, luego la deja y va a por otra. Lo que sucede es que es terriblemente celoso... o egocéntrico. No acepta que su novia de turno se digne siquiera mirar a otro hombre. A más de uno le ha costado un disgusto el tratar de tontear con ellas. Me lo ha contado Angelo. El último se pasó dos semanas en el hospital. ¡Y sólo por tratar de ligar con la chica en una mesa de juego de Atlantic City! Por lo visto, Lance ni siquiera estaba delante, pero se

lo contaron.

—¿Y la chica?

—Tengo entendido que no le pasó nada. Le dijeron a Lance que había estado muy pudorosa y que había intentado rechazar al ligón —sonrió Karla.

—Menos mal. Y dices que ahora se ha encaprichado de Teresa.

—Así es. Ya está saliendo con ella. La conoció precisamente en una fiesta a la que acudió Teresa con el capitán Stewart. Por lo visto, lo que no admite en los demás no le importa hacerlo a él.

—¡Bien por Lance! Y, ¿cómo se lo ha tomado el capitán?

—Mal, francamente. Anteayer estuvo por aquí preguntando por ella. Angelo estuvo con él, pero yo pude oír la conversación. Parecía algo bebido. Angelo le dijo que Teresa ya no trabajaba aquí, lo que es, hasta cierto punto, verdad. El capitán no se conformó. Alzó la voz y profirió amenazas, contra la chica y contra nosotros. Habló de quitarnos la confianza de la policía y de causarnos muchos problemas.

—¿Estáis preocupados?

—No en exceso. Aunque eso no lo sé con certeza, aseguraría que Stewart está en la nómina de esta casa y que no le interesa armar lío. Lo que sí sé es que aquí no paga. Ni por las bebidas, ni por las chicas, ni por las habitaciones. De todas maneras, Angelo intentó calmarlo y algo consiguió. Se fue más tranquilo, pero no sin antes repetir varias veces que él era mucho más hombre que Lance y que se lo iba a demostrar.

Laura observó durante un momento a su amiga en silencio.

—Karla, ¿por qué me cuentas esto? No creo que sea simplemente por hablar de algo. No sacarías el tema del capitán, que sabes los recuerdos que me trae, si no fuera por algún motivo concreto. ¿Se te ha ocurrido lo mismo que empieza a ocurrírseme a mí?

Karla rió de buena gana.

—Eres tú la que lo has dicho, no yo. La verdad es que estos triángulos amorosos son siempre situaciones explosivas. Todo depende de dónde se coloque la mecha.

Laura se arrellanó en su sillón.

—¿Por qué no pides que nos traigan alguna bebida? Me parece que tenemos que hablar.



Lance Kelly era un hombre apuesto. Rondaba ya los cuarenta años, pero se mantenía en excelente forma: sin un gramo de grasa superflua y con la misma mata de pelo rubio de su juventud. Medía más de un metro ochenta y tenía la constitución de un boxeador del peso medio. Había heredado el negocio de la carne de su padre, pero él lo había ampliado hasta convertirlo en un verdadero emporio. Para ello había comprendido desde el principio que lo importante no era el negocio en sí, sino tener una ambición tan grande como la suya, controlar a los sindicatos y desconocer el significado de la palabra escrúpulos. Con estas premisas, ningún objetivo sería inalcanzable para él. Se rodeó desde el principio de una nutrida guardia de corps, muy bien pagada y a la que exigía absoluta fidelidad. Sus «muchachos», como él los llamaba, eran los encargados de tratar con los enlaces sindicales, con los proveedores y con la competencia. A veces por las buenas y en ocasiones por las malas. Poco a poco había ido absorbiendo los mataderos que surtían a la ciudad. Lance pagaba buenos precios si su oferta era rápidamente aceptada y advertía al vendedor que resistirse no le llevaría a nada bueno. Algún incrédulo que optó por no vender tuvo finalmente que claudicar y a menor precio: problemas con los obreros y con los transportistas hicieron que toneladas de carne se pudrieran en sus almacenes.

Lance se consideraba a sí mismo un ganador. Tenía que lograr cuanto se proponía y no permitía que nadie le hiciera sombra o se cruzara en su camino. Con las mujeres, ese sentimiento alcanzaba su máximo. Él era quien las elegía, las utilizaba y las dejaba. Él era el que marcaba el cómo y el cuándo. Y lo que de ninguna manera podía tolerar era que sucediese algo que afectase en lo más mínimo a su dignidad de macho. Su reacción en esos casos era totalmente animal, como la del león ante el intruso. Ni razonaba ni admitía explicaciones; sólo actuaba.

Aquel día había recibido de manos de uno de sus «muchachos» un sobre grande cerrado y con su nombre escrito a mano. En caracteres rojos figuraba además la indicación de «personal». Lo había traído un chico joven, según explicó el portero.

Lance pidió que se lo abrieran —nunca estaba de más tomar precauciones— y se encogió de hombros cuando le dieron una cinta de vídeo. Era todo lo

que había en el sobre.

La había dejado sobre la mesa de su despacho mientras terminaba de estudiar unos papeles y ahora, por fin, se disponía a verla.

Se sirvió un vaso de whisky, se aflojó el nudo de la corbata y se instaló frente al televisor.

A los pocos días Laura recibió una llamada telefónica de Elsa. Acababa de despedir a María, que salía para el colegio, cuando sonó el teléfono.

—¡Elsa, qué alegría! ¿A qué debo el honor...? Es raro que me llames a estas horas.

—Si me lo preguntas es que aún no lo sabes. Hazte con un periódico.

—Pero... ¿qué pasa?

—Prefiero que te enteres por ti misma. No te preocupes, que no es nada malo, al menos para ti. Llámame cuando lo hayas leído.

—Pero... ¿el qué? ¿Y en qué periódico?

—Imagino que en cualquiera. En el *Times* viene en portada.

Laura pidió un periódico y no tuvo que buscar mucho. La noticia saltó ante sus ojos: «Jefe de policía asesinado en brutales circunstancias». Junto al titular, una foto de Mark Stewart y, debajo, el texto, en el que se explicaba cómo había sido encontrado su cadáver en los muelles, en lo que parecía una muerte por ajuste de cuentas. El cuerpo había sido mutilado y el pene y los testículos introducidos en su boca.

Según el periodista todo apuntaba a una venganza del crimen organizado, porque la brutal mutilación del cadáver formaba parte, en ocasiones, del ritual de la mafia. Finalizaba insinuando que ya en alguna ocasión se había relacionado el nombre del capitán Stewart con el de estas organizaciones criminales.

A Laura por un momento se le encogió el corazón. Un hombre había muerto por su causa, ya que, aunque la prensa apuntase hacia la mafia como culpable, ella sabía muy bien cómo y por qué había muerto Mark Stewart. Lo sabían ella, Karla, Lance y las personas a las que éste hubiera encargado el crimen.

Y Teresa, si es que alguna vez llegaba a enterarse de lo sucedido.

La joven tuvo que hacer un esfuerzo para sobreponerse. Respiró hondo y se obligó a sí misma a recordar a su hermano John y a su amigo Giuseppe, víctimas de los inconfesables manejos de aquel hombre.

—Oh, Dios mío. Realmente, ¿vale la pena?

Por la mente de Laura pasaron de nuevo las imágenes de la cinta que había enviado a Lance. Era una secuencia con todas las características de un vídeo no profesional pero, quizá por eso mismo, cruelmente reales.

En ellas se veía una toma fija de un dormitorio y una gran parte del encuadre lo ocupaba la cama. Por la izquierda entraban en imagen dos personas: Mark Stewart y Teresa. Lo que seguía era digno de una película pornográfica, sonido incluido. Ya al final de la cinta se veía a Teresa abrazar al capitán y susurrarle algo al oído. El hombre asentía con la cabeza, elevaba su torso y, mientras alcanzaba el orgasmo, gritaba: «Lance, hijoputa, soy más hombre que tú. Mucho más hombre que tú».

Laura pensó en llamar a Karla para comentar la noticia. Sin duda estaría tan afectada como ella misma, pero decidió ir a verla en persona. No se fiaba de los teléfonos.

—Laura, cuando lo planeamos ya sabíamos cuál podía ser el resultado. O, mejor dicho, buscábamos este resultado. Comprendo que ahora estés alterada. Yo también lo estoy. Ha sido... demasiado brutal, aunque, conociendo a Lance, tampoco podíamos esperar otra cosa.

—Podía haberse limitado a una paliza. Pero esto...

—No podía. No, tratándose de un jefe de policía. Habría sido un enemigo de demasiada entidad para Lance. No le era posible permitirselo. Y no es por tranquilizarte, Laura, pero a lo mejor el resultado habría sido el mismo sin nuestra intervención. El capitán ya había hablado en contra de Lance en varios círculos y no dudes de que alguien ya le había hecho llegar la noticia. Aunque no fuera más que por su propio interés, Lance tenía que acabar con Stewart.

—Gracias, Karla. De todas maneras asumo los hechos. —Permaneció unos momentos pensativa—. Tienes razón. Hace tiempo que me juré a mí misma no tener piedad con ninguno de los culpables de la muerte de mi

hermano. Y pienso seguir así. —Dirigió a su amiga una mirada cansada—. Aunque es cierto que la venganza no resulta tan satisfactoria como una espera. Ahora tengo que llamar a Elsa. Ya te he dicho que ha sido ella la que me ha dado la noticia. Me va a costar trabajo aparentar un total desconocimiento de lo sucedido.

—Es mejor que no lo sepa. Y no por falta de confianza, sino por ahorrarle una preocupación.

—Sí, lo sé. Por cierto, ¿has sabido algo de Teresa?

—No, y mejor no volver a oír hablar de ella. Deseo que le vaya bien.

Hacía menos de una semana que las dos amigas habían despedido a la mexicana en el aeropuerto de Nueva York. Volvía a su país. Hacer desaparecer a Teresa, fundamentalmente por su propia seguridad, era una parte indispensable del plan. Ya cuando empezaron a esbozarlo Karla había puesto de manifiesto el deseo de la chica de regresar a su país. Añoraba su tierra y su familia. Quería permanecer en Nueva York el tiempo justo para reunir el dinero suficiente que le permitiera iniciar una nueva vida con los suyos. No fue problema convencerla. Veinte mil dólares y un billete de avión fueron suficientes. Laura tenía quince mil y Karla puso el resto. Con lo que Teresa había ido ahorrando, partió con una cantidad próxima a los cincuenta mil dólares.

La segunda parte del plan consistió en colocar una cámara oculta en el apartamento de Teresa. Utilizar una habitación del hotel habría sido más sencillo, pero involucrar a don Pietro o a su organización quedaba descartado. Teresa se encargó personalmente de pedirle el favor al técnico del hotel, otro enamorado suyo.

Finalmente, sólo hubo que levantar el telón para una obra con dos protagonistas. Y Teresa se mostró como una consumada actriz. Se puso en contacto con Mark Stewart y no tuvo el menor problema en lograr su propósito. Bastó con susurrarle que era el hombre de su vida y que necesitaba verle. «En temas de sexo los hombres nunca piensan con la cabeza, sino con otra parte de su cuerpo. Ya me entendéis», les había dicho la mexicana a las dos amigas.

El resto figuraba en la cinta de vídeo. Lo único que un espectador casual podría preguntarse es lo que Teresa le había susurrado al capitán en los

momentos finales. Laura se lo preguntó en el aeropuerto y la chica no tuvo inconveniente en repetirlo: «Sí, Mark —le había dicho—. Tú eres mucho más hombre que Lance. Quiero que lo digas. ¡Quiero que lo grites!».

Antes de despedirla, Laura le había solicitado un último favor a la muchacha: que le diera el pequeño broche que llevaba puesto. «Voy guardando pequeños recuerdos de momentos importantes de mi vida y creo que éste es uno de ellos. Me encantaría conservar tu broche».

La joven lo desprendió de su chaqueta con una sonrisa.

El salir juntos algún día del fin de semana se había convertido ya en una costumbre. Y parecía claro que los tres lo disfrutaban. Había sido María la que, algunos meses atrás, había preguntado a su padre, ante la invitación de éste de ir a un partido de baloncesto: «Laura vendrá también, ¿verdad?».

La joven se había vuelto sorprendida y dispuesta a decir que no, que lo pasarían mejor los dos solos, pero don Pietro se había adelantado.

—Faltaría más, hija mía. Ya he encargado tres entradas. Bueno, suponiendo que Laura... la señorita Di Mato, nos quiera honrar con su presencia.

Laura se sintió como una estúpida al notar que se sonrojaba.

—Sí... bueno... yo... Me encanta el baloncesto.

Lo habían pasado francamente bien y Laura había podido conocer la parte más humana de Pietro Valenti. Resultó ser amable, divertido, bromista y, sobre todo, encariñado con su hija hasta la adoración. A Laura no le cuadraba la imagen que ofrecía aquel hombre con la que la sociedad tenía de él. Bien es verdad que esa imagen era estereotipada, pero aun así Laura encontraba a Pietro Valenti muy alejado de la idea que se había hecho antes de conocerlo.

Salieron del partido alborozados, con María cogida de la mano de cada uno de ellos, y Laura hasta llegó a olvidar a los dos guardaespaldas que continuamente los seguían.

Desde entonces las salidas juntos se habían convertido en algo habitual cuando llegaba el sábado o el domingo. María no perdonaba una y sólo cuando Valenti no estaba en la ciudad transigía a regañadientes. Aprovechaban entonces Laura y ella para hacer un plan «de chicas», como

podía ser el ir a ver juntas una película de esas que a los hombres les resultaban menos atractivas.

Laura insistía en que la niña debía frecuentar más a amigas de su edad y procuraba organizarle planes con sus compañeras de colegio. María los aceptaba y, aparentemente, se divertía, pero cuando llegaba el momento de salir con su padre y con ella no había manera de conseguir que cambiara de idea.

Habían ido al baloncesto, al hockey y al béisbol —a la niña le encantaban los deportes—, al parque de atracciones o, simplemente, de compras.

Laura comprendía que María veía cada vez más en ella a la madre que no tenía, aunque prefería pensar en sí misma como en una hermana mayor. En cuanto a su padre, por el contrario, Laura reconocía no tener las ideas muy claras. Don Pietro la trataba con amabilidad exquisita, pero en más de una ocasión la joven había creído ver en las atenciones del hombre hacia ella algo más que las propias de un padre hacia la institutriz de su hija. Eran pequeños detalles, tales como una mirada que se transformaba en sonrisa cuando era sorprendida o un contacto provocado o mantenido durante unos segundos.

Al principio, Laura no había hecho caso. O quizá sencillamente no se había percatado. Pero poco a poco fue siendo consciente. Es raro que una mujer no se dé cuenta del interés que despierta en un hombre... y más cuando ese interés es correspondido. Porque, y en eso Laura no podía engañarse, encontraba al padre de María un hombre muy atractivo. Y tanto en lo físico como en su manera de ser.

Ciertamente Pietro Valenti era una persona bien parecida. De estatura media, moreno y de facciones correctas, su pelo negro tenía ya algunos tintes de blanco en las sienes. Los ojos, oscuros, eran quizá lo más llamativo en él. De mirada profunda e inquisitiva, parecían no perderse nada de lo que sucedía a su alrededor. Era de ese tipo de miradas que pueden hacer sentirse incómoda a la persona sobre la que se fijan, porque dan la impresión de poder penetrar sin dificultad en su interior.

Pero no era sólo su aspecto lo que atraía a Laura. Poco a poco se había visto enganchada por la manera de ser del hombre: por su cariño hacia María, por su aparente timidez, que no podía esconder una fuerte personalidad, y, quizá, por la atracción que sobre toda mujer pueden ejercer las personas

necesitadas de cariño. Porque Pietro Valenti, a pesar de todo su poder, a pesar de su carácter, en apariencia rocoso, era una persona que transmitía con claridad la necesidad de contar con el apoyo y con el aprecio de quienes le rodeaban y que representaban algo para él.

En ningún momento la situación resultó incómoda para Laura. Aparte de esos pequeños detalles, nada en la actitud de Pietro Valenti había resultado molesto ni, mucho menos, intimidatorio. La joven tampoco se permitía pensar en él como en algo distinto de lo que para ella era: un hombre de cuarenta y cinco años y padre de la niña a cuyo cuidado se encontraba.

Laura salía poco con jóvenes de su edad. La estancia en la cárcel había hecho que perdiera contacto con los que fueron sus amigos y, aunque después intentó reanudar la amistad, ya no fue lo mismo. Se encontraba más a gusto con Karla o con Elsa y disfrutaba más de un paseo con María que de una visita a alguna de sus antiguas amigas.

—No es natural, hija mía —le había dicho su madre—. Lo lógico a tu edad es que tengas un novio. Yo ya estaba a punto de casarme con tu padre.

—No te preocupes, mamá. Imagino que todo llegará. Y si no, pues mira, seré una solterona.

—Calla, calla —contestó su madre mientras se santiguaba.

Laura sonreía ahora al recordarlo. La verdad era que se encontraba a gusto con lo que tenía y no veía *motivo para forzar* la situación. Tampoco los miembros masculinos de la «familia» de don Pietro habían intentado un acercamiento hacia ella. Los había jóvenes y guapos, pero, aparte de alguna sonrisa y alguna conversación intrascendente, ninguno había ido más allá. Laura imaginaba que la sombra de su jefe era demasiado grande y que, por si acaso, preferían mantenerse alejados de ella.

Por lo demás, la joven se llevaba muy bien con las personas con las que convivía diariamente en casa de Pietro Valenti. Dos muchachas, una cocinera, una especie de ama de llaves y un mayordomo-ayuda de cámara integraban el servicio. Además, Laura veía casi todos los días a Tim Curtis, hombre de confianza de don Pietro: era una mezcla de asesor, abogado y secretario. Debía de rondar los cuarenta años y tenía todo el aspecto de un zaguero de fútbol americano: fuerte, inmenso y con unas facciones que parecían talladas en granito.

Era muy simpático y, cuando se encontraba con Laura, la saludaba con su sonrisa de niño grande. Para María tenía siempre una palabra cariñosa y la niña no era inmune a su atractivo. Se dejaba coger en brazos alborozada y le llamaba tío Tim.

El ama de llaves era la persona, aparte de María, con la que más relación tenía Laura. Era una mujer mayor y taciturna, que llevaba en la casa ya doce años, desde el matrimonio de los Valenti. Se llamaba Ana y era, también, de origen italiano.

Aunque al principio se había mostrado algo distante con Laura, aquello había durado poco. Ana no era una mujer que se entregara con facilidad, pero cuando lo hacía era de verdad. En poco tiempo las dos mujeres habían congeniado perfectamente —sin duda cada una apreciaba las virtudes que adivinaba en la otra— y había sido a través de Ana que la joven se había ido enterando de detalles de la vida de los Valenti.

El ama de llaves hablaba con veneración de la madre de María. Ella era la que la había contratado tras su matrimonio y, para Ana, no existía mujer mejor en el mundo. Le contó el nacimiento de María y los años felices que se vivieron en la casa. Luego, de pronto, la terrible noticia que, de manera implacable, pasó de ser sólo un rumor a confirmarse: la madre de María estaba enferma de muerte.

Ana recordaba con dolor aquellos días y prefería no hablar de ellos: el aspecto cada vez más desmejorado de la mujer, las continuas visitas de los médicos y, finalmente, el traslado al hospital para ya no volver.

—Menos mal que fue rápido. Apenas tres meses desde que se lo descubrieron. —Y Ana no podía evitar las lágrimas.

Laura comprendió enseguida que era mejor dejar que la madre de María descansara en paz, al menos para los habitantes de la casa. Mantener vivo su recuerdo no hacía bien a nadie y, como toda persona que muere joven y es querida, se había convertido en un mito.

Ana y Laura se mantenían informadas la una a la otra de las pequeñas cosas que ocurrían a diario. A pesar de su carácter poco expresivo, al ama de llaves le gustaba el chismorreó, aunque nunca había hecho un comentario con mala intención. Era su manera de integrarse en la vida de la casa. Pocas cosas se le escapaban y Laura a veces se asombraba de la capacidad de percepción



de aquella mujer.

—Ay, Laura —le había dicho en una ocasión—, esta niña necesita una madre. No está bien crecer a su edad con la única referencia de un padre. Los hombres, bien lo sabe Dios, son distintos. Y María necesita alguien con quien hablar. De mujer a mujer, ya me entiendes.

El comentario lo había hecho Ana al poco tiempo de llegar Laura a la casa. Unos meses después, y cuando ya el mutuo aprecio entre ambas mujeres era más profundo, el ama de llaves había vuelto sobre el tema.

—Laura, me hace muy feliz ver cómo ha cambiado María desde tu llegada. Vuelve a ser la niña alegre que era cuando vivía la señora y por fin tiene alguien en esta casa que vaya llenando el vacío. Para ella eres ya como su madre. Que Dios te bendiga.

Ella fue la que le había comentado, hacía poco más de un mes, que don Pietro estaba saliendo con cierta asiduidad con una mujer. No había sido un comentario crítico —Ana nunca los hacía—, sino simplemente informativo. El ama de llaves sentía un gran cariño por María y le preocupaba cuanto pudiera afectar a la niña, pues no en vano, como repetía con frecuencia, la había visto nacer.

—Es una mujer divorciada. —Laura se preguntaba a veces de dónde sacaría la mujer sus siempre exactas informaciones—. Se conocen desde hace tiempo. Los dos matrimonios eran amigos cuando la señora aún vivía y ella todavía no estaba separada. Después dejaron de verse... hasta ahora.

Ana le describió a la mujer: atractiva, rubia, de unos treinta y cinco años. Su nombre era Deborah Jones.

—Hay que reconocer que es una mujer agradable —añadió Ana—. Siempre me saluda cariñosa y con María es encantadora.

—Entonces tú crees que...

—¿Que pueden llegar a casarse? No lo sé. Yo creo que el señor todavía está bajo los efectos de la muerte de la señora, pero desde luego ha habido un cambio. Hace un año te habría dicho que las mujeres no existían para él. Ahora, no sé...

—Pues debes alegrarte por él. Es bueno que vaya olvidando a su esposa. Que todos la vayáis olvidando. Además, siempre has dicho que para María sería bueno volver a tener una madre.

Ana la miró sin expresión.

—No sé. Ya veremos.

María estaba alborozada. Aunque desde hacía tiempo era ya todo lo alegre que podía esperarse en una niña de su edad, aquel día estaba especialmente excitada. Se había expresado con tanta emoción que a Laura le costó comprender al principio aquello de lo que le estaba hablando.

—Tranquilízate, María. ¿Me estás diciendo que te vas de vacaciones a Florida?

—¡Sí! ¡Sí! Con papá. Y contigo. Y con Ana. Papá me ha dicho que es un premio por las notas que he sacado y para celebrar que ya soy mayor.

Laura sonrió. María acababa de cumplir trece años y, efectivamente, ya empezaban a manifestarse en ella los rasgos que, en breve, la convertirían en una mujer.

—Papá ha alquilado una casa. Junto al mar. Y podremos bañarnos y salir a pescar y... ¡Oh, Laura, soy tan feliz!

La joven se contagió de la alegría de la niña. Le dirigió una sonrisa mientras la miraba con cariño.

—Cuánto me alegro, María. Yo también estoy muy contenta. Me encanta verte tan alegre.

—Y a mí también —dijo una voz desde la puerta. Las dos se volvieron mientras Pietro Valenti entraba en la habitación—. Serán unas vacaciones estupendas que nos vendrán muy bien a todos. Esperamos que pueda venir con nosotros, Laura, aunque, evidentemente, si tiene otros planes lo comprenderemos. ¿Verdad, María?

—No, no, papá. Laura tiene que venir —dijo la niña con vehemencia—. Oh... Perdona, Laura; no quise decir... Es que estaba segura de que te encantaría. —La miró con ansiedad—. Pero... vendrás, ¿verdad? —añadió mientras la cogía de la mano.

—Pues claro que iré. No me lo perdería por nada del mundo. Y te hago una apuesta: ya verás como me pongo más morena que tú.

—Declaro esa apuesta sin efecto —dijo Valenti aparentando seriedad—. No estoy dispuesto a pasarme las vacaciones cuidando de dos enfermas por

insolación.

—Bueno, pues podemos apostar a ver cuál de las dos aguanta más debajo del agua. En la piscina del colegio yo... —se quedó callada al ver la expresión que había aparecido en las caras de Laura y de su padre.

Un momento después los tres reían a carcajadas.

Laura nunca había pasado tanto calor, pero lo encontraba gratificante. Sus anteriores escapadas de Nueva York en verano habían sido con su familia hacia regiones montañosas, precisamente tratando de huir de las altas temperaturas estivales. Ahora se encontraba inmersa en un ambiente cálido y húmedo, que adormecía los sentidos y que proporcionaba una comfortable laxitud al cuerpo.

La casa era espléndida, en un promontorio sobre el mar; y en ella el aire acondicionado permitía encontrar un refugio que servía de contraste a las cálidas sensaciones del exterior.

Iban a estar tres semanas, de las que ya habían transcurrido nueve días que a Laura se le pasaron en un soplo. Excepto dos días de mar revuelto, los demás pudieron salir en barco. Habían pescado, nadado en las templadas aguas y María se atrevió con el esquí acuático.

Laura estaba sorprendida de cómo había ido cambiando para ella la percepción del paso del tiempo desde que se encontraban allí. La languidez que se apoderaba de su cuerpo se había transmitido también de alguna forma a su mente. Había dejado de ser importante el saber la hora que era y, si seguía llevando su reloj, era simplemente por una cuestión de costumbre.

Por las tardes iban al cine o se conformaban con dar un paseo, y acababan cenando en cualquier restaurante al aire libre.

Los tres estaban ya muy morenos y Laura había de confesarse que Pietro Valenti resultaba extraordinariamente atractivo. Ya se lo parecía en Nueva York, pero ahora el sol y el descanso le daban una apariencia más juvenil. Para ella fue una sorpresa cuando lo vio aparecer el primer día sin la corbata y el traje oscuro habituales. Llevaba una camisa deportiva roja y un traje de baño azul marino y cuando, tras finalizar el desayuno, se quitó la camisa para meterse en la piscina, la joven pudo ver que mantenía un cuerpo

armónicamente atlético, sin asomo de grasa superflua.

Laura se había comprado dos trajes de baño en Nueva York, poco antes de emprender el viaje. Había ido con María, que tampoco tenía uno que se adecuara a su cuerpo en rápido desarrollo. Se habían aconsejado mutuamente y las dos habían salido satisfechas con sus adquisiciones.

Los de Laura eran dos biquinis similares, aunque en distintos colores. Uno rojo ribeteado en blanco y el otro con un dibujo de flores estampado sobre un fondo naranja. Y le sentaban bien, de ello estaba convencida, porque no podía dejar de ser consciente de las miradas de los hombres. Los guardaespaldas que patrullaban por los alrededores estaban más pendientes de ella que de posibles merodeadores y el mismo Pietro Valenti no podía evitar el mirarla con frecuencia a través de sus gafas de sol.

Laura bebió de su vaso de limonada y dirigió una mirada a María, que estaba tumbada a su lado leyendo un libro bajo la protección de una sombrilla. Aquel día no saldrían en barco, a pesar de que el mar estaba en calma. Pietro Valenti había ido al aeropuerto a recoger a Deborah Jones, que iba a ir a pasar unos días con ellos.

La noche anterior se lo había dicho, y también a Ana, el ama de llaves, para que preparara una habitación.

—Mañana viene una persona a pasar unos días aquí, con nosotros. Se llama Deborah Jones y es amiga mía desde hace tiempo. Tú ya la conoces —añadió dirigiéndose a su hija—. Espero que entre todos hagamos su estancia agradable.

En el transcurso de esa mañana, María y Laura no habían hablado del tema, aunque era evidente que la niña estaba algo más apagada que de costumbre. Laura no había querido sacarlo a colación por un doble motivo: pensaba que no era asunto suyo y tampoco estaba muy segura de qué decirle. Ella tampoco tenía claras sus ideas al respecto, fundamentalmente por un motivo: no conocía a la mujer. Ahora tendría ocasión de hacerlo.

Deborah Jones había llegado a la casa a las cuatro de la tarde, acompañada por su anfitrión. Laura hubo de reconocer que era una mujer muy atractiva y encantadora en el trato. A María la besó con lo que a Laura le pareció sincero

cariño y a Ana le dedicó una agradable sonrisa.

—Ana y yo nos conocemos desde hace mucho, ¿verdad?

—Sí, señora. Eran otros tiempos.

A Laura la cogió de las manos y se quedó unos momentos observándola.

—Caramba, Pietro. Me habías hablado mucho y bien de Laura, pero no me habías dicho que además era una preciosidad. Sé lo bien que está haciendo su trabajo, Laura —continuó dirigiéndose a ella—. Pietro no tiene otro tema que usted.

—Gracias —fue lo único que acertó a decir la joven, molesta por no ser capaz de encontrar una respuesta más ingeniosa.

—Deborah, seguro que querrás subir a tu habitación —le dijo Valenti—. Si quieres, Ana te ayudará con el equipaje.

—No es necesario, Ana. Gracias, puedo hacerlo yo sola. Además me gustaría darme una ducha. Bajaré dentro de un rato, si os parece bien.

Mientras la esperaban, Laura y María continuaron con su partida de *gin-rummy*, a la que pronto se unió Pietro Valenti.

—Venga, dejadme jugar. Las dos contra mí. Si perdéis me pagáis en centavos y si pierdo yo os pago en dólares.

Su hija aceptó encantada y en ello estaban, después de haber ganado una partida cada bando, cuando la invitada bajó por la escalera.

No cabía duda de que aquella mujer era toda una belleza y ello produjo en Laura una momentánea sensación de malestar que la sorprendió.

Alta, rubia y de ojos intensamente azules, poseía una figura armoniosa que atraía la mirada. Sin duda había aprovechado bien el tiempo pasado en su habitación, pues todo estaba en su sitio. El peinado, impecable, y el maquillaje, sabio y apenas perceptible. Lucía un traje verde, leve y perfectamente cortado.

Los tres se quedaron mirándola, mientras Laura sentía la incómoda impresión de ir desaliñadamente arreglada. De manera inconsciente se pasó la mano por el pelo, retocándolo.

Deborah Jones se acercó a ellos con una sonrisa, mientras Pietro Valenti se levantaba y acudía a su encuentro.

—Estás espléndida, Deborah. ¿Te apetece tomar algo?

—Muy bien, muchas gracias. No os habré estropeado la partida, ¿verdad?

—dijo señalando las cartas.

—No te preocupes. Estábamos pasando el rato. Además, seguramente me has salvado la vida. Estas dos señoritas son muy duras de pelar y me iban a costar una fortuna.

—Voy a guardar los papeles, papá. No creas que te vas a librar tan fácilmente. Terminaremos la partida otro día. A lo mejor Deborah quiere jugar y mañana podemos hacer un *gin* de parejas.

—¿Eh...? Oh, no, gracias, querida. No sabes cuánto lo siento, pero nunca he sabido jugar a las cartas.

Sin saber muy bien el porqué, Laura tuvo el convencimiento de que María había formulado la pregunta esperando exactamente esa respuesta.

Deborah Jones se fue por la tarde, a primera hora. Había estado una semana y, durante ese tiempo, demostró ser una mujer de trato amable y fácil convivencia.

Amena y ocurrente en las conversaciones, dispuesta a aceptar cualquier plan sin tratar de imponer su criterio y disfrutando siempre con lo que estaba haciendo.

Laura se obligó a pensar en ella como en una posible madre para María y hubo de reconocerse a sí misma que, sin duda, merecía el aprobado. «Aunque yo no soy quién para decidirlo», se dijo.

Definitivamente, le gustaba Deborah y había sentido cierta pena por ella porque comprendió que no todos en aquella casa le habían abierto los brazos. Ana, aunque cortés y deferente, se había mantenido lejana, muy en su papel de ama de llaves, pero sin propiciar el menor acercamiento. Quizá, pensó Laura, Ana se oponía, aun sin darse cuenta, a toda mujer que pudiera tratar de ocupar el lugar de su señora.

Y María... También se había comportado con toda corrección, pero Laura la conocía lo suficiente como para saber que había establecido una barrera entre ella y Deborah, y que era una barrera difícil de salvar.

Por el bien de Deborah Laura deseó que no se hubiera dado cuenta de esos sutiles rechazos. «No las conoce tan bien como yo». Pero algo en su interior le decía que sí lo había estado notando.

Los propios sentimientos de Laura eran encontrados. Por una parte, la razón y lo que veía hacían que sintiera aprecio por ella. Por otra, algo en su interior, de difícil explicación, hacía que deseara su marcha.

Y Deborah se había ido esa tarde. Valenti hacía rato que había partido hacia el aeropuerto a llevarla y Laura y María se encontraban en la terraza, leyendo. La tarde estaba cayendo y el calor en el exterior era ya soportable.

—Laura, hoy he vuelto a pensar en mamá. Hacía tiempo que no la recordaba tanto. Me habría gustado mucho que estuviera aquí, con nosotros.

—Seguro que de alguna manera está siempre contigo, María. Mientras la recuerdes, ella estará viva. Al menos para ti.

Oyeron el sonido de un automóvil que se aproximaba y, finalmente, se detenía en la puerta. Instantes después Pietro Valenti hizo su aparición en la terraza.

María se levantó y corrió a abrazar a su padre.

—Papá, ¿te acuerdas de que tenemos una partida de *gin* pendiente? Creo que ya es hora de que la terminemos.

Hacía tres días que habían regresado a Nueva York. Laura tenía todavía en su cuerpo las sensaciones del mar y del sol de Florida y en su mente los recuerdos de las vacaciones. Más que recuerdos puntuales, eran emociones que podían resultar incluso físicas. Le bastaba con cerrar los ojos e imaginarse en la proa del barco para sentir el olor a sal y notar la brisa tratando de aliviar el calor de su piel. Desde que se fue Deborah Jones habían tenido cinco días que a Laura le parecieron de ensueño. Fueron días de suaves temperaturas, de un mágico cielo azul y de un mar tranquilo y transparente. María estuvo exultante, Pietro Valenti amable y encantador y el nombre de Deborah Jones no volvió a ser citado.

—Es lo malo de estar en el paraíso. —Laura sonrió a sus amigas—. Que al final se acaba. Ahora comprendo lo mal que debieron de pasarlo Adán y Eva.

Karla y Elsa rieron. Las tres estaban tomando el té en una cafetería, felices de reencontrarse tras el lapso estival.

Elsa había permanecido en su puesto de trabajo. «Tendré vacaciones en

octubre y seguramente iré a pasarlas con mi madre». Contó anécdotas de la prisión y se mostró satisfecha de cómo iban las cosas allí. Chanda Crabb estaba tranquila —«debe de ser que se está haciendo mayor»— y el espíritu de unión entre las reclusas que habían creado Laura y Karla aún no se había deteriorado. «En fin, nada nuevo».

Karla Raines sí tenía noticias.

—No os lo vais a creer, y os diré que la más sorprendida he sido yo. Angelo me propuso que nos fuéramos una semana juntos a las Montañas Rocosas y me encontré diciendo que sí sin pensarlo. Supongo que no influiría el hecho de que él fuera mi jefe y yo una empleada sumisa y deseosa de agradar —añadió riendo—. El caso es que lo hemos pasado fantásticamente bien.

—Ésa sí que es una noticia, Karla. Sabiendo la opinión que, en general, tienes de los hombres, me parece extraordinaria. Y me alegro mucho por ti. ¿Ya no piensas entonces que son tan malos?

—¡Qué va! Pienso que son peores. —Las tres rieron—. Digamos que Angelo es una excepción.

—¿Quiere todo esto decir que hay compromiso a la vista? —preguntó Elsa.

—No, no. Somos dos buenos amigos. Y nada más.

—Bueno, pues no está mal. Por algo se empieza —concluyó Laura sonriente.

Después, esa misma tarde, Laura se encontraba en su habitación leyendo un libro. María estaba en casa de una amiga donde se iba a quedar a dormir, lo que había sorprendido a Laura. No tanto por el hecho en sí sino porque había sido la niña la que había tenido la idea.

Laura siempre intentaba organizarle planes con personas de su edad, pero solía encontrarse con una suave resistencia por parte de la pequeña, que prefería estar con ella y con su padre. Aquel mediodía, sin embargo, María le había pedido permiso para ir a casa de su amiga Elisabeth. «Sus padres nos llevarán al cine y después a cenar, de modo que, si te parece, me quedo a dormir con ella».



Laura había asentido encantada y se había prometido a sí misma fomentar la relación entre las dos niñas. «Parece que por fin hay una amiga que le divierte», pensó.

A las cuatro, antes de salir para encontrarse con Elsa y Karla, había despedido a María. La había encontrado excitada y sonriente.

—Estarás luego en casa, ¿verdad, Laura? Es que a lo mejor te llamo.

—Pues... sí. Voy a ir con unas amigas a tomar el té, pero luego volveré.

—Bueno, pues que lo pases bien. Espero que mañana me lo cuentes todo.

—Lo mismo te deseo, María. Y supongo que tú también tendrás cosas que contarme.

—Sí. Seguro que tendremos de qué hablar. Volveré pronto por la mañana.

Eran las siete y media cuando una llamada en su puerta hizo que levantara la mirada del libro.

—Laura —dijo Ana, tras entrar en la habitación—, el señor me ha pedido que te diga si puedes bajar un momento a su despacho.

—Sí, claro, ahora mismo voy. No sabía que estuviera en casa.

—Acaba de llegar.

Laura se levantó, dejó el libro y se miró por un instante en el espejo. Aún conservaba el intenso moreno de las vacaciones y le guiñó un ojo a la imagen que vio reflejada. Aunque no lo necesitaba, se retocó un poco el peinado y, satisfecha, se dirigió hacia la puerta.

# 10

Nueva York, 1986

«Fue la noche más importante de mi vida. Al menos la que recuerdo con mayor viveza», pensó Laura saliendo por un momento de su ensoñación.

Con un suspiro se levantó y se dirigió nuevamente al pequeño armario vitrina. Abrió la puerta y contempló una pequeña caja de cristal de roca que contenía un marchito pétalo de rosa. A pesar de la protección del envase y de estar perfectamente seco, a Laura le daba la impresión de que si lo tocaba se desintegraría, del mismo modo que podría hacerlo un antiguo papiro.

Tomó la cajita con cuidado, casi con veneración. El pétalo perteneció a una rosa blanca, aunque con el paso del tiempo había adquirido tonalidades más oscuras, sobre todo en los bordes. Primero Laura lo conservó en el libro que entonces estaba leyendo, aunque una vez seco se albergó en diferentes lugares, hasta llegar finalmente a la caja de cristal.

Todavía mantenía una apariencia sedosa, aunque para Laura eso era lo de menos. Lo importante era lo que representaba y la magia que era capaz de despertar en ella. Abrió la caja y, con suavidad, acarició el pétalo. Los recuerdos se agolparon en su mente.

# 11

Nueva York, 1972

Pietro Valenti se levantó de su sillón y, rodeando la mesa de despacho, salió al encuentro de Laura.

—Gracias por bajar. Habría subido yo, pero no me parecía correcto —añadió con una sonrisa—. Por favor, siéntate —dijo señalando un tresillo próximo a una de las paredes que servían de biblioteca.

Laura se instaló en una de las butacas. Tiempo atrás se habría sentido nerviosa, pero llevaba ya tres años en casa de los Valenti y sus relaciones con todos sus habitantes eran de plena confianza. Con don Pietro venía de pasar tres semanas de íntima convivencia y además era consciente de que, durante esos años, entre ambos se habían creado unos lazos que estaban muy por encima de los que podrían suponerse entre un hombre y la institutriz de su hija. Desde los últimos días del veraneo se tuteaban. «No puede ser que pasemos tanto tiempo juntos y con tanta formalidad», había dicho él.

Laura negó con la cabeza cuando el hombre le preguntó si quería beber algo y aguardó a que éste se sirviera un whisky del mueble bar.

—Bien, Laura —dijo Valenti sentándose frente a ella—, tenemos que hablar de muchas cosas y yo tengo alguna muy importante que decirte. Llevas ya mucho tiempo con nosotros y hay cosas que han cambiado profundamente desde que llegaste. Sobre todo María, y no sólo porque tenga ya trece años. Y... también he cambiado yo. Pero... —y miró su reloj—, ¿por qué no hablamos de todo esto mientras cenamos? Me parece que hoy estamos solos y tenemos que aprovecharlo. Te propongo llevarte a un buen restaurante.

Laura no pudo evitar sentirse sorprendida... y halagada.

Durante las vacaciones habían cenado juntos en diversas ocasiones, pero

había sido siempre con María o con Deborah Jones y en un ambiente informal.

—Bueno... sí, por qué no. Me parece un plan fantástico —añadió temiendo haber estado demasiado circunspecta—. Lo que no sé es si tendré la ropa adecuada.

—Lo que te pongas estará bien. Piensa siempre que una persona no es lo que aparenta a los ojos de los demás, sino lo que de verdad lleva en su interior. Y eso en ti nadie lo puede cambiar —concluyó mirándola con intensidad a los ojos—. Te espero aquí a las ocho y media, si te parece bien.

A Laura le pareció bien.

El restaurante al que fueron era uno de los que más de moda estaban en la ciudad. Entonces no se lo planteó, pero luego comprendió que Valenti lo había elegido porque el público acudía a él vestido de modo informal. Él siempre había tenido un gran cuidado en que Laura no se sintiera incómoda o fuera de lugar y eso era algo que ella siempre le agradecería.

Cuando llegaron, Laura pudo comprobar hasta qué punto Pietro Valenti era alguien importante en la ciudad. El *maître* salió a recibirlos y, momentos después, lo hizo el dueño, que los acompañó obsequioso hasta la mesa. Ésta no podía haber sido elegida con mejor criterio: estaba en una zona tranquila, desde la que podían ver todo sin ser vistos y a la que el rumor de las conversaciones llegaba apagado, permitiéndoles hablar sin tener que forzar la voz.

Laura lo miraba todo con auténtica ilusión. En una mesa próxima se encontraba un senador del Estado y, un poco más alejado, un joven actor en trayectoria ascendente. Igualmente se dio cuenta de que ellos también atraían algunas miradas y se imaginó los comentarios que su presencia en el restaurante estaría desatando: don Pietro con una joven acompañante. ¿Quién sería ella? No pudo evitar una sonrisa.

—¿Por qué sonrías? Cuéntamelo. Es agradable verte sonreír.

—Por nada en concreto. Ni yo misma lo sé —mintió—. Quizá porque me encuentro a gusto.

—Qué bien. Hoy quiero que estés en un estado de ánimo positivo. Como

te dije, tenemos mucho de que hablar.

—Pues adelante.

—No, mejor cuando llegemos al postre. Ahora vamos a disfrutar de la comida. —Y, con un gesto, llamó al *maître*.

La cena fue espléndida. Cocina francesa. Y el vino —un burdeos de reserva— el mejor que Laura había probado en su vida.

—No bebas mucho. Acuérdate de que tenemos que hablar y te necesito sobria —ironizó el hombre.

Pietro Valenti estuvo ameno y divertido; Laura —quizá el vino tuvo algo que ver— ocurrente y más habladora que de costumbre.

Cuando hubieron terminado, y después de elegir los postres, Pietro Valenti se dirigió a la joven:

—Bueno, ahora te toca escucharme un rato. He estado pensando dónde y cuándo sería mejor hablarte y he decidido que en un lugar agradable y estando los dos solos. O sea, que aquí y ahora... si te parece bien.

La atención de Laura volvió a fijarse en su interlocutor. La comida y más que nada el vino la habían aturcido ligeramente, pero el cambio en el tono de Pietro la devolvió a la realidad.

—No te costará imaginar el tema del que quiero hablarte. María, tú... yo. En fin, que ya llevas más de tres años con nosotros y todo ha cambiado mucho desde que llegaste. Todos hemos cambiado. María, sin duda, la que más. Y no sólo en lo físico, que eso es natural, sino, y sobre todo, emocionalmente. Te confesaré que tuve miedo por ella cuando se murió su madre... mi mujer. Fue algo demasiado duro para una niña de nueve años, sobre todo para una niña que dependía tanto de ella. Sé que a mí me quiere mucho, pero no soy precisamente lo que se entiende por un buen padre. No le he dedicado ni de lejos todo el tiempo que se merece, aunque estoy dispuesto a que eso cambie.

—No es que te quiera mucho, es que te adora. Y tampoco estoy de acuerdo en lo del tiempo que le dedicas. Pienso que lo haces bastante bien... para ser un hombre —sonrió.

—Gracias, Laura, pero es que desde hace cuatro años yo soy su padre y su madre. Mira, los hijos no eligen la familia en la que nacen. Somos nosotros, sus padres, los que tenemos una absoluta responsabilidad sobre su

vida, al menos hasta que se independicen. Y tenemos que cumplirla.

—Pero no puedes pretender convertirte en su madre —dijo Laura riéndose—. No te imagino con faldas y acompañando a María a comprar su ropa interior.

El hombre también sonrió.

—Efectivamente, no lo pretendo. Y es por eso por lo que creo que es mi obligación darle una madre a mi hija y de eso quería hablarte.

Laura vio que Pietro Valenti adoptaba una expresión seria y que hablaba con cuidado, midiendo sus palabras.

—Hace pocos días has podido convivir con Deborah Jones. Ella fue una buena amiga de mi mujer y nos conocemos desde hace tiempo. Había pensado que quizá ella podría...

—Ser una nueva madre para María —concluyó Laura, que sintió una íntima sensación de malestar, aunque logró mantener la sonrisa.

—Sí, así es. Durante un tiempo me pareció la elección perfecta, pero me equivoqué. La verdad es que a veces los hombres somos un desastre. Han bastado unos días en Florida para darme cuenta de mi error. Y ha tenido que ser mi hija, otra vez, la que me hiciera ver las cosas claras. Es increíble la capacidad que tenéis las mujeres para poner en evidencia las tonterías de los hombres —añadió sonriendo a Laura—. Aunque sólo se tengan trece años.

—¿Por qué lo dices?

—Sin duda María intuyó el papel que yo había pensado para Deborah. Y se encargó de decirme «estás equivocado, papá». Y lo hizo sin necesidad de palabras, sin tener que hablar conmigo.

Laura sonrió, ahora abiertamente. La sensación de malestar había dado paso a una ligera ansiedad.

—Y he sido por dos veces estúpido. Por no darme cuenta de que una madre para María tiene que contar tanto con mi aprobación como con la suya. Si no más.

Valenti se calló mientras miraba a Laura, como esperando algún comentario de su parte, pero ella permaneció en silencio.

—El caso es que, harto de hacer tonterías, he hablado directamente con mi hija. Hace unos días comprendí de pronto lo que tenía que hacer. Lo había tenido ahí, delante de mí, pero había estado ciego. Ayer, como te digo, lo

comenté con María; no quería volver a equivocarme.

—¿Y...?

—Y María estuvo totalmente de acuerdo conmigo. Lo más sorprendente es que parecía que lo esperaba. Sólo le faltó decirme «bueno, papá, ya era hora». Y también le pedí consejo sobre cómo enfocarlo y creo que me dio el mejor: «Es muy simple, díselo».

Laura sintió que Pietro Valenti estaba emocionado. Lo conocía ya lo suficiente como para darse cuenta. Y también notó que de pronto una suave sensación de calor la envolvía.

—Y, simplemente, te lo digo. Empecé a enamorarme de ti el primer día que te vi, cuando entraste en mi despacho y María te cogió de la mano... y han tenido que pasar tres años para darme cuenta de hasta qué extremo lo estoy. Laura, ¿quieres casarte conmigo?

La joven se quedó completamente inmóvil. La única reacción visible fue la de las lágrimas que de pronto se agolparon en sus ojos.

—No tienes que contestarme ahora, por supuesto —dijo Valenti mientras sacaba con torpeza su pañuelo y se lo pasaba a Laura—. Y si te parece una locura, no te preocupes. Todo seguirá igual para ti en casa.

La joven miró el pañuelo que ahora apretaba en su mano, pero no se lo llevó a los ojos. Su mirada turbia se posó en el hombre que tenía enfrente.

—No tengo nada que pensar. La respuesta es sí. Oh, Dios mío, claro que sí —y se echó a llorar.

Cuando un rato después abandonaban el restaurante, Laura se sentía como en un sueño. Vagamente recordaría más tarde a la florista que se acercó a ellos mientras se dirigían al coche y la delicada rosa blanca que Pietro Valenti depositó en sus manos.

# 12

Venecia, Noviembre de 1972

—Ahora, Pietro, te toca a ti. Yo ya he hablado mucho. —Laura sonrió a su marido con cariño. Se encontraban sentados en una terraza próxima a los soportales de la plaza de San Marcos, en Venecia.

El tiempo parecía haberse suspendido a su alrededor. La mañana, de mediados de otoño, era radiante, y la visión de cuanto les rodeaba había creado en ellos un estado de ánimo de sosegada embriaguez.

Venecia había sido para Laura un descubrimiento por el que aún se sentía impresionada. Habían empezado su viaje por Londres. Habían saltado después a París y continuado por Madrid.

Todo había sido maravilloso, pero Laura, al menos, encontraba palabras para describirlo. Para lo que no estaba preparada era para la última etapa de su viaje: Italia y, más concretamente, Venecia.

Su puerta de entrada a Italia fue su capital. «No se puede comprender la historia del mundo si no se conoce Roma», le había dicho Pietro. Laura se sintió maravillada por la ciudad y, por momentos, pudo llegar a imaginársela habitada por los romanos de veinte siglos atrás.

—Pero es que Italia... Roma, no es sólo la época antigua —le decía su marido—. Piensa en el Renacimiento, en Miguel Ángel, en la música. Aquí todo es arte. Ningún pueblo tiene la sensibilidad artística de los latinos.

También habían visitado Nápoles y la región de Calabria. «De aquí son mis ancestros y creo que también los tuyos, Laura».

Allí, en el sur, se habían sentado al aire libre en un pequeño café de un pueblecito encaramado en la ladera de una montaña. Comieron aceitunas, bebieron vino de la tierra y esperaron la puesta de sol.

—¿No te parece que todo esto no tiene nada que ver con nuestra vida en



Nueva York? —había dicho Laura entonces—. Lo noto con cada uno de mis sentidos; incluso tengo una sensación especial en la piel.

—Es cierto —asintió él—. Fíjate en que éste es un lugar pequeño y, sin embargo, el universo parece más próximo aquí. Te invita a sacar lo mejor de ti mismo.

—Quizá estemos descubriendo qué es lo que ha hecho que los italianos sean tan artistas —rió Laura.

Habían visitado Pisa y Florencia y, finalmente, habían llegado a Venecia.

—Te equivocas, Pietro. Mis antepasados no pueden ser de Calabria —le comentó al día siguiente—. Tienen que ser de aquí, venecianos. Es como si, de repente, hubiera vuelto a mi ciudad, largo tiempo olvidada. Hasta las caras que veo me resultan conocidas. Es todo tan prodigioso...

Estuvieron de acuerdo en que era la ciudad más maravillosa del mundo. «Aunque no las conozcamos todas, no puede haber otra igual», convinieron.

Si en Roma Laura podía llegar a imaginar a sus habitantes de dos milenios atrás, en Venecia no precisaba de ningún esfuerzo para sentir cómo debió de ser la ciudad siete siglos antes. Uno podía esperar que en cualquier momento el Dux saliera a pasear por la plaza o que Marco Polo desembarcase de una góndola dispuesto a relatar sus increíbles experiencias.

Aquella mañana se habían sentado temprano en el café de San Marcos y a mediodía aún seguían allí. Laura le había contado a su marido cómo había sido su vida hasta ese instante, cuáles habían sido sus sueños de joven ilusionada y cuáles eran ahora sus proyectos de recién casada inexperta. Procuró dejar a un lado los planes de venganza y pasó por alto su implicación en la muerte del capitán Stewart.

Pietro Valenti la escuchó con profunda atención. De vez en cuando intercalaba una pregunta o hacía una observación. Pero fundamentalmente escuchaba.

Cuando Laura finalizó —«... ahora, Pietro, te toca a ti. Yo ya he hablado mucho»—, el hombre se echó hacia atrás en su asiento y la observó durante unos momentos.

—Me parece justo. ¿Qué quieres saber?

—Pues un poco de todo. Tu vida... tu historia... Por qué te dedicas a... esto.

—¿A dirigir una «familia», te refieres? Yo también me lo he preguntado en varias ocasiones. Y sigo haciéndolo. Pero vayamos por partes. Ya que estamos en Italia, empezaré por lo que sé de mi familia. Mi abuelo Benedetto...

Y Pietro Valenti comenzó a relatar unos hechos cuyos inicios se remontaban a finales del siglo XIX:

—... era el menor de cinco hermanos, tres varones y dos mujeres. Mis antepasados vivían en el pueblo de Corigliano, como ya te conté el día en que lo visitamos. Cuando ocurrió lo que te voy a relatar, Benedetto tendría poco más de veinte años. Por lo que sé, debió de ser un buen mozo y, como verás, de sangre ardiente. Se enamoró de una recién casada, traída desde un pueblo vecino por el mayor de los hijos de una familia amiga, los Nucci, para hacerla su esposa.

»La joven debió de corresponder a su pasión, porque un día, al volver de caza, el recién casado los encontró en su habitación en una situación que seguro que ya te imaginas. —Los ojos de Pietro chispearon—. La infidelidad siempre ha sido de capital importancia en Italia, sobre todo en las regiones del sur, y más en aquella época.

»Sus manos tomaron la escopeta que llevaba al hombro y la cargaron con rapidez. Lo que siguió puede pertenecer a una escena de opereta y podría provocar hilaridad si no hubiese sido real. Mi abuelo, imagino que completamente desnudo, se abalanzó sobre él y forcejearon. La escopeta se disparó y aquel hombre murió.

»Milagrosamente el disparo no atrajo a nadie. Los recién casados vivían solos en una casita aislada. Benedetto comprendió que lo único que podía hacer era huir; irse lo más lejos posible. Y que a ella tampoco le esperaba mejor futuro si se quedaba en el pueblo. Su nombre era María... fue mi abuela.

»A la mañana siguiente embarcaban rumbo a Estados Unidos. Gino, el hermano mayor de Benedetto, los llevó en su coche de caballos hasta Nápoles. Había buena luna y pudieron viajar durante la noche. En Nápoles tuvieron suerte de nuevo: un carguero estaba a punto de zarpar y los admitió como pasajeros. En él llegarían a Nueva York. Llevaban el dinero que habían podido encontrar en casa de María, el poco que había podido darles Gino y

un nombre: Cario Malatesta.

»Malatesta era un tío de Benedetto, hermano de mi bisabuela, que había emigrado hacía ya tiempo a Estados Unidos. De vez en cuando recibían noticias de él y las cosas parecían irle bien. En cualquier caso era lo único que tenían.

»Malatesta los acogió y le dio trabajo a mi abuelo. Los negocios de aquel hombre no estaban, por decirlo de alguna manera, muy dentro de la legalidad. Fundamentalmente se dedicaba a controlar el juego en varios garitos de los suburbios. Benedetto comenzó de chico de los recados, siguió como encargado de sala una vez que hubo aprendido el inglés y acabó siendo la mano derecha de Malatesta.

»Para entonces ya había nacido mi padre. Es curioso: vino al mundo, poco antes de sonar las doce campanadas, la noche del treinta y uno de diciembre del año 1900. Nació tan sólo unos minutos antes de terminar el siglo. En la antigua Roma los augures habrían sacado de ello importantes conclusiones —añadió sonriendo—. Con el tiempo, mi abuelo Benedetto llegó a tener sus propios locales de apuestas, que compaginaba con el no menos lucrativo negocio de los préstamos. No sé bien por qué, pero eran parcelas que estaban en manos de inmigrantes italianos. Se estaban sembrando las primeras semillas de lo que pocos años después iba a ser el *boom* de lo que dio en llamarse el crimen organizado.

»La época de la prohibición cogió a mi abuelo bien preparado. Los locales de juego eran al mismo tiempo cabarés en los que se bebía y se alternaba, y la ley seca disparó el volumen de negocio.

»Mi abuelo fue inteligente... o tuvo suerte. El caso es que se quedó al margen de las guerras entre bandas y tampoco sufrió en exceso el acoso de los federales. Cuando la prohibición pasó, manejaba un verdadero imperio que se había ampliado a la prostitución y al cobro por protección a los comerciantes de los barrios que él controlaba.

»El resto puedes imaginártelo. Como verás, lo que mi abuelo había creado era ya, hace casi cuarenta años, muy parecido a lo que yo tengo ahora bajo mi responsabilidad.

»Benedetto murió a principios de los cuarenta. Yo debía de tener catorce o quince años. Lo recuerdo bien. Iba siempre con sombrero y cuidadosamente

arreglado. Era dicharachero y amable. Para mí siempre tenía un caramelo que sacaba de su bolsillo. Cuando yo era pequeño llegué a creer que los caramelos se fabricaban en los bolsillos de mi abuelo.

»Mi padre ocupó su lugar. Se llamaba Pietro, como yo, y ya llevaba muchos años en el negocio, incluso dirigiéndolo cuando aún vivía mi abuelo. A él le tocó tomar una decisión fundamental para la “familia”. Fue la de entrar o no en el mundo de la droga o, más concretamente, en el negocio de su distribución. La droga se vio en esos años como el alcohol durante la prohibición: como la panacea de un pozo de dinero sin fondo. Pero mi padre se mantuvo firme y fue de los pocos que lo hicieron: drogas no.

»Su decisión provocó incluso una ruptura en la “familia”. Hubo quienes opinaron que de ninguna manera se podía dejar pasar la oportunidad y mi padre acabó tomando una sabia decisión: permitió la escisión de los que se oponían y admitió que gestionaran la droga en lo que se consideraba como nuestro feudo. Así evitaba lo que podía haber sido una guerra dentro de la organización y garantizaba que no seríamos invadidos desde otros territorios. Y así venimos funcionando desde entonces.

—¿Hace cuánto tiempo que murió tu padre?

—Siete años. Fue un infarto. Aún no había cumplido los sesenta y cinco.

—Pietro... —Laura lo miró a los ojos—. ¿Nunca has pensado en dejar tu... trabajo y dedicarte a otra cosa?

—No lo apruebas, ¿verdad? —Laura inició un gesto de protesta—. No, no te preocupes. Yo mismo me lo he planteado en varias ocasiones. La conclusión a la que he llegado es que no es tan malo lo que hago.

—Querido, yo no he pretendido...

—No, prefiero que lo hablemos. Quizá mi actitud sea en exceso autocomplaciente y me gustaría que alguien me la rebatiera. Hasta ahora no lo ha hecho nadie —añadió con una sonrisa.

—¿Qué opinaba tu... mujer?

—Nada. Nunca lo planteamos. Creo que lo aceptó como algo que estaba ahí y que era así. Inamovible. Como la estatua de la Libertad, imagino —rió.

—Es una postura inteligente.

—Pero tú quieres algo más, ¿verdad?

—Intento conocerte lo mejor posible. A ti y a todo lo que te rodea.

—De acuerdo. Yo pretendo lo mismo contigo. Además supongo que me irá bien compartir ideas y preocupaciones. Sólo lo hago con Tim y siempre desde un punto de vista más legal que emocional.

—Sigue entonces. Me decías que estabas contento con lo que hacías.

—No. Contento no es la palabra. Es que no veo en ello mayor maldad que en otras actividades. Tampoco hay bondad, eso está claro. Nos limitamos a dar a la gente lo que la gente pide. Y lo hacemos con profesionalidad.

—Pero no me negarás que os movéis en un mundo que roza, si no traspasa, continuamente la legalidad. Que vuestro objetivo final no es otro que el dinero.

—Laura, no conozco una sola empresa cuyo objetivo no sea engrosar su cuenta de resultados. Y te asombraría lo que muchas son capaces de llegar a hacer para conseguirlo. Usan métodos que yo no me atrevería ni a imaginar.

—Estoy convencida, Pietro. He conocido pocas personas como tú. Pero no me negarás que el resto no es igual. Mira lo que me pasó a mí. Y a mi hermano.

—Ajá. Pero estás hablando de la parte podrida. Esa gente sería igual de dañina en cualquier ámbito. Y de hecho lo son, porque por desgracia abundan.

—Pero vuestro mundo es más proclive a recibirlos. Reconócelo.

—Evidentemente. Estás poniendo el dedo en la llaga. Nuestro mundo, como tú lo llamas, es un sector extremo, marginal, y por ello refugio de desaprensivos. Pero no es nuestro ambiente el que es malo en sí, sino las personas que encuentran cobijo en él.

»Mi padre, al decir no a la droga, lo tuvo muy claro. Yo he seguido su ejemplo y procuro rodearme de gente de principios. Si no los tienen, sobran en mi organización, aunque de vez en cuando me salen manzanas podridas, no hay duda.

—Pero coincides en que la droga es mala en sí. Y son organizaciones como la tuya las que se benefician de ella.

—Y empresarios. Y policías. Y políticos... Y hasta Gobiernos enteros. No te voy a quitar la razón, Laura, pero miras en la dirección equivocada. Es la humanidad la que huele a podrido.

—Pietro, pero no sólo es la droga. —Laura notaba que iba perdiendo

terreno—. Manejáis la prostitución, el juego...

—Laura, la prostitución existe desde siempre. Dicen que es la profesión más antigua del mundo. Yo trato de explotarla, no lo niego, pero dignificándola. Espero que tu amiga Karla piense lo mismo, porque es testigo día a día.

»El juego que manejo es absolutamente legal. El casino de Atlantic City y mis intereses en Las Vegas cuentan con la aprobación de la Comisión del Juego. Y se lleva todo con una disciplina férrea. Las apuestas y los locales clandestinos pertenecen a la época de mi abuelo, aunque te diré que tampoco tendría nada especial contra ellos.

»Finalmente, aunque tú no la hayas citado, manejamos la protección a comercios. Es lo que más se puede prestar a acusaciones o sospechas de irregularidad. De hecho, en otras familias es así, pero no en la mía. Si mañana les dijéramos a los comerciantes de nuestro territorio que les retiramos la protección, habría una manifestación en contra. Son las zonas más seguras de Nueva York, porque hacemos muy bien nuestro trabajo. Y cobramos por ello unas cantidades razonables.

Laura guardó silencio durante unos momentos y luego sonrió.

—Una vez me dijiste que si alguna vez necesitabas un abogado defensor, me contratarías. Ahora la oferta es recíproca. Pietro Valenti rió con buen humor.

—¿Te he convencido entonces?

—Bueno... no del todo.

—¿Pero un poco sí?

—Quizá un poco sí.

# 13

Nueva York, 1974-1976

Laura guardó los papeles que estaba leyendo y reclinó hacia atrás el respaldo de su asiento. El avión la llevaba de vuelta a Nueva York después de una estancia de ocho días en Atlantic City. En el asiento de al lado dormitaba Geoffrey Samuelson, contable y uno de los hombres de confianza de Pietro Valenti.

Laura lo miró de reojo. Sin sus gafas y con aquella expresión beatífica, Geoffrey parecía un niño que hubiera crecido demasiado para su edad. Había entrado a trabajar en la organización cuatro años atrás llevado por Tim Curtis, el abogado de Pietro. Abogado, asesor, mano derecha y sobre todo amigo, pensó Laura evocando con cariño la imagen de Tim.

«Necesitamos un buen contable. Bueno y de fiar», le había dicho entonces Pietro a su abogado.

A los pocos días Tim se presentó con Geoffrey. «Su familia es amiga de la mía. Este muchacho acaba de graduarse en Harvard con todos los honores. Es economista».

Pietro debió de mirarlo con cierto recelo. A aquel joven le cuadraba más estar haciendo deporte en pantalón corto que sentarse detrás de una mesa rodeado de papeles. Pero confió en Tim. Y nunca se arrepintió.

Geoffrey resultó ser un lince. «Lleva toda la organización en la cabeza», le había comentado un día Pietro a Laura. De agobiante capacidad de trabajo, lograba analizar un informe contable de una ojeada y cualquier cifra discordante llamaba su atención de inmediato.

En Atlantic City habían estado los dos para supervisar la marcha del hotel y del casino. Laura había ido poco a poco introduciéndose en los múltiples negocios de su marido y, un año después de la boda, era ya capaz de ser su

representante en diversos frentes.

A Atlantic City había viajado con cierto temor. Era la primera vez que se iba a enfrentar sola a una misión de tanta responsabilidad. Bueno, no tan sola. Llevaba a Geoffrey.

—No sé si avisarles con tiempo de lo que les llega —había ironizado Pietro—. En lugar de los habituales hombres calvos y con gafas oscuras, se van a encontrar con dos niños.

—Mejor no les digas nada —respondió Laura, ligeramente picada—. Imagínate que nos esperan en el aeropuerto y nos regalan juguetes.

La mujer sonrió ahora al recordar su llegada al aeropuerto. Su marido había tenido razón. Los esperaban el director del hotel y el del casino. Su cara fue todo un poema.

Al segundo día de estancia esas caras habían cambiado. Geoffrey era una máquina de pedir papeles y extractos. Laura escuchaba y hacía observaciones siempre acertadas. Se había preparado a fondo para lo que se iba a encontrar.

Mientras Geoffrey permanecía encerrado con los contables, Laura visitó las instalaciones acompañada de los directores. Habló con las gobernantas y con los jefes de sala, propuso mejoras e innovaciones y acabó ganándose a los que, a su llegada, la miraban con recelo.

—Enhorabuena —les dijo a los dos directores esa noche mientras asistían a uno de los *shows* del casino—. Creo que hacéis una labor espléndida. Habréis notado que todo esto es nuevo para mí. Pero quizá por eso mismo soy capaz de verlo con los ojos del que llega por primera vez. Mañana visitaré otros casinos y estoy segura de que saldrán perdiendo. Ya os lo contaré. —Los dos sonrieron satisfechos.

La mañana siguiente tomó el desayuno con Geoffrey. Era el momento que usaban para intercambiar impresiones.

—Todo parece correcto, Laura. Pequeñas discrepancias, pero nada grave. De hecho los beneficios han aumentado un cuatro por ciento con respecto al año pasado. Esta gente trabaja bien.

—Me alegro. Conociéndote, los debes de tener mareados.

—Bueno, un poco —rió el contable—. Esta mañana les he dado



descanso. Me han dicho todos que se iban a la piscina. —¿Y tú?

—Ya habrá tiempo. Quiero seguir revisando los informes de las mesas.

—¿Los informes de las mesas?

—Sí. Verás, se hace un informe de lo que gana o pierde una mesa cada día de juego. A la larga ese importe debe cuadrar con lo que dicen las estadísticas.

—¿Y cuál es el objetivo?

—Cada día una misma mesa se la turnan entre dos crupieres. Y al día siguiente cada crupier tiene un compañero diferente. Así, al cabo del tiempo, puedes saber con gran aproximación lo que cada crupier ha producido.

—¿Y?

—Es la manera de saber si un crupier te la está jugando. Pueden tener un cómplice sentado a la mesa y pagarle de más. O, simplemente, darle manos ganadoras en el caso del *black-jack*. No sabes lo que esa gente es capaz de hacer con las cartas.

—Pero hay jefes de mesa vigilando.

—Sí. Pero si el crupier lo hace con cuidado es difícil sorprenderlo.

—¿Has hallado algo?

—No más de lo que ya habían encontrado aquí. Hay un crupier, Richard Sullivan, que está por debajo de la media.

—¿Muy por debajo?

—Entre doscientos y doscientos cincuenta dólares diarios. No es mucho, pero si lo multiplicas por noventa días, por ejemplo, la cantidad empieza a ser importante.

—¿Y qué pensáis hacer?

—Despedirlo. Es lo usual en estos casos.

—¿Y no puede ser sólo por... mala suerte? No hay pruebas...

—Puede. Pero ya sabes lo que decía Napoleón: a sus generales les exigía, sobre todo, que tuvieran buena suerte.

Laura permaneció unos instantes con el entrecejo fruncido.

—Geoffrey, ayer, visitando las salas de juego, el director me enseñó las cámaras que enfocan las mesas. Las han instalado hace poco, según me dijo. Se filma lo que sucede en cada mesa y luego se archiva. Supongo que podrá seguirse la actuación de Sullivan.

—Claro que sí. Y ya se ha hecho. No se ha encontrado nada. Se ha descartado que pague de más y tampoco se ha visto que una misma persona se siente siempre a su mesa.

—Hoy tengo poco que hacer. Visitar algún casino, pero lo haré por la tarde. Me gustaría ver esas cintas. No creo que descubra nada, pero por lo menos aprenderé algo más sobre el sistema. ¿Puedo?

—Claro que puedes, Laura. No te olvides de que eres la jefa.

Laura casi se arrepintió de su decisión cuando entró en la salita que le habían preparado para que pudiera ver las cintas. Además del aparato reproductor y del televisor, sobre una consola lateral se alineaban no menos de cien cintas de vídeo. Correspondían a los dos últimos meses y en ellas se recogían las actuaciones de Richard Sullivan en las mesas de *black-jack*. Geoffrey le había dado antes de irse una hoja con los resultados diarios y había hecho una marca junto a las diez fechas que habían presentado balances más negativos.

—Como ya te dije, un resultado negativo aislado no implica que haya habido fraude. Es la media del conjunto lo que importa, pero para empezar siempre es mejor basarse en los días más llamativos. Suerte. —Y, con un gesto de despedida, la dejó sola.

Laura hizo un breve cálculo mental: diez días a seis horas cada uno suponían sesenta horas. Una tarea imposible si no fuera porque el aparato reproductor le permitiría ver las imágenes aceleradas. Dado que no se había detectado que Sullivan pagara de más, Laura sólo tenía que fijarse en las personas que se iban sentando a la mesa.

Eligió al azar una de las cintas —la correspondiente al quince de junio— y la introdujo en el aparato reproductor.

Al cabo de un rato sonrió mientras movía la cabeza con admiración. Si ver actuar a los crupieres en directo era todo un espectáculo, el verlos en cámara rápida se convertía en algo increíble. Sus manos parecían volar sobre las cartas y después sobre las fichas en una especie de coreografía insensata.

Laura pasó a la velocidad normal y estudió con detenimiento a Richard Sullivan. Aunque la definición de la imagen no era óptima, sí permitía ver a un joven de buena presencia y de unos veinticinco años. Alto y de pelo rubio, sus gestos eran metódicos y profesionales. Laura lo observó durante un rato y

luego volvió nuevamente a la velocidad acelerada.

Al cabo de dos horas había visto ya cuatro cintas y se encontraba en la quinta. Se sentía cansada y le costaba fijar la atención. La pantalla ofrecía siempre imágenes similares, ligeramente hipnóticas, y Laura tenía miedo de que se le pasara por alto lo que estaba buscando, si es que existía.

En un par de ocasiones había tenido la sensación de haber visto algo, pero aunque rebobinaba la cinta y la pasaba a velocidad normal no podía determinar qué era lo que había llamado su atención.

La misma impresión la tuvo ahora en la cinta que estaba viendo. Nuevamente rebobinó y volvió a pasarla a velocidad real. ¡Allí estaba! De pronto descubrió lo que había encendido cada vez aquel destello en su mente.

Excitada, cambió la cinta por la anterior y esta vez no le costó encontrar lo que buscaba. Lo mismo pasó con la tercera... y con la segunda.

Laura descolgó un teléfono y pidió hablar con el jefe de personal. Rápidamente se enteró de que Richard Sullivan se encontraba ya en el casino y solicitó verlo. «No me importa que se encuentre ahora en un turno. Sustitúyanlo y que venga cuanto antes».

Laura indicó con un gesto a Sullivan que se sentara frente a ella. El crupier estaba visiblemente nervioso y la joven dejó pasar unos segundos mientras lo observaba. Era aún más atractivo de lo que las cintas habían permitido entrever. Sus agradables facciones se veían realzadas por unos ojos muy azules y por un bronceado tono de piel.

—Soy Laura Valenti. Quizá el apellido le diga a usted algo.

—Yo soy Richard Sullivan. Bueno, usted ya lo sabe.

Laura asintió con la cabeza mientras dejaba nuevamente que transcurrieran unos segundos antes de lanzar su pregunta.

—¿Tiene usted novia?

La sorpresa se reflejó en la cara del joven crupier, que hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No...

—Y tampoco está casado. ¿O sí?

—No... no. Tampoco —respondió mientras se removía en la silla.

—Quizá pueda decirme entonces quién es esta mujer. —Y Laura señaló hacia el televisor mientras ponía en marcha el aparato reproductor.

A pesar de su bronceado, la cara de Richard Sullivan se demudó. Su mirada pasó de la pantalla a Laura y volvió nuevamente a la pantalla.

—No... no la conozco.

—¿Cómo sabe a cuál me refiero? Hay tres mujeres sentadas en la mesa. Aunque usted sabe muy bien que hablo de la que está situada a la derecha, en el puesto número uno de la mesa.

»Mire, Richard —continuó Laura sin dejarle responder—, lo que yo he averiguado viendo estas cintas no lo sabe nadie más. Va a ser usted despedido de este casino y, aunque no va a ser acusado formalmente de nada, no va a encontrar trabajo en ningún otro. Ya sabe cómo funcionan las cosas en el mundo del juego. Ahora le vuelvo a pedir que me explique el porqué.

—Es mi hermana —dijo el joven al cabo de unos segundos.

Laura lo miró en silencio.

—Es... No me va a creer, pero el dinero no es para nosotros.

—Continúe.

—Es mi padre. Está enfermo de cáncer y el seguro no lo cubre. El tratamiento es muy caro y no tenemos con qué pagarlo. ¡Oh, Dios mío! —concluyó mientras se cubría la cara con ambas manos.

Laura sintió que se le encogía el corazón. «No sirvo para esto —pensó—. Me estoy haciendo la dura y lo que me apetece es consolar a este hombre».

—Richard... señor Sullivan. Como le he dicho, soy la única que sabe lo de su hermana. Puede creerme. Voy a averiguar si todo lo que me ha contado es cierto. Si lo es, podrá usted conservar su empleo y veremos lo que se puede hacer con el tratamiento de su padre. Si me ha mentado, lo mejor que puede hacer es pedir su liquidación según salga de este cuarto y procurar que yo no lo vuelva a ver.

Durante unos instantes pareció que el joven no la había escuchado. Luego, poco a poco, sus manos fueron resbalando a lo largo de su cara, descubriendo unos ojos que miraban a Laura con asombro.

—¿Me lo dice de verdad?

Laura asintió brevemente.

—Gracias. Gracias. Le juro que no se arrepentirá. Los datos de mi padre

son...

—Me los puede dar más tarde. Antes quiero hacerle una pregunta.

—Pregunte lo que quiera.

A la mañana siguiente, Geoffrey le confirmó a Laura que todo lo que le había contado Richard Sullivan era cierto.

—Podemos pedir que nos transfieran desde el hospital los gastos del tratamiento, si de verdad lo quieres.

—Quizá podamos hacer algo mejor. ¿Habéis averiguado algo sobre su hermana?

—Sí. Se llama Martha y lleva aquí desde hace unos tres meses. El cáncer de su padre lo diagnosticaron hace cuatro. Tiene alquilada una habitación barata en una casa que admite huéspedes. Como verás, todo coincide.

—Dile al director del hotel que la cite y que le consiga un trabajo. Después podemos ver qué parte de su sueldo pueden dedicar los hermanos para la enfermedad de su padre. El resto lo pondremos nosotros.

Geoffrey la miró con respeto.

—Eres increíble, Laura. Por cierto, ¿cómo descubriste que tenía un cómplice? Los técnicos del casino no lo consiguieron.

—Porque fuma. Martha Sullivan es fumadora y, probablemente, zurda, ya que lo hace con la mano derecha. Eso es lo que llamó mi atención: una mujer zurda, fumadora y sentada siempre en el mismo puesto de la mesa: el primero. Por lo demás, su aspecto era distinto cada vez. Debe de haber comprado varias pelucas y se peinaba de distintas maneras. Por eso no la descubrieron. Podemos decir que fue su vicio el que la delató.

—Por suerte para ella. Y para su hermano. Y para su padre... Si no, Richard Sullivan estaría ahora en el paro. Para que luego digan que fumar es malo —concluyó Geoffrey con expresión divertida.

La víspera de su regreso a Nueva York, Laura se paseaba por las salas del casino. En aquel ambiente llegaba a comprender a los que hacían del juego el principal objetivo de su vida. Era un medio envolvente y exclúyeme de lo que

no fuera él mismo. Las luces estaban sabiamente diseñadas para provocar esa sensación de intimidad, pero eran sobre todo los sonidos los que lo convertían en una especie de ser vivo que se iba adueñando de tu voluntad.

La gruesa moqueta y el recubrimiento de paredes y techo hacían que el murmullo de las voces resultase apagado y monocorde. Sobre él, el correr de la bola sobre la ruleta parecía tener vida propia. O cualquiera de los otros sonidos propios de un casino de juego: las cartas al abandonar la mano del crupier, el entrechocar de las fichas al ser retiradas de las mesas o el lejano tintineo de las máquinas tragaperras.

El local estaba abierto las veinticuatro horas del día y en cada una de ellas el ambiente permanecía invariable: temperatura, humedad e iluminación eran siempre los mismos, hasta el punto de que un jugador empedernido podía llegar a perder la noción de si, en el exterior, era de día o de noche. La cantidad de oxígeno en el aire era ligeramente superior a lo normal, colaborando a que las mentes se mantuvieran despiertas...

Laura se sentó en una de las mesas del bar que, ligeramente elevado, dominaba la sala de juego. Al sentarse comprendió lo cansada que estaba. Habían sido días intensos tanto física como emocionalmente.

Su mirada se paseó por las mesas de *black-jack* que tenía próximas y, de pronto, se quedó fija. Los sonidos de los que unos momentos atrás había sido tan consciente desaparecieron de su mente y en ella sólo tuvo cabida la imagen del jugador que, a unos metros de distancia, se encontraba sentado en una de las mesas de juego.

Era Alfonso Brescia, la misma persona que unos años atrás había enviado a la muerte, sin la menor vacilación, a su hermano John y al amigo de éste, Giuseppe. Al verlo sintió como si una mano le oprimiese el estómago. Nuevamente, imágenes que quería olvidar desfilaron por su mente en dolorosos destellos: la amplia nave de Tradico, el desagradable rostro de aquel hombre que hoy volvía a ver y la sonriente cara de su hermano ofreciéndole a ella un billete de cinco dólares «de parte de don Alfonso».

Laura lo observó durante unos momentos. Los siete años transcurridos no lo habían hecho en balde y Alfonso Brescia había envejecido. Debía de hallarse ahora próximo a los cincuenta, pensó. Estaba también más grueso.

Tenía ante sí un considerable montón de fichas y sus pequeños ojos

estaban pendientes de todo lo que sucedía en la mesa. Sus movimientos denotaban esa euforia que se transmite al jugador cuando va ganando.

Laura hizo un gesto a una de las camareras.

—Por favor, vea si es posible que alguien localice al director del casino y le diga que venga a verme. Soy Laura Valenti. Es urgente.

—Sí. La conozco, señora Valenti. Ahora mismo me ocupo —sonrió la camarera.

Cuando el director se sentó junto a Laura, ésta continuaba con la mirada fija en Alfonso Brescia.

—Voy a pedirle un favor, Tom. Necesito que averigüe todo lo que pueda sobre ese hombre. —Se lo señaló al director—. Se llama Alfonso Brescia. Me interesa saber lo más posible de él como jugador, como cliente del casino. Dado que hoy es viernes, es posible que se quede todo el fin de semana. Si así fuera, me gustaría que se le hiciera un seguimiento especial.

El director asintió.

—Me suena su cara, Laura. Creo que es cliente habitual. Seguramente ya tenemos una ficha sobre él. Como muy tarde el martes tendrá en Nueva York un informe lo más amplio posible.

—Gracias, Tom.

Pietro Valenti esperaba a Laura en el aeropuerto. La besó con cariño y saludó afectuosamente a Geoffrey.

—¿Qué tal, pareja? ¿Os han divertido los juguetes?

Geoffrey le miró con extrañeza.

—Fueron maravillosos, Pietro. Muchas gracias. No te preocupes, Geoffrey —añadió Laura dirigiéndose al joven—. Son cosas nuestras.

Pietro Valenti no podía ocultar su sonrisa.

—Por cierto, Laura, me han llamado los dos directores de Atlantic City. Tienes dos nuevos admiradores. En cuanto a ti, Geoffrey, y cada uno a su manera, los dos han venido a decirme lo mismo: la próxima vez están dispuestos a poner parte de sus sueldos para aumentar los beneficios si con eso consiguen evitar que vuelvas. Prefieren eso que tener que invertirlo en un tratamiento con el psiquiatra para recuperar la tranquilidad. —Pietro Valenti

rió ahora de buena gana.

—Pues aún les he perdonado varios datos que quería pedirles —sonrió también el joven—. Se libraron por todo ese asunto del crupier, que me ocupó bastante tiempo.

—Sí. También me lo han comentado. Una decisión arriesgada, Laura. En los años treinta le habrían cortado dos dedos y se habrían olvidado del asunto.

—¿Y qué te parece mejor? Sullivan es un buen hombre, créeme. Y ahora tienes a alguien fiel para siempre. En cuanto a su hermana, no pudo causarme mejor impresión. La conocimos ayer. Debe de tener mi edad o poco más. Además es monísima, ¿verdad, Geoffrey?

—Eh... sí. La verdad es que es interesante. —Geoffrey se puso colorado.

—Como verás, querido, nuestro buen contable va a seguir atentamente la carrera de Martha Sullivan. Él nos mantendrá informados. —Laura miró a su marido con picardía.

—Sí, caramba, eso parece —convino Pietro Valenti. Geoffrey estaba cada vez más colorado—. Lo que no acabo de entender, querida, es por qué te tomaste tanto interés en alguien que entonces ni siquiera conocías.

—En el coche te lo cuento.

Habían llegado a su automóvil, donde Jordan, el chófer, los esperaba con la puerta abierta. Uno de los guardaespaldas que los acompañaba introdujo su equipaje en el maletero mientras ellos se acomodaban en el interior. Unos instantes después partían, seguidos por otro coche de escolta.

—¡Ah, Nueva York! No sé si te adoro o te odio —dijo Laura mirando hacia el exterior—. Probablemente, las dos cosas. En cuanto a lo que me preguntabas —se volvió hacia su marido—, desde el principio me sentí intrigada. O bien Sullivan era inocente, o bien, si tenía un cómplice, había algo que no cuadraba. En cualquier caso sentía que tenía que averiguarlo.

—¿A qué te refieres cuando dices que algo no cuadraba? Todo parece de lo más lógico.

—Al quedar descartado que Sullivan pagase de más es que, si era culpable, daba a su cómplice manos ganadoras. Me explicaron que eso, para un crupier bien entrenado, es posible.

—Y eso hacía, ¿no?

—Sí. Pero entonces, ¿por qué una vez que su hermana ya no estaba en la



mesa no se daba a sí mismo una serie de manos ganadoras para equilibrar las pérdidas? Eso habría evitado que lo descubrieran.

Sus dos acompañantes guardaron silencio.

—Caramba, Laura, qué lista eres. —Geoffrey fue el primero en hablar—. Nunca se me habría ocurrido pensar eso. ¿Y te enteraste?

—Sí. Se lo pregunté a Richard Sullivan el primer día en que hablé con él. Acababa de decirle que si lo de su padre era verdad mantendría su puesto.

—¿Y qué te contestó?

—Que yo estaba en lo cierto. Para él era más fácil dar una buena mano al primer jugador y por eso su hermana se sentaba siempre en ese puesto, pero igualmente podía habérsela dado a sí mismo. O por lo menos darse una figura como primera carta, lo cual ya es una garantía de éxito.

—¿Y por qué no lo hacía?

—Por una parte pensaba que nuestro control no era tan estricto y que pasaría desapercibido, pero fundamentalmente me explicó que era por otro motivo. Y yo le creí. Me dijo que habría sido robar a los jugadores. Y que eso no estaba bien.

—Vaya, tenemos una especie de Robin Hood —sonrió Valenti—. Esperemos que no nos clave un flechazo...

Laura iba a cumplir pronto veinticinco años. Y María, dieciséis. «Es rara la sensación de tener una hija sólo nueve años más joven que tú», pensaba, porque su relación con la niña había ido recorriendo todas las etapas: institutriz primero, amiga después y finalmente madre. Se sentía más unida a ella ahora que a su familia.

Seguía visitando regularmente a sus padres, que habían terminado por aceptar su condición de esposa de Pietro Valenti. No había sido fácil, sobre todo para ella. Su padre, siguiendo con la idea de no interferir en la vida de sus hijos, había guardado silencio, pero su cara había expresado claramente lo que sentía. Laura tampoco se esforzó en ponderar la figura del que iba a ser su esposo y en explicar que era diferente. Todavía tenía muy viva la imagen de su hermano John, sentado en el cuarto de estar familiar explicando que Alfonso Brescia, que don Cario Patrese, eran diferentes...

Hacía ya siete años de aquello y Laura lo sentía lejano y próximo al mismo tiempo. Su idea de venganza latía con la misma fuerza pero, al menos, ya no resultaba obsesiva.

Su vida estaba alcanzando la etapa de pleno desarrollo, al que había llegado antes que otras personas. Las circunstancias la habían obligado.

Desde el día de la boda había expresado el deseo, y su marido había estado de acuerdo, de integrarse en la organización que éste dirigía.

—Siempre aceptaré lo que haces, Pietro —le había dicho—. Es tu trabajo y tu herencia y debes estar orgulloso. Pero además, en Venecia casi me convenciste de que podía ser algo digno. Quiero participar.

—Me encanta tener empleados sin sueldo. Quedas aceptada.

—¿Y quién te ha dicho que no quiero cobrar?

—Está bien. ¿Qué te parece un dólar al mes?

—Que sean dos.

—Mmm... Eres una negocianta dura, Laura. De acuerdo. Acabas de doblar tus ingresos. En cuanto a tu labor, tienes libertad absoluta, pero más que nada quiero que me digas todo lo que no te parezca correcto desde un punto de vista moral. Que seas una especie de supervisora, de abogado del diablo. —Hizo un gesto con la mano—. Evidentemente, no debes perder de vista el tipo de mundo en que nos movemos y la clase de personas con las que tratamos.

—Protesto. Eso se llama coacción.

—De acuerdo, de acuerdo, tienes razón. Asunto zanjado. —La miró con intensidad—. ¿Qué te parece si hablamos de otras cosas... en nuestra habitación?

—Que eso también es coacción, pero que me encanta que me coaccionen...

Laura había ido poco a poco integrándose en los distintos frentes que controlaba la «familia». Al principio, Tim Curtis se mostraba sorprendido al encontrarla sentada en el despacho cuando iba a tratar algún asunto con su jefe, pero pronto pasó a considerarlo normal y, últimamente, incluso consultaba algunos temas con ella cuando Pietro Valenti no estaba

disponible.

El viaje a Atlantic City fue la primera de las misiones, cada vez más frecuentes, en que Laura, bien sola o acompañada por Tim o Geoffrey, actuaba de representante de Pietro Valenti.

Supervisó, acompañada por Karla y por Angelo Fantoni, el entramado montado alrededor de la prostitución. Además del hotel que regentaba Karla, la organización poseía otros tres locales similares. Los principales problemas surgían por el control de las calles. Los mejores sitios los gestionaba la familia, pero siempre surgían problemas con los chulos de barrio. Laura de vez en cuando tenía que aparentar mirar hacia otro lado cuando se enteraba de los métodos que Angelo Fantoni utilizaba.

Cuando no se trataba de solucionar problemas de ese tipo, Angelo era un hombre encantador. Él y Karla convivían ya como una pareja y Laura no se cansaba de preguntar sobre la fecha de la boda. «Ya falta menos —reía Angelo—. Karla me ha prometido que lo pensará». Y Karla también sonreía.

María, a sus dieciséis años, era ya una belleza. Seguía mostrando una madurez impropia de su edad, pero al mismo tiempo manifestaba una perfecta compenetración con cuanto la rodeaba. Recibía continuas llamadas de jóvenes admiradores y Laura no podía sino aplaudir por lo bajo cuando oía como la niña sabía quitarse de encima lo que no le apetecía o añadir divertidas variantes a lo que sí le seducía.

Ya eran menos frecuentes las salidas de fin de semana con su padre y con ella. La muchacha siempre tenía alguna cita con sus amigos, aunque de vez en cuando las cancelaba y hacía plan familiar, como ella lo llamaba.

Iban entonces al cine, al teatro o a ver un partido de béisbol. La tarde se remataba con una cena en un buen restaurante.

El mismo Pietro Valenti, aunque poco dado a expresar abiertamente sus sentimientos, mostraba un talante mucho más positivo. Después de seis años de convivencia, Laura se sentía feliz al ver como el hombre había dejado atrás aquella aura de tristeza que lo envolvía cuando lo conoció.

—Laura —le dijo una noche mientras cenaban—, dentro de dos días tenemos reunión de «familias». Seremos cuatro: las que componemos el sector segundo de los seis en que está dividida la ciudad. Nos reuniremos aquí, en esta casa. Pienso que deberías asistir conmigo.

—Pero yo...

—Sólo te pido que estés y que escuches. Tim y yo hablaremos lo que sea necesario pero, si de verdad quieres llegar a conocer todo esto, debes venir.

—Iré encantada. Lo que no sé es lo que pensarán los demás asistentes. A veces parece que te olvidas de que soy una mujer.

—Lo tengo siempre muy presente, querida —sonrió el hombre con intención—. Es cierto que nuestro mundo está exclusivamente manejado por hombres, pero siempre tiene que haber una primera vez. Ya se habla de ti en las distintas organizaciones y va siendo hora de que te conozcan.

—Y de que yo los conozca a ellos. Muy bien. Tú mandas. Antes me explicarás qué es lo que me voy a encontrar, ¿verdad?

—Entre Tim y yo te lo contaremos. Aunque no es mucho lo que necesitas saber. Puedes aplicar lo de que una imagen vale más que mil palabras. Aprenderás mucho más sobre todos nosotros estando presente. Seguramente te darás cuenta de que no todos piensan como yo.

La reunión había comenzado hacía apenas unos minutos. El gran comedor de la casa se había habilitado como salón de juntas, con la imponente mesa de caoba instalada en su centro. En mesitas auxiliares adosadas a las paredes había abundantes bebidas, frías y calientes, así como un surtido de sándwiches y dulces. Doce personas se encontraban sentadas a la mesa. Laura, situada en uno de los extremos, a la derecha de su marido, fue recorriendo con la mirada la cara de aquellos hombres que, hasta hacía pocos minutos, le eran prácticamente desconocidos.

A su derecha, ocupando la parte central de la mesa, estaba Martin Jagger con su abogado y sus dos hijos varones. Martin era un hombre ya mayor, de unos sesenta y cinco años y, según le había explicado Pietro, cortado a la vieja usanza. Laura lo había podido comprobar cuando se lo presentaron, pues el don no había hecho el menor esfuerzo por disimular su extrañeza y tampoco tuvo reparo en hacer patente su reprobación. «Esto no es cosa de mujeres», había comentado a uno de sus hijos en voz lo bastante alta como para ser oído por todos los presentes.

Martin Jagger iba vestido completamente de negro, con su pelo blanco,

todavía abundante, peinado hacia atrás. «Aunque seas un machista hijo de puta, aún resultas atractivo», pensó Laura.

Ninguno de sus hijos tenía la prestancia del padre. El mayor debía de estar próximo a los cuarenta y su hermano no le iba muy a la zaga. Cuando su padre hablaba, ellos callaban, y cuando tenían que decir algo buscaban, al terminar, la mirada de aprobación del hombre mayor. Se llamaban Martin y Paul y no mostraron por Laura el mismo rechazo que su padre. Paul, incluso, esbozó una tímida sonrisa cuando su mirada se cruzó con la de ella.

En el otro extremo de la mesa se encontraba Joe Bresciani. Había acudido acompañado únicamente por su abogado y hombre de confianza, Thaddeus Valdez.

—Bresciani es como mi otra mitad —le había dicho Pietro en las horas previas a la reunión—. Mi mitad mala, porque nació de la negativa de mi padre a explotar la droga. Hubo entonces, como ya te conté, una escisión en la «familia». Hasta ahora no ha habido problemas, pero mucho me temo que con este hombre vamos a tenerlos.

»Lleva poco más de un año al frente de su organización. Su ascenso a la jefatura estuvo rodeado por circunstancias poco claras, por decirlo de alguna manera. El anterior jefe, que manejaba la “familia” desde la época en que se separaron de mi padre, sufrió un accidente que aún no ha sido aclarado. Su avión particular; en el que viajaba con su mujer y su único hijo, estalló en pleno vuelo. Como se encontraba sobre el océano, no pudieron hallarse los restos para comprobarlo, pero hay rumores de que fue una bomba y de que, para Joe Bresciani, no fue una sorpresa la noticia del accidente.

»Lo que sí nos consta es que hubo amenazas y coacciones a los demás miembros importantes de la organización para que lo eligieran a él como sucesor.

»Ahora mismo vive sentado sobre un polvorín. Nadie le tiene aprecio y él mantiene su liderazgo a base de mano dura. Créeme, Laura, si te digo que no va a pasar mucho tiempo antes de que la situación estalle.

Laura lo observó con curiosidad. Trató de hacerlo desapasionadamente, sin dejarse influir por lo que su marido le había relatado. Aun así, no le gustó la cara de aquel hombre.

Sus ojos eran pequeños y, cuando hablaba, rehuían a su interlocutor.

Debía de rondar los treinta y cinco años e iba cuidadosamente arreglado, aunque con escaso buen gusto. Sentado junto a él, Thaddeus Valdez era la versión humana de una comadreja. Se ponía y se quitaba continuamente unas gafas con montura de alambre para hojear a intervalos regulares el montón de papeles que tenía ante sí. Cuando su mirada dejaba la lectura y se elevaba, tras quitarse las gafas, sus ojillos oscuros vagaban sin descanso de uno a otro de los presentes mientras su boca, pequeña, expresaba un continuo mohín de disgusto.

En la otra banda larga de la mesa, enfrente de Martin Jagger, se sentaba Steve Pate, acompañado por su segundo y por su asesor en temas legales.

A Laura, Steve le había caído bien. Era grueso, campechano y bromista. Si le había extrañado la presencia de la mujer no lo había demostrado, e incluso había estado unos momentos charlando con ella de temas intrascendentes.

Pietro Valenti le había hablado con cierto respeto de Pate.

—Es un cínico, Laura, pero cumple los pactos. Lo imagino exactamente igual a como es ahora en cualquier actividad que hubiera ejercido. Es ambicioso, pero sabe dónde están sus límites y procura evitar que la sangre llegue al río. Si hay un problema, siempre llegarás a un acuerdo con él. Y lo respetará.

Steve Pate estaba hablando en aquel momento. Durante la primera parte de la reunión, los presentes se habían limitado a enumerar y cotejar cifras y datos que para Laura no tenían mayor significado. Ello le había permitido centrar su atención en cada uno de aquellos hombres y en imaginar lo que escondían en su interior, pero ahora, volviendo de su abstracción, la fijó en las palabras de Pate.

—Por los números que hemos visto, estaréis todos de acuerdo en que debemos hacer algo. En los últimos tres años los pagos a la policía han aumentado en un ciento treinta por ciento. Pagamos ahora bastante más del doble. Y no es una cantidad despreciable. Y esto es sólo lo malo. Lo peor es que el aumento no tiene trazas de estabilizarse.

»Necesitamos otro Mark Stewart. El capitán era un ambicioso hijo de puta, pero servía de freno a las pretensiones de los demás. Para eso cobraba: para controlar a todos esos mamones. Cuando Lance Kelly se lo cargó, ya os

advertí que lo echaríamos de menos.

»Recuperar el terreno perdido no es ya posible, pero al menos hemos de permanecer donde estamos. Y no veo más solución que encontrar a alguien que mantenga a raya a esos bastardos. Si no, cualquier policía recién salido de la academia se va a creer con derecho a hacerse millonario a nuestra costa.

—¿Piensas en alguien? —preguntó Martin Jagger. Su voz parecía surgir de una caverna: era profunda y ominosa. Además, hablaba bajo, como una persona acostumbrada a ser escuchada con respeto.

—Pues sí. Creo que es evidente que debe ser Matthew Fielding; es la persona que lo ha sustituido en el cargo. Sabemos que el nuevo capitán es corrupto; por lo menos se deja querer. Ya es hora de tener una charla con él y decirle lo que pretendemos. Os acordaréis, cuando murió Stewart, que ya os sugerí lo mismo que propongo ahora. Entonces se decidió no hacer nada. Algunos pensaron que era mejor ahorrarse lo que cobraba Mark Stewart —concluyó, mientras miraba con intención a Martin Jagger.

—No hemos venido aquí a escuchar lo listo que eres. —La voz de Jagger no cambió, pero sus ojos miraron con frialdad a Pate.

—A mí me parece bien —intervino Pietro Valenti, tratando de suavizar la situación—. Falta saber tu opinión —añadió dirigiéndose a Joe Bresciani.

—Estaré con la mayoría. Tenéis más experiencia que yo en este tema, aunque está claro que me interesa normalizar mi relación con la policía tanto como a vosotros —añadió con una mueca que Laura se preguntó si había querido ser una sonrisa.

—Creo haber interpretado que tú también estás de acuerdo, ¿no, Martin?

El hombre hizo un breve movimiento con la mano.

—Bien, de acuerdo pues —continuó Valenti—. Propongo que sea Steve el que se encargue de los contactos.

De nuevo hubo un asentimiento generalizado.

—Gracias, Steve. Estamos seguros de que nadie lo haría mejor que tú. Ah... y tienes razón. Debimos haberte hecho caso hace tres años —sonrió.

Steve Pate hizo un leve gesto con la cabeza.

—Ahora, si me lo permitís, quisiera tratar otro tema —continuó Pietro Valenti—. Es algo que podría hacer en privado contigo, Joe, pero prefiero que quede constancia. —Laura notó como Joe Bresciani se ponía en guardia.

—De hecho ya hemos hablado alguna vez sobre ello, Joe, pero no parece haber surtido ningún efecto. Se trata de que tus hombres están invadiendo terrenos que teníamos acordado que respetaríamos. Y no me refiero a terrenos físicos, evidentemente, ya que la zona que controlamos es la misma. Desde que, en tiempos de mi padre, se produjo la escisión, se fijaron una serie de normas que hasta la muerte de tu jefe —y recalcó la palabra «jefe»— se cumplieron.

Joe Bresciani permaneció inmóvil, con la mirada fija en el centro de la mesa, mientras Thaddeus Valdez se removía inquieto en su silla.

—Los camellos que controlas aparecen, cada vez con mayor frecuencia, en lugares que tienen prohibidos, en lugares que maneja mi organización. Me refiero concretamente a hoteles y a las zonas clave de nuestra red de prostitución. Incluso me consta que han intentado vender droga a las chicas que trabajan para nosotros.

—Muchas de ellas son adictas —dijo Bresciani—. Lo único que hacen mis hombres es darles lo que piden.

—Estás mal informado —replicó Valenti con dureza—. Puede que alguna lo sea y no lo sepamos, aunque lo dudo. Exigimos que nuestras chicas no prueben la droga. Y no es por beatería, sino porque sabemos que ello no nos causa más que problemas. Joe —continuó—, tienes mis quejas por escrito. Espero poder decir, en la próxima reunión, que se han solucionado.

El hombre levantó por fin su mirada del centro de la mesa y la fijó por unos instantes en su interlocutor.

—No te preocupes. Comprobaré personalmente cada uno de los puntos de la relación que me habéis enviado. Y se corregirá todo aquello que deba ser corregido. Tienes mi palabra. —Su boca se arqueó en lo que Laura interpretó como un intento de componer un gesto amable.

Pietro Valenti asintió brevemente.

—No quiero que parezca que pretendo ahondar en la herida, Joe —la voz de Steve Pate se dejó oír de nuevo—, pero nosotros también tenemos quejas contra tu organización. Y creo que a Martin le sucede algo parecido. —Hizo un gesto de deferencia hacia Martin Jagger, como invitándole a tomar la palabra, pero éste se limitó a indicarle con un gesto que prosiguiera.

—Tu gente está invadiendo poco a poco nuestro territorio. Y yo sí me



refiero a una invasión física. Las fronteras que limitan cada zona están claramente marcadas desde hace años. Y queremos que se respeten.

—Te digo lo mismo que a Pietro. Los malentendidos que pueda haber se corregirán. Llevo poco al frente de la organización y tengo gente nueva. —A Laura su voz le sonó extrañamente sumisa.

—Ese margen de confianza te estamos concediendo —continuó Pate—, pero date prisa, porque puede surgir cualquier día un enfrentamiento entre tus hombres y los nuestros que después todos lamentaremos.

Bresciani levantó ambas manos en un gesto de pedir tranquilidad.

—Y aún hay más. —La voz de Steve Pate continuó implacable—. Se trata de los precios. Sabes muy bien que se fijan en reuniones en las que estamos representados todos los sectores de la ciudad. Y tus camellos están tratando de subirlos. Eso no se tolerará, Joe. Y no sólo por nosotros; tú ya me entiendes. Concedo el suficiente crédito a tu inteligencia como para pensar que sabes que forzar los precios es pan para hoy y hambre para mañana. Al poco tiempo los proveedores los suben también y el resultado es vender menos sin ganar más. O, lo que es lo mismo, menores ingresos.

Bresciani intentó hablar, pero Steve Pate se lo impidió nuevamente.

—Déjame terminar. Pensamos, y no sólo los aquí presentes —guardó un instante de silencio para permitir que el mensaje calase en Joe Bresciani—, que si no eres capaz de controlar a tu gente tendremos que reconsiderar nuestra decisión de haberte aceptado entre nosotros.

Esta vez Bresciani se limitó a asentir con la cabeza. A su lado, Thaddeus Valdez no quitaba la vista de sus papeles, aunque la levantó al oír que Martin Jagger tomaba la palabra.

—Joe, sé que soy un hombre ya mayor. —Su profunda voz de bajo volvió a impresionar a Laura—. Me concederás por ello el reconocimiento a mi experiencia. Al menos espero que lo hagas si eres inteligente, porque ella misma me ha hecho saber que sólo los más capaces aprenden de lo que continuamente va dictando su voz. El resto piensa que lo único válido es su propia verdad y, cuando quieren darse cuenta de que estaban equivocados, ya es tarde.

»Lo malo en nuestro trabajo es que pocas veces concede segundas oportunidades y que las caídas son duras; y, aplicando un principio de física

elemental, más duras cuanto más alto nos encontramos.

»Muchos años de equivocaciones nos han llevado a la conclusión de que sólo el respeto y la colaboración entre “familias” producen los resultados apetecidos. El lobo solitario no tiene cabida en la manada. Sus momentos de gloria son efímeros... —y aquí hizo una pausa—, al igual que su vida.

El silencio se adueñó de la habitación. Laura pensó que el discurso de Martin Jagger habría resultado en exceso grandilocuente si hubiera sido pronunciado por cualquier otro de los presentes, pero no viniendo de aquel hombre. El tono de su voz, su figura, ascética y quizá por ello impresionante, y el contenido de sus palabras habían hecho que su mensaje calara profundamente.

Laura notó que un estremecimiento le recorría la espalda y se alegró de no estar en el lugar de Joe Bresciani. Lo miró: sus ojos, que se le antojaron aún más pequeños, saltaban de uno a otro de los presentes y su cara le pareció a la mujer ligeramente más pálida.

Al final, y haciendo un esfuerzo por sobreponerse, fue el propio Bresciani quien rompió el silencio.

—Sabes bien que te respeto, Martin. Os respeto a todos. —Su mirada recorrió la mesa—. Os demostraré que soy inteligente y que podéis confiar en mí. Dadme un plazo de una semana y todo volverá a su cauce. No tendréis la menor queja. Ninguno de vosotros la tendrá. —De nuevo intentó que una sonrisa aflorara a sus labios, esta vez con más éxito.

—Bien, ¿qué te han parecido? —fue la pregunta de Pietro Valenti mientras cerraba la puerta de la casa. Acababan de despedir a Martin Jagger y a sus tres acompañantes, que habían sido los últimos en marcharse.

Joe Bresciani y Thaddeus Valdez fueron los primeros en irse; lo hicieron nada más terminar la reunión. Los demás fueron conducidos por Laura al salón y lo que poco antes había sido una tensa confrontación se convirtió de pronto en una agradable reunión social.

Como si existiera un acuerdo tácito, los asuntos de trabajo quedaron aparcados y se conversó sobre temas totalmente intrascendentes. Martin Jagger y su hijo mayor encendieron sendos puros y Laura se ocupó, con la

ayuda de Peter, el mayordomo, de que cada uno tuviera su bebida.

Steve Pate los hizo reír a todos con chistes contados con gracia, alguno de ellos subido de tono. Miraba entonces con expresión picara a Laura y luego se echaba a reír de forma contagiosa. Su risa era franca, voluminosa como él, y hacía vibrar sus cien kilos de peso.

Ella se sentó junto al hombre mayor, dispuesta a vencer su rechazo, pero se encontró con que no era necesario. Martin Jagger era ahora otra persona diferente. Fue él quien desplegó sus encantos con ella: estuvo amable, simpático y educado.

Pero, sobre todo, hizo que Laura se sintiera atractiva. Algo en su manera de tratarla, de mirarla, llevaba implícito el reconocimiento del hombre hacia el encanto femenino.

Laura recogió con rapidez el guante y flirteó inocentemente con él.

Fue un juego sutil, incruento, del que ambos disfrutaron.

—Pero sigo pensando que nuestro negocio no es cosa de mujeres —le había dicho Martin Jagger en un aparte, al despedirse de ella.

Ahora, mientras la puerta de la casa se cerraba tras él, Laura tomó a su marido por la cintura.

—¿Que qué me han parecido? —repitió—. Pues cualquier cosa menos aburridos. Me los habíais descrito muy bien. Tú y Tim. Pero esperaba encontrarme con gente más... no sé cómo decirlo. ¿Ineducada?

—Sí. Creo que te entiendo. He visto que conquistabas al irreductible Martin Jagger. Parecía haberse quitado veinte años de encima.

Laura rió.

—Hay que reconocer que tiene atractivo. Hace esos veinte años debió de ser irresistible. Pero te diré una cosa, Pietro: no me gustaría tenerlo como enemigo.

—Ni a nadie. Quizá por eso no los tenga. Al menos reconocidos. Todo el mundo lo respeta... seguramente porque lo temen. Lo que no sé es quién va a ocupar su lugar cuando él falte. Habrás visto que sus dos hijos son poco más que figuras decorativas.

—Sí, esa impresión dan. Pero parecen simpáticos.

—Querida, aquí no basta con ser simpático. Aunque, quién sabe, a lo mejor llegado el momento sacan a la luz cualidades que han permanecido

latentes. No se puede negar que han tenido un gran maestro.

—El que no me ha gustado nada ha sido Joe Bresciani. Ni él ni ese hombrecillo que le acompañaba.

—Era de esperar. A mí tampoco me gusta. Te diré que no me dio ninguna pena cuando Martin lo crucificó.

Pietro se sentó en un sillón mientras Laura ponía algo de orden en la habitación.

—La verdad es que se mostró muy sumiso —comentó ella—. No parecía el hombre irascible y prepotente que me habías descrito.

—Sí. Tienes razón. El primer sorprendido he sido yo. Al sacarle el tema de nuestras quejas, estaba preparado para una reacción furiosa. Me quedé sin armas al ver que no se producía.

—Pero no fue sólo contigo. —Laura se instaló en un sofá próximo—. Ni a Steve ni a Martin les replicó. Simplemente fue tragándose todo lo que le dijisteis.

—Sí. Sí. Durante la reunión me alegré. Pensé que nos evitábamos una tormenta, pero en este momento no sé qué pensar.

—¿A qué te refieres?

—Ahora creo que fue una actuación estudiada. Quería darnos la impresión de sumisión. Pretende que confiemos en él. Y eso sólo puede ser por dos motivos.

—Pero, Pietro, a lo mejor ha decidido jugar con vuestras mismas cartas. Su ofrecimiento de cooperación quizá sea real.

—De acuerdo. Ése es uno de los motivos. Pero conociendo a Joe me resisto a creerlo.

—¿Y el otro?

—El otro es que trama algo. Pretende que nos confiemos y cogernos con la guardia baja.

—Pues entonces tenéis que estar alerta. Respiradle en el cogote. Que no piense ni por un momento que os ha convencido.

Pietro la miró, sonriendo con cariño.

—Una estrategia irreprochable. La pondremos en práctica, aunque eso no me quita de la cabeza que hoy ha sido Joe Bresciani quien se ha salido con la suya. Parece que se hubiera ido compungido y con el rabo entre las piernas,

pero creo que ha conseguido lo que venía a buscar.

Laura lo miró interrogante.

—Tiempo. Tiempo y margen de maniobra.

1976 discurría sin sobresaltos para Laura y nada le hacía sospechar que esa paz pronto se vería turbada de forma drástica.

—Generalmente no nos percatamos de que estamos viviendo una época feliz en nuestra vida hasta que algo viene a ponerle fin, y entonces nos damos cuenta de que esa etapa se ha ido sin que de verdad hayamos sabido apreciarla —le comentó aquella noche su marido, en una especie de premonición.

Era viernes por la noche y volvían del cine. Habían ido solos, pues María dormía en casa de una amiga.

Habían disfrutado con la película, sobre todo Laura, que se había sentido identificada con su protagonista: Rocky. Se trataba de la película de un nuevo cineasta que estaba teniendo un éxito arrollador: Sylvester Stallone.

La afición de Laura por el cine se había mantenido intacta. Seguía sintiendo la misma emoción cuando las imágenes asomaban a la pantalla que la que experimentaba cuando, de pequeña, sus padres la llevaban a ver una película. Se sentía partícipe de la historia y sufría o se alegraba con las aventuras y desventuras de los protagonistas.

—Laura, me has dejado los dedos marcados —se quejó Pietro, ya sentado en un sillón y con un whisky en la mano—. Si el combate dura un poco más el que acaba lesionado soy yo y no Rocky.

—No te quejes. —Laura se sentó sonriente a su lado—. Te has librado, porque lo que de verdad me apetecía era dar yo los puñetazos. Bueno, reconoce que te has divertido.

—Pues sí; no lo niego. Es una buena película. Aunque, si te fijas, aparte de cómo estén hechas, el secreto de casi todas las películas de éxito es enfrentar el bien contra el mal.

—¿Y?

—No, nada. Sólo que pienso que bien y mal son inventos del hombre.

—¿Cómo? No negarás que existen. Son poco menos que la base de toda

nuestra cultura.

—Sí, claro, Laura, no me malinterpretes —dijo el hombre dejando su vaso sobre la mesa y levantando una mano—. El ser humano es capaz de ser extremadamente bondadoso... o maléfico, pero siempre desde el punto de vista de los demás seres humanos, de la sociedad a la que pertenecen. Yo creo que para Dios, si es que existe, o para un observador ajeno e imparcial, todos somos iguales: la bondad y la maldad no existen. Tan sólo hacemos en cada instante lo que la química que en el fondo somos nos impulsa a hacer.

—Pero, Pietro, no estoy de acuerdo. Con eso estás negando la libertad del hombre. Yo puedo decidir en cada momento mis acciones. Y puedo hacer que sean buenas o malas. Y no sólo para los demás, sino desde un punto de vista objetivo.

—Eso es cierto, sí. Pero lo que yo digo es que si rebobináramos el paso del tiempo y lo pusiéramos de nuevo en marcha, todo volvería a suceder exactamente de la misma manera. Cada instante da paso al siguiente de una forma obligada. Y eso no quiere decir que todo esté escrito, sino que lo que va ocurriendo lo hace de una forma natural, encadenada. Te diré que no es únicamente idea mía. En filosofía se le llama determinismo.

Laura se quedó pensativa.

—Es... preocupante lo que dices, Pietro. Si fuera así, el odio, por ejemplo, no estaría justificado.

—Pienzas en ti, ¿verdad, Laura? —El hombre tomó su mano con cariño—. No. Pienso que los sentimientos, todos los sentimientos, están justificados. Y fundamentalmente porque existen. Todo lo que existe es justificable. Otra cosa es que sea justo.

—¿No es justo mi amor por ti? ¿O por María? —El tono de voz de Laura se elevó—. ¿O mi odio por los asesinos de mi hermano?

—Desde el punto de vista de Laura Di Mato lo son plenamente. Y además te guiarás por ellos o, mejor dicho, ellos te guiarán. Pero pienso que, desde la perspectiva de la metafísica, esas distinciones no existen.

—No... no creo que me guste lo que estás diciendo, Pietro. Desde ningún punto de vista, desde ninguna perspectiva, puedo imaginar que sean iguales Hitler y Gandhi o que tú seas comparable a... Joe Bresciani.

Pietro Valenti rió con ganas.

—Gracias por meterme en el saco de los buenos. En todo caso no le des muchas vueltas a lo que he dicho. Son sólo reflexiones. Y te diré más: aunque crea en ellas, a la hora de la verdad tampoco les hago caso. Pensándolo bien, yo también te prefiero a ti que a Joe Bresciani.

—Hombre, muchas gracias. —Laura intentó adoptar una expresión ofendida pero, un instante después, los dos reían.

—Y, hablando de Bresciani, parece que de momento va cumpliendo con lo que prometió, ¿no?

—Sí... aunque sigo sin fiarme. Es cierto que, de momento, su gente no está causando problemas, pero la sensación persiste: es una falsa calma. Sabemos que ha estado entrevistándose con los responsables de las «familias» de otros sectores. Y precisamente con los que son más parecidos a él; entre ellos Cario Patrese.

—No lo nombres, Pietro. Por favor. Espero que algún día pague por el mal que ha hecho. ¿O sigues pensando que no debo odiarlo?

—Tienes todo el derecho, querida. Lo malo del odio es que no ayuda a ser feliz. Mi consejo es que almacenes a Patrese en algún lugar profundo de tu cerebro y, si un día surge la ocasión, planees tu venganza. Hasta entonces, olvídalo.

—Eso intento. De momento me conformo con pensar que ese día llegará.

—Bien. Pasemos a cosas más agradables. Se me estaba ocurriendo que podíamos ir a nuestro cuarto. Allí podría intentar demostrarte que te prefiero a Joe Bresciani.

Laura sonrió.

—De acuerdo, pero con una condición. Te voy a confesar una cosa: cuando lo veo en el cine me da mucha envidia y tú nunca lo has hecho. Quiero que me lleses en brazos.

# 14

Nueva York, 1986

Laura sacudió la cabeza mientras dejaba atrás sus recuerdos. Aquella imagen de sí misma en brazos de su marido era de las que con mayor fidelidad guardaba su cerebro.

Hay situaciones que, al ser recordadas, vuelven a nosotros acompañadas de sensaciones físicas que las hacen aún más reales. Y ésta era una de ellas. Quizá la que con mayor fuerza permitía a Laura evocar a Pietro Valenti.

Podía aún percibir el olor de su colonia y notar el contacto con la piel de su mejilla. Si cerraba los ojos, podía sentir incluso la sensación de ser levantada y de los brazos de él cerrados en torno a ella.

Fue aquella una noche mágica, en que se amaron dando cada uno lo mejor de sí mismo, abandonando todo egoísmo. Para cada uno, sólo el otro era importante y el mundo quedaba reducido a aquel instante, a aquel lugar. Aun así, nunca sus sentidos habían estado tan alerta y se habían sentido tan plenamente satisfechos.

La mirada de la mujer se posó de nuevo en la vitrina: un pequeño velo negro era visible en mitad de la balda central, como ocupando un lugar de privilegio.

Laura lo miró con tristeza. Todos los objetos que conservaba en la vitrina tenían, sobre todo, la función de hacerle recordar, de impedir que olvidara. Quizá a la mañana siguiente podría deshacerse de ellos y seguramente lo haría.

Aquel velo había marcado uno de los momentos más importantes de su vida; y también de los más dolorosos. Había estado presente en dos sucesos que se sucedieron muy próximos en el tiempo; y ambos habían tenido que ver con la muerte.



Laura se encogió de hombros. ¡Cuánta importancia le damos a la muerte, al tiempo que pretendemos ignorarla! Lo malo de morir, pensó, no es la muerte en sí, sino el dejar de vivir: el no poder seguir siendo protagonistas o, al menos, espectadores de la Historia.

«Lo que te pido, Muerte, es que no me avises. Que actúes por sorpresa y con profesionalidad. Después de todo, experiencia no te falta...», sonrió.

Su atención volvió a fijarse en el velo, que pareció emerger de la vitrina, llenando su campo visual.

«Al menos tú sí tuviste esa suerte —pensó mientras sentía un escozor en los ojos—. La Muerte fue piadosa contigo y te ahorró el tener que saludarla».

Cerrando los ojos, apoyó la cabeza en el respaldo de su sillón y volvió a recordar aquella noche maravillosa en la que sólo ella y Pietro existían en el mundo.

Muchas veces, después, se había preguntado si en la mutua entrega, en el amor ofrecido, no existiría una premonición compartida de lo que iba a suceder.

Porque, al día siguiente, Pietro Valenti iba a morir.

# 15

Nueva York, 1976

«Gracias... Muchas gracias... Agradezco su presencia...».

Laura repetía una y otra vez las mismas palabras, las mismas frases, mientras rogaba en su interior que aquello acabara de una vez, que permitieran que ella y María regresaran a casa.

Hacía frío aquella mañana de finales del otoño y, aunque no llovía, las nubes impedían el paso de unos rayos de sol que, al menos, dieran algo de calidez al ambiente.

El desfile de personas junto a la tumba de Pietro Valenti parecía no acabar nunca. Era, además, gente que, en su mayoría, ella no había visto jamás.

Aunque estaba acompañada por todas sus personas queridas, Laura nunca había experimentado una sensación semejante de soledad, de alejamiento de cuanto la rodeaba. Tan sólo era consciente de la presencia de María, muy pegada a ella, y sentía los temblores que, de vez en cuando, sacudían el cuerpo de la joven.

También lo era de que, nuevamente, un cambio se estaba operando en su interior. La Laura fría, desapasionada y vengativa que en los últimos años había permanecido adormecida volvía con mayor fuerza. Y esta vez para quedarse.

Mientras sentía la mano de María buscando la suya recordó a su marido, tan sólo unos días antes, hablando con ella de la naturaleza del mal. «Nuestras reacciones no son más que el resultado de los procesos químicos que en el fondo somos... —había venido a decir—, el Bien y el Mal, con mayúsculas, no existen». Laura, entonces, no le dio la razón, pero al menos entrevió una nueva manera de comprender la vida. Hoy podía hacer uso de

ese camino para olvidar y perdonar o podía utilizarlo para dedicar sus fuerzas a un objetivo: la venganza.

«Querido Pietro —murmuró para sí—, está muy claro lo que mi química me pide. Me decías que si una misma situación se repitiera en exactas condiciones nuestra reacción siempre sería idéntica. Te doy la razón. Porque aquí y ahora, y en mil veces aquí y en mil veces ahora, te digo y te diría lo mismo: te vengaré, querido mío. Juro que te vengaré».

Los pensamientos de Laura retornaron a la mañana de aquel sábado, cuando se enteró de que una parte importante y feliz de su vida quedaba atrás. Pietro Valenti se había levantado temprano porque había quedado con Tim Curtis en ir a tratar unos asuntos en uno de los bancos con los que operaba.

«Tú duerme un rato más —le había dicho tras besarla con cariño—. No tardaré mucho en volver».

Dos horas después Ana, el ama de llaves, entró en la habitación. Laura estaba terminando de arreglarse. «Baje, por favor. El señor Curtis quiere verla. Se trata... del señor».

Lo que siguió se entremezclaba ahora en su mente. Fue parecido a lo que le sucedió en la noche en que mataron a su hermano. Retazos de momentos, de personas y de conversaciones que sólo tenían algo en común: dolor y angustia.

Poco a poco, lo sucedido fue quedando claro para Laura. Alguien había disparado contra su marido a la salida del banco. No sabían quién, porque nadie lo había visto. «De repente se derrumbó a mi lado —le decía Tim—. Al principio creí que Pietro se había desmayado... Hasta que vi la sangre».

Más tarde se supo que los disparos —fueron dos— pudieron haber sido realizados desde una furgoneta estacionada a unos cincuenta metros y que después se había dado a la fuga. Un vendedor de periódicos había sentido un ruido como de taponazos en su interior; instantes antes de que el vehículo partiera. El hombre no se había fijado en la matrícula porque era por completo ignorante de que, en ese mismo momento, otro hombre caía muerto en las escaleras de la entidad bancaria situada unos metros más arriba.

La policía tampoco daría mayor importancia al hecho de no haber llegado a conocer la matrícula. «Tratamos con profesionales, señora. La furgoneta, sin duda, era robada y al abandonarla la habrán dejado limpia».

Y María... ¿Cómo decirle que, con diecisiete años recién cumplidos, había perdido ya a su padre y a su madre? Laura y Tim habían ido a buscarla por la tarde a la casa de su amiga.

Ahora, frente a la tumba aún abierta de su padre, la tenía a su lado. Laura oprimió su mano y se volvió a mirarla. Le impresionó una vez más la belleza de aquella muchacha. El pelo recogido y el traje negro hacían resaltar aún más la palidez, casi marfileña, de su piel. Los párpados, ligeramente enrojecidos, eran la única nota de color.

La sonrisa que intercambiaron fue reconfortante para las dos. «Nos tenemos aún la una a la otra».

—Señora Valenti. Laura, si me permite. —Ante ella se encontraba Martin Jagger, seguido, un paso detrás, por sus dos hijos. No lo había vuelto a ver desde el día de la reunión que tuvo lugar en su casa. El don tenía sus dos manos extendidas. Laura soltó la de María y tomó las del hombre.

—Claro que se lo permito, Martin. Gracias por venir. —Laura añadió la frase tantas veces repetida.

—Faltaría más. Quiero decirle que lo he sentido de verdad, que me ha dolido mucho. Apreciaba profundamente a su marido. Usted debe de pensar de mí que soy algo así como un viejo cocodrilo, un reducto del pasado. Y quizá no le falte razón. Puede que mi tiempo ya haya pasado, pero aún tengo el suficiente poder para ponerlo a su disposición. No dude en recurrir a mí cuando lo necesite.

Aunque Laura tenía a Martin Jagger muy cerca, tuvo que esforzarse para entender lo que decía. Su voz había sido sólo un susurro que parecía surgido de las profundidades de su garganta. Comprendió que únicamente ella había podido escuchar sus palabras.

Miró las manos del hombre, que mantenían cogidas las suyas. Eran finas y muy blancas, casi translúcidas. Después lo miró a los ojos.

—Se equivoca usted, Martin. Sin duda opinaríamos de forma diferente en muchos asuntos si tuviéramos ocasión de discutirlos, pero eso no quiere decir que no sienta por usted un gran respeto. Y puedo decirle que lo mismo le sucedía a mi marido. En cuanto a lo de viejo cocodrilo, creo recordar que son los más peligrosos.

Una chispa de regocijo iluminó por un instante los ojos del hombre.

—Finalmente, y en cuanto a su ofrecimiento, puede tener la seguridad de que lo tendré en cuenta. Y que se lo agradezco de corazón.

Martin Jagger se llevó una de las manos de Laura a los labios y, con una ligera inclinación de cabeza, siguió su camino.

Martin y Paul, sus hijos, estuvieron amables y cariñosos con ella y también hablaron unos instantes con María.

Laura miró hacia las personas que todavía estaban en la cola esperando para dar su pésame. Afortunadamente quedaban ya pocas. Martin y sus hijos habían sido de los últimos.

Como después le contaría Tim, todos los grandes capos estuvieron presentes. Y sin duda, aunque no los hubieran visto, los agentes del FBI y de la DEA habían estado muy pendientes del entierro. «Ten por seguro que se ha filmado toda la ceremonia; y con varias cámaras. Aparte de ver quién viene y quién no, luego tratan de leer en los labios cuando dos jefes hablan entre sí». «¿Y consiguen algo?», había preguntado Laura. «No lo creo. Nadie habla de temas importantes en estos casos. Imagino que así justifican el sueldo que reciben del Gobierno».

También Steve Pate y Joe Bresciani habían dado su pésame a Laura. Y Carlo Patrese, que, evidentemente, no la había relacionado con la muchacha que ocho años antes había ido a parar a la cárcel con su beneplácito.

Laura sabía muy bien cómo era Carlo Patrese, aunque nunca había tenido la oportunidad de tenerlo tan cerca. Ahora lo observó con atención desde detrás del velo negro que le cubría los ojos.

Se trataba de un hombre de apariencia anodina, más bien bajo y con poco pelo. Debía de rondar los cincuenta y cinco años y habría pasado desapercibido si no hubiera sido por su mirada. Cuando sus ojos se posaron en ella, la mujer sintió como si el ambiente, ya de por sí frío y desapacible, hubiera bajado bruscamente de temperatura.

Eran unos ojos como no había visto nunca antes. De un gris claro, carecían de toda expresión. Eran acuosos, inertes. Con un estremecimiento, Laura pensó que eran los ojos de la muerte.

Al día siguiente del entierro Laura se reunió con Tim Curtis y con Geoffrey

Samuelson. «Lo siento, pero hay algunos temas que no pueden esperar», le había dicho Tim.

Los dos hombres se pusieron en pie cuando Laura entró en el que fue despacho de Pietro Valenti. La mujer no pudo evitar un estremecimiento al ver el vacío sillón, situado detrás de la amplia mesa, en el que tantas veces había visto sentado a su marido.

Por un instante dudó y a punto estuvo de quedarse en el tresillo que había en uno de los ángulos de la habitación. Era allí donde los dos hombres la aguardaban. Finalmente, y tras dar un beso a cada uno de ellos, se dirigió con paso firme a la mesa de despacho y, bordeándola, se instaló tras ella.

—Como ya te dije, Laura, hay dos o tres cosas que no pueden esperar — dijo Tim mientras trasladaba su voluminosa cartera desde el tresillo. Si algo en la actitud de Laura le había extrañado, no lo demostró en absoluto—. Aunque la lectura del testamento no tendrá lugar hasta dentro de dos días — continuó el hombre mientras se sentaba—, todos lo conocemos. María y tú sois las únicas herederas y, hasta su mayoría de edad, tú, Laura, eres su albacea. Eso quiere decir que vas a tener todos los poderes... económicos, porque otro tema es el que ahora se abre: la sucesión de Pietro al frente de la organización.

—Efectivamente, ése es otro tema y ya nos ocuparemos de él. De momento vamos a centrarnos en lo que me decías que no puede esperar.

Durante un rato los tres estuvieron revisando papeles y Laura firmó unos cuantos documentos que Tim y Geoffrey le presentaron.

Al finalizar, y mientras los dos hombres cerraban sus carteras, la mujer se echó hacia atrás en su asiento y los observó por unos instantes.

—Tim, Geoffrey... imagino que los tres coincidiremos en que Pietro había conseguido crear una organización que, ante todo, respondía a su manera de ver las cosas. Yo estaba muy de acuerdo con su enfoque, aunque acepto que existan otros puntos de vista. Lo que ahora quiero pedir es que nos mantengamos unidos mientras vemos cómo o por quién se ocupa el vacío que su muerte ha dejado. Ya hablaremos de ello dentro de unos días, cuando empecemos a ver de dónde soplan los vientos. Hasta entonces, y ya que a todos los efectos soy su heredera, quiero que me consideréis como tal. — Laura hizo una pausa mientras observaba a los dos hombres. Geoffrey asentía

ligeramente con la cabeza y Tim Curtis escuchaba con atención.

—Pienso que nuestra primera obligación es la de saber quién lo asesinó. Y no me refiero a la persona que apretó el gatillo, sino a la que dio la orden. Y no quiero sospechas. Necesito certezas.

Su mirada se posó en el que había sido mano derecha y amigo de su marido.

—Tim, en otras ocasiones te has enterado de cosas que parecían imposibles de desentrañar. Te pido que te dediques de lleno a averiguarlo. Por favor, no escatimes tiempo ni medios. Geoffrey podrá suplirte en otros asuntos si es necesario.

Tim Curtis se limitó a asentir.

—Y te lo recalco. Ofrece todo el dinero que sea necesario. No hay límite. Entre las ratas que han planeado este asesinato siempre habrá alguna que, además, sea codiciosa. Encuéntrala, por favor.

La gran preocupación de Laura, una vez pasados los primeros momentos en los que la muerte de Pietro la había sumido en un estado de profunda desorientación, había sido María. La joven había cumplido ya los diecisiete años, pero no era más que una niña solitaria que vivía en un mundo habitado por personas mayores. Sin hermanos, sin madre y ahora sin padre... Un mundo que, aunque tratara de ser amable con ella, no tenía nada de acogedor.

Pietro tenía dos hermanas, aunque ninguna de ellas vivía en Nueva York. La mayor había viajado a la ciudad a raíz de lo sucedido, pero estuvo poco tiempo. Laura no pudo reprimir la sensación de que el interés de la visita radicaba en saber si en el testamento de Pietro había algo para ella. La otra se limitó a llamar por teléfono para decirle a Ana, el ama de llaves, que le era imposible acudir.

De sus abuelos, a María sólo le quedaba la materna, mujer cariñosa y de talante bondadoso pero que vivía más preocupada de tener su whisky a mano que de cualquier otra cosa. Ana le contó a Laura que la mujer no fue capaz de rehacerse tras la prematura muerte de su hija. Aun así, entre María y ella existía un sólido cariño.

Al día siguiente del asesinato, y mientras se hallaba en el salón

conversando con alguna de las muchas visitas que llegaban sin cesar a la casa, advirtió como la joven se asomaba, intentando no ser vista, por la puerta entreabierta que unía la habitación con el vestíbulo. Tal vez por curiosidad o quizá buscándola a ella.

Y comprendió que María era sin duda la que más dañada podía resultar como consecuencia de todo aquel sinsentido.

—Perdón, vuelvo en un momento —murmuró mientras se levantaba del sillón que había ocupado—. Tengo que ver a mi hija. Tim, por favor, encárgate de que a nadie le falte nada.

Y salió en pos de María, que, ajena a la reacción que había despertado en ella, se dirigía ya a su habitación.

Permaneció con la joven un tiempo que luego no supo calcular e imaginó que quizá alguno de sus visitantes se habría sentido molesto, pero no le importó. Se sentó a su lado y la abrazó.

Y durante un rato las dos lloraron quedamente, sin necesidad de hablarse.

—María —le dijo por fin Laura mientras intentaba sonreír y enjugaba las lágrimas de la muchacha con un pañuelo—. Piensa que a tu padre no le gustaría verte sufrir y que además, mientras vivas, él siempre estará pendiente de ti. Eres lo que más quería en el mundo. Ahora me tienes a mí y yo te tengo a ti. Hemos de ser fuertes. Y debemos serlo por él, porque a él le gustaría que fuera así.

A María le costó corresponder a la sonrisa que había iniciado Laura. Finalmente lo hizo, mientras asentía. Después, de nuevo, se echó a llorar.

Tres días después Tim Curtis se reunió otra vez con ella. Mientras entraban en el despacho la miró y dijo sólo dos palabras: «Lo tengo».

—¿Quién? —Laura ni siquiera permitió que el hombre llegara hasta su asiento. Lo agarró por el brazo haciendo que se volviera hacia ella.

—Joe Bresciani. No creo que te sorprenda.

Laura liberó su brazo al mismo tiempo que hacía un gesto hacia el tresillo.

—Siéntate, Tim, por favor. ¿Cómo lo has sabido?

—No ha sido difícil. Aunque no lo dijéramos, era evidente que todos



sospechábamos de él, de modo que empecé a buscar en su entorno. La persona que efectuó los disparos podía ser o no de su «familia», pero el conductor de la furgoneta forzosamente tenía que pertenecer a ella.

»Me puse en el lugar de Bresciani. ¿A quién elegir para esa misión? Tenía que ser un conductor de primera, por si había problemas en la huida, y al mismo tiempo persona de toda mi confianza.

»Son conocidos los problemas de liderazgo que él tiene con su gente, de modo que el abanico de posibilidades no podía ser muy grande.

»Me reuní con Steve West. Creo que ya sabes quién es. Lleva muchos años en la “familia” de Bresciani; desde su inicio. Antes perteneció a la de tu suegro. —Tim sonrió ligeramente a Laura—. Siempre ha mantenido buenas relaciones con nosotros y hemos intercambiado información con frecuencia.

—Creo recordar que me dijisteis que si Bresciani no hubiera existido él podría haber sido el nuevo jefe.

—Si Bresciani no hubiera existido, seguramente no habría hecho falta buscar un nuevo jefe. Es muy probable que el anterior aún viviera.

—Y que también Pietro lo hiciera... —murmuró Laura.

—Por lo que sabemos, sí. Bien, el caso es que le planteé la pregunta a Steve. No le extrañó en absoluto. Parecía esperarla. Y me dio un nombre: Carlo Conti.

»Este paso fue ya un poco más complicado. Había que conseguir hablar con él sin que pudiera negarse y, a ser posible, en nuestro terreno. Evidentemente, Bresciani no debía enterarse.

»Lo esperamos a la salida de la casa de su amante. Bueno... de la de turno. Por lo que sabemos, cambia con frecuencia. Fue invitado a subir a un coche.

Laura escuchaba en silencio.

—Decidí escenificar bien la entrevista. Lo llevamos al almacén que tenemos en el Bronx. Ya sabes lo destartalado que está. Incluso hice retirar algunas bombillas para que pareciera aún más tétrico.

La sombra de una sonrisa afloró en los labios de la mujer.

—Veo que te imaginas el resto, Laura. Conti estaba aterrorizado, convencido de que iba a morir. Sobre una mesa puse una pistola y, junto a ella, diez mil dólares. En billetes pequeños, para que abultaran, y le dije: «Tú

eliges». —Esta vez fue Tim Curtis quien se permitió una sonrisa—. Creo que me pasé un poco, ahora que lo pienso. Demasiado melodramático. Pero funcionó. Nos contó todo lo que queríamos saber. Lo habría hecho igualmente aunque no le hubiéramos dado dinero, pero quise comprar su silencio.

—¿Qué os contó?

—Conti fue el único que estuvo en contacto con el asesino aquí, en Nueva York. Fue a recogerlo a su hotel aquel sábado por la mañana y lo dejó luego en el aeropuerto después de abandonar la furgoneta, que, efectivamente, era robada, como supuso la policía. Fueron apenas dos horas.

»Se llama Marcus Beaufort y es de Chicago —añadió Tim adelantándose a la pregunta de Laura—. Es asesino profesional. De los mejores. Eso lo he averiguado por la descripción que me dio Conti; para él era John Smith. Es evidente que habrá que confirmarlo, pero estoy razonablemente seguro de su identidad.

—No me interesa, Tim. No me interesa. No envidio su profesión, pero si no hubiera sido él habría sido otro. Por lo menos fue certero y Pietro murió sin sufrimiento. Lo único que quiero saber es si Joe Bresciani fue el inductor.

—De eso no hay la menor duda. Conti me contó como había recibido personalmente de Joe Bresciani el plan de acción. Joe le exigió máxima discreción. Según le dijo, sólo ellos dos estaban al tanto.

Laura permaneció unos instantes en silencio.

—Si Bresciani ha asesinado a mi marido es porque quiere hacerse con todo.

Tim Curtis asintió.

—Sí. De hecho ya ha realizado algún movimiento en ese sentido. Habla de la necesidad de reunificar las dos mitades. Dice que es la única manera de ser fuertes.

—Prepárame una cita con él. Lo antes posible. Los dos a solas. Que sea en su terreno, para que no sospeche. Y antes hazle llegar la idea de que quiero dejar todo esto; que María y yo queremos vivir en paz y que estoy dispuesta a deshacerme de los intereses de Pietro.

El hombre la miró con recelo.

—¿Qué pretendes, Laura?

—Ya te enterarás, Tim, ya te enterarás. De momento, ni yo misma lo sé con exactitud.

Al entrar en la casa de Joe Bresciani, Laura fue comparando lo que iba viendo con la imagen que se había formado previamente en su mente. Incluso desde antes de que Bresciani aceptase entrevistarse con ella y fijase día y hora para la cita, Laura había pedido una descripción exacta de la casa y se había encerrado durante horas con Angelo Fantoni para perfilar el plan que se había ido formando en su cerebro.

Aparte de tener plena confianza en el novio de su amiga Karla, Laura consideraba que Angelo era la persona idónea para ayudarla a llevar adelante su propósito. Pietro Valenti siempre se refería a él como «el hombre duro de la familia» y Laura ya había tenido referencia, en varias oportunidades, de lo radical y, sin lugar a dudas, efectivo de sus métodos.

Angelo había aceptado la idea sin la menor vacilación. Laura más bien diría que lo había hecho con una cierta dosis de placer, como un general que se dispone a preparar sus tropas para la batalla.

Habían llegado a la casa de Bresciani en una comitiva integrada por dos automóviles. En total, cinco hombres la acompañaban, incluido Angelo, que había seleccionado personalmente a cada uno de ellos.

Él fue quien entró con Laura en el interior de la casa, mientras el resto esperaba fuera.

Joe Bresciani vivía en una mansión verdaderamente impresionante edificada en las afueras. Rodeada de varias hectáreas de terreno, la construcción era un monumento al egocentrismo y al mal gusto. En su fachada se mezclaba el estilo colonial con columnas de inspiración griega, mientras que, sobre la puerta de entrada, un gran triángulo de bordes dorados incluía en su interior las letras J y B.

Laura apenas fue consciente de todo ello mientras penetraba en la casa. Únicamente tenían cabida en su mente detalles que Angelo había considerado relevantes y que sólo ahora podía comprobar si respondían a lo esperado. Se tranquilizó al ver que, de momento, no había nada discordante.

El despacho de Bresciani se hallaba en la planta baja, lo que facilitaba su

propósito. Fueron recibidos por Steve West, que los acompañó al interior.

—Señora Valenti, bienvenida —dijo mientras estrechaba su mano—. Angelo, ¿qué tal estás?

Laura encontró la palma de la mano de aquel hombre ligeramente húmeda. Lo observó con curiosidad. Nunca antes lo había visto, pero en aquellos días su persona había ido cobrando una especial relevancia. Primero había sido Tim Curtis el que había acudido a él para descubrir al asesino de su marido y después Angelo Fantoni había convencido a Laura de que lo necesitaban para llevar a buen término su plan.

«Este hombre está nervioso —pensó Laura—. Bueno, es lógico —razonó—, lo raro es que no lo esté yo. Tengo bastantes más motivos».

Miró por un instante a Angelo. Su rostro lucía una franca sonrisa mientras devolvía el saludo a Steve West. «¿De qué material estará hecho? —se preguntó la mujer—. Se está jugando la vida en un asunto que le afecta muy poco y no muestra la menor preocupación».

—Señora Valenti... —La atención de Laura volvió a fijarse en su anfitrión—. Comprendo que no es lo usual y que puede resultarle molesto, pero debe usted someterse a un registro antes de que el señor Bresciani la reciba. Entiéndalo, dadas las circunstancias...

—No entiendo de lo que me habla. —Laura aparentó sorpresa—. No tengo nada que ocultar.

—Claro, claro. —El hombre parecía intranquilo—. Pero será sólo un momento. Si pasa a aquella habitación, hay una mujer esperándola. Por favor.

Laura dirigió a Angelo una mirada interrogante. Éste se encogió de hombros como diciendo: ¿qué más te da?

Con un gesto de asentimiento se dirigió a la habitación que le indicaba Steve West. Una mujer se puso en pie al verla entrar.

—Señora Valenti, permítame. Terminamos en un instante —dijo mientras se acercaba a la puerta y la cerraba.

Laura la observó sin curiosidad. Le calculó unos treinta y cinco años y pensó que, por la eficiencia que demostraba, era o había sido policía.

Tras cachearla, le pidió que abriera su bolso. Laura así lo hizo y se lo entregó sin decir palabra. Unos momentos después le era devuelto.

—Muchas gracias, señora Valenti. Disculpe las molestias.

La mujer abrió nuevamente la puerta e hizo un gesto de asentimiento a Steve West.

La cara del hombre expresó alivio mientras trataba de dirigir una sonrisa a Laura.

—Por aquí, señora Valenti, por favor.

Laura lo siguió hasta otra puerta que daba también al inmenso distribuidor de entrada. West llamó suavemente con los nudillos. Un instante después la puerta se abría y, tras ella, la figura de Thaddeus Valdez lanzaba una sonrisa de conejo a la mujer.

—Vaya, señora Valenti. Qué agradable visita. El señor Bresciani la espera.

Thaddeus Valdez se hizo a un lado permitiendo a Laura una completa visión de la habitación. Aquel despacho era muy grande y estaba sin duda pensado para impresionar al visitante. Al menos doce metros separaban la entrada de la inmensa mesa que se encontraba próxima a la pared del fondo. Aunque sólo eran las cuatro de la tarde y todavía lucía el sol, las cortinas estaban echadas y las luces encendidas. El efecto también había sido cuidadosamente estudiado: la mesa de despacho se encontraba en zona de penumbra, mientras que, desde detrás de ella, unas luces incidían sobre las personas que pudieran sentarse frente a su ocupante.

Laura avanzó sin sentirse en absoluto intimidada, aunque consciente del papel de viuda desvalida que tenía que representar. Iba totalmente vestida de negro y la parte superior de su cara la cubría el mismo velo corto que había llevado el día del entierro de Pietro.

Joe Bresciani dejó que se acercara hasta casi alcanzar la mesa antes de levantarse de su sillón.

«Dios mío, pero qué mamarracho eres», pensó para sí la mujer mientras, finalmente, se detenía.

—Señora Valenti, ya le expresé en su momento cuánto sentí la muerte de su marido. Un asesinato que, sin duda, será castigado. Ahora siéntese, por favor, y dígame cuál es ese tema del que quiere hablarme.

Laura ocupó uno de los sillones que había frente a la mesa de despacho y vio como Thaddeus Valdez se instalaba en otro situado próximo al suyo. Dejó que Bresciani tomara asiento detrás de la mesa antes de empezar a

hablar.

—Creí haber dejado claro que quería una reunión entre nosotros dos —dijo, mientras miraba con intención a Valdez.

—¡Ah! Thaddeus... es como si fuera yo mismo. No tenemos secretos el uno para el otro.

—Mire, Joe. No ha sido usted capaz de salir a recibirme, luego ha hecho que me registraran y ahora pretende tener una... señorita de compañía. Si no es usted lo bastante hombre como para poder hablar conmigo a solas, ahora mismo me voy. No le quepa duda de que hay otros muchos oídos dispuestos a escuchar lo que tengo que decir.

Valdez abrió la boca para iniciar una protesta, pero Bresciani lo hizo callar con un gesto. Luego permaneció unos segundos en silencio.

—Está bien. Thaddeus, por favor, déjanos solos.

El hombrecillo se levantó con un mohín de disgusto y abandonó la habitación sin siquiera mirar a Laura.

—Tiene usted razón, señora Valenti. —Los ojos huidizos de Joe Bresciani se posaron un momento en ella—. No he sido cortés con usted. Le pido perdón. Ahora, por favor, estoy deseando escuchar lo que tiene que contarme.

«La ambición te puede», pensó Laura mientras hacía un gesto de asentimiento con la cabeza. A continuación, e iniciándolo con un suspiro, pasó a desarrollar el papel que traía preparado.

En otro momento hasta habría disfrutado con su interpretación. Se pintó a sí misma como a una mujer indefensa en un mundo de hombres. Ella y María sólo buscaban vivir en paz y el dinero necesario no les iba a faltar, aunque para ello era imprescindible que liquidaran los intereses de Pietro Valenti.

Intentó resultar convincente al explicarle a aquel hombre como ella y Tim Curtis habían decidido que él era la persona idónea para hacerse cargo del imperio. La «familia» volvería a estar unida, como lo estuvo hacía años, y no haría falta dar entrada a ningún extraño en el territorio que ellos controlaban.

Según iba hablando, comprendía que no era necesario un gran esfuerzo para que Joe Bresciani la creyera. Los pequeños ojos del hombre brillaban de gozo con cada nueva flor que Laura iba dejando caer.

—Comprenderá ahora la razón por la que quería que nos viéramos a

solas. Le estoy ofreciendo un imperio, aunque, desde luego, no le va a salir barato. —Aquí Laura se permitió una sonrisa de complicidad, que fue correspondida—. Si le parece interesante la idea, su Thaddeus puede empezar a reunirse con Tim Curtis y Geoffrey Samuelson para estudiar los detalles.

—Señora Valenti —Joe Bresciani pretendió aparentar indiferencia, aunque se le veía exultante—, creo que lo que propone puede resultar, efectivamente, muy positivo para ambos y que debemos estudiarlo sin dilación. Le diré a... mi Thaddeus, como usted lo llama —ahora fue Bresciani quien se permitió la sonrisa cómplice—, que se ponga en contacto con su gente.

—De acuerdo, pues. —Laura se levantó de su asiento—. Espero que ahora sí me acompañe hasta la puerta.

—Por Dios, faltaría más. —Bresciani salió con precipitación de detrás de su mesa y ofreció con torpe galantería su brazo a Laura.

Caminaron juntos hasta el centro de la habitación, donde Laura se detuvo.

—Por cierto, Joe, al entrar me ha llamado la atención esa lámpara. —Y señaló la araña de cristal que pendía sobre sus cabezas.

Bresciani levantó su mirada. Eso impidió que viera venir el golpe que Laura le lanzó. El canto de su mano se estrelló con precisión sobre la expuesta garganta del hombre, rompiéndole la tráquea.

Bresciani se llevó ambas manos al cuello, mientras intentaba gritar. Tan sólo un murmullo sordo pudo salir de su boca.

Laura lo miró con frialdad. No sentía piedad por el hombre ni remordimiento por lo que estaba haciendo. Con movimientos precisos se llevó la mano a la cabeza y extrajo el alfiler que sujetaba el velo a su pequeño sombrero. Angelo Fantoni se había encargado de que se lo fabricaran. Eran quince centímetros del mejor acero y estaban unidos a un remate que semejava un adorno, pero que había sido estudiado para ajustarse perfectamente a la mano de Laura.

Bresciani permanecía inmóvil intentando hacer llegar aire a sus pulmones. Sólo sus ojos se movían infatigables tratando de encontrar una vía de escape.

Dio dos torpes pasos en dirección a la puerta, pero Laura lo hizo volverse tirando de su brazo. Un nuevo golpe a la altura de los ojos lo dejó

momentáneamente aturdido. Laura encajó el alfiler en su mano derecha y, mientras sujetaba a Bresciani con la izquierda, lo hundió en el pecho del hombre, a la altura del corazón.

El recuerdo que después tendría Laura de ese momento fue el de la gran suavidad con la que el alfiler había penetrado.

Lo extrajo y volvió a hundirlo dos veces más. Bresciani finalmente debió de comprender que su única posibilidad de escape era deshacerse de Laura y lanzó los brazos tratando de aferrar el cuello de la mujer. Pero ya era tarde. Le dio la impresión de que la mujer se elevaba hacia el techo, pero era él quien caía, lentamente, mientras la vida se le escapaba.

Laura miró el cuerpo que yacía a sus pies y sintió una extraña sensación, más de vacío que de triunfo o de odio.

—Te he vengado, Pietro —murmuró mientras se dirigía a la puerta.

Al abrirla se encontró con la escena que esperaba. Angelo Fantoni estaba pistola en mano vigilando a los hombres de Joe Bresciani, mientras dos de los suyos le ayudaban a controlar la situación. Según el plan, los otros dos debían permanecer fuera, guardando la puerta de entrada.

Laura y Angelo habían supuesto que se producirían ruidos en el interior del despacho que servirían para que el hombre supiera cuál era el momento de actuar. Si no, ese instante sería el de la aparición de Laura en la puerta.

Angelo llevaba en el bolsillo un pequeño emisor de radio que debía poner sobre aviso a los cuatro que esperaban fuera. Steve West, por su parte, había sido informado de lo que iba a suceder y debía ocuparse de mantener la calma entre sus hombres. A cambio le habían prometido el apoyo para ocupar el puesto que Bresciani iba a dejar vacante.

Más tarde, Angelo le diría a Laura que perfectamente podía haber esperado a que ella abriera la puerta, pues nadie más pareció darse cuenta de que dentro de aquel despacho estaba pasando algo. Pero para él, que estaba esperándolo, concluyó, el sonido de un cuerpo al caer al suelo resultaba inconfundible.

—Por favor, Angelo, que alguien compruebe que está muerto —dijo Laura señalando hacia la habitación que acababa de abandonar—. Luego su mirada se paseó por los presentes hasta detenerse en Steve West.

—Señor West, su jefe acaba de morir. Era una rata que asesinó a mi



marido como sólo los cobardes matan: a traición. Debió de pensar que Pietro Valenti no tenía a nadie capaz de vengar su muerte. Como habrán visto, estaba equivocado. Yo, en cambio, estoy plenamente convencida de que nadie va a tener interés en vengar la suya. La basura no crea fidelidad.

Steve West la miraba con los ojos muy abiertos.

—Pienso que debe ser usted el que asuma sus funciones —continuó—. No soy quién para imponerlo, pero lo apoyaré. Las demás «familias» no toleraremos a otro Joe Bresciani.

Uno de los hombres de Angelo regresó del despacho e hizo un rápido gesto con la cabeza.

—Le hago a usted responsable de la desaparición del cadáver. —La mirada de Laura se posó con fijeza en Steve West—. Si en algún momento aparece o trasciende lo que hoy ha sucedido aquí, lo consideraré a usted culpable. —Sus ojos buscaron a Angelo Fantoni.

—Angelo, podemos irnos cuando quieras.

La mujer comenzó a andar hacia la puerta de la casa sin mirar hacia atrás. A su espalda sólo quedaba el silencio.

—No podía creerlo, Laura; sinceramente, no podía. Ahora que sé que es cierto, he querido venir a verla. Por eso estoy aquí.

—Le agradezco su visita, Martin, pero se suponía que lo que pasó en aquella casa no debía salir de allí.

—No sea usted ingenua, querida. —Martin Jagger emitió una risita apenas audible—. Si algo es fundamental en nuestro negocio es estar bien informados. Y no le quepa duda de que la policía también lo sabe. Pero no se preocupe —continuó al ver el gesto de Laura—, mientras no haya un cadáver o una denuncia en regla, la policía se mantendrá al margen. Prefiere que arreglemos nuestros asuntos entre nosotros.

—No sé si lo creerá, Martin, pero estaba dispuesta a acabar en la cárcel. Ignoro si también estará enterado, pero ya sé lo que es eso. Pero sí le juro una cosa: estaba decidida a que Joe Bresciani pagara por lo que había hecho.

—Sí, Laura. También sé de su estancia en la cárcel. Como verá, sé muchas cosas sobre usted. —El hombre rió con regocijo—. Quizá algún día

me ayude usted a completar mi información y me cuente lo que todavía desconozco.

—Quizá. —Laura sonrió.

—Le diré una cosa que tal vez le cueste comprender. Lo que usted ha hecho me ha quitado años de encima. Me ha devuelto a mi juventud. Creía que la etapa épica, en la que la gente daba la cara, había pasado a la historia. Ahora vivimos en un mundo de cobardes, donde todos lanzan la piedra y esconden la mano. Y encima señalan al vecino, para ver si pueden cargarlo a él con la culpa. —El hombre tomó las manos de la mujer entre las suyas—. Querida mía, ha estado usted espléndida.

Laura no pudo reprimir una carcajada.

—Gracias, Martin. Es un precioso cumplido. Y más viniendo de usted. Sé que no se fía mucho de las habilidades femeninas.

—Por Dios, Laura... —Martin Jagger alzó los brazos en señal de protesta, aunque luego los bajó—. Bueno, la verdad es que tiene usted razón. Pensaba que nuestro mundo es demasiado rudo para las mujeres... demasiado varonil. Y lo sigo pensando. Lo que pasa es que siempre hay una excepción. Y usted es esa excepción.

Laura rió nuevamente.

—Le voy a tomar la palabra, Martin. Y le voy a pedir un favor. Además quiero que crea lo que le voy a decir, porque es la verdad: no tengo ansia de dinero ni de poder, pero pretendo ocupar el lugar de mi marido al frente de la «familia» y mi deseo es que usted me apoye.

Martin Jagger la observó durante unos momentos. Su expresión se tornó seria y las palabras que pronunció a continuación, en tono bajo y pausado, le recordaron a Laura al hombre que tan honda impresión le causó en la reunión celebrada en aquella misma casa no mucho tiempo atrás.

—Si alguien me hubiera propuesto esa idea hace tan sólo unos días, lo habría tachado de loco. Eso sólo me convence de que aún tengo mucho que aprender. Hoy, viniendo hacia su casa, me planteaba la sucesión de mi amigo Pietro. Sé que es decisión de la propia «familia», pero también me consta que esa elección debe ser aprobada por las demás, sobre todo las del mismo sector. Steve Pate y yo tenemos, pues, nuestra cuota de responsabilidad. —Hizo una pausa, fijando su mirada en Laura—. Venía, como le digo,

pensando en quién podría ser el sucesor de su marido y de pronto comprendí que la respuesta era evidente, aunque, a pesar de todo, se me antojó imposible. La persona en la que estaba pensando era usted, Laura.

Ambos permanecieron en silencio durante unos instantes.

—¿Quiere eso decir que la respuesta es sí? ¿Que contaré con su apoyo?

—Sí, Laura. Si usted está decidida, puede contar conmigo. Pero piénselo bien. Se va a comprometer a llevar una vida que le va a proporcionar muchos más pesares que alegrías. Si es verdad lo que me ha dicho y no le interesan ni el dinero ni el poder, entonces le aseguro que se equivoca. Son los dos únicos alicientes que va a poder encontrar.

—Lo sé, Martin. No crea que no lo he meditado. Pero tengo un compromiso que cumplir. Un compromiso conmigo misma. Y para llevarlo a cabo necesito poder y, casi con toda seguridad, dinero.

Martin Jagger sonrió.

—Al final, por un motivo u otro, poder y dinero acaban atrayéndonos a todos... y nos hacen sus esclavos. Quiero decirle que hay una parte positiva en su decisión, Laura, y es que no tiene por qué ser definitiva. Si de pronto opta por recluirse en un monasterio —nuevamente aquella risa casi silenciosa se dejó oír—, tendrá la puerta abierta. No le quepa duda de que siempre habrá alguien deseoso de ocupar su lugar.

El hombre la miró con seriedad.

—Ahora soy yo el que quiere pedirle un favor, Laura. —Su voz se tornó aún más grave—. Lamentablemente ha podido comprobar lo vulnerables que somos. Dos de las cuatro personas que nos reunimos en esta misma casa hace poco tiempo han muerto; bien es cierto que por muy diferentes motivos. Pero ambas han tenido una muerte violenta. Va a ocupar usted un puesto de alto riesgo y quiero que sea consciente de ello. Y en su caso preveo que aún puede serlo más: hay quienes van a ver en usted, por su condición de mujer, una presa fácil. Y van a intentar ocupar su puesto.

—Sabré defenderme, Martin. No lo dude. Pero dígame cuál es ese favor.

—Efectivamente, no lo dudo. Usted ha demostrado que puede valerse por sí misma, pero siempre ven mejor cuatro ojos que dos; y más si esos ojos extra son los de un profesional.

Aunque Laura iba ya acostumbrándose a los mensajes crípticos del

hombre, no pudo evitar un leve gesto de extrañeza.

Martin Jagger sonrió, evidentemente disfrutando del sesgo que le había dado a la conversación.

—Discúlpeme, Laura. Si no adorno un poco las cosas, no me divierto —dijo, mientras en su rostro se dibujaba un gesto pícaro—. Reconozco que es un defecto.

—Dudo que lo sea, Martin. No creo que nadie pueda decir que se aburre hablando con usted.

—Bien... gracias. En fin, que lo que quiero pedirle es que tome a su cargo a Luciano Maffei. Lleva veinte años conmigo y a su padre lo conozco desde hace... bueno, casi medio siglo. Le garantizo que no hay nadie en el mundo más capacitado que Luciano para ocuparse de su seguridad personal.

Laura se mantuvo unos instantes en silencio mientras asimilaba lo que acababa de escuchar.

—Martin... —dijo por fin—, si no entiendo mal, el favor que me pide es que yo le acepte el favor que usted me hace. ¿Estoy en lo cierto?

Nuevamente la mirada del don brilló en señal de aprobación.

—No lo tome usted así. En todo caso podríamos decir que el favor puede ser mutuo. Usted gana en seguridad y yo lo hago en tranquilidad... y en dinero. Tengo que advertirle que Luciano Maffei no es barato y que su sueldo tendrá que pagarlo usted.

—Y de su seguridad, mi buen amigo, ¿quién se va a ocupar?

Martin Jagger hizo un gesto de rechazo con las manos.

—Yo ya no intereso a nadie. ¿Quién va a querer hacerme daño? La vejez sólo resulta molesta para el que tiene que sobrellevarla; a los demás, en todo caso, les resulta desagradable. No, no, Laura. La que tiene que cuidarse es usted. Al menos durante una temporada.

—Y... Luciano Maffei, ¿estará dispuesto?

—Yo diría que va a estar encantado. En confianza le contaré que estoy convencido de que conmigo se aburre. Además está la cuestión estética. —Su risa de bajo se dejó oír—. Es mucho más agradable cuidar de sus espaldas que de las mías.

—Martin, me está dando la impresión de que le gusta a usted presumir de viejo. No creo que lo sea, pero desde luego no lo parece. —Laura lo miró

divertida—. Y ya que me galantea, le devolveré el piropo. Para cualquier mujer resulta usted un hombre realmente atractivo.

Los labios del hombre se curvaron en una imperceptible sonrisa.

—¿Cuento entonces con un sí? ¿Puedo decirle a Maffei que venga a verla?

—Antes quiero hablar con Angelo Fantoni. Imagino que sabe quién es. —Martin Jagger hizo un gesto de asentimiento—. Podríamos llamarlo mi... jefe de operaciones. Quiero saber cuál es su opinión.

—Confío en que será positiva. Luciano y Angelo son amigos. Me consta. Además, Fantoni sabe perfectamente de sus habilidades. Contésteme cuanto antes, por favor.

—Lo haré, Martin. Y, en todo caso, sepa que aprecio de verdad todo lo que está haciendo por mí. Está siendo mucho más que un buen amigo.

Laura había aceptado tomarse unas cortas vacaciones en la casa de montaña que Tim Curtis tenía en las Rocosas. El que fuera secretario de su marido había insistido en que a todos les vendrían bien unos días fuera de Nueva York. «Tenemos que respirar, Laura —le había dicho—. Han pasado demasiadas cosas muy desagradables y en muy poco tiempo. Necesitamos una evasión; sobre todo tú».

Nada más llegar a la casa había comprendido que Tim tenía razón. El cansancio y la tensión acumulados hicieron bruscamente su aparición y Laura se sintió exhausta. Se dio cuenta de hasta qué punto había llevado a su cuerpo y, más aún, a su mente, hasta unos límites peligrosos para su salud.

La casa era magnífica. Tenía dos pisos y estaba enteramente revestida en madera. Se asentaba sobre una finca de varias hectáreas de bosque y paisajes maravillosos. Aunque pertenecía a los padres de Tim, prácticamente sólo él la utilizaba. Su padre había sido un gran aficionado a la caza y fue quien la construyó, pero era ahora un hombre mayor y raras veces se decidía a hacer el viaje. «Han querido venderla, sobre todo mi madre, pero yo no les he dejado —le había dicho Tim—. Venir aquí de vez en cuando es uno de los mayores placeres que uno puede permitirse».

Laura había aceptado finalmente la propuesta, pero había pedido la

inclusión de María en el viaje. Aunque la joven parecía ir sobreponiéndose a la muerte de su padre, Laura sabía que estaba pasando por momentos muy difíciles y que era importante que se sintiera en cada instante rodeada de cariño.

Por unos segundos le pareció que la idea de incluir a María no había sido del total agrado de Tim, pero, de haber sido cierta, la impresión duró poco tiempo. En seguida el hombre la hizo suya y propuso que les acompañara también una sobrina, hija de su hermana y que era amiga de María.

Con ellos habían viajado Ana, el ama de llaves, y una de las muchachas. También lo había hecho Luciano Maffei, el nuevo guardaespaldas de Laura. Tal como Martin Jagger había supuesto, a Angelo Fantoni la idea le había parecido espléndida. Eran, efectivamente, buenos amigos y antiguos conocidos.

A ella también le había agradado Luciano desde el primer momento. Tendría una edad similar a la de Angelo, en torno a los cuarenta años, y una complexión de deportista. Pero lo que de verdad le gustó de él fue la expresión de su cara. Era amable y sonriente, sin asomo de maldad. Cuando Laura pensó en cómo definirla, la palabra «limpia» fue la que acudió a su mente. «Sí, pero no te fíes —le había dicho Angelo cuando se lo comentó—. Es listo como un lince y rápido como una serpiente. No me gustaría que fuera mi enemigo».

Llevaban ya tres días en la casa y Laura no podía sino agradecer en su fuero interno la idea de Tim. Notaba como, con el paso de las horas, iba recuperando un tono anímico que, ahora se daba cuenta, había llegado a estar peligrosamente bajo. El clima estaba también, de momento, acompañando de un modo perfecto. Laura no recordaba haber visto nunca un cielo de un azul tan intenso durante el día ni tan cuajado de estrellas por la noche.

La temperatura también resultaba, en cierto modo, vigorizante. Durante las horas de sol podía uno dejarse adormecer por sus rayos sin mayor protección que la de una blusa. Por las noches, en cambio, el termómetro caía con brusquedad y Tim encendía la enorme chimenea del salón.

Instalada junto a ella, Laura se sentía invadida por el poder hipnótico de las llamas. El tiempo pasaba a tener otra consistencia y no era capaz de decir si llevaba allí horas sentada o tan sólo breves momentos.

Lo que sí agradecía al cabo del día era su propia recuperación. La primera noche se fue temprano a la cama: cayó inmediatamente en un sueño profundo y no amaneció hasta diez horas después. Ya despierta, pero aún remoloneando, tuvo la misma sensación, de pronto recordada, de cuando era una niña y despertaba los domingos por la mañana en su pequeña habitación de Brooklyn.

Tim Curtis demostró ser el perfecto anfitrión. Estuvo cariñoso con todas, pero especialmente con Laura. Se desvivía por ser amable con ella y se preocupaba por adelantarse a sus menores deseos. Había sido el guía del grupo en los bosques y parajes que rodeaban la casa y las había llevado a cenar el día anterior al pueblo más cercano, donde había encargado previamente unas costillas con salsa picante que todos encontraron magníficas.

Aquel día por la mañana Tim le había pedido a Laura que le acompañara a dar un paseo después de comer. «Tú y yo solos, Laura. Hay cosas que quiero hablar contigo. De paso te enseñaré un sitio maravilloso que tengo reservado para ti».

Laura había asentido confiadamente. No tenía motivos para no hacerlo.

El hombre la había llevado a través del bosque por un sendero apenas insinuado. Ella se asombraba una vez más de la belleza de aquel lugar. Estaban a mediados del otoño y la vegetación se había teñido con los colores propios de la estación.

Junto a pinos de intenso verdor, los árboles de hoja caduca mostraban ya toda la gama que llevaba del amarillo al ocre. Los rayos del sol completaban el efecto al penetrar entre las ramas, creando juegos de luces y sombras de desconocida belleza.

Caminaban en silencio, cada cual sumido en sus propias sensaciones. Al iniciar el paseo, Laura le había preguntado cuál era el tema que quería abordar, pero Tim le había pedido que esperara hasta alcanzar su destino. «Está cerca, Laura. Allí podemos sentarnos y hablar. Ahora disfruta del paisaje. Hace una tarde maravillosa».

Laura notó que llegaban a donde su acompañante quería llevarla incluso

antes de que éste pudiera decir nada. El terreno había empezado a hacerse más pendiente y los árboles a ser menos abundantes. Un sonido sordo, que al principio le había pasado desapercibido, fue haciéndose cada vez más patente.

De pronto dejaron atrás el bosque y ante sus ojos se abrió un inesperado paisaje. Una profunda garganta se extendía ante ellos y por su fondo discurría un río de límpidas aguas.

—Tendrías que verlo en primavera —dijo la voz de Tim Curtis a su espalda—. Lo que ahora te parece un inocente riachuelo se convierte, con el deshielo, en un turbulento torrente. Y el ruido... no te lo puedes imaginar; es atronador. Cuando era pequeño me pasaba horas sentado viendo bajar el río.

Laura se volvió sonriente.

—Pues tendremos que regresar en primavera... si eres tan amable de volver a invitarnos.

Tim le devolvió la sonrisa.

—Ven, Laura. Quiero enseñarte mi observatorio. En él me instalaba para ver bajar las aguas. En ocasiones me traía una escopeta y disparaba a las aves que pasaban, pero las más de las veces lo que hacía era sentarme y mirar.

El hombre se adelantó y comenzó a andar hacia un grupo de rocas próximo. Laura lo siguió, pero no pudo evitar un ligero sobresalto al mirar hacia abajo. La pendiente aumentaba y el fondo de la garganta parecía querer atraerla.

Tim Curtis notó su vacilación y se volvió hacia ella tendiéndole la mano.

—Parece que tienes un poco de vértigo —dijo sonriente—. No te preocupes; es natural. Dame la mano. Llegamos enseguida.

Laura tomó la mano que le ofrecían y, procurando no mirar hacia abajo, anduvo los metros que faltaban para llegar a una pequeña explanada que, a modo de terraza, se asentaba en la ladera.

Tim señaló orgulloso a su alrededor.

—*Et... voilà*. Éste es mi pequeño observatorio. Ven, siéntate —añadió indicando unas piedras planas que se encontraban adosadas a la pared—. Yo mismo fui trayéndolas hace ya muchos años.

Laura se acercó a ellas, contenta de alejarse de la pendiente, y se instaló sobre uno de los improvisados asientos, apoyando su espalda en la roca.



El panorama que se abría ante sus ojos era realmente espléndido. Enfrente, separada por el abismo, se alzaba la ladera opuesta y a derecha e izquierda se podía seguir el curso del río a lo largo de la angosta garganta. Por unos momentos Laura tuvo la sensación de estar suspendida en el vacío.

Notó como él se sentaba a su lado.

—Es... maravilloso, Tim. De repente he sentido la impresión de que el tiempo se detenía. De que sólo yo existía.

—Espero que puedas hacerme un hueco —respondió el hombre con regocijo—. Que al menos seamos dos en la creación. Una nueva versión de Adán y Eva. —Miró a Laura con mayor intensidad.

Ella guardó silencio.

—De eso quería hablarte —prosiguió él—. Y he preferido tener la seguridad de que estaríamos los dos solos.

Laura lo miró con gesto interrogante.

—Sé que aún está reciente la muerte de tu marido, pero tengo que decirte lo que siento. Quizá sea demasiado pronto, lo reconozco, pero al menos podré tener una respuesta. No puedo seguir en la incertidumbre.

—¿A qué te refieres? —Laura sintió un ligero envaramiento.

—A ti... a nosotros. ¿Aceptarías ser mi esposa? No, no, espera, déjame terminar —añadió al ver que Laura se disponía a hablar—. Déjame decirte que hace mucho tiempo que me gustas, que estaba celoso de la suerte de Pietro al ser tu marido. Hace años que estoy enamorado de ti y sufriendo en silencio. Necesito saber si tengo alguna esperanza.

Laura intentó esbozar una sonrisa.

—Tim... tú lo has dicho. El cadáver de Pietro aún está caliente y, desde su muerte, la vida no ha sido precisamente fácil para mí. No parece que sea el momento en que yo pueda plantearme el casarme de nuevo.

—Lo comprendo, Laura; ya te lo he dicho. Pero, créeme, necesito saber si podrá ser posible. Muchas cosas dependen de ello. Piensa en lo maravilloso que sería poder dirigir la «familia» como marido y mujer, como una voluntad única.

Laura procuró dar firmeza a sus palabras tras meditar unos segundos lo que iba a decir.

—Siempre te he considerado un buen amigo, tanto mío como de Pietro, y

creo que tienes unas magníficas cualidades. Sin duda encontrarás a muchas mujeres deseosas de convertirse en tu esposa. —Dirigió al hombre una sonrisa que trató de ser alentadora—. Pero si de verdad quieres una respuesta, tengo que decirte que es no. Durante años has sido para mí un magnífico compañero, Tim, pero el amor requiere algo más. Y ese algo no depende de nuestra voluntad.

La expresión del hombre pareció congelarse.

—Está bien, Laura, si así piensas. No te lo volveré a decir, pero tu negativa me obliga a plantearte otra cuestión.

—Adelante. —Laura intentó que su voz sonara amistosa, aunque la incomodidad que sentía iba en aumento.

—Se trata de tu decisión de dirigir la «familia», de ocupar el puesto de Pietro. La primera vez que lo insinuaste pensé que era un arrebató debido al dolor que sentías. Creí que lo olvidarías, pero veo que has seguido en tu empeño y que te has buscado incluso importantes valedores. Tu pretensión me pareció entonces, y me sigue pareciendo, una locura.

—¿Ah, sí? Dime por qué. —Procuró mantener la calma, aunque su voz se hizo más fría.

—¿Por qué? Pero si es evidente, Laura. ¿Te has parado a analizar lo que supone dirigir a la «familia»? ¿Ponerte al frente de una legión de hombres sin entrañas que sólo entienden el lenguaje que ellos practican y que es el de la brutalidad? ¿Hacerlo, además, careciendo de los años de experiencia y los conocimientos que son mínimamente necesarios? ¿Y todo ello siendo mujer? Sería un terrible fracaso. Y además en muy poco tiempo. —La voz del hombre había ido creciendo en volumen.

—Tim —Laura se esforzó por hablar sosegadamente—, ya te expliqué mis motivos hace algún tiempo y entonces no opusiste ningún reparo.

—Ya te lo he dicho. Me parecieron tan imposibles que preferí que te desengañaras sola. Pero, no sé cómo, has conseguido que Martin Jagger se ponga de tu parte. Me gustaría saber qué es lo que le has dado.

Laura notó como la ira, finalmente, se apoderaba de ella.

—¿Qué insinúas? Martin Jagger no ha recibido absolutamente nada de mí. Soy yo la que estoy recibiendo mucho de él. Sobre todo amistad y cortesía, que es algo que también esperaba encontrar en ti.

El hombre guardó silencio unos instantes. Después su voz sonó más tranquila.

—Sí, Laura, perdona. Olvida lo que he dicho. Pero sigo insistiendo en que reconsideres tu decisión.

—Déjame ver si adivino. Dado que yo quedo excluida, sin duda piensas que la persona idónea para dirigir a nuestra «familia» eres... tú.

—Sí; al menos de forma nominal. Pero siempre contando contigo, claro está. Seguirías con las mismas atribuciones que tuviste con tu marido. Hay que reconocer que llegaste a hacerlo muy bien. —Tim Curtis intentó una sonrisa.

—¿Y qué te llevarías tú a cambio? —Laura había recuperado la calma. Notó, no sin tristeza, que el Tim que ella conocía y apreciaba había dejado de existir.

—Llegaríamos a un acuerdo. María y tú siempre tendríais una parte muy importante de los beneficios.

—¿Y los casinos? Piensa que, nominalmente y una vez que la Comisión del Juego lo apruebe, ahora son de María y míos.

El hombre la miró con suspicacia. Estaba tratando de discernir si el interés de ella era real o no.

—Tampoco habría problema. Tendrías que cederme un porcentaje, claro está, pero no soy ambicioso en exceso. —Hizo una mueca que pretendía ser simpática.

—Mira, Tim, podría decirte que entiendo tu punto de vista, que me has hecho dudar y que voy a pensarlo. Y luego actuar a tu espalda para lograr mi propósito. Pero no es ésa mi manera de ser. —Una expresión de tristeza asomó a sus ojos—. Aunque pienso que has roto la confianza que yo creía que nos unía, no pienso hacer lo mismo contigo. Te digo que, para bien o para mal, mi decisión está tomada y la defenderé hasta el final. Ahora, por favor, me gustaría volver a la casa.

Laura se levantó y se dirigió hacia la salida de la pequeña explanada. «Tengo que vencer el vértigo —pensó—. No puedo tolerar que me vea vacilar nuevamente».

El empujón la tomó totalmente por sorpresa. Se encontraba ya próxima a la zona escarpada cuando Tim cargó sobre ella con todo el impulso de su

cuerpo de atleta. Laura salió despedida hacia el abismo, aunque consiguió sujetarse al fino tronco de un árbol cuando ya caía.

El tronco nacía en la ladera, próximo al borde de la explanada, y Laura fue resbalando hasta quedar abrazada a su base, con los pies precariamente apoyados en la pronunciada pendiente.

Tim la observó desde arriba. Su cara estaba descompuesta por un rictus de maldad y su mirada era la de un loco. Laura buscó con desesperación una vía de escape, pero a su alrededor no vio sino rocas inaccesibles y, a sus pies, el lejano lecho del río.

Tim estaba levantando una pesada roca, sin duda con el ánimo de dejarla caer sobre ella, cuando Laura oyó un ruido seco. Pensó que era el tronco al quebrarse, pero el fino árbol siguió soportando su peso.

Vio que Tim soltaba bruscamente la roca, que se doblaba sobre sí mismo y que se precipitaba hacia el abismo. En la caída pasó muy cerca de ella y, por un instante, sus ojos parecieron mirarla. La cara seguía manteniendo el rictus diabólico, pero su expresión era ahora de estupor e incomprensión.

Laura no pudo apartar la mirada del cuerpo mientras caía. Fue rebotando como un muñeco hasta alcanzar el fondo y cada golpe producía un ruido sordo que parecía retumbar en el angosto desfiladero.

Cuando finalmente alcanzó el lecho del río, ella cerró por un momento los ojos. De nuevo el cansancio y la tensión soportados durante los últimos meses la alcanzaron de golpe y, por unos segundos, se sintió tentada de abrir los brazos y buscar la liberación en el fondo del barranco.

Fueron sólo unos momentos, pero de una intensidad que, necesariamente, habría de dejar huella.

Una voz hizo que abriera otra vez los ojos y mirara hacia arriba.

—Vamos, Laura, tranquilícese. Ya ha pasado todo. —La figura de Luciano Maffei, tendiéndole la mano, se recortó contra el cielo.

—¿Puede haber deuda mayor que la propia vida? —preguntó Laura esbozando una sonrisa—. Martín, si no hubiera sido por usted no estaríamos ahora charlando.

—Eso habría sido del todo imperdonable por mi parte; y lo digo por puro egoísmo. No me quedan ya muchos placeres como los que me proporcionan sus visitas. Pero no se equivoque, querida. Fue Luciano el que estuvo allí. Yo

difícilmente le habría servido para nada.

—Vamos, Martin. Sabe muy bien a lo que me refiero. No fue idea mía el convertir a Luciano en mi sombra.

—Sí, eso es cierto, y gracias a Dios que fue suficiente. Creo que fue Él quien puso ese árbol en su camino. Si no, yo estaría lamentándome ahora por haber sido un inepto que no supo evitar algo que resultaba evidente.

Los ojos de Laura lo miraron con extrañeza.

—¿Qué quiere decir, Martin?

—Querida, quizá usted lo tenía demasiado cerca para comprenderlo, pero mi posición era privilegiada. Debí advertirle a usted de mis sospechas. Pero ¿y si eran erróneas?

Laura ya estaba acostumbrada a los circunloquios del hombre y se abstuvo de apremiarle mientras aguardaba atenta a que continuara.

—Tim Curtis ya había dejado claro que pretendía ser el sucesor de su marido. Quizá usted lo ignorara —se adelantó al ver que Laura negaba con la cabeza—, pero yo no. Ni tampoco Steve Pate. Los dos recibimos su visita buscando nuestro apoyo.

—Nunca... me lo dijo.

—Por lo que hemos visto era un hombre capaz de esconder sus cartas y de tratar de jugarlas en el momento oportuno.

—Sigo pensando que se volvió loco. Usted no lo sabe, pero unos momentos antes de intentar matarme me suplicó que me casara con él.

Martin Jagger arqueó ligeramente las cejas.

—No, no lo sabía, aunque tampoco me sorprende. Eso no hace más que confirmar que la imagen que me hice de Curtis es correcta. Ofrecía una fachada amistosa y mundana, pero en realidad era una persona fría y calculadora. —Miró a Laura esbozando un gesto cariñoso—. Y, por lo que me cuenta, nada tonto. Convirtiéndose en su marido lograba un doble premio: se situaba a la cabeza de la organización y... la tenía a usted. —Su sonrisa se amplió mientras su mano hacía un gesto galante.

—Vamos, Martin, recuerde que soy una viuda reciente. —Los ojos divertidos de Laura desmentían la aparente seriedad de sus palabras—. Pero me resisto a creer que mi muerte formara parte premeditada de sus planes.

Martin Jagger sacó una pitillera del bolsillo interior de la chaqueta y

eligió con cuidado un cigarrillo. Una vez que lo hubo encendido, sus ojos se enfrentaron nuevamente a los de la mujer.

—Le estaba hablando a usted de mis sospechas sobre Tim y éstas no se fundaban sólo en sus aspiraciones a ocupar el puesto de mi amigo Pietro. Eso es, después de todo, bastante natural. Hasta exigible, diría yo, en alguien que ha sido nuestro segundo. No, no, Laura. Fue otro el motivo que me hizo temer por usted y por su seguridad y el que me indujo a pedirle a Luciano Maffei que se convirtiera en su sombra. Creo poder decir, ahora, que esas sospechas se han confirmado.

Laura hizo un gesto de incompreensión.

—Usted ha sufrido mucho, querida. —Martin Jagger alargó el brazo y oprimió una de las manos de ella con la suya—. Demasiado en muy poco tiempo y no quiero que sufra más, pero ahora voy a tener que recordarle la muerte de su marido... y usted comprenderá. Fue un sábado por la mañana, ¿verdad?

—Sí... Pietro y Tim fueron juntos al banco.

—Bien. ¿Y qué personas sabían lo que iban a hacer? ¿Quién sabía que iban a ir concretamente a ese banco y a esa hora precisa?

—Pues imagino que yo... y Geoffrey, nuestro contable, supongo.

—Y su marido, evidentemente. Y, desde luego, Tim Curtis —completó el hombre.

Laura no pudo reprimir un ligero sobresalto.

—¿Está usted insinuando...?

—Sí; claro que lo estoy insinuando. Nunca lo podré demostrar, pero estoy íntimamente convencido: Tim Curtis fue la persona que traicionó a su marido.

Laura intentó decir algo, pero sólo fue capaz de mover la cabeza con incredulidad.

—El asesino hizo su trabajo limpiamente —continuó Martin Jagger en tono doctoral—. Sin duda sabía que Pietro iba a estar en el lugar elegido a la hora señalada. Los asesinos profesionales no andan por ahí siguiendo a sus objetivos hasta encontrar el momento adecuado. Cuando se deciden a actuar van a tiro hecho y perdón por la expresión, pero nunca será mejor empleada.

Una luz de comprensión empezaba a asomar en los ojos de Laura.

—Pero entonces Joe Bresciani... él fue quien contrató al asesino. —De pronto su expresión y su voz mostraron una dolorosa duda—: ¿O no?

—Sí, claro que sí. Eso lo sabemos con certeza. Tranquilícese, Laura. Hizo usted lo que debía. Pero veo que ya empieza a comprender la magnitud de la conspiración.

La mujer se mantuvo unos momentos en silencio.

—Es demasiado terrible, Martin... Me está usted diciendo que Tim y Joe Bresciani se pusieron de acuerdo para asesinar a mi marido.

—Todo parece indicarlo así, aunque nunca podremos saberlo con certeza. Nuestros dos principales testigos ya no están disponibles —añadió con su profunda voz de bajo y una mueca que puso al descubierto sus blancos dientes.

Laura pasó por alto el macabro comentario.

—Lo que se me escapa, Martin, es lo que cada uno esperaba sacar del otro. No veo sobre qué bases podían llegar a un acuerdo.

—Poder, querida. Poder. —El hombre hizo un amplio gesto con ambas manos—. Por lo que sé de Tim Curtis, no le hacía ascos a la droga, y en cuanto a Joe Bresciani, su obsesión era dirigir una «familia» completa, no el ser una especie de realquilado dentro de su distrito. Imagino que el acuerdo era el de compartir la jefatura de la organización, aunque, sin duda, la intención última de cada uno de ellos era la de deshacerse cuanto antes del otro. Con lo que ninguno contaba era con usted, amiga mía.

—Si está en lo cierto, Martin, Tim debió de ver el cielo abierto cuando yo me propuse acabar con la vida de Joe Bresciani.

—Sin duda. En ese momento debió de mirarlo como un regalo de los dioses. Los que consideraba sus dos principales obstáculos iban a desaparecer sin que él apenas tuviera que intervenir.

De nuevo Laura permaneció pensativa unos instantes, mientras su rostro expresaba emociones encontradas.

—Todo cuanto dice es, ciertamente, muy lógico, Martin. Pero prefiero recordar a Tim como una persona que, en los momentos finales de su vida, tuvo un ataque de locura. Han sido muchos años de convivencia, de verlo casi todos los días y de recibir un saludo alegre y un comentario amable de su parte. Como usted ha dicho —Laura sonrió con cansancio—, me han pasado

muchas cosas desagradables en muy poco tiempo. Prefiero no tener que añadir una más.

Martin Jagger se incorporó en su asiento y tomó otra vez las manos de Laura entre las suyas. Cuando la miró a los ojos vio que los tenía húmedos.

—Soy un necio, Laura, perdóneme. En lugar de hablarle de todo esto tenía que haberla hecho olvidar. Tendríamos que habernos ido a cenar... o a la ópera. O a las dos cosas. —Tomó el pañuelo que asomaba del bolsillo superior de su chaqueta y se lo puso en la mano.

—¿Sabe una cosa, Martin? —Laura intentó esbozar una sonrisa mientras se secaba las lágrimas—. Me encanta la ópera.



# 16

Nueva York, 1986

La evocación de Martin Jagger le produjo a Laura un sentimiento de dulzura. Era extraño, pensó, que fuera precisamente ésa la sensación que una personalidad tan compleja como la de Martin despertaba en ella.

Se conocían desde hacía doce años. El hombre había sobrepasado ya los setenta y cinco y, aunque seguía poseyendo una férrea personalidad y un absoluto control sobre su organización, su aspecto físico se había ido deteriorando y reflejaba la edad que tenía.

Curiosamente, ahora que lo era, ya no presumía de viejo. Laura creía conocer bien al hombre y sabía que su recio espíritu tenía dos flaquezas: le aterrizzaba la muerte y adoraba a Laura.

La mujer miró nuevamente el reloj. Aquella noche Martin Jagger sería uno de los invitados. Unos días antes habían cenado juntos y el hombre la había asombrado una vez más con su fina intuición.

—No lo confirmes ni lo niegues —le había dicho—, pero tengo la impresión de que planeas darnos una sorpresa durante la cena que nos vas a ofrecer en tu casa. —Mientras hablaba, sus ojos se habían iluminado con aquella chispa que ella conocía tan bien: la de quien disfrutaba adivinando los próximos movimientos de las personas que lo rodeaban.

Laura envidiaba la extraordinaria percepción de Martin. Aparte de su indiscutible inteligencia, era aquella cualidad la que le había permitido dirigir a su «familia» durante más de cuarenta años sin significativos tropiezos ni problemas.

Laura también se había beneficiado de ella, pues habían sido varias las ocasiones en las que la experiencia y la capacidad de análisis del don habían servido para que pudiera tomar la decisión correcta.

«De alguna forma, mi vida ha estado siempre unida a hombres mayores que yo», pensó. A veces echaba de menos el haber podido vivir un amor ardiente como los de las películas a que tan aficionada era, pero la Laura adolescente había cedido el relevo a una mujer madura en tan sólo doce meses: los que había pasado en la cárcel.

Con Pietro Valenti su relación había sido maravillosa, pero había transcurrido predecible y sin sobresaltos: le había faltado esa chispa de incertidumbre que Laura ahora echaba de menos.

Los lazos que la unían a Martin Jagger eran diferentes: todavía más pausados, de ciclos más amplios, pero, por ello, de bases muy sólidas. Con el tiempo habían dado paso a una firme amistad regida por un gran aprecio mutuo, aunque, aún después de tantos años, su diferente condición de hombre y mujer seguía jugando un papel preponderante.

Laura sonrió al reconocer como, cuando compraba un nuevo vestido o se atrevía con un peinado distinto, pensaba en la reacción que podrían provocar en Martin. Después, cuando él los veía, la mujer buscaba en sus ojos ese reconocimiento de callada admiración que tan bien conocía y tanto apreciaba.

Laura había oído decir que las mujeres, cuando se arreglaban, buscaban en su fuero interno la aprobación de las demás mujeres. No pretendía discutirlo, pero no era su caso. Quizá el hecho de vivir en un ambiente tan machista, siendo ella una de sus jefes, la hacía distinta: Laura tenía que imponerse en un mundo de hombres y para ello debía conquistarlos.

Su amistad y, con el tiempo, la relación de dependencia que la unían con Martin se habían ido forjando con suavidad, como si ninguno de ellos lo hubiera pretendido. Lo cierto era que cada uno encontraba en el otro ese complemento que alegra y sosiega al mismo tiempo.

Laura apoyó nuevamente la cabeza en el respaldo de su butaca mientras empezaba a recordar aquellos días, ya lejanos, en que fue aceptada como sucesora de Pietro Valenti.

# 17

Nueva York, 1977

Había sido necesario que transcurrieran dos meses desde que se había hecho cargo de la jefatura de la «familia» para que Laura empezara a ser consciente de la enormidad de la fortuna que Pietro Valenti había dejado tras de sí.

—Laura, no sé si sabes que eres extraordinariamente rica —le había dicho Geoffrey Samuelson poco tiempo después de la muerte de su marido—. Te lo iré contando poco a poco. Además, yo mismo tendré que ir poniéndome al día, porque estoy convencido de que hay muchas cosas que todavía desconozco.

Pietro Valenti había sido un hombre ordenado. La lectura de su testamento había aclarado cuáles eran sus posesiones: las que Geoffrey conocía y las que no. En él, aparte de gratificaciones puntuales a personas que le habían mostrado fidelidad a lo largo de su vida, el don legaba su fortuna, en partes iguales, a su actual esposa y a su hija María, que podría pasar a disponer de ella al alcanzar su mayoría de edad.

Así, poco a poco, día a día, Geoffrey iba informando a Laura de la naturaleza y el valor de las propiedades que ahora le pertenecían.

—Es increíble, Laura —le decía el contable—. Resulta que paquetes de acciones de sociedades que ni yo conocía valen millones de dólares. En algunas Pietro era socio minoritario, pero hay otras en las que poseía la mayoría. Ahora sois María y tú las que tenéis un sitio en los consejos de administración... bueno, concretamente tú, hasta que María sea mayor de edad.

Laura procuraba no dejarse sobrepasar por la avalancha de información y de obligaciones que le llegaba cada día. Recordaba las palabras de su marido cuando una vez le había dicho que, si se quería manejar un imperio como el

suyo sin volverse loco, había que aprender a delegar. El secreto —decía— estaba en saber buscar a las personas para, una vez elegidas, confiar en ellas.

—Ocúpate, Geoffrey —solía ser la respuesta de Laura—. Y luego pásame un informe. Como comprendo que es imposible que llegues a todo, contrata a las personas que creas necesarias. Pero elige bien —añadía con una sonrisa.

El primer objetivo de Laura, desde que se vio confirmada como jefa de la «familia», fue el de crear una sólida estructura orgánica. Aunque lo habló con los interesados y se apoyó en los consejos de Martin Jagger, la idea base había sido suya; en ningún momento dudó de que fuera la correcta.

Geoffrey Samuelson había pasado a ser su persona de confianza: a la vez contable, asesor y hombre que lo sabe todo.

A Angelo Fantoni, Laura le había pedido que se convirtiera en una especie de mariscal de campo de la organización: en el elemento masculino que ella no podía ser. Angelo había aceptado y había nombrado a Giancarlo Bordone como su segundo.

Bordone, a quien todos llamaban Gianni, había sido en parte el responsable de todo lo que le había sucedido a Laura desde su salida de la cárcel: él fue quien la propuso como institutriz de María. Estaba casado con una prima de Elsa Stilian y fue a él a quien la celadora se dirigió en busca de un empleo para Laura. De eso hacía más de ocho años. Después Laura tuvo ocasión de conocerlo y de tratarlo con relativa frecuencia: era un hombre de aspecto tosco pero de mirada noble.

Karla Raines pasó a controlar el entramado de la prostitución ocupando el puesto que Angelo dejaba libre. «No creas que te libras de mí —le había dicho al hombre—. En cuanto surja el menor problema te llamaré». Todos rieron, pues los dos llevaban ya más de un año viviendo juntos.

No se realizaron más cambios de importancia a excepción de una incorporación que Laura no necesitó consultar con nadie. Dos meses atrás había cogido el teléfono y la conversación había sido breve:

—Elsa, te necesito conmigo. Vete pensando en tramitar tu baja lo antes posible.

La celadora había tardado exactamente una semana en presentarse en casa de los Valenti con su exiguo equipaje. Se instaló en la que, hasta su boda, había sido la habitación de Laura.

—Elsa —le había dicho ésta—, quiero que hagas lo mismo que hacías en la cárcel: que estés atenta a todo y a todos. Tendrás libertad absoluta y, cuando pidas u ordenes algo, será como si lo hiciera yo. —Luego la miró con afecto—. ¡Quién lo iba a decir! Otra vez juntas las tres.

—Sí —asintió la mujer—. Y en muy distintas circunstancias. Te confesaré que, cuando salí de la cárcel, no miré hacia atrás. Me había acostumbrado de tal forma a lo que hacía, que no me daba cuenta de hasta qué punto lo aborrecía. Ahora, querida, me siento liberada.

—Cuánto me alegro. Confío en que la vida en esta casa te guste. Aburrida, te lo garantizo, no te va a resultar. Y ahora —añadió tras una pausa—, creo que ya eres libre para contarme una cosa.

La mujer se limitó a enarcar las cejas.

—Me refiero a tu secreto. El que te permitía controlar a Virago.

El rostro de Elsa se distendió, dando paso a una sonrisa.

—Claro... la buena de Chanda. Fíjate en si quiero olvidar mi vida anterior, que ya ni me acordaba de ella. Quieres saber el secreto, ¿eh? —La cara de Elsa Stilian se animó con una expresión divertida—. No te lo vas a creer cuando te lo cuente.

Ahora fue Laura la que expresó su interés con un gesto.

—Fue por casualidad —continuó la mujer—. Chanda estaba en una celda de aislamiento o, si prefieres, de castigo, como vosotras las llamabais. Ya no recuerdo el motivo... han pasado muchos años.

»El caso es que entré en la zona de aislamiento. Iba sola. Cuando me acerqué a la celda de Virago oí unos murmullos, como unos balbuceos inconexos. Me asomé por la mirilla y vi a Chanda encogida, con la espalda apoyada contra una pared, gimoteando y con la vista fija en un punto. Era la viva expresión del terror.

Elsa rió abiertamente al ver el gesto de ansiedad de Laura.

—Ya va, ya va. Déjame que lo adorne un poco. ¿Todavía no se te ocurre qué es lo que Virago miraba tan atentamente?

—No, Elsa. No estoy para adivinanzas. Dímelo de una vez.

—Pues... un ratón, Laura. ¡Un ratón! ¡Chanda Crabb tenía pánico a los ratones! —Las últimas palabras de la mujer fueron a duras penas inteligibles debido a la risa que las acompañaba.

Laura se mantuvo unos momentos en silencio. Luego, poco a poco, sus carcajadas se unieron a las de su amiga.

—¿De modo que amenazabas a la gran Virago con... soltarle ratones? — La risa apenas la dejaba hablar.

—¡Sí! ¡Sí! Y lo más gracioso es que Chanda aún no se ha enterado de que nunca habría podido cumplir mi amenaza.

—Y eso, ¿por qué? —consiguió articular Laura con dificultad.

—Porque... —Elsa Stilian hizo una pausa mientras se secaba las lágrimas —, ¡yo también tengo terror a los ratones!

Cuando Peter, el mayordomo, entró unos momentos después con unas bebidas, tuvo que hacer acopio de toda su flema inglesa para no inmutarse ante el espectáculo de aquellas dos mujeres que, sentadas en sendas butacas, reían a más no poder.

María era una de las principales preocupaciones de Laura. Acababa de cumplir dieciocho años y, aunque la mujer seguía asombrándose de su entereza moral, no dejaba de ser consciente de que la joven estaba viviendo sucesos que, si resultaban ilógicos en la vida de cualquier persona, mucho más lo eran en la de alguien de su edad.

El último había sido la muerte de Tim Curtis. María lo había conocido y tratado desde que era pequeña y había sentido un especial afecto por él. Lo llamaba «tío Tim» y era feliz cuando el hombre la alzaba en sus brazos de oso. Laura había intentado al principio ocultarle la verdad sobre su muerte, pero María había insistido.

—Creo que tuvo un ataque de locura e intentó matarme —le había dicho finalmente Laura—. Pero el recuerdo que debes guardar de él es el que siempre has tenido: el del hombre que te quería, te hacía regalos y te daba besos.

Pero el principal temor de Laura era que la joven se convirtiera en una cínica; que perdiera el sentido de la verdadera dimensión de la vida.

—María, no pienses que todo lo que te está pasando es algo normal, que la vida es así. Has tenido la desgracia de tener que afrontar situaciones extremas que se dan muy raras veces. —La joven escuchaba con sus manos

entre las de Laura—. Y lo peor es que no te ha tocado sólo una, sino que han sido varias y en un período muy breve. Ten la certeza de que ya se han terminado. Trata de olvidarlo todo y de disfrutar de la vida que tienes por delante.

María había asentido y, aparentemente, había seguido el consejo. Cierto era que estaba algo más apagada, pero seguía siendo la joven de siempre, cuyo carácter reflexivo y animoso tanto impresionaba a Laura.

Estaban juntas siempre que podían y seguían yendo a los partidos de béisbol y de baloncesto. Laura procuraba hablar con ella sólo del futuro, de lo que pensaba estudiar y de cuáles eran sus planes una vez que terminara la universidad. El pasado había quedado, tácitamente, relegado en el olvido.

María asistía, incluso, a las reuniones que Laura mantenía con Geoffrey o con Angelo. No es que lo buscara y ni siquiera lo hacía con frecuencia, pero si algún día, al volver de clase, entraba a saludar a Laura y ésta estaba reunida, se sentaba en una butaca y escuchaba en silencio lo que allí se decía.

—Tú eres la heredera de tu padre —le dijo un día Laura—. Yo estaré al frente sólo hasta el momento en que tú decidas que quieres ocupar mi lugar. Es lo que él habría deseado.

—Papá está sin duda feliz de ver cómo van las cosas. Nadie podría hacerlo mejor que tú —fue la respuesta de María, mientras posaba en Laura sus ojos claros.

En una de aquellas reuniones —después Laura no recordaría si la joven estaba o no presente— fue cuando comenzó a gestarse un nuevo capítulo de la particular cruzada que la mujer mantenía contra todos aquellos que habían intervenido en la muerte de su hermano.

Geoffrey le estaba hablando de una de las múltiples compañías de las que Pietro había sido accionista...

—Se llama Biolcare. Esta mañana he estado en la junta de dirección. Nos habían citado porque entre María y tú controláis el once por ciento de las acciones. Sólo hay una persona que tenga un porcentaje mayor: su fundador y actual presidente Orrin Smith, que posee un quince por ciento. El resto está muy repartido porque la empresa cotiza en Bolsa. Y ahora viene la noticia: María y tú vais a ser aún más ricas. —Geoffrey hizo una pausa mientras miraba a Laura esperando una reacción.

Ésta simuló con un gesto mayor interés del que en realidad sentía, pues los temas económicos no le producían una especial ansiedad.

—Biolcare se dedica a las investigaciones genéticas —continuó el hombre—. Por cierto, no me preguntes por qué tu marido invirtió tanto dinero en ella porque no lo sé. A lo mejor era amigo de Smith. El caso es que han hecho un importante descubrimiento en el campo de las hormonas; tampoco sé explicarte bien en qué consiste. —Miró a Laura como disculpándose.

—Geoffrey, la próxima vez procura informarte mejor. —Laura intentó poner cara seria, aunque no lo consiguió. A los pocos momentos no pudo contener la risa.

El hombre también rió, aliviado.

—¡Qué susto, Laura! Por un momento pensé que lo decías en serio. Bueno, por lo menos de lo importante sí me he enterado —continuó con una sonrisa—. Chemicphar, la empresa gigante de los productos farmacéuticos, ha hecho una oferta de absorción para poder comercializar el descubrimiento. Cuando se lleve a cabo, tus acciones se van a multiplicar, como mínimo, por tres.

—¡Caramba! ¿Y cuánto puede suponer eso?

—Alrededor de unos cuatro millones y medio de dólares de ganancia bruta.

La magnitud de la cifra hizo que Laura diera un breve respingo.

—Vaya... eso es mucho dinero. ¿Y para cuándo está previsto que se realice la absorción?

—Para dentro de unos dos meses.

—Geoffrey... se me ocurre... ¿Y si alguien se dedica a comprar ahora acciones de Biolcare en Bolsa? En unos meses habrá multiplicado su inversión por tres.

—Sí. Y puede que acabe en la cárcel. Eso es hacer uso de información privilegiada y está muy perseguido. Sin ir más lejos, esta misma mañana el señor Smith ha abierto la reunión diciendo más o menos: «La información que voy a darles es de máximo secreto y el hacer uso de ella en beneficio propio o de terceros podrá ser perseguido por la ley». Te juro, Laura, que fue una manera perfecta de conseguir que todos prestásemos la máxima atención.



La mujer notó que una pequeña chispa se encendía en su cerebro. Era todavía muy tenue y habría que alimentarla y darle forma para que ganara en intensidad. Pero ahí estaba e hizo que Laura sintiera un ligero estremecimiento en la nuca. Puso la mano sobre ella como para darse calor.

—Gracias, Geoffrey —murmuró ligeramente ausente—. No todos los días te dicen que vas a ganar tanto dinero sin moverte de casa. —Se obligó a dirigirle una radiante sonrisa.

—De nada, jefa. Ha sido un placer.

Cuando el hombre abandonó el despacho, Laura abrió uno de los cajones de la mesa y empezó a buscar. Pensaba que había guardado en él el informe que, hacía casi tres años, le habían mandado del casino de Atlantic City sobre Alfonso Brescia. Al recibirlo lo había leído, pero después no había vuelto a pensar en él.

Al cabo de un rato lo encontró. Incluía una fotografía del gerente de Tradico sentado a una de las mesas de juego. Recostándose contra el mullido respaldo del sillón, Laura lo abrió de nuevo.

# 18

Nueva York, 1986

Su mirada se fijó en una pequeña llave que descansaba en el piso inferior de la vitrina. Era dorada y de intrincado diseño. Con ella había podido abrir una caja que, si no fue la de Pandora, sí desató una serie de acontecimientos que habían supuesto avances considerables en su guerra particular.

«Ciertamente el dinero es poder y el poder es... indescriptible», pensó con una sonrisa.

Su venganza sobre Ralph Andino, el policía ejecutor, había sido exclusivamente producto de la suerte, pero había servido para que Laura cobrara fe en sus posibilidades. El capítulo del capitán Stewart y Lance Kelly ya requirió una planificación: en él intervinieron varias personas y fue necesario que ella invirtiera todos sus ahorros y quedara en deuda con Karla. Cuando todo terminó, Laura se quedó sobrecogida y enardecida al mismo tiempo: vislumbró hasta qué punto las vidas de los demás podían ser manipuladas si se disponía de los medios necesarios.

Los hechos que ahora comenzaba a recordar venían a demostrar que estaba en lo cierto: en ellos había puesto sobre el terreno artillería pesada y, como una genial estratega, había sabido manejar los hilos en los momentos oportunos.

El éxito conseguido produjo entonces en Laura un sentimiento que no esperaba: el de una ligera zozobra, porque, junto a la satisfacción de haber logrado su objetivo, hubo de reconocerse a sí misma que había experimentado un inesperado placer manejando los destinos de otras personas. Por momentos había notado la exaltación que produce el uso de los resortes del poder. Llegó a percibir la sensación, tan sólo intuita, de lo que podía ser sentirse como Dios... o como el diablo.

Sonrió ahora al recordar cuán atentamente la escuchó Martin Jagger cuando ella le comentó esos sentimientos. Al final, el hombre había sonreído y asentido varias veces con su cabeza.

—Ésa, ésa es la esencia del poder, querida; y por eso es tan peligroso. Puede transformar completamente al ser humano. Piensa en personajes históricos que tuvieron o que tienen mucho poder... si no hubieran accedido a él habrían sido personas totalmente distintas; seguramente, en su mayoría, de una absoluta mediocridad. El gran hombre o la gran mujer —añadió con intención, sonriendo a Laura— no son los que llegan a alcanzarlo, sino los que, una vez que lo ostentan, saben hacer un buen uso de él.

Laura había hecho un esfuerzo de reflexión sobre sus actuaciones futuras: tras sentir el especial estado de ánimo que proporcionaba el Poder, escrito con mayúscula, se había prometido mantenerse alejada. Había entrevisto el peligro que podía llegar a encerrar, creando una servidumbre similar a la que pudiera provocar la droga.

Volvió la mirada a la extraña llave que, debido al reflejo de la lámpara del tocador, parecía brillar con una luz propia. No pudo evitar un sentimiento de orgullo: la verdad era que había sabido mover sus piezas con indudable maestría.

# 19

## Atlantic City y Nueva York, 1977-1978

Alfonso Brescia dio un sonoro puñetazo sobre la mesa de juego. Nunca había tenido tan mala suerte en su vida. Miró con odio al crupier que, inmutable, se llevaba la apuesta. Era un joven alto, rubio y de ojos azules y en todos sus movimientos demostraba una gran eficiencia.

Brescia rara vez se fijaba en los crupieres. Para él eran algo similar a las máquinas tragaperras: te pagaban cuando ganabas y se llevaban tu apuesta cuando no. Pero la imagen de éste en concreto comenzaba a resultarle obsesiva.

El hombre llevaba en el casino desde el viernes por la tarde y, si no había perdido del todo la noción del tiempo, calculó que debía ser, en ese momento, algo así como mediodía del domingo.

La invitación le había llegado a principios de semana junto con una florida carta del director. Le decía que, en consideración a los muchos años que llevaba visitando el casino, ponían a su disposición una *suite* para ese fin de semana y le ofrecían un crédito prácticamente ilimitado. Brescia tenía ya pensado ir a Atlantic City en esos días; rara era la semana en la que no lo hacía.

No había decidido aún en qué hotel se hospedaría, pues, excluyendo aquellos en los que su jefe poseía intereses y como consecuencia sus empleados tenían prohibido jugar, no tenía especiales preferencias.

La invitación había acabado con sus dudas y, sintiendo esa gratificante sensación que produce el que te consideren importante, se había presentado en el casino propiedad de los Valenti.

El director en persona había salido a recibirlo y le había agradecido la visita con amables palabras. Después le había hablado del crédito que el

casino ponía a su disposición: «Cincuenta mil dólares para empezar. ¿Le parece bien?». Alfonso Brescia tuvo que hacer un esfuerzo para que no se le notara el asombro. Se consideraba a sí mismo jugador avezado y capaz de mover importantes sumas, pero... ¿cincuenta mil dólares?

—Er... sí —consiguió articular—. Imagino que estará bien... para empezar.

El director del casino había recibido con una sonora carcajada y con un guiño de complicidad su aguda respuesta.

Ahora, mientras el crupier barajaba, Alfonso Brescia se llevó nervioso la mano al bolsillo interior de la chaqueta. En él guardaba las copias de los recibos que había ido firmando desde su llegada. Había empezado recibiendo fichas en tandas de cinco mil dólares pero, en la tarde del sábado, sus peticiones, cada vez más frecuentes, habían pasado a ser de diez mil.

Recordaba vagamente que su última firma había validado, no mucho tiempo atrás, un recibo por veinte mil dólares... y ante él quedaban, en ese momento, tan sólo unas escasas fichas.

El crupier le ofreció la baraja para que cortara. Brescia volvió a reparar en aquellos ojos de color azul intenso que lo miraban sin ninguna expresión. Aunque habían sido varios los crupieres que, desde el viernes, había tenido enfrente, el hombre tenía la sensación de que aquél era, con diferencia, el que mayor número de horas había estado en su mesa. Y, sin duda, con el que más dinero había perdido.

Brescia ganó las dos manos siguientes y esa sensación de plenitud, que sólo el jugador compulsivo conoce, volvió a apoderarse de él. «Ésta es mi racha —pensó—. Ahora me toca recuperarlo todo».

Perdió, sin embargo, las cinco manos siguientes. La última fue sangrienta: dobló su apuesta de mil dólares teniendo un once y la banca un seis. Recibió un cinco y la mesa acabó haciendo diecinueve.

Desesperado, comprobó que ya no le quedaban fichas. Hizo un gesto hacia el jefe de mesa solicitando más y vio como éste le hacía una discreta seña a uno de los supervisores de sala. El hombre se acercó y le habló a Alfonso Brescia en tono sosegado:

—Señor, creo que ha llegado el momento de que hablemos sobre su línea de crédito. Debe usted acompañarme, por favor.

—No se lo podía creer —concluyó Angelo Fantoni con una mueca divertida—. Cuando comprobó por sí mismo que había perdido ciento cuarenta mil dólares se derrumbó en la silla con los ojos en blanco. Creímos que le había dado un ataque. A partir de ese momento fue todo bastante sencillo.

Laura había pedido a Angelo que fuera él quien se ocupase de tratar con Alfonso Brescia, aunque había sido ella la que viajó en persona a Atlantic City para hablar previamente con Richard Sullivan. Con absoluta sinceridad le expuso al crupier sus planes con respecto al gerente de Tradico; también le relató el papel que aquel hombre había jugado en su vida.

—No tenía que haberme contado nada, señora Valenti —fue la respuesta del crupier—. Le bastaba con habérmelo pedido. Sabe que siempre estaré en deuda con usted.

—No, Richard, se equivoca. No le estoy pidiendo que me pague una deuda, sino que me haga un favor. Yo tampoco pienso pagarle si acepta. Únicamente le diré gracias.

Laura también habló con el director del casino. Su colaboración era precisa, aunque con él no fue tan explícita como con el joven crupier.

Ahora escuchaba como Angelo Fantoni terminaba de relatar la conclusión de aquel primer acto de su plan.

Junto a ellos, en el despacho de Laura, había tres personas más: Geoffrey Samuelson, Karla Raines y Elsa Stilian.

Una vez que Laura decidió llevar adelante su idea, comprendió que debía apoyarse en aquellas personas y con ellas formó una especie de gabinete operativo.

Desde el principio, el embrión del plan fue sometido a discusión entre todos y cada uno aportó algo para hacerlo más viable. Al final era un poco el hijo común de todos ellos y Laura notaba que se había convertido en una especie de reto el llevarlo a puerto.

—Ésta es la copia que hicimos —continuó Fantoni mientras depositaba una llave dorada sobre la mesa—. Como suponíamos, en Tradico hay caja fuerte. También tenemos la combinación. Dado que Brescia se mostró colaborador desde el principio, no fue necesario amenazarle. Con frecuencia guardan en la caja dinero en metálico procedente de la droga y nuestro

hombre se mostró de acuerdo en que se simulara un robo para que pudiéramos resarcirnos de lo que nos debe. Nos avisará cuando haya una cantidad importante.

—¿Fue así de sencillo? —preguntó Laura.

—Sí. Lo único que pidió es que fuera en fin de semana, para poder estar él fuera de la ciudad y que, una vez vacía, reventáramos la caja para dar la impresión de que había sido forzada.

»Ah, una cosa más. Se me olvidaba —prosiguió Fantoni—. No creáis que el hombre se cortó, no. Dijo que si en la caja había más dinero del que nos debía podíamos ir a medias con la diferencia. Y dio a entender que ya se ocuparía él de que lo hubiera.

Laura no pudo reprimir un gesto de repugnancia.

—Bueno, olvidémosle. En el futuro ya tendrá noticias nuestras. De momento parece que podemos pasar a la fase dos del plan. Sería tu turno, ¿no, Geoffrey?

Tom Ferguson adoraba a una persona sobre todas las demás: a sí mismo. Y, como todos los ególatras, también tenía claro que en él se reunían todas las virtudes que Dios, o la Naturaleza, había previsto para los hombres.

Era abogado de don Cario Patrese desde hacía doce años y ahora, a sus cuarenta y tres, consideraba que se encontraba en la cúspide de la vida. Era alto, de pelo rubio ligeramente pelirrojo y de piel muy blanca, que él se ocupaba de mantener debidamente teñida de un saludable color moreno gracias a los deportes al aire libre.

Se había divorciado hacía apenas dos años y había decidido mantener, de momento, la soltería. Su físico, su dinero y su aureola de hombre de éxito hacían que tuviera siempre alrededor a mujeres dispuestas a pasar con él unas horas, unos días o incluso más, si Tom estuviera dispuesto a pedírselo.

Aunque no trabajaba en exclusiva para el don de la Mafia, cada vez se había ido involucrando más en los asuntos de Cario Patrese y de su «familia». La mayoría de ellos eran legales y en los que no, Tom Ferguson buscaba la necesaria cobertura para que, al menos, lo parecieran.

También había actuado en ocasiones ante los tribunales en defensa de

hombres de don Cario. Aunque no era lo suyo —él se dedicaba más a temas empresariales que penales—, su presencia era a veces requerida para impresionar al tribunal con su fama de abogado invencible.

Su participación de nueve años atrás, cuando consiguió que Laura se declarara culpable, la tenía ya prácticamente olvidada y nunca se le pasó por la cabeza relacionar a aquella muchacha asustada con la segunda mujer de Pietro Valenti.

En aquel momento se le pidió, por parte de don Cario, que hiciera callar a la joven con el menor alboroto posible. Lo hizo sin que el enviarla a la cárcel sabiendo que era inocente le produjera más que un ligero desasosiego. Hoy no le habría producido ninguno porque, en el transcurso de esos nueve años, Tom Ferguson se había curtido definitivamente.

En ese momento estaba sentado tras la mesa de su despacho y tenía ante sí a Geoffrey Samuelson. El hombre estaba terminando de hablar.

—... y la señora Valenti me ha pedido que alguien más revise los términos de la propuesta de absorción. «Busca a alguien de verdad experto», me dijo. Parece que no se fía mucho de mí —añadió con una mueca.

El abogado le dirigió un gesto que pretendió ser de apoyo.

—Ya se sabe... las mujeres son muy desconfiadas —dijo en tono casual. Le habría gustado añadir «porque les cuesta enterarse de las cosas», pero no le pareció oportuno hacerlo; al menos por el momento. Quizá lo haría más adelante si, como parecía, el hombre que tenía sentado enfrente tenía opiniones parecidas a las suyas sobre el sexo femenino.

Tomó el legajo que Samuelson le tendía y lo hojeó someramente antes de ponerlo a un lado. Era el proyecto de absorción de Biolcare por parte de Chemicphar.

—No tengo que decirle que se trata de una información estrictamente confidencial —añadió Geoffrey Samuelson adoptando un tono de disculpa—. Son muchos los millones que se van a mover en esta operación... quizá por eso la señora Valenti está tan interesada en tener una segunda opinión.

—¿Fue idea de ella el recurrir a mí?

—No, no. Fue mía. Se trata sencillamente de que creo que es usted el mejor. —Su rostro de niño se iluminó con una sonrisa.

Tom Ferguson se arrellanó ufano en su asiento.



El anuncio de la integración de Biolcare en el complejo de Chemicphar se había producido ocho días atrás. Tal como se había pactado, los accionistas de la empresa dedicada a la experimentación genética habían visto triplicado el valor de su participación. Más, incluso, pues las acciones de Chemicphar que habían recibido en contrapartida llevaban varios días aumentando su cotización en la Bolsa.

Alfonso Brescia era ajeno a todo ello mientras se dirigía a las oficinas de Tradico aquel lunes por la mañana. Él no tenía dinero invertido en la Bolsa y además no conseguía entender como unos papeles que guardabas en un cajón podían valer mucho un día y poco al siguiente. El dinero que Alfonso Brescia no gastaba en vivir o no había dilapidado en los casinos lo tenía invertido en dos apartamentos que le producían una aceptable renta mensual. Y eso sí podía entenderlo.

Había pasado el fin de semana en Atlantic City. No había estado en el casino de los Valenti por un doble motivo: dudaba sobre si volvería algún día (el recuerdo de los ciento cuarenta mil dólares perdidos llegaba a producirle náuseas) y, en aquel fin de semana en concreto, no quería que nadie pudiera relacionarlo con ellos.

Unas fechas antes había acordado con aquel hombre, Angelo Fantoni, que en el transcurso de esos tres días se produciría el robo en las oficinas de Tradico. Él ya había propuesto que la operación se llevara a cabo dos semanas antes, cuando la caja fuerte iba a contener una importante cantidad de dinero, pero se le dijo que era mejor esperar. Alfonso Brescia no entendió bien por qué, pero allá ellos.

Con Angelo Fantoni no había problema: los dos hablaban el mismo idioma. Sabía de él que había pasado a ocupar un puesto muy importante en la «familia» Valenti y Alfonso Brescia había visto el cielo abierto aquel día en que acordaron cómo cancelar la deuda. Por fin el momento había llegado y así el viernes último, antes de cerrar la oficina, había dejado en la caja algo más de ciento noventa mil dólares que los camellos de la zona habían ido depositando a lo largo de la semana. Según lo pactado, aún le caerían veinticinco de los grandes cuando todo hubiera terminado.

Aquella mañana llegaba un poco tarde a la oficina, como solía hacer

todos los lunes; no quería alterar su rutina. Al estacionar su vehículo no pudo reprimir una ligera sonrisa, pues ante la puerta del edificio se encontraban dos coches, uno de ellos de la policía, y un oficial montaba guardia junto al portalón de entrada.

Se dispuso a aparentar sorpresa y disgusto al enterarse de que la caja fuerte había sido reventada y, componiendo un ligero gesto de preocupación, interpeló al agente.

—¿Sucedó algo?

—¿Es usted el gerente? —fue la respuesta.

Alfonso Brescia asintió.

—Pase. Le esperan dentro.

Cuando llegó a su despacho comprendió que algo no había funcionado como él había esperado. Dos hombres vestidos con ropa de civil se hallaban en el interior mientras un agente de uniforme permanecía en la puerta. Pero no fue eso lo que no le cuadró, sino la gran caja fuerte adosada contra la pared: estaba intacta y cerrada.

—¿Alfonso Brescia? —preguntó uno de ellos. Ambos se habían levantado al entrar él en el despacho y lo miraban sin expresión.

—Soy Jim Hurley, de la oficina del fiscal —continuó el hombre al ver que Brescia asentía. Sacó una placa del bolsillo y se la mostró—. Él es mi compañero, Stephan Donahue.

Los ojos del gerente fueron de uno al otro de los hombres y volvieron a posarse sobre la caja fuerte. Procuró serenarse.

—¿Qué puedo hacer por ustedes? ¿Podrían explicarme por qué están aquí?

El que parecía ser el jefe sacó unos papeles del bolsillo interior de su chaqueta.

—Es una orden de registro —dijo mientras se los tendía a Brescia—. Como verá incluye expresamente la caja fuerte. —La señaló con un gesto—. Tenemos entendido que usted puede abrirla y le pedimos que lo haga.

Los pensamientos del gerente se atropellaban entre sí. No le gustaba lo que no entendía y maldito si aquello tenía pies o cabeza. Lo que sí tuvo claro es que de nada le valdría negarse o poner alguna disculpa para ganar tiempo. Además, él también tenía curiosidad por ver en qué demonios terminaba

todo, de modo que, echando mano al bolsillo de su pantalón, sacó un llavero unido a una cadena. De entre las llaves eligió una de color dorado y de complicado diseño.

Laura se había hecho relatar con precisión lo sucedido en cada sesión del juicio. La vista oral había sido corta y uno de los abogados que trabajaban para Geoffrey había estado presente en los bancos destinados al público tomando buena nota de cuanto se decía. A Laura le habría gustado haber acudido en persona, haberse sentado cerca de Tom Ferguson y haber podido contemplar por sí misma su expresión cuando iba sintiendo como la Ley, con todo su peso, se iba cerrando sobre él por un delito que no había cometido.

En la caja fuerte de Tradico habían aparecido, aquel lunes, varios certificados de depósito extendidos por un banco suizo a nombre de Thomas A. Ferguson. Correspondían a acciones de Biolcare por un importe de compra superior al medio millón de dólares, todas adquiridas antes del anuncio de absorción. Su valor actualizado superaba con creces el millón y medio.

El registro en la empresa de transportes lo había pedido el fiscal a raíz de una denuncia anónima pero perfectamente documentada: en ella se acusaba al abogado de intentar enriquecerse haciendo uso de información privilegiada y confidencial. Los hechos relatados eran tan prolijos y contundentes que convencieron al fiscal de la oportunidad de solicitar al juez una orden de registro.

Thomas A. Ferguson fue acusado formalmente de enriquecimiento ilegítimo logrado mediante el uso de información privilegiada y de falta muy grave contra la ética de la profesión al hacer uso, como abogado, de las confidencias hechas por un cliente.

Aunque la idea original había sido de Laura, fue Geoffrey Samuelson quien le dio forma definitiva. Tras comprobar que el plan era factible y que no se iban a dejar cabos sueltos, se encargó de abrir una cuenta en un banco suizo a nombre del abogado. Se sorprendió de lo fácil que resultó: no tuvo que presentar un solo papel; su ingreso de 525 000 dólares fue su mejor pasaporte.

Después, sucesivas órdenes de compra hicieron a Thomas A. Ferguson

titular de un importante paquete de acciones de Biolcare. Los resguardos de la operación estaban ahora en poder de la justicia.

Si el abogado pensó en un principio que podría desbaratar fácilmente la acusación, pronto fue comprendiendo que la tela de araña que se iba tejiendo a su alrededor era cada día más densa. Intuyó con claridad quiénes eran sus enemigos, pero no sabía el porqué ni tenía manera de demostrarlo.

El mismo lunes en que se produjo el registro en las oficinas de Tradico, Angelo Fantoni se había puesto en contacto con el sorprendido Alfonso Brescia: lo citó para esa misma noche en un bar de las afueras.

Angelo se mostró comunicativo y cordial. Admitió, como pidiendo disculpas, que el gerente había sido utilizado. Le confesó que el verdadero objetivo era el abogado, aunque no le explicó el motivo. Luego hizo ver a Brescia que el callejón en el que se encontraba no tenía más que una salida: su colaboración. Admitir que los resguardos le habían sido entregados por Tom Ferguson para su custodia lo liberaría de cualquier posible incriminación.

La idea fue poco a poco calando en el cerebro del gerente. Sólo él y su jefe supremo, don Carlo Patrese, tenían la llave de la caja y conocían la combinación. Era por tanto imposible pretender que él no sabía cómo habían aparecido aquellos papeles en el interior. Con el abogado, el tal Ferguson, había mantenido relaciones en varias ocasiones, pero siempre por motivos estrictamente profesionales. No le caía ni mal ni bien.

Angelo Fantoni iba viendo en la cara del hombre el rumbo que iban tomando sus pensamientos. Cuando lo consideró maduro le dio el empujón definitivo.

—No tienes más que decir que el abogado te dio los papeles para que se los guardaras una temporada. Con eso se acaban tus problemas. —Hizo una pausa—. Incluido el de la deuda de los ciento cuarenta mil. La olvidaríamos como pago a tu colaboración.

Los pequeños ojos de Alfonso Brescia se fijaron en los de su interlocutor.

—Los ciento cuarenta mil fueron a cambio de la llave y de la combinación. —Esbozó una sonrisa que puso al descubierto sus dientes—. Creo que ahora merezco algo más. ¿Qué tal otros doscientos mil?

Angelo Fantoni se echó a reír con estrépito mientras daba una palmada

sobre el hombro de su acompañante.

—Decididamente eres un tipo grande, Al. Me gusta tu estilo. ¿Qué te parece si lo dejamos en cien mil?

Alfonso Brescia hizo una seña al camarero.

—Tráenos otra ronda. Tenemos algo que celebrar.

El segundo testigo de cargo fue Geoffrey Samuelson actuando en representación de la indignada familia Valenti: habían confiado en Tom Ferguson como abogado y éste los había defraudado.

Geoffrey relató con detalle cómo había acudido a ver al acusado para pedirle un dictamen sobre el proyecto de absorción.

—¿Le facilitó usted una copia del mismo? —preguntó el fiscal a continuación.

—Sí. Lo hice.

—¿Le explicó que era material reservado y altamente confidencial?

—Sí. No habría hecho falta, porque el señor Ferguson lo sabía muy bien; pero sí, lo hice.

—¿Es éste el informe que el acusado les remitió posteriormente con sus sugerencias sobre el tema? —El fiscal pasó a Samuelson una carpeta que éste hojeó por unos momentos.

—Sí, efectivamente —fue la respuesta—. Nos llegó seis días después de mi visita junto con una minuta por cuatro mil doscientos dólares.

—Solicito que este informe sea aceptado como prueba —continuó el fiscal dirigiéndose al juez—. Y que conste que en el mismo figura el membrete del despacho del acusado y que lleva su firma. Está fechado veinticinco días antes de hacerse pública la adquisición de Biolcare.

El día en que iba a ser leída la sentencia Laura sí fue al juzgado. Se sentó sola, cerca del extremo de la segunda fila de bancos. Desde allí tenía una clara visión de Tom Ferguson.

El hombre parecía ensimismado: estaba quieto y tenía la cabeza inclinada hacia delante. Sus ojos se fijaban, sin verlos, en los papeles que tenía delante.

Laura lo observó con frialdad. Pronto iban a cumplirse diez años desde el día en que se conocieron; la imagen del abogado entrando, con una cartera en la mano, en la sala de visitas de la comisaría no se le despintaría jamás. Aunque físicamente, y a pesar de los años transcurridos, seguía siendo la misma persona, su imagen era ahora otra. De aquel hombre de aspecto persuasivo y seguro de sí mismo ya no quedaba nada.

Tom Ferguson escuchó la sentencia sin alterarse, como si estuviera ausente. Tan sólo un breve y repetido fruncimiento del párpado derecho que Laura no recordaba.

Fue condenado al pago de una multa de un millón y medio de dólares y a cuatro años de prisión. Perdía también su licencia para seguir ejerciendo la abogacía.

Mientras un oficial de policía se dirigía hacia la mesa del abogado, Laura se puso en pie y se encaminó hacia el pasillo, dispuesta a abandonar la sala.

En ese momento, Tom Ferguson giró la cabeza y las miradas de ambos se encontraron. Poco más de dos metros los separaban.

Primero fue una mirada casual y a la mujer le impresionó la falta de vida de aquellos ojos. Luego, una chispa pareció animarlos. Laura comprendió que el abogado la reconocía y que, poco a poco, su cerebro empezaba a atar cabos.

Finalmente, y cuando ya el oficial lo cogía del brazo para sacarlo de la sala, el rostro de aquel hombre se transformó en una máscara de odio.

—Es ella... ella es la culpable... —balbuceó—. Señorita, puedo demostrar que... —Se volvió buscando al juez, que ya había abandonado la sala. Su mirada, enloquecida, volvió a posarse en Laura.

Ésta lo contempló durante unos instantes. Después le dirigió un levísimo gesto con la cabeza y, dándose la vuelta, se unió a los que, como ella, buscaban la puerta de salida.

## 20

Nueva York, 1986

Laura retiró la vista de la llave y cambió de postura para evitar el reflejo de la luz del tocador al incidir sobre ella. Pensó que, en todos los años transcurridos desde aquel día en los tribunales, no había vuelto a oír hablar de Tom Ferguson.

Angelo Fantoni le había insinuado, poco después de conocerse la sentencia, que si Laura así lo quería existían medios para hacer que la vida en prisión le resultara insoportable al abogado.

—Te costaría sólo unos miles de dólares más —le había dicho.

Laura negó con un gesto.

—No, Angelo. Creo que ya es suficiente. Si hubieras visto su cara, como la vi yo, lo comprenderías. Pienso que ya tiene bastante.

Del que sí había vuelto a oír era de Alfonso Brescia. Tan sólo unos meses después de que el abogado fuera hallado culpable, una nueva denuncia anónima había hecho que el gerente de Tradico se encontrara, por segunda vez, con agentes esperándole cuando llegó a la oficina.

En esta ocasión se trataba de agentes especializados en la lucha contra la droga y, cuando el hombre se vio por segunda vez obligado a abrir la caja fuerte, se dio cuenta enseguida de que aquel paquete envuelto en plástico marrón no estaba allí el día anterior.

También, al igual que sucediera la otra vez, comprendió que de nada le iba a servir proclamar su inocencia, sobre todo porque la verdad, aunque fuera creído, podría causarle todavía más problemas. Difícilmente su jefe, don Cario Patrese, iba a perdonarle lo sucedido.

Fue, pues, juzgado y condenado e ingresó en prisión.

Dos años después Laura supo de él. Había muerto en la cárcel a

consecuencia de un fallo cardíaco. Elsa Stilian hizo averiguaciones y ninguna de las respuestas que recibió hizo pensar en que hubiera podido ser otra la causa de su muerte; Alfonso Brescia se había adaptado bien a la vida en prisión y esperaba salir transcurridos tres años. La muerte se lo impidió.

Laura sonrió al recordar el origen de aquel paquete de droga que apareció en la caja fuerte de Alfonso Brescia. Se lo había hecho llegar Martin Jagger y se había negado a cobrárselo. «Que sea mi contribución a una buena causa. Además, esa droga acabará quemada y, por tanto, no tiene valor», había dicho.

Laura terminó por contarle la trama que había llevado a Tom Ferguson a la cárcel. Fue a los pocos días de conocerse la sentencia y la mujer tuvo que confesarse a sí misma que, sobre todo, lo hizo por vanidad: necesitaba el aplauso de alguien que no perteneciera al que ellos mismos denominaron «grupo operativo». Martin fue el perfecto oyente y se mostró convenientemente impresionado. Cuando Laura le planteó su plan de utilizar por segunda vez aquella llave, en esta ocasión para incriminar a Alfonso Brescia, Martin Jagger se ofreció a facilitarle la droga.

Laura se recostó nuevamente en su butaca mientras recordaba aquel día...



## 21

Nueva York, 1978

La amistad entre Laura y Martin Jagger había ido afianzándose de forma paulatina y casi sin que ellos se dieran cuenta. A los pocos días de aquel en que, con lágrimas en los ojos, Laura le dijo «me encanta la ópera», Martin la había llamado para invitarla al Metropolitan. Representaban *La Bohème*, de Puccini, y cantaban Freni y Pavarotti. Laura aceptó encantada y fue un día que recordaría siempre.

Por dos veces tuvo que aceptar el pañuelo que su acompañante le pasó solícito y hubo de esforzarse para no acabar hecha un mar de lágrimas ante los desventurados amores de Mimì y Rodolfo. Aquella noche volvió a ser la Laura emotiva y capaz de integrarse plenamente en lo que estaba viendo; una Laura que ella misma creía ya olvidada.

—Caramba, Laura, parece que en nuestros últimos encuentros hago que usted llore. Le aseguro que no es mi intención —le había dicho mientras cenaban en el restaurante del Met después de la representación.

—Por Dios, Martin. Esta vez no ha sido usted, sino Puccini... Y ha sido maravilloso. Le diré que se puede llorar por muchos motivos y que algunos no tienen por qué ser tristes.

A partir de ese día los dos se habían visto con relativa frecuencia: invitaciones a cenar, al teatro o, simplemente, por temas de trabajo, en los que ella buscaba la experiencia de él.

Poco a poco, Laura le había ido hablando de sí misma, de su vida, de su gente y de como no estaba dispuesta a olvidar ni a perdonar a los culpables de la muerte de su hermano.

Le contó la confabulación en la que se había visto atrapada y pasó revista a las personas implicadas. No le ocultó su intención de no perdonarlas, como

tampoco que algunas ya habían pagado por lo que hicieron.

Martin Jagger escuchaba y, de vez en cuando, hacía una observación con su voz grave. Era un magnífico oyente, como Laura fue descubriendo, y en ningún momento pretendió cambiar sus ideas ni influir sobre ella.

Para ambos resultaba evidente que se encontraban a gusto estando juntos.

El día en que ella le narró, orgullosa, la puesta en escena que había acabado con la condena de Tom Ferguson fue un frío sábado de febrero. A mediodía había aceptado una invitación de Martin Jagger para ir a almorzar y después los dos acordaron ir a casa del hombre. «Tengo cosas que contarte — le había dicho Laura—. Te van a divertir».

—Sensacional, Laura, sensacional. —Martin Jagger estaba disfrutando de verdad con la narración. Acompañó sus palabras con un gesto de aplauso—. El propio Maquiavelo te habría reverenciado. Te diré que conocí a Ferguson; fue en unos momentos en los que mis intereses se cruzaron con los de Patrese. Me pareció un engreído insufrible.

—No te lo habría parecido el día en que lo condenaron, Martin. Era un hombre vencido. Me impresionó su mirada: completamente vacía.

—Tiene lo que se merece. Y eso siendo benévolo. Y en cuanto al otro tipo, el tal Brescia, supongo que también tendrás algo planeado.

—Sí. Había pensado usar de nuevo la llave. —Y Laura le contó su idea.

—No le veo ningún fallo —convino el hombre tras unos momentos de reflexión—. Bueno, quizá un problema logístico. Tú no manejas la droga y si de repente te haces con una cantidad importante en el mercado, eso podría dar que hablar.

—No lo había pensado, pero no creo que sea un problema irresoluble.

—Tranquila. No lo será porque ya lo has resuelto. Yo te facilitaré la droga. Y no tengo que decirte que será mi contribución a una buena causa. Pocas veces podremos decir que la droga se ha utilizado para un buen fin — añadió con una breve risa surgida de lo profundo de su garganta.

—No, Martin. No puedo aceptarlo. De ninguna manera.

Martin Jagger se levantó del sillón en el que estaba sentado y fue a instalarse en el sofá, junto a Laura.

—Querida —dijo mirándola a los ojos—, creo que ya vas conociéndome lo suficiente como para saber cuáles son mis intereses en la vida o, mejor dicho, en lo que me queda de ella, que ya no va a ser mucho. No, no, déjame hablar... Quiero divertirme, hacer lo que me plazca y, sobre todo, rogar a Dios para que personas tan maravillosas como tú me encuentren digno de su amistad. Además, esa droga, cuando caiga en manos de la policía, va a ser quemada, luego no tiene ningún valor. Te estoy ofreciendo humo.

Laura lo miró con ternura. En lo profundo de aquel hombre, todopoderoso y acostumbrado a imponer su voluntad, no había sino un ser humano temeroso ante lo desconocido y necesitado de cariño.

Sin pensar bien en lo que hacía, Laura tomó las manos de Martin con una de las suyas y le pasó la otra por detrás de la cabeza, atrayéndola hacia ella. Con dulzura, sus labios se posaron en los de él.

La respuesta del hombre fue tímida, sorprendida.

—Laura, no...

Ella puso un dedo sobre su boca.

—No digas nada... no hace falta.

Esta vez fue Martin Jagger el que la estrechó con fuerza mientras sus labios buscaban los de ella.

Con frecuencia se preguntaría después qué fue lo que la impulsó a comportarse como lo hizo. Hasta aquel momento no había sido consciente de que sintiera por Martin Jagger otra cosa que no fuera respeto o agradecimiento. Era cierto que siempre procuró mostrarle su parte más femenina y que había puesto especial empeño en que su condición de mujer quedara en todo momento patente. Y en que él la encontrase deseable. Había sido así desde el día en que se conocieron.

También sabía que ella nunca había sido inmune a su atractivo, pero todo ello no era suficiente para encontrar una explicación lógica a su reacción de aquella tarde.

¿Fue quizá por lo exultante que se había sentido al relatarle su triunfo sobre Tom Ferguson? ¿O por la sensación de que le debía mucho a aquel hombre de aspecto y comportamiento reservados? Tal vez fuera,

sencillamente, porque hacía ya casi dos años desde la muerte de Pietro y Laura, durante ese tiempo, había olvidado la existencia del amor físico.

Todo ello era posible y quizá cada motivo tuvo su influencia en aquel momento pero, con el paso del tiempo, Laura comprendió que la causa principal era más sencilla: estaba enamorada de Martin Jagger.

Lo comprobó en la sensación de plenitud de que disfrutó aquel día; en su deseo de dar, más que de recibir, y en la ilusión que, día a día, le producía la idea de poder estar con él.

En cuanto al don, no varió sustancialmente en la manera de enfocar su relación con Laura; extremó en todo caso su amabilidad y cortesía habituales, cuidando aún más el no violentar los sentimientos de la mujer.

Más tarde, aquel mismo día, Laura le pidió que le hablara de sí mismo, de su vida y de cómo había llegado a ser quien era.

—Sabes mucho sobre mí, Martin, y en cambio yo sé muy poco de ti. Estoy convencida de que tu vida es mucho más interesante que la mía.

—Más larga, querida, sólo más larga —su risa fue apenas audible—. Y te aseguro que mucho menos movida. ¿Qué quieres saber?

—Empieza desde el principio. Tenemos tiempo.

Martin Jagger tomó un cigarro de una caja humidificadora que había sobre la mesa y se arrellanó en el asiento. Mientras lo encendía calmamente empezó a hablar.

—Mi abuelo fue alemán. Su apellido era Jäger, que significa cazador, y vino a Estados Unidos hacia 1880, antes de que empezara la avalancha de inmigrantes. Tenía poco más de veinte años y, por lo que sé de él, un gran espíritu aventurero. Había leído sobre nuestro país en publicaciones alemanas de la época y no pudo resistirse a la llamada de una vida que él imaginaba llena de posibilidades.

»Una vez aquí se unió a una caravana que se dirigía hacia el oeste. Seguramente esos vastos territorios, todavía sin colonizar, fueron los que habían encendido la chispa en su imaginación.

»No hay duda de que fueron años épicos. A veces siento un poco de envidia de él. Personas como mi abuelo son las que han creado nuestro país. Llegó hasta la costa oeste, fue colono, buscador de oro y hasta *sheriff* en un pequeño pueblo. Se casó y tuvo dos hijos: el mayor fue un varón que se llamó

Martin, como él, y el segundo una niña, mi tía Ursel. Hacia 1905 debió de pensar que ya estaba bien de aventuras y se instaló definitivamente. Lo hizo en Chicago, donde abrió una cervecería. Durante muchos años fue el negocio familiar. Se puede decir que yo me crié en ella.

—Vaya con el señor Jäger. Fue todo un tipo.

—Sí. Te habría encantado conocerlo. Y a él conocerte a ti. Decía que las personas aburridas no merecen la pena. Murió en 1930, cuando yo aún no había cumplido los veinte años, pero lo recuerdo como si fuera hoy. Sentía por él auténtica veneración.

»Mi padre nació en el 85 y fue el que, por su amistad con Johnny Torrio, se mezcló en los negocios que, en el transcurso de pocos años, iban a dar que hablar en todo el país con el apelativo de “crimen organizado”.

»Para entender todo aquello hay que conocer lo que era Chicago en los años de principio de siglo: un inmenso matadero por el que pasaban millones de vacas, terneros y ovejas. Era una ciudad dura para gente dura; una ciudad en la que actitudes tímidas o remilgadas no tenían cabida; una ciudad, en fin, donde la corrupción en todos los estamentos públicos estaba a la orden del día.

»A ella llegó Johnny Torrio en 1909. Venía de Nueva York, en donde ya se había hecho un nombre por su manera de enfocar negocios que bordeaban, si es que no traspasaban claramente, la legalidad. Su tesis era que había que darles la apariencia de licitud y que, en todo caso, la vida privada del gánster debía ser modélica dentro de la sociedad.

»Torrio llegó a Chicago llamado por *Big Jim* Colosimo, rey del negocio de la carne, pero que, siguiendo la manera de hacer de su amigo, se había creado una vida social intachable. *Big Jim* era dueño de uno de los *nightclubs* más concurridos de la ciudad, el Colosimo Café. En él alternaba con lo más selecto de la sociedad de Chicago que, aunque no se engañaba sobre la verdadera personalidad de *Big Jim*, lo aceptaba entre los suyos. Te diré, por ejemplo, y ya que te gusta la ópera, que uno de los habituales del local era el tenor Enrico Caruso.

»Johnny Torrio fue a Chicago a ocuparse de la dirección del imperio de Colosimo, aunque sin desatender por ello sus intereses en Nueva York. Se hizo cliente de nuestra cervecería y allí trabó amistad con mi padre. Hicieron pequeños negocios juntos, pero nada importante hasta llegar el año 1920, en

que *Big Jim* fue asesinado en su propio local por Frankie Yale, un gánster neoyorquino a la antigua usanza.

»Torrio pasó entonces a controlar el vasto imperio que había dejado Colosimo y tomó a mi padre como uno de sus hombres de confianza. También hizo venir de Nueva York a un joven que entonces tenía veintidós años y cuya carrera había vigilado siempre de cerca. ¿Adivinas quién puede ser?

—Puedo intentarlo. —Laura sonrió—. Ya que lo preguntas así, sin duda tiene que ser conocido. ¿Me equivoco?

—No, por cierto. —El hombre hizo un gesto con la mano, divertido—. Muy conocido.

—¿Capone?

—*Brava!* Al Capone, el gánster más famoso de la historia. Un hombre verdaderamente complejo. Te hablaré de él algún día.

—¿Lo conociste?

—Sí. Aunque yo era once años más joven. Cuando Capone fue definitivamente enviado a prisión, yo acababa de cumplir veintiuno y era poco más que el chico de los recados. Mi padre sí tuvo una relación más estrecha con él. Sobre todo hasta 1925, año en el que Torrio decidió retirarse. Acababa de sufrir un intento de asesinato que lo dejó herido de gravedad y pensó que ya era suficiente. Cedió a mi padre la dirección de los negocios que llevaban juntos y que se centraban fundamentalmente en el aprovisionamiento de alcohol a la ciudad de Nueva York y traspasó a Capone el resto de su imperio. Fue a partir de ese momento cuando Capone se convirtió en el todopoderoso señor del crimen.

»De Johnny Torrio tengo un recuerdo difuso: era un hombre más bien pequeño y de aspecto elegante. Mi padre siempre habló con respeto de él. En varias ocasiones dijo que le debía cuanto teníamos y que él le había enseñado la manera de dirigir un negocio como el nuestro. Son esas maneras las que yo aprendí de mi padre y he intentado poner en práctica.

—Caramba. Había oído hablar de Torrio, pero nunca se me habría ocurrido que tú pudieras ser, de alguna forma, su discípulo.

Martin la miró pensativo mientras encendía nuevamente su cigarro.

—Sí. Podría decirse que lo soy. No lo había pensado, pero no me disgusta

la idea. Mi padre decía de él que era un caballero y que anteponía siempre la inteligencia a la fuerza bruta —añadió con una sonrisa picara.

—Vaya, ahí se acaba todo el parecido —repuso Laura con cara de circunstancias.

Martin Jagger se quedó mirándola y, finalmente, rompió a reír.

—Lo tengo merecido. Bien, sigamos con la historia. En 1932 mi padre liquidó la cervecería y nos trasladamos a vivir a Nueva York. Era aquí donde teníamos nuestros principales intereses, que fuimos ampliando al juego y a la protección de comerciantes, sabiendo que el control sobre el alcohol tocaba a su fin. Cuando fue un hecho nos planteamos nuestro futuro, del mismo modo que lo hicieron los miles de personas que habían vivido al amparo de esa estúpida prohibición.

»Fueron tiempos difíciles. Nadie quería perder terreno y no había pastel para todos. Muchos se quedaron fuera o tuvieron que perder su protagonismo en beneficio de otros. Nosotros lo hicimos bien y obtuvimos nuestra cuota; nos habíamos preparado con tiempo.

»La “familia” de tu marido pasó por algo parecido, pero ellos llevaban tiempo asentados en Nueva York y lo tuvieron más fácil.

»Yo me casé en 1936. De mi mujer prefiero hablar poco. La he querido demasiado y su recuerdo me produce dolor. Te diré que era de origen italiano, nacida en Nueva York, y que se llamaba Ana. —Miró a Laura con intensidad—. Murió de cáncer hace seis años. Todavía la echo mucho de menos.

Laura se limitó a asentir.

—A mis dos hijos ya los conoces. Son buenas personas, pero no se puede decir de ellos que hayan heredado el espíritu de su bisabuelo. —Laura creyó entrever un dejo de amargura en la voz del hombre—. En cuanto al resto de la historia, poco hay ya que contar. Mi padre se mantuvo al frente de la organización hasta 1955, año en que murió. Desde entonces la dirijo yo, con todas las dificultades que sin duda puedes imaginar, pues son similares a las que, durante años, ha tenido que sufrir tu marido... y que ahora te tocan a ti, querida —concluyó con un guiño.

—Espero que algunas menos, Martin. Ten en cuenta que mi organización no toca la droga. Y, por lo que sé, es la que mayores problemas ocasiona.

—No la apruebas, ¿verdad? —La voz de Martin Jagger se hizo aún más grave.

—No, Martin. —Laura lo miró con franqueza—. Claro que tampoco aprobaba otras actividades vuestras... bueno, nuestras, y ahora me tienes al frente de ellas. Pero con la droga encuentro imposible que puedas convencerme.

—Y no lo voy a intentar, Laura, no lo voy a intentar. No creas que me gusta todo lo que hago. Sería un imbécil si lo pretendiera. Pero sucede que los sentimientos se van curtiendo con el paso del tiempo, lo mismo que una piel expuesta al sol. También nuestra forma de pensar se va adaptando a la realidad de lo que tenemos y acaba justificándola. Para mí, ahora mismo, la droga es una actividad más y no lo era cuando irrumpió como un torrente. Te diré que entonces la encontraba repugnante. Pero decidimos que no podíamos simplemente ignorarla, hacer como que no nos afectaba. La «familia» de tu marido sí lo hizo y, aunque ha sobrevivido, creo que no ha sido bueno para ella. Quizá Pietro aún estaría vivo si la decisión hubiera sido otra.

—Quizá... nunca lo sabremos. —La voz de Laura sonó triste—. Pero Pietro siempre estuvo orgulloso de aquella decisión.

—Perdona. No debí decir eso. Creo que trato de seguir justificándome. Y sí: tienes razón. Si las personas no hacen lo que creen que deben hacer, difícilmente podrán convivir consigo mismas. El orgullo es el que nos mantiene. Lo que pasa, Laura —continuó tras una pausa—, es que mi fe y mi aprecio por los seres humanos como conjunto son casi inexistentes. Por eso no me preocupa demasiado el efecto que la droga pueda causar sobre ellos.

—Pero, Martin, la humanidad no es un conjunto. Somos seres individuales, como tú, como yo... como nuestros seres queridos.

—Y éstos son los que me interesan, los que busco y a los que cuido cuando los encuentro, porque no abundan. Mira, Laura, los que tratan conmigo piensan que me van a impresionar favorablemente si se muestran duros y sin sentimientos. Deben pensar que yo soy así y es probable que sea ésa la imagen que transmito. No saben lo equivocados que están. Cuando encuentro una persona sin dobleces, capaz de dar sin pedir a cambio y que no usa la mentira como bandera, no puedo creer en mi suerte. Ya te lo he dicho: he conocido a muy pocas. Tú has sido la última —concluyó con una sonrisa.



Laura inclinó graciosamente la cabeza.

—Pietro y tú tenéis bastante en común. Él tampoco tenía en un gran concepto a la humanidad. Y pienso que estáis equivocados: la gente buena abunda.

—Puede que, por nuestro trabajo, nos toque bailar siempre con la más fea y tratemos con frecuencia con lo peor del género humano, pero sigo pensando que tengo razón: puesta la humanidad en una balanza, pesa mucho más lo malo que lo bueno.

—Aunque así fuera, no creo que ello justifique que no hagamos nada por mejorarla. Todos debemos poner de nuestra parte.

A Martin Jagger la conversación le divertía y se le notaba: en sus ojos había un brillo especial.

—Sería como una gota de agua en el mar, querida. Esa idea no es nueva y durante siglos han surgido voces pidiendo que los humanos seamos mejores y más solidarios. En cada caso se decía: ahora sí, ahora es el momento; la humanidad ya es madura. ¿Y cuál era el resultado? Que el género humano seguía inalterable su camino cargado de indiferente maldad.

—No estoy de acuerdo. Ha habido progresos muy importantes gracias al esfuerzo de personas que no pensaban como tú. Si por ti fuera, no habríamos evolucionado. Y no puedes discutir que lo hemos hecho.

—Una evolución formal; sólo formal. No creo que seamos mejores ni más justos que hace veinte siglos, por poner un ejemplo. En todo caso, si lo somos en apariencia, es por imperativo de la ley, que ha ido puliendo nuestras costumbres, pero no porque como individuos hayamos mejorado un ápice.

—Martin, aunque sólo fuera por ti mismo, no entiendo que puedas pensar así. Reconoce que la tuya es una visión tremendamente pesimista, sin ninguna esperanza.

—Convengo en mi falta de esperanza en que cambiemos a mejor, pero no estoy de acuerdo en que esa visión sea pesimista. Yo más bien la calificaría de realista: tenemos que aceptarnos como lo que somos.

Laura hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, Martin: ahí está tu error. Tú mismo has dicho que hay gente buena, personas que merecen la pena, luego la humanidad sí que tiene esa capacidad de mejora que tú le niegas. Todo es cuestión de explotarla.

—Volvemos al principio, Laura. Claro que acepto la diversidad en el ser humano y que hay muchos que actúan dentro de lo que, moralmente, denominamos bondad. Pero son los menos y, encima, se enfrentan al resto en inferioridad manifiesta, porque la maldad es siempre mucho más poderosa, incluso en igualdad de fuerzas.

—Volvamos pues al principio, Martin. Esa minoría, que se sabe mejor y más justa, no debe conformarse, aunque sus progresos sean mínimos, y está obligada a presentar batalla.

Martin Jagger sonrió con aprobación.

—Un razonamiento impecable. Así ha sido, efectivamente, durante siglos, con épocas más claras y otras más oscuras. Y así seguirá siendo. Lo importante es no engañarnos; saber al menos lo que tenemos entre manos.

—¿A qué te refieres?

—A que si de verdad crees en esa lucha, al menos sepas con lo que te enfrentas: con un colectivo en el que priman el egoísmo y la falsedad y que, a la menor oportunidad, te dejará en la estacada. Los que piensan que la humanidad es fundamentalmente buena parten de un error de base que llevará al fracaso sus mejores intenciones. El mejor ejemplo es el de los regímenes comunistas, por muy bonitos y fraternales que puedan parecer sobre el papel. Acabarán siendo abolidos porque se fundamentan en unas premisas equivocadas: asumen que el hombre va a aceptar feliz la igualdad y la producción en común. Y ése, desgraciadamente, no es el motor del ser humano.

—Sigo pensando que lo que tú llamas realismo tiene bastante de pesimismo. —El don hizo un breve gesto de rendición—. Pero no te preocupes: ya he tenido bastantes motivos como para desconfiar de la bondad intrínseca del ser humano.

—No lo olvido, Laura. Sólo pretendo alertarte desde lo que tú llamas mi visión pesimista: si pretendes cambiar esa manera de ser, te estrellarás contra un muro. Si te conformas con ayudar a los que más lo necesitan encontrarás, en cambio, muchas satisfacciones.

## 22

Nueva York, 1986

«... ayudar a los que más lo necesitan», murmuró Laura dejando por un momento atrás sus recuerdos.

No suele ser fácil discernir cuál ha sido la causa que, en un momento dado, nos induce a tomar una decisión que se revelará clave en el rumbo que ha de tomar nuestra vida. Por lo general se debe a una suma de factores que no hace sino cristalizar un impulso que ya latía en nuestro ánimo, pero las palabras pronunciadas aquella tarde por Martin Jagger fueron sin duda el detonante de la decisión que, con firmeza, tomaría Laura poco tiempo después.

A ellas se unió la revelación que Geoffrey Samuelson le hizo una desapacible mañana de aquel lejano mes de febrero mientras tomaban un primer café en el despacho de Laura.

—Bueno, pienso que ya lo tengo. La verdad es que ni yo mismo me lo creo, pero te aseguro que me equivoco en muy poco. Depende, evidentemente, de las fluctuaciones de la Bolsa, ya que una parte importante está en acciones de diversas compañías, pero puedo decirte que María y tú sois ahora mismo dueñas de una fortuna que ronda los mil cuatrocientos millones de dólares.

Laura sonrió al recordarlo. Ahora estaba más acostumbrada a manejar cantidades millonarias, pero entonces la enormidad de la cifra la dejó perpleja. Simplemente no era capaz de imaginar lo que representaba.

—Para llegar a esa cantidad —continuó hablando Geoffrey— he capitalizado los rendimientos de algunos de los negocios que manejamos, como la prostitución, la protección o los casinos. He preferido ir por lo bajo y los he multiplicado por dieciséis, lo que daría unos intereses en torno al seis

por ciento. En cuanto al resto, se trataba sólo de calcular su valor actual en Bolsa. Aquí tienes una relación completa.

Con la sonrisa del niño que ha hecho bien sus deberes le pasó a Laura una gruesa carpeta.

—Gracias, Geoffrey. Has hecho un trabajo espléndido. No sé cómo agradecértelo. —Permaneció un momento en silencio—. Eso es mucho dinero, ¿verdad?

El joven rió con ganas.

—Sí, Laura. Increíblemente mucho. Para que te hagas una idea te diré que vuestros ingresos, después de pagar impuestos, rondan los cincuenta y cinco millones de dólares al año. ¡Podéis gastaros ciento cincuenta mil dólares diarios y seguir siendo igual de ricas!

Unos días más tarde Laura tuvo una larga conversación con María. La joven iba ya camino de los diecinueve años y seguía dando muestras de una madurez que siempre había parecido ir por delante de su edad. Hablaron de los planes que María imaginaba para el futuro.

Laura le comentó las cifras que Geoffrey le había facilitado unos días atrás. Lo hizo con plena confianza en el buen juicio de una joven que, a su temprana edad, pasaba a disponer con total libertad de una inmensa fortuna.

—¡Qué barbaridad, Laura! No se me ocurre qué se puede hacer con tanto dinero —fue su alegre respuesta—. Como no sea...

—¿... hacer algo en memoria de tu padre? —Laura completó la frase. Lo hizo sin pensar, con el convencimiento de que era eso precisamente lo que María iba a decir. Después se preguntaría con frecuencia de dónde había sacado esa certidumbre.

La muchacha la miró con sorpresa.

—Pues... sí. ¿Cómo lo has sabido? Algo de lo que mi padre se sintiera orgulloso.

Todavía sonriente se levantó y se acercó a la pequeña vitrina que guardaba sus recuerdos. En la balda inferior, una pequeña bandeja de plata centró su atención. Era uno de los pocos objetos allí guardados que sólo le producía recuerdos gratos. Su interior albergaba unas tijeras doradas y un pequeño

trozo de cinta con los colores de la bandera americana.

## 23

Nueva York, 1982-1983

La senadora Jennifer Butler estaba terminando su discurso. Laura, sentada en la primera fila, perdió por un momento el hilo de las palabras mientras dirigía la mirada al cielo azul. Agradeció en su interior que el clima hubiera colaborado de forma tan espléndida aquel día.

Era una mañana de finales de mayo y el sol radiante permitía que muchas damas pudieran lucir modelos veraniegos y que la mayor parte de los caballeros se encontraran ligeramente incómodos dentro de sus americanas. Pequeñas nubes blancas tachonaban un cielo que, por lo demás, era de un azul impoluto.

Al menos cien personas prestaban su atención desde las sillas alineadas frente al pequeño estrado. Se encontraban allí por rigurosa invitación y nadie había excusado su asistencia. El solo nombre de la Fundación Valenti y el de su presidenta, Laura, eran suficiente motivo de convocatoria.

—... y este Pabellón Hunter que hoy inauguramos es una emocionante muestra de lo que la solidaridad humana puede llegar a alcanzar. —La senadora paseó su mirada por el público, manteniendo un momento de estudiado silencio—. Nuestro país es el de las libertades y el de las oportunidades para todos, pero es también el del calor humano, el del respeto por el débil y el de la entrega hacia los demás sin pretender nada a cambio. Organizaciones como la Fundación Pietro Valenti hacen que nos sintamos orgullosos de pertenecer a esa gran familia que es el género humano y que personas como su presidenta —y aquí su mirada y su sonrisa se dirigieron a Laura— nos permitan mantener una fe inquebrantable en las posibilidades de nuestra especie. En nombre de todos esos hombres y mujeres y en el de todos aquellos que han encontrado en esta Fundación una tangible esperanza para

su futuro pido un caluroso aplauso para la persona que lo ha hecho posible: su fundadora y presidenta, Laura Valenti.

Laura apretó cariñosamente la mano de María, que estaba sentada a su lado, y se levantó para dirigirse hacia el pequeño atril desde el que una sonriente Jennifer Butler unía sus aplausos a los del resto de los presentes.

Una nube de fotógrafos se reunió junto al estrado para captar el cálido saludo entre ambas mujeres: las dos se encontraban en lo más alto de la escala de popularidad y esa imagen sería al día siguiente portada en las noticias de sociedad. Desde más atrás, equipos de televisión de distintas cadenas grababan también el momento.

Laura se instaló tras los micrófonos y, con un gesto de agradecimiento, alzó ambas manos pidiendo silencio. Mientras observaba aquellas caras sonrientes que fijaban la mirada en ella y seguían ovacionándola, rápidas imágenes, en sucesión, pasaron por su mente. Fueron el recuerdo de los principales momentos de los últimos cuatro años, en los que, con plena dedicación, había puesto en marcha una organización de la que ahora tanta gente se sentía orgullosa: la Fundación Pietro Valenti.

—Geoffrey —le había dicho Laura a su asesor y amigo un día de aquel mes de marzo, cuatro años atrás—, María y yo hemos estado hablando y sabemos lo que queremos. Bueno... más o menos. De momento, darte más trabajo —añadió con una sonrisa.

El hombre alzó sus cejas con expresión divertida.

—Queremos crear una Fundación que se ocupe de la drogadicción. Y queremos hacerlo bien; que sea la mejor del mundo. De momento sólo sabemos eso... y cuál va a ser su nombre. Se llamará Fundación Pietro Valenti.

Siguieron meses de arduo trabajo, de aprendizaje y de contactos. Desde el principio fue patente la necesidad de que alguien se hiciera cargo de la coordinación y de las relaciones públicas. Geoffrey Samuelson aportó a la persona en su amigo y compañero de universidad Paul Preston.

Geoffrey y Paul parecían cortados por el mismo patrón: reflejaban ese estándar americano de adultos con cara de niño y cuerpo de atleta; pero los

dos tenían también en común un cerebro privilegiado y una inagotable capacidad de trabajo.

—Te confesaré una cosa, Laura —le dijo un día Geoffrey—. Paul acabó la carrera en un puesto incluso superior al mío.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál fue tu puesto, Geof?

—Terminé el segundo de mi promoción.

La sintonía de Laura con Paul fue inmediata. El hombre había trabajado hasta entonces en una importante empresa de inversiones con unas ganancias en torno a los cien mil dólares. Cuando Laura le ofreció un considerable aumento, su respuesta fue tajante.

—Ya habrá tiempo de hablar de eso. De momento basta con tres cosas: que el trabajo que me propone me gusta, que puedo trabajar con Geoffrey y que me parece que usted, como jefa, también me va a gustar —concluyó con una sonrisa.

Paul inundó en pocos días a Laura con dossieres y memorandos, le preparó un extenso *who is who* en el mundo de la lucha contra la drogadicción y organizó para ella entrevistas con diversas personas y estamentos: se trataba de fijar las bases iniciales y de lograr el máximo respaldo de los organismos oficiales.

Laura fue comprendiendo que, por muy bien recibidos que fueran sus proyectos, el primer movimiento tenía que ser exclusivamente suyo. Los apoyos vendrían después.

Fue en aquellos días cuando conoció a la senadora Butler. Era su primer mandato y su campaña se había caracterizado por una insistente llamada a la solidaridad y al respeto por el más débil. La entonces candidata insistía en que, para bajar la tasa de criminalidad, era mejor prevenir que reprimir. El primer encuentro entre ambas mujeres mostró, sin embargo, a una senadora fría.

—Voy a ser muy franca con usted —fueron sus primeras palabras—. Me gusta su proyecto; de hecho me gusta mucho. Lo que no me gusta tanto es el origen del dinero que lo puede hacer posible.

Reprimió con un gesto la respuesta de Laura.

—Déjeme terminar —sonrió con brevedad—. Sé que su organización es ajena al mundo de la droga. Si no fuera así no estaríamos hablando en este



momento, pero quiero que comprenda que mi posición en este asunto es muy delicada. Digamos que mi postura, si usted decide seguir adelante, va a ser expectante; al menos por un tiempo. Y no lo interprete como una falta de firmeza por mi parte; no soy una mujer de actitudes ambiguas. Si lo que ustedes hacen me convence, contarán con todo mi apoyo. Y si me produce rechazo, igualmente se lo diré.

Laura guardó silencio unos momentos.

—No me deja usted muchos recursos, senadora, pero me gusta el camino que se queda abierto: el de hacer las cosas bien. Volveremos a vernos.

Laura estudió la labor de otras organizaciones ya existentes, habló con médicos, profesores de universidad y responsables de los servicios sociales. Poco a poco fue aprendiendo y comprendiendo: la labor era ingente y las satisfacciones mínimas. Aun así, valía la pena.

De una forma insensible, lo que al principio eran sólo ideas fueron plasmándose en un proyecto viable, en un plan que debía ser completado en etapas sucesivas y cuya primera fase parecía clara: había que actuar de lleno sobre las necesidades del drogodependiente y había que hacerlo desde una posición dominante. Era preciso darse a conocer.

Tras constituir la Fundación, con un fondo de veinticinco millones de dólares, se adquirieron unos terrenos al norte de la ciudad: veintidós hectáreas a unos cuarenta minutos en automóvil desde Nueva York. En ellos se iba a construir un primer centro de acogida, con instalaciones adaptadas a la aplicación de programas de desintoxicación y con talleres destinados al aprendizaje de distintos oficios.

La construcción del complejo llevó dos años, pero desde seis meses antes de su inauguración se inició una campaña en radio y televisión financiada por la Fundación. En ella se insistía, con imágenes a veces muy duras, en mostrar hasta dónde nos puede conducir la droga.

El día en que se inauguró el centro fue de los más felices en la vida de Laura. Y, por lo que pudo ver, también fue muy importante para todos aquellos que, junto a ella, habían puesto su esfuerzo y su ilusión en ver el proyecto hecho realidad. Elsa y Karla, Geoffrey y Paul Preston, y hasta Angelo Fantoni, expresaban en sus caras una alegría difícilmente contenida. La más emocionada era, sin embargo, María. Iba a cumplir veintiún años y

estaba estudiando la carrera de Psicología. Al terminar pensaba dedicarse de lleno a dirigir la Fundación.

Cuando Laura, en su discurso, hizo referencia a Pietro Valenti —«aunque no esté hoy con nosotros, él es sin duda el artífice de este proyecto»— vio como los ojos de su hija se llenaban de lágrimas.

Ella, por su parte, se emocionó en el momento de cortar la cinta que, simbólicamente, habían colocado en la puerta de entrada. Tenía los tres colores de la bandera americana y alguien puso en sus manos unas trabajadas tijeras doradas.

Tras cerrar los ojos y sentir por unos instantes la presencia, casi física, de su marido, Laura se volvió hacia los presentes.

—Que nadie piense que ésta es una cinta de meta. Se trata, por el contrario, del pistoletazo de salida para una larga carrera: una carrera en la que todos vamos a resultar vencedores.

La Fundación empezaba a ser conocida y Laura lo notó en la progresiva atención que su persona empezaba a despertar: en poco tiempo salió del anonimato. Fueron primero reseñas en los periódicos; después entrevistas y fotografías y, finalmente, el interés de las cadenas de televisión. Laura era requerida cada vez con mayor frecuencia en fiestas y acontecimientos sociales y, allí donde aparecía, notaba que no pasaba precisamente desapercibida.

—No lo entiendo, Elsa. Soy la misma de siempre y no he hecho nada para que me hagan tanto caso.

La exceladora la miró con una sonrisa. Con el tiempo había pasado a ser una especie de guardia de corps de Laura. Se ocupaba con especial celo de todo cuanto se relacionaba con ella y era el filtro por el que inexorablemente había que pasar si se quería acceder a la mujer.

—Pues está bien claro, querida. Míralo desde fuera: mujer viuda, joven y muy atractiva, rodeada de esa aura que los negocios a los que te dedicas provocan en quienes los controláis... y, encima, multimillonaria. —Elsa se guardó para sí que, además, su marido había muerto asesinado en circunstancias todavía no aclaradas—. Aparte, en Nueva York no hay más comentario que el de tu Fundación.

—Sí, eso es cierto. Y es bueno. Empieza a hablarse cada vez más del

problema de la droga... y los donativos que nos llegan son cada vez mayores.

La segunda fase, tras la puesta en marcha del centro, supuso la adquisición de una red de pisos. En ellos, de manera tutelada, podrían vivir madres drogodependientes mientras seguían programas de desintoxicación sin por ello tener que desatender a sus hijos. También los que concluían el tratamiento y no tenían familia que se ocupara de ellos podrían pasar a vivir en pisos de la Fundación mientras se les buscaba trabajo. Era una tarea ingente que ella había asumido con enorme ilusión.

Desde el estrado, Laura observó sonriente como la senadora volvía a su lugar en la primera fila mientras la ovación continuaba. Por un instante, sus ojos se detuvieron en uno de los asistentes, que, al captar su mirada, le dirigió un gesto de reconocimiento mientras seguía aplaudiendo con fervor. Era Ronald Atkinson, uno de los más importantes constructores de la ciudad. Se conocían desde hacía poco más de un año...

—Laura, tenemos problemas. —La voz de Paul Preston procuró sonar casual pero, por su mirada, Laura comprendió que iba en serio.

—Para variar espero que algún día me digas que no hay ningún problema y que todo va sobre ruedas —sonrió—. ¿De qué se trata esta vez?

—De los diez apartamentos que hemos adquirido en esa nueva urbanización de Nueva Jersey. El constructor se ha enterado de quiénes somos y para qué los queremos y ha decidido declararnos la guerra.

—¡Vaya por Dios! Lo mismo nos pasó en el Bronx y al final lo arreglamos.

—Ya, pero no es lo mismo, Laura. Los pisos del Bronx no eran de nueva construcción ni su precio el que el señor Atkinson quiere sacar por los suyos. Además, el presidente de la comunidad del Bronx lo único que pretendía era sacarnos un poco de dinero a cambio de no dar la lata.

—¿Atkinson, dices que se llama?

—Sí. Ronald Atkinson. Es un constructor importante. Y poderoso. Tiene contactos a alto nivel en el Ayuntamiento; ya me entiendes. Me ha

telefoneado y está dispuesto a llegar hasta el final... y descarta cualquier tipo de negociación.

—Lamento reconocerlo, pero le comprendo. Lo suyo es vender pisos y nosotros pretendemos ponérselo más difícil. Tendremos que buscar alguna solución. ¿Con qué nos amenaza?

—Con protestas organizadas de los vecinos y una campaña en los medios de comunicación. No creo que ese tipo de publicidad nos resulte favorable.

—¿Se te ocurre algo?

—No de momento. —Paul Preston se encogió de hombros—. Salvo que aceptes lo que me ha propuesto Angelo Fantoni hace un rato cuando le he comentado el asunto.

—¿Qué se le ha ocurrido al bueno de Angelo? —En el tono de Laura se reflejaba el interés.

—Mandarle un recadito por medio de los sindicatos. Si se pone pesado va a descubrir de pronto como las distintas obras que tiene entre manos empiezan a sufrir inexplicables demoras.

Laura se quedó pensativa.

—Sabes... no es una idea tan absurda. Nunca se me ocurriría ponerla en práctica, pero puede servirnos como base para una negociación. Paul, organízame una entrevista con el señor Atkinson.

Si en aquel encuentro, que tuvo lugar dos días después, no se pudo decir que Laura y Ronald Atkinson congeniaran, sí al menos que cada cual encontró en el otro a un adversario digno de respeto. Laura jugó sus armas y consiguió algunas concesiones: el promotor les vendería tres pisos en la nueva urbanización y se comprometía a buscarles otros hasta completar el número de diez. Al despedirse, Ronald Atkinson le dijo a Laura:

—Le diré que no la creo capaz de llevar a cabo sus amenazas, señora Valenti. Las ha expuesto usted con muy poca convicción. Si hoy sale de mi despacho victoriosa es porque los objetivos que usted se ha propuesto y la fe que tiene en ellos me han impresionado.

Un mes después de aquella entrevista Ron Atkinson le telefoneó.

—Dice que quiere hablar contigo, Laura, que es personal —le dijo Paul Preston mientras le pasaba el teléfono.

—Sí, señor Atkinson, dígame.

—Señora Valenti, ahora soy yo el que solicita su ayuda. —La voz del hombre sonaba preocupada—. Se lo diré en pocas palabras: tenemos una hija de diecisiete años... y acabamos de descubrir que está enganchada.

Laura correspondió desde el estrado al insinuado saludo del constructor. Desde esa conversación habían pasado apenas doce meses y aunque Sandra, la hija de Ron Atkinson, seguía asistiendo a terapias de grupo, podía considerarse curada. La Fundación Pietro Valenti se había hecho cargo de ella y, al menos hasta el momento, su tratamiento se contabilizaba como un éxito más. Casos como el suyo eran los que compensaban con creces el esfuerzo de cuantos en ella trabajaban.

Laura y Ron eran ahora excelentes amigos y el hombre se había convertido, además, en uno de los principales benefactores de la Fundación: aparte de contribuir con importantes donativos, facilitaba la dirección de pisos y apartamentos que podían ser adquiridos sin problemas; en ocasiones, él mismo actuaba de intermediario.

Laura acomodó los papeles sobre el pequeño atril y dirigió una nueva sonrisa a los presentes. Los aplausos cesaron y cien rostros expectantes se fijaron en ella.

—Querida senadora Butler, querido congresista Stewart, amigos y amigas todos. Antes de nada quiero expresar mi más profundo agradecimiento a Jennifer Butler, senadora de este Estado y de quien todos nos sentimos tan orgullosos. Y quiero hacerlo por un triple motivo: por honrarnos con su presencia, por las emocionantes y emocionadas palabras que acaba de dirigirnos y por la constante y desinteresada ayuda que viene prestando a esta Fundación, sin la cual de ninguna manera estaríamos donde ahora nos encontramos.

Los aplausos se reprodujeron mientras Laura dirigía un cariñoso gesto a la mujer sentada en la primera fila...

—Bien, señora Valenti, parece que vamos a poder entendernos. —Esta vez la sonrisa que aparecía en la cara de Jennifer Butler no recordaba en nada a la

fría expresión que Laura recordaba de su primera entrevista, casi dos años antes—. Y no vaya a pensar que me apunto al caballo ganador o que pretendo beneficiarme de los éxitos ajenos.

La senadora le indicó que se sentara en una de las butacas de un pequeño tresillo que había en uno de los laterales del despacho.

—La Fundación que usted preside está dando mucho que hablar y me alegro de poder decir que para bien —continuó mientras se sentaba frente a Laura—. He seguido con interés sus progresos, como ya le dije que haría la primera vez que vino usted a visitarme. Ahora sólo me queda resumirle mi impresión. Y puedo hacerlo en dos palabras: ¡muy bien!

Laura sonrió agradecida a la mujer que se sentaba frente a ella. Jennifer Butler rondaría los cuarenta y cinco años y tenía un porte impresionante. Alta y rubia, sus facciones, finas y aristocráticas, denotaban a la vez una gran firmeza de carácter. Ella, al igual que Laura, también estaba subiendo puestos en la escala de popularidad.

—Gracias, senadora. Lo mismo puedo decir de usted.

—Muy amable... Laura. Pienso que, si no le importa, podríamos tutearnos. Espero que a partir de ahora nos veamos con frecuencia y sin duda nos resultará más cómodo. Creo que podríamos colaborar y pienso que a la Fundación Pietro Valenti no le vendría mal un poco de ayuda institucional.

A aquella reunión siguieron otras varias en un plazo de pocos meses. Laura descubrió que la senadora era una persona de una extraordinaria percepción y capaz de comprender cualquier situación en pocos minutos; pero, sobre todo, era un perfecto animal político: todas las decisiones que adoptaba se basaban, ciertamente, en su ética y en su manera de ver el mundo, pero sólo salían adelante si, al mismo tiempo, servían a su objetivo político, si eran «políticamente correctas».

La oferta de apoyo de la senadora cristalizó finalmente en dos frentes que permitieron a la Fundación poder intentar dar solución a prácticamente todos los casos relacionados con la drogadicción.

Por una parte, y de acuerdo con los programas de asistencia social, se aprobaron ayudas para las familias que tenían a un drogodependiente en su seno. Estas ayudas se complementaban con cursillos organizados por la Fundación y dirigidos a padres y madres con hijos en tratamiento,

enseñándoles a convivir y a colaborar en su recuperación.

Por otra, y aquí la senadora se involucró de una forma muy especial, la Administración del Estado y la Fundación colaboraron en la creación de programas para exreclusos que salían de la cárcel tras cumplir una condena relacionada con el mundo de la droga. Se trataba, en su gran mayoría, de personas desestructuradas cuyo destino, en muy breve plazo, era el de volver a delinquir.

—Es una labor ingente y, me temo, con un muy bajo porcentaje de éxitos —le había dicho la senadora a Laura—. Pero cada uno que obtengamos habrá valido por sí solo la pena.

Laura había aprendido a apreciar la personalidad de Jennifer Butler y a confiar en su fino instinto.

Fuera del mundo de la política era una persona muy cariñosa, profundamente fiel a sus amigos y a sus principios y muy divertida cuando la ocasión lo permitía.

A pesar de la diferencia de edad —catorce años las separaban—, Laura y ella se hicieron muy buenas amigas. Empezaron a coincidir con frecuencia y no sólo por motivos de trabajo; las dos aparecían con asiduidad en las páginas de sociedad y eran por ello requeridas en fiestas y celebraciones. Aunque Laura no era amante de los encuentros sociales, comprendía que su popularidad personal ayudaba a la Fundación y se prestaba a ellos. Sospechaba —la propia senadora acabó confesándole que así era— que otro tanto le sucedía a Jennifer Butler con su carrera política.

La guinda que iba a completar las aspiraciones de los impulsores de la Fundación fue la puesta en marcha de un conjunto de proyectos de investigación para los que se obtuvo ayuda pública. Su objetivo era el de llegar a conocer el porqué del consumo de drogas y a estudiar su incidencia en la sociedad en general y en el ámbito familiar en particular.

Un completo equipo de sociólogos y psicólogos iba a contar con el más moderno equipamiento y con un generoso presupuesto para llevar a cabo su trabajo. El doctor William Cook había aceptado hacerse cargo de la dirección. Cook era el sociólogo de mayor prestigio de la nación y uno de los mayores expertos mundiales en el tema de la droga. Compaginaría su cátedra universitaria con la dirección del proyecto. «Va a resultar muy gratificante»,

le había dicho a Laura mientras sus ojos brillaban emocionados detrás de sus gruesas gafas de concha.

Para albergar el proyecto de investigación se había construido un nuevo edificio al que se iba a poner el nombre de «Pabellón Hunter». La senadora Jennifer Butler había accedido a inaugurararlo...

—... para el profesor Cook, el profesor Vineyard y el profesor Singh vaya, por tanto, mi más sincero agradecimiento. —Laura estaba terminando su discurso—. He dejado para el final la mención de dos temas que me resultan especialmente gratos. —Paseó la mirada por los asistentes—. Uno de ellos lo constituye la inmediata incorporación a este Pabellón Hunter que hoy se inaugura de una persona que ha tenido, al menos, tanto que ver en la gestación de la Fundación como haya podido tenerlo yo. Ella, pues de una mujer se trata, acaba de terminar con las más altas calificaciones su licenciatura en Psicología y va a entrar, a partir de mañana, a formar parte del personal investigador. Me refiero, aunque ustedes ya lo habrán adivinado, a la sucesora de Pietro Valenti, en memoria del cual existe esta Fundación. Señoras y señores, les presento a su única hija, María Valenti.

Laura inició el aplauso mientras miraba con orgullo a la joven, sentada a pocos metros de ella. María se levantó y correspondió a la ovación con una tímida sonrisa.

Al verla en pie, Laura se percató una vez más de la espléndida belleza en que se había convertido María. Desde que la conoció supo de las magníficas posibilidades de la que entonces no era más que una niña; pero hoy, a sus veintitrés años, esa promesa había cristalizado en una turbadora realidad. «Debe de ser la viva imagen de su madre», pensó mientras recordaba el retrato que Pietro Valenti conservaba en su despacho.

María era alta y admirablemente proporcionada, de tez muy clara y con unos profundos ojos azules que contrastaban con su pelo castaño oscuro. Todo en ella era grácil e irradiaba un inmenso atractivo.

—El segundo tema al que quiero referirme —continuó Laura al hacerse nuevamente el silencio— también va a merecer su aplauso, aunque su destinatario ha decidido permanecer en el anonimato... Espero que a él, o a



ella, sí le llegue, y que sea consciente, al menos, del inmenso agradecimiento de todos cuantos integramos esta Fundación. —Laura paseó la mirada por los rostros expectantes—. Porque este Pabellón Hunter que hoy empieza su andadura ha sido posible gracias al elevado altruismo de esa persona. Aunque ella desee permanecer anónima, yo no puedo por menos de hacer público su gesto, porque no todos los días, se lo puedo asegurar, se recibe un donativo de... ¡seis millones de dólares! Quien quiera que seas, gracias; gracias de todo corazón. Que Dios te lo pague.

Un murmullo de asombro se elevó entre la concurrencia mientras Laura iniciaba su aplauso. Unos segundos después la ovación era unánime.

Sus ojos buscaron a Martin Jagger, que, sentado en la tercera fila, aplaudía como los demás. Al captar la mirada de la mujer una amplia sonrisa iluminó su rostro, mientras que, de manera cariñosa, le guiñaba un ojo.

—Estoy entusiasmada, Martin —le había dicho Laura algo más de un año atrás—. Noto que estamos haciendo algo importante. Además es tan... no sé cómo decirlo... tan gratificante. La senadora tenía toda la razón: basta con devolver a una sola persona a la vida normal para sentirte pagado con creces. Y poder ver la alegría en los ojos de esa gente... de sus familiares... es algo que no tiene precio.

—Cuánto me alegro, querida. Sabes, creo que tienes razón y empiezo a preguntarme si no habré equivocado mi camino. Limitarse a ganar dinero es emocionante, pero puedo asegurarte que nunca he estado tan radiante como te veo hoy a ti —añadió de buen humor.

—Sí. Reconozco que lo estoy. Y debo decirte que me ratifico en que entre los seres humanos predomina la bondad. Deberías conocer a todos los que trabajan para la Fundación... y también a los que no lo hacen. No sabes la cantidad de donativos que estamos recibiendo; en ocasiones de unos pocos dólares, aunque eso sea lo de menos. Quizá sean los más emocionantes...

—Laura... estoy pensando que a mí también me gustaría haceros un donativo. Ya sé que la senadora no lo vería con buenos ojos, pero con no decírselo...

Laura lo miró sonriente.

—Yo, desde luego, no se lo diré. Además, cualquier ayuda nos vendrá bien, porque tenemos en mente un proyecto de investigación que va a resultar caro.

Dos días después llegaba a la cuenta bancaria de la Fundación una transferencia anónima de seis millones de dólares.

—¿Sabes, Martin? Cada día me vuelvo más especial en mis gustos sobre ópera. Te diré que Verdi... bueno, no es de mis predilectos. En cambio he descubierto a Bellini. Pero el que de verdad me entusiasma es Wagner.

—¡Ah, Laura! Toda la música es bella. Bueno... casi toda. Y puedes encontrar un autor y un tema para cada momento. Me extraña que no hayas citado a Mozart entre tus preferidos. Su música es vivificante, como tú.

Estaban cenando juntos, como solían hacer tras asistir a una representación de ópera en el Met. Al observar como los ocupantes de una mesa próxima miraban con disimulo hacia ella, a Laura le vinieron a la memoria aquellas sus primeras visitas a los restaurantes de moda acompañando a Pietro y a María, cuando no era más que la tutora de la niña. Entonces miraba con curiosidad a los comensales buscando rostros famosos y se sentía feliz cuando encontraba alguno. Ahora sucedía al revés y era ella la que atraía las miradas. En su fuero interno se confesaba que la sensación que ello le producía no resultaba en absoluto desagradable.

—Gracias, Martin —rió—. Te estás convirtiendo en un adulator profesional.

—Bien sabe Dios que no, querida. Sólo digo lo que ven mis ojos. Ten por seguro que, si alguna vez encuentro algo que criticarte, no dudaré en hacerlo.

—Y yo no creo que te lo acepte. No estaré acostumbrada —rió de nuevo Laura—. Martin —continuó mientras lo miraba, todavía sonriente—, me gustaría seguir hablándote de ese proyecto de investigación que vamos a poder poner en marcha gracias a nuestro misterioso donante.

El hombre hizo un gesto de asentimiento.

—Ya te expliqué de qué se trataba. Básicamente consiste en saber más sobre la droga para ayudar en la prevención de su consumo. Pero no es de eso de lo que quiero hablarte, sino del edificio que va a albergar el proyecto:

quiero ponerle un nombre.

Martin Jagger se limitó a enarcar las cejas.

—Debería llamarse como tú —continuó Laura—. Llevar tu nombre y tu apellido, pero acepto que no es conveniente. Tu donativo ha sido anónimo y, caramba, ni a mí misma has sido capaz de reconocerme que tú eres el origen.

Martin continuó en silencio, aunque esa chispa que Laura ya conocía bien apareció en sus ojos.

—Bueno, el caso es que creo haber dado con la solución. Una vez me dijiste que el apellido original de tu familia era Jäger, que en alemán significa cazador... *hunter* en inglés. Nuestro edificio insignia va a llamarse «Pabellón Hunter».

1982 y 1983 transcurrieron sin sobresaltos. Laura había ido dejando cada vez más los asuntos de la «familia» en manos de Angelo Fantoni y de Geoffrey Samuelson. Ella sólo exigía estar continuamente informada. Semanalmente, si antes no se presentaba ningún asunto urgente, se reunía con ellos y pasaba revista a la marcha de los distintos negocios. A las reuniones acudían también Gianni Bordone, el segundo de Angelo, y Karla Raines como responsable del sector de la prostitución.

En cuanto a Elsa Stilian, Laura tenía en ella no sólo a la persona que estaba al tanto de todo, sino, y fundamentalmente, a una amiga en la que siempre podría confiar.

La exceladora seguía manteniendo intacto ese don que le permitía que nada le pasara desapercibido. Tanto de puertas hacia dentro como en lo que sucedía en el exterior, Elsa sabía siempre lo que estaba ocurriendo. Mantenía abiertos sus enlaces con la policía y con sus antiguos compañeros del cuerpo de prisiones y, aunque no se lo había confesado directamente a Laura, ésta sabía que gastaba una importante cantidad cada mes en el pago de sobornos. Ello le permitía mantener siempre alerta su vasta red de información.

Elsa se llevaba muy bien con Angelo y ambos se reunían con frecuencia para intercambiar información. «Esta mujer es increíble —le comentaba con frecuencia su segundo a Laura—. No hay nada que ella no sepa».

En cuanto a María, vivía completamente apartada de los negocios de la

«familia». Su vida se centraba exclusivamente en la Fundación y, más concretamente, en las labores de investigación que se desarrollaban en el Pabellón Hunter.

—No sé si te das cuenta, Laura —le decía emocionada—, pero nadie, nada más terminar la carrera, puede entrar a trabajar con los mejores sociólogos y psicólogos del mundo. Y te diré que debo de saber muchísimo, porque no te imaginas el caso que me hacen todos —concluía con buen humor.

Con la Fundación a plena marcha en todos sus frentes, Laura pasó a ocuparse cada vez más de aspectos representativos. Aunque asistía, como presidenta, a las reuniones de los diferentes órganos de gobierno, normalmente se limitaba a escuchar y a dejar hacer: ella había elegido a los directivos y confiaba en ellos.

Dedicaba una gran parte de su tiempo, y cada vez en mayor proporción, a trabajar para la Fundación de puertas para afuera. Bien para dar una conferencia, estar presente en alguna inauguración o simplemente para acudir a algún festejo, rara era la semana en que no tenía que ausentarse de la ciudad.

Fue conociendo a gente importante, individuos cuyo apoyo podría necesitar en algún momento. Comprendió que el ser famosa y estar en lo más alto de la ola hacía que muchas personas, incluso algunas de considerable influencia, se le acercaran mostrando grandes deseos de conocerla. Encendidas promesas de amistad caían sobre ella y Laura cumplía sonriente con su parte posando para la foto.

Conoció al alcalde de Nueva York, con el que posteriormente coincidiría con cierta frecuencia. Kenneth Merrill llevaba al frente de la corporación municipal desde hacía diecisiete años. De rostro rubicundo y expresión jovial, debía a la mezcla populista y a la vez rigurosa de su carácter las sucesivas muestras de confianza que le habían ido otorgando los habitantes de la ciudad. Para Laura era sólo una de las personas que habían contribuido a la muerte de su hermano.

Si entonces, quince años atrás, estuvo prácticamente convencida de que la redada que acabó con las vidas de John y de Giuseppe fue un pacto entre Merrill y don Cario Patrese, ahora ya no le cabía duda. Por su marido,

primero, y por Martin Jagger después, Laura supo de la estrecha relación entre ambos personajes, que era bien conocida en los sectores informados de la ciudad. Las campañas del alcalde, se decía, eran en gran parte pagadas con dinero de Patrese.

Incluso la senadora Butler, habitualmente mujer de exquisita discreción, le había dado a entender que Merrill no era trigo limpio.

—Es un hombre que no me gusta, Laura —le había dicho—. Y nada tiene que ver el que no sea de mi partido. Sus manejos con Patrese acabarán haciéndolo saltar por los aires.

La primera vez que fueron presentados, Laura tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para poder exhibir una sonrisa, aunque no pudo evitar el comportarse con frialdad.

—Señora Valenti —exclamó el hombre mientras tomaba la mano de la mujer entre las suyas—, no sabe cómo deseaba conocerla personalmente. En mi ciudad no se habla más que de usted y de su Fundación. Y le diré que su fama empieza a traspasar fronteras.

—Gracias, alcalde. Me alegro de poder contribuir al auge de «su» ciudad, que, por cierto, también es la mía.

Kenneth Merrill se quedó un momento en silencio y luego estalló en una sonora carcajada.

—Deberías tener cuidado con lo que dices, Laura —la amonestó más tarde Paul Preston, que la había acompañado aquella tarde—. El alcalde puede ser un mal enemigo.

—No te preocupes, Paul —fue la respuesta—. A las mujeres se nos permite decir esas cosas. Incluso hacemos gracia.

## 24

Nueva York, 1986

Laura se dio cuenta de que estaba sonriendo. Aquellos años dedicados a poner en marcha la Fundación que llevaba el nombre de su marido habían sido, en conjunto, los más satisfactorios de su vida, y no precisamente por su personal ascenso a los más altos niveles de la popularidad. Eso era algo que en ocasiones resultaba divertido, que con frecuencia halagaba su ego y que le permitía moverse en ambientes selectos y codearse con todo tipo de personajes famosos. Pero lo que de verdad recordaba Laura de esa época eran las horas de trabajo, los proyectos planteados con ilusión y los sueños compartidos.

Entró en contacto con personas que, como ella, no veían en la Fundación un puesto de trabajo sino una actividad con la que dar algo de sí mismos en beneficio de los demás. Conoció a hombres y mujeres cuya meta diaria era la de poder irse a dormir después de haber ayudado, aunque sólo fuera un poco, a sus semejantes.

Eran seres anónimos que nunca alcanzarían las cimas del poder; no les interesaban.

—Qué contradictorio es el ser humano —le comentó un día a Martin Jagger—. Está dirigido por los ambiciosos, mientras los que de verdad desean una humanidad mejor permanecen en la sombra.

—Así es, querida. Si esas personas ansiaran el poder dejarían de ser altruistas. Son conceptos contradictorios. Y si por un milagro llegaran a él cargados de buenas intenciones, durarían muy poco.

La sonrisa de Laura se amplió con el nuevo recuerdo del hombre. Él había sido, desde la muerte de su marido, el firme punto de apoyo siempre que ella lo había necesitado. Sin pedir nunca nada a cambio, Martin había

sabido estar a su lado en todos los momentos difíciles.

Se detuvo unos instantes a pensar en cuánto le debía. Aunque en su momento le pareciera una consecuencia lógica, después comprendió que sólo gracias a él había podido ocupar el puesto de Pietro Valenti al frente de la «familia».

Fue Steve Pate el que, pasado el tiempo, le relató la encendida defensa que Martin Jagger había hecho de su candidatura. Pate había estado presente en aquella reunión como jefe de uno de los clanes de la ciudad.

—Nadie estaba dispuesto a aceptar a una mujer entre nosotros —le había confesado Steve—. Y te diré que yo tampoco —había añadido con su habitual sinceridad y un gesto de disculpa—. Martin hizo valer toda su autoridad para convencernos. Incluso se ofreció como garante. Aun así te aceptamos sólo a prueba. Pero quédate tranquila: la has superado con creces. —Su expresión se animó—. Te has convertido en nuestra mejor relaciones públicas.

Martin Jagger había estado siempre presente cada vez que ella había necesitado apoyo o, simplemente, un oído atento. Había sido padre, amigo y amante... Aún hoy, transcurridos ya cuatro años, el don se resistía a reconocer, fiel a aquel particular sentido del humor, su millonaria aportación a la Fundación.

«Pero... ¡si hasta le debo la vida!», recapacitó Laura al recordar el empeño de Martin en que aceptara a Luciano Maffei como guardaespaldas.

Por todo ello, fue él la primera persona a la que ella llamó a principios de 1984.

Su sonrisa se borró por completo al recordar aquellos amargos días.

## 25

Nueva York, 1984

Laura colgó el teléfono con un gesto de preocupación. Eran ya las diez de la mañana y en el Pabellón nada sabían de María.

—Y me extraña —le había dicho Paula Giggs, compañera de trabajo y amiga de la joven—. Esta mañana habíamos quedado para ver un asunto juntas. Pero no se preocupe, señora Valenti; ya verá como llega en cualquier momento. En cuanto lo haga le diré que la llame.

La noche anterior Laura se había ido a la cama sin que María hubiera llegado a casa. No le extrañó en absoluto, pues, aunque no era frecuente, tampoco resultaba un hecho insólito.

Lo que sí le preocupó seriamente fue cuando, a la mañana siguiente, Ana, el ama de llaves, le comunicó que María no había pasado la noche en casa.

Llamó al Pabellón y también a la Fundación, por si acaso había decidido pasar por allí. Nadie sabía de ella.

Laura intentó tranquilizarse. «Seguro que hay una explicación», se decía; si María hubiera sufrido un accidente, ya lo sabrían, pues siempre llevaba la documentación en el bolso.

Procuró serenarse, leer unos documentos de trabajo... pero no pudo.

A las once estaba ya dispuesta a llamar a la policía cuando sonó el teléfono.

—¿Sí? —Laura se abalanzó sobre el aparato.

—Quiero hablar con la señora Valenti —dijo una voz al otro lado—. Dígale que es sobre su hija María.

—Yo soy la señora Valenti. Dígame qué le ha sucedido a mi hija.

—María está bien. —La voz sonaba lejana, como si estuviera acolchada—. La tenemos en nuestro poder y exigimos cinco millones de dólares por su



libertad. Si habla con la policía, ella morirá. Llamaré otra vez esta tarde.

—Oiga... oiga... ¡espere! —Laura miró impotente el auricular; la comunicación se había cortado.

Trató de calmarse, pero no pudo. Se clavó las uñas en la palma de la mano para obligarse a pensar y sólo consiguió que las lágrimas asomasen a sus ojos.

Miró nuevamente el teléfono y comprendió lo que tenía que hacer. Con mano temblorosa, marcó el número de Martin Jagger.

Media hora más tarde quedó constituido el que después recordarían, con una sonrisa, como el «gabinete de crisis». A Laura, Angelo Fantoni y Elsa Stilian se unieron Martin Jagger y su segundo, Arturo Art Cioni.

La presencia del don fue como un bálsamo para Laura. Su voz tranquila y sus ademanes pausados sirvieron para calmarla.

—Sosiégate, Laura; no va a pasar nada. María va a volver muy pronto contigo —fueron sus primeras palabras cuando llegó a la casa.

Se instalaron en el despacho de Laura en la planta baja. Era la misma habitación que siempre había utilizado Pietro Valenti y que su mujer conservaba sin haber hecho prácticamente ningún cambio.

—De momento sabemos muy poco. —Martin Jagger tomó la palabra cuando todos se hubieron sentado—. Pero ese poco es muy significativo: no se trata de profesionales. Al menos no de una banda organizada que haya llevado a cabo el secuestro de una forma meditada.

Laura lo miró con expresión interrogativa.

—Es evidente, querida. A nadie en su sano juicio se le ocurre planear el secuestro de la hija de uno de los jefes de una organización como las nuestras. Sabe que pase lo que pase no puede salirle bien. Y, en segundo lugar, si a pesar de todo se le ocurriera, lo que no haría de ninguna manera sería pedir un rescate tan ridículo. No —aseveró con un gesto—, no tratamos con profesionales.

—Y eso... ¿es bueno? —aventuró Laura esperanzada.

—Por una parte sí. Será más fácil que cometan un error. Pero por otra los hace imprevisibles y, por tanto, más peligrosos.

La implicación de las palabras de Martin Jagger caló rápidamente en la mujer.

—Entonces es malo, Martin. Aquí la única que corre peligro es María y es ella la que me preocupa.

—Tomemos el lado bueno, Laura —intervino Angelo Fantoni—. Al no ser profesionales será más fácil llevarlos a nuestro terreno. Propongo que negociemos sobre la base de que vas a pagar el rescate y de que...

—¡Pues claro que estoy dispuesta a pagar el rescate! —interrumpió Laura—. No hay cantidad de dinero que valga lo que la vida de María.

—Evidentemente —terció de nuevo Martin Jagger—. El problema es que no resulta tan sencillo. No siempre el pago del rescate garantiza la vida del secuestrado; y perdona que lo diga con tanta rudeza, Laura, pero es necesario que todos sepamos a qué atenernos. De momento propongo que se acepten sus condiciones, que volquemos todas nuestras fuerzas en averiguar su identidad y, por supuesto, que no digamos nada a la policía.

—Parece razonable —asintió Laura con un suspiro—. Desarrollemos un plan.

María empezaba a estar asustada, aunque fundamentalmente lo que estaba era incómoda e indignada. Cuando no había nadie con ella permanecía encerrada en un cuarto de baño que carecía de ventanas. Aunque había intentado convertir una toalla en una suerte de almohadón, sentía el cuerpo dolorido.

Se recriminaba a sí misma el sentimiento de alivio que le producía el oír que alguien se acercaba a la puerta y la abría. Por lo general era para trasladarla a una habitación en la que, al menos, podía sentarse cómodamente.

Durante las horas de soledad se entretenía en rebuscar entre los conceptos aprendidos en su carrera universitaria sobre la manera de tratar a personas como sus secuestradores.

«Tienes que ir poco a poco —se decía—. Sobre todo tienes que lograr que se involucren contigo, que te miren como a una persona, como a alguien próximo».

El que los dos hombres convivieran durante largas horas con ella convencía a la muchacha de algo que ya intuía: George y Billy no eran

profesionales; de otra manera no habrían facilitado esa intimidad con ellos.

George Bernstein era un antiguo conocido de María. Había entrado en contacto con la Fundación a través de uno de los programas de reinserción de presos promovidos por la senadora Butler. Su relación con la droga empezó a través del consumo; después se convirtió en distribuidor para poder pagarse su adicción. Ya en prisión se había sometido a un tratamiento de desintoxicación que luego pasó a completar, a su salida, en la Fundación Pietro Valenti.

María lo había entrevistado dentro de uno de los proyectos que se desarrollaban desde el Pabellón Hunter: concretamente el de establecer una tipología psíquica y social de las personas que se sentían atraídas por la droga.

En aquellos días María y George habían congeniado. El hombre tenía veinticinco años y era atractivo y desenfadado, aunque con una evidente carga de cinismo. En sus conversaciones la llamaba «bonita», lo que terminó por hacer gracia a la joven. Se prestó a los interrogatorios con buen humor, aunque en un par de ocasiones había dado plantón a la muchacha. María detectó rápidamente en él un carácter inestable, con percepciones ambiguas de la realidad.

No había vuelto a verlo hasta el día anterior. María había ido a la Fundación para consultar unos documentos y a la salida había coincidido con George. El hombre seguía asistiendo a los talleres de la entidad para completar unos cursos de formación profesional dentro de su programa personal de rehabilitación.

La muchacha se encontró llevándolo a casa en su automóvil; no le suponía un desvío sustancial y el hombre había aceptado encantado el ofrecimiento. A lo largo del trayecto hablaron de todo un poco y María se lamentaría más tarde de no haber sido más perspicaz. En su compañero de viaje se produjeron sutiles cambios de comportamiento: sus respuestas empezaron a ser menos fluidas y su conversación más inconexa; tenía los pensamientos en otra parte.

Al llegar a la casa, la joven cometió su segundo error: aceptó la invitación de George de subir un momento. «Te invito a una cerveza y te presento a Billy. Comparto con él el apartamento». Estuvo tentada de negarse, pero su

formación de psicóloga pudo más: no quería menoscabar la seguridad en sí mismo del hombre.

En el piso se encontraba el compañero de George. Éste lo presentó simplemente como Billy, sin decir el apellido. Sirvieron a María una cerveza y la dejaron sola unos momentos. Mientras esperaba, entretenida en estudiar la pequeña habitación, espartana pero limpia, pudo oír sus voces apagadas, aunque no fue capaz de distinguir las palabras.

Cuando los dos hombres regresaron, María les sonrió, aunque su gesto no fue correspondido; aquellos rostros estaban serios.

—No quiero que te asustes, bonita, pero no vas a poder irte de aquí hasta que nos paguen un rescate.

María los miró con la sonrisa aún congelada en su rostro. No acababa de comprender lo que le estaban diciendo.

—Quiero decir que te hemos secuestrado y que tu rica mamá va a tener que dar un buen dinero para que vuelvas con ella.

—La vieron salir ayer por la tarde de la Fundación. —Angelo Fantoni estaba dando el parte al «gabinete de crisis», que se había vuelto a reunir a las cuatro de la tarde—. Estuvo en la sección de Archivos comprobando unos datos y se fue alrededor de las siete. El guarda de la puerta la recuerda. Y tenemos otro testigo: Marion Sims, una asistente social, la vio subir a su coche. Dice que iba acompañada, aunque no puede decir por quién. Sí recuerda que era un hombre y, por la imagen que conserva de él, más bien joven. —Angelo paseó la mirada entre los presentes—. Seguramente alguien más debió de verlos y seguimos haciendo averiguaciones. De momento con discreción, porque no podemos levantar la liebre.

—Se me hace muy difícil creer que esa persona sea su secuestrador —terció Art Cioni—. A nadie se le ocurriría hacerlo ante tantos posibles testigos que conocen perfectamente a María.

—Yo no estaría tan seguro. —La voz de Martin Jagger atrajo la atención de todos—. Empiezo a pensar que nuestro hombre tomó la decisión casi sobre la marcha. En un secuestro premeditado se escoge un lugar que ha sido cuidadosamente seleccionado y que es cotidiano para la víctima. María

trabaja a diario en el Pabellón y acudía sólo esporádicamente a la Fundación. De hecho, por lo que sabemos, no le había dicho a nadie que pensaba visitar los Archivos ayer por la tarde. —Guardó unos momentos de silencio mientras meditaba—. Cada vez estoy más convencido de que tendremos que buscar en casa, Laura: alguien relacionado con la Fundación y que conocía a María. Probablemente un drogodependiente.

—Si no fuera porque no estoy para bromas, te pediría que nos dieras ya nombre y apellido. —Laura le dirigió una cansada sonrisa—. Gracias, Martin. Si estás en lo cierto el círculo se estrecha.

—Tengo el listado de las personas que trabajan para la Fundación o tienen relación con ella. —Angelo Fantoni señaló con un gesto el portafolios que había depositado sobre la mesa—. Podemos tratar de seleccionar a las que hayan podido tener conexión con María.

—Perfecto. —Laura parecía más animada—. Imagino que del coche no se sabe nada —añadió mirando a Elsa Stilian.

—No, pero aún es pronto. Todos los policías de la ciudad tienen la matrícula y la descripción. Y saben que es de máxima prioridad. Le deberé un favor al jefe Jones.

—Ahora debemos centrarnos en lo que le dirás a nuestro hombre cuando llame —terció de nuevo Martin Jagger—. Lo que de ninguna manera podemos permitir es que se ponga nervioso o se sienta acorralado...

—He vuelto a hablar con tu mamá. —La voz de George Bernstein sonaba casi alegre—. Me parece que empieza a gustarme. Está deseando darme los cinco millones y que vuelvas pronto con ella.

Eran poco más de las siete de la tarde y María acababa de ser liberada de su encierro en el cuarto de baño. Por lo que había podido ir intuyendo, cuando George estaba en la casa permitía su salida. Bill, por el contrario, mostraba poco interés por ella. Era un personaje taciturno y silencioso de unos treinta años de edad. Se limitaba al imprescindible intercambio de palabras para hacerse entender y era inmune a los intentos de acercamiento de la joven.

María lo catalogó rápidamente; en sus trabajos en el Pabellón había ya tratado con varios como él. Se trataba de personas sin motivación alguna, obsesivas en ocasiones y que acababan cayendo en la droga en un porcentaje

muy elevado. Era sencillo un diagnóstico precoz, incluso durante su infancia, y constituían uno de los tipos en los que se centraban los estudios en el Pabellón Hunter.

—No paraba de preguntar por ti —continuó George mientras sacaba una lata de cocaola de una bolsa y se la pasaba a María—. Y de repetir tu nombre: María... María... Parecía la canción de *West Side Story*. —El hombre emitió una risa celebrando su propio chiste—. He quedado en volver a llamar mañana para hablar de la entrega del dinero. He visto en el cine que hay que dar tiempo para que se pongan nerviosos. Luego, ¡zas! —acompañó sus palabras con un chasquido de los dedos—, los tienes en tu poder.

Bill los observaba sin aparente interés desde un rincón de la habitación. Había cogido al vuelo la lata de cerveza que le había lanzado George y aún la mantenía en sus manos, sin abrir.

María los contempló sin apasionamiento. Una parte de ella seguía indignada y molesta, incluso temerosa, pero cada vez era más fuerte su impresión de que podía controlar la situación, de que todo aquello no era sino una obra de teatro en la que el guión estaba aún por escribir. Aunque sabía por sus estudios que no era fácil el control de una voluntad ajena, en aquellos momentos se sentía capaz de influir en la de George, capaz de moldearla para conseguir la libertad.

Era una sensación que aceleraba su pulso, que en cierto modo la enardecía; similar, pensó, a la de un jugador de ajedrez al sentarse frente al tablero. Procuró serenarse, porque era consciente de que no podía cometer ningún desliz y de que debía ir tanteando, paso a paso, el terreno que pisaba.

Y, ante todo, tenía que ir despacio.

Con un tono de voz que pretendió ser casual se dirigió al hombre que, todavía sonriente, se sentaba frente a ella.

—George, ahora me gustaría que me contaras cómo se te ocurrió la idea de secuestrarme.

—Es cuestión de tiempo que averigüemos quién es, Laura. —Angelo Fantoni intentaba tranquilizarla—. El coche ha aparecido en un aparcamiento del Bronx, aunque eso no nos dice demasiado. Con toda probabilidad lo han

llevado allí los secuestradores. Podemos pedir a la policía que analice las huellas, pero sería abrir el tarro que pretendemos mantener cerrado. Lo haremos en último extremo, aunque espero que podamos resolverlo antes.

Laura estaba muy cansada. Había pasado la noche prácticamente en vela y, a pesar de la insistencia de Elsa, no había querido tomar nada para dormir. Ahora lamentaba la decisión.

—Ojalá tengas razón, Angelo; no sabes cuánto lo deseo. Te diré que nunca había sentido una sensación de impotencia semejante. Esperar sin poder hacer nada, mientras otras personas juegan con tu vida, es... no sé cómo decírtelo... realmente insoportable.

Laura miró el reloj. Eran las nueve y diez de la mañana. Martin Jagger había quedado en acudir pronto a la casa para mantener una nueva reunión previa a la llamada de los secuestradores. El hombre que llamaba por teléfono —aunque su voz sonaba suavizada, Laura tenía la seguridad de que había sido siempre el mismo— había dicho que volvería a ponerse en contacto alrededor del mediodía para acordar la entrega del dinero. La mujer recordó que la primera llamada había sido el día anterior a las once de la mañana. «Menos de un día —pensó— y parece que han pasado cien años».

—Y de las personas que hubieran podido tener relación con María, ¿se sabe algo? —preguntó a Angelo.

—Estamos en ello. Ahora mismo hay equipos investigando en el Pabellón y en la Fundación. Martin y Art Cioni se llevaron una copia del listado para investigar entre aquellos que, siguiendo la teoría de Martin, hayan pertenecido al mundo de la droga. Pronto sabremos algo, ya lo verás.

—Eso espero —murmuró Laura mientras hacía un esfuerzo por sonreír. Su mirada se dirigió a Elsa, que, en ese momento, entraba en la habitación llevando una bandeja con una gran cafetera y una jarra con zumo.

—He hecho el café muy fuerte —comentó mientras depositaba su carga en el centro de la mesa—. Me parece que lo vamos a necesitar. Sobre todo tú, querida —sonrió mientras señalaba a Laura con su dedo índice.

La mujer empezaba a llenar una de las tazas cuando se oyó el timbre de la puerta. Fue una llamada insistente, mantenida. Pasados unos instantes volvió a repetirse. Laura notó que se sobresaltaba, contagiada por la ansiedad que transmitía aquel timbrazo. Su mirada se cruzó con la de su amiga, que

mantenía la cafetera en el aire con la taza a medio llenar. También Elsa comprendía que algo estaba a punto de suceder.

Los tres escucharon los pasos de Peter, el mayordomo, que se dirigía a abrir la puerta. Sonaban más rápidos que de costumbre; también su flema británica se había visto alterada.

Unos instantes después Martin Jagger entraba en la habitación. Tras él lo hacía su segundo, Art Cioni.

La profunda voz del don se escuchó sin dificultad; el silencio era absoluto y todos estaban pendientes de ella.

—Acabo de enterarme y he preferido venir en lugar de llamar por teléfono. Unos minutos de diferencia a cambio de ver tu expresión. —Posó la mirada en Laura mientras sus labios se distendían en una amplia sonrisa—. Creemos haberla localizado. Sabemos dónde está María.

—... y ahora hay dos hombres turnándose en la vigilancia, pero todo un equipo está listo para entrar en acción en cuanto se dé la orden. —Art Cioni estaba terminando su exposición, concisa y profesional, que todos habían escuchado sin interrumpir.

Había relatado como, a partir del listado facilitado por Fantoni, se había pasado el nombre de todos los posibles sospechosos a la red de distribución de Martin Jagger. Eran algo más de cuarenta las personas que cumplían los requisitos: tener relación con el mundo de la droga, estar o haber estado en contacto con la Fundación Pietro Valenti y conocer a María.

A las nueve de la mañana llegaba la respuesta. Un camello de la zona oeste del Bronx había visto entrar a George Bernstein en su casa dos días antes por la tarde. Le acompañaba una mujer joven que perfectamente podía responder a la descripción de María. El coche del que se habían bajado también se correspondía con el de la muchacha y el *parking* donde se había descubierto el automóvil no se hallaba lejos de la casa.

—De momento parecen todos datos circunstanciales —prosiguió Cioni —, pero creo que no nos equivocamos. —Consultó el papel que tenía delante —. Bernstein comparte el piso con otro drogodependiente, también exconvicto, llamado Bill Cochran. No parece que haya nadie más. Bernstein



estuvo en la Fundación el día en que desapareció María y se cree que pudo irse más o menos a la hora en que lo hizo ella.

—Me da miedo que se den cuenta de que están siendo vigilados y piensen en hacerle daño a María.

—Precisamente por eso, Laura, tenemos que actuar con rapidez —repuso Martin Jagger—. Hay que aprovechar la salida de la casa de uno de los secuestradores. Yo creo que lo mejor es caer entonces sobre él y obligarle a facilitarnos la entrada. Es lo más seguro para María.

—Ella es lo único que importa. Confío en vosotros y en ti, Angelo —su mirada se posó en su segundo—, para que decidáis lo mejor. Sé que acertaréis. Y en cuanto a los secuestradores... —dejó la frase en suspenso.

—Son también cosa nuestra. —La voz de Martin Jagger se dejó oír de nuevo—. Se han enfrentado a nosotros y eso se paga.

—De acuerdo, pues. —La voz de Laura rompió el silencio que se había hecho tras la declaración del don—. Son las diez y diez —añadió consultando el reloj—. Esperamos su llamada para eso de las doce. Si tal como pensamos no telefonan desde la casa, puede que sea ése el momento de actuar.

Martin Jagger asintió e hizo un gesto a su segundo.

—Con tu permiso, Laura. —Art Cioni señaló el teléfono mientras se levantaba de su asiento.

El timbre sonó antes de que la mujer tuviera tiempo de responderle. La tensión mantenida y lo inesperado de la llamada hicieron que todos se sobresaltaran. Art Cioni quedó como suspendido a medio camino en su intento de abandonar el asiento y las miradas de Laura y Elsa se cruzaron alarmadas.

—Yo contestaré —dijo por fin Laura. Se levantó mientras inspiraba profundamente, aunque no consiguió calmarse.

—¿Sí? —Trató de que su voz sonara firme.

Los presentes, a los que Laura daba la espalda, notaron como se estremecía mientras escuchaba. Más tarde Elsa le diría que siempre recordaría el momento en que se volvió hacia ellos con el auricular aún junto a su oído: los ojos se le habían llenado de lágrimas y la voz fue apenas audible.

—Es María —dijo.

## 26

Nueva York, 1986

Laura notó, al igual que le sucediera entonces, que había lágrimas en sus ojos. El recuerdo del momento en que escuchó la voz de María a través del teléfono había vuelto a emocionarla. Si entonces sintió una gran sensación de alivio, ahora, al rememorarlo, fue un sentimiento de ternura el que la invadió.

María había intentado aparentar serenidad, pero Laura había percibido en su voz todos los matices de las emociones acumuladas durante aquellos dos días.

—Laura, soy María —había dicho—. Estoy bien. De verdad. No tenéis que preocuparos. Me han liberado y pronto estaré otra vez en casa.

Fue entonces cuando ella se dio la vuelta y dijo con voz apenas audible: «Es María».

Cogió un pañuelo de papel del tocador y se secó con cuidado las lágrimas. Tras comprobar el maquillaje en el espejo miró nuevamente la hora: aún disponía de quince minutos. Se asombró de lo despacio que estaba pasando un tiempo en el que ella estaba rememorando toda una vida.

Volvió a la butaca y, ya sonriente, recordó el resto de su conversación con la hija de Pietro Valenti. Aunque María no entró en detalles, Laura sí pudo hacerse una idea de lo sucedido: la joven, simplemente, había negociado por su cuenta y había llegado a un acuerdo.

—... y necesito la completa seguridad de que a ellos no va a pasarles nada. Tienes que prometérmelo. —María parecía ya más tranquila y su voz sonaba perentoria.

—Claro que sí, querida. Tienes mi promesa. Ahora, por favor, ven cuanto antes.

Laura sonrió de nuevo, ahora abiertamente, al recordar la disputa que

mantuvo con Martin Jagger cuando le comunicó la exigencia de María. Si el don aceptó casi de inmediato que Art Cioni llamara por teléfono para evitar cualquier actuación momentánea contra los secuestradores, no fue fácil convencerlo para que renunciara a tomar represalias. La discusión, mantenida al día siguiente del regreso de María, fue el momento de más tenso enfrentamiento que Laura había tenido con Martin en los diez años de relación mutua.

—Nuestro código nos lo impide —insistía—. Nadie que atente contra nosotros o nuestras «familias» puede quedar impune. Y además el castigo tiene que hacerse público, para que sirva de ejemplo.

—Es María la que me importa, Martin. Es mi hija. —Laura notaba que su voz sonaba inusualmente alta—. De ninguna manera voy a permitir que se sienta defraudada en lo que ella considera su victoria personal o que piense que la he traicionado. Aquí no hay código que valga. Y no pienso transigir.

Por un instante los ojos de Martin Jagger se fruncieron y sus labios se convirtieron en una fina línea. Laura nunca había visto al hombre realmente enfadado, aunque en aquellos breves instantes tuvo una clara visión de por qué nadie quería tenerlo como enemigo.

Pero la mujer estaba enardecida y la expresión de él no le hizo aminorar su ímpetu.

—Ponte en mi lugar, Martin, y comprenderás que tengo razón. Si tu propia familia, si tu propio orgullo como persona no pueden estar por encima de ese código vuestro, coincidirás en que tenéis que revisarlo. —Respiró hondo tratando de calmarse—. Martin —la voz de Laura se suavizó—, recuerdo muy bien que una vez me dijiste que si no hacemos aquello que creemos que debemos hacer no podremos luego convivir con nosotros mismos. Y no es ahora mi ego el que está en juego, sino el de María. Piénsalo, por favor. Te garantizo que ella es de lo mejor que he conocido en mi vida... y soy capaz de todo por preservar su felicidad.

Martin Jagger se mantuvo unos instantes en silencio mientras contemplaba a Laura.

—Debo de estar haciéndome viejo, o tal vez tú eres demasiado fuerte para mí... o quizá te quiero demasiado —añadió con una sonrisa que finalmente distendió su rostro—. Espero que sea lo tercero. —Su mano golpeó el brazo

del sillón—. De acuerdo entonces; esos hombres vivirán.

«Esos hombres vivirán», recordó ahora Laura. Palabras que entonces sonaron como algo normal pero que, aisladas, expresaban el inmenso poder de personas como Martin Jagger... o como ella misma.

El mismo día en que regresó a casa, María le había relatado, casi paso a paso, la conversación que, la tarde previa a su liberación, había mantenido con George Bernstein. Laura había escuchado atenta, feliz de ver a la joven sentada de nuevo frente a ella. María tenía necesidad de hablar, de contar sus experiencias y, sobre todo, de sentirse querida. Laura descubrió que era una magnífica narradora y comprobó una vez más la extraordinaria personalidad y la despierta inteligencia de la hija de Pietro Valenti.

María había ido llevando poco a poco a George Bernstein al terreno que a ella le interesaba. Le había dejado hablar sin más interrupciones que algún que otro golpe de timón para mantenerlo en el camino buscado. Bill Cochran permanecía ajeno en un rincón de la habitación y María sólo reparaba en él cuando el hombre se levantaba para ir a la cocina a por una nueva lata de cerveza. La joven no habría podido decir si escuchaba lo que ella y George hablaban.

Se hizo de noche sin que a nadie se le ocurriera encender una luz y la escena, con sólo la cambiante iluminación de la calle, adquirió tintes surrealistas.

Poco a poco María fue introduciendo en la mente de George lo inútil de su secuestro ante el inmenso poder de aquellos a los que se enfrentaba. Descubrió, como ya imaginaba, que el hombre ignoraba de quién era hija. «Yo sólo sabía que tu madre tiene mucho dinero», repetía George.

Pasadas las diez de la noche el acuerdo estaba casi alcanzado: María sería puesta en libertad con el compromiso de que ella se ocuparía de garantizar la seguridad de los dos hombres. También se comprometía a entregarles medio millón de dólares como pago del rescate.

—Ahí te has pasado, María. —Laura hizo un gesto negativo con la cabeza—. Bien sabe Dios que pueden darle gracias por seguir vivos.

—Ponte en mi lugar. Lo que yo quería era acabar con aquello cuanto antes. Les dije lo mismo que tú, que bastante tenían con salir bien librados, pero dejé abierta la puerta a la negociación. En todo momento tenía que

parecer que la última palabra era la de él.

Por un momento, ambas mujeres se miraron. Luego, en el rostro de María se fue dibujando una expresión de inocencia que Laura conocía muy bien.

—Y... por cierto, George me dijo que había pedido cinco millones por mi libertad. ¿Es verdad? —Laura asintió—. Pues deberías felicitarme: he conseguido una rebaja del noventa por ciento.

El recuerdo de aquellas palabras hizo que Laura riera como lo había hecho entonces. Habían pasado ya dos años desde el secuestro y había imágenes que se le antojaban muy cercanas mientras otras parecían ya diluirse con el paso del tiempo. Pero entre todas la que con mayor fuerza se le aparecía era la de las dos riendo felices después de aquellos días de tenso sufrimiento.

El tema del pago del rescate fue objeto de otra ardua discusión entre Laura y Martin. Esta vez el hombre parecía realmente furioso.

—Ah, no. De ninguna manera. Bastante es que se vayan de rositas para que, además, los hagamos ricos. Esta vez comprenderás que tengo razón.

—Vuelvo a decirte que aquí no se trata de ver dónde está la razón, sino de algo mucho más importante y que se llama María Valenti... e imagino que el apellido debe de decirte algo. Ella ha dado su palabra y, en nuestro código, también eso es sagrado. Me ha dicho que no estaría bien que ahora se volviera atrás. Martin —Laura le cogió la mano—, en todo este asunto la decisión no nos corresponde a nosotros; le pertenece exclusivamente a ella. Y yo creo que ha tomado la correcta. —Le sonrió con cariño—. Y algo me dice que, a pesar de todas tus protestas, tú piensas lo mismo.

Finalmente George y Bill habían recibido su medio millón. Pero lo hicieron con una condición impuesta por Martin Jagger: debían abandonar el Estado y no volver jamás. Junto con el dinero se les facilitaron dos billetes de avión a Los Ángeles.

Al día siguiente de su partida, Laura le comentó a María:

—Bueno, creo que todo ha terminado bien. Martin parece haberse conformado con mandarlos al exilio.

La joven le devolvió una mirada divertida.

—Los hombres son muy fáciles de manejar. Basta con dejarles decir la última palabra.

Nueva York, 1985

Stephan, el hermano de Laura, había cumplido aquel día treinta años. El más joven de los Di Mato se había casado hacía dos y, a raíz de su boda, sus relaciones con Laura, que se habían ido perdiendo, retomaron el pulso.

Laura se fue dando cuenta del progresivo alejamiento que entre ella y su familia se había ido produciendo con el tiempo. Había momentos en los que se reprochaba a sí misma ese distanciamiento y hacía un esfuerzo por estar más en contacto con ellos, pero en otros comprendía que aquellos lazos que los habían unido no tenían ya la misma fuerza.

Tal vez porque su vida y sus intereses no tuvieran ya nada en común con los de sus padres, o quizá porque ella seguía recordándoles unos tristes momentos que preferían olvidar. El hecho era que las visitas a la que fuera su casa se habían espaciado y las llamadas telefónicas también se habían visto reducidas a las que se hacían en días señalados.

La mujer también aceptaba en su fuero interno, aunque tratara de negárselo a sí misma, que en la actitud de sus padres había un reproche hacia lo que ella era y, sobre todo, representaba.

Lo confirmaba el hecho de que cuando, en alguna ocasión, les había ofrecido dinero o les había insinuado que no dudaran en pedir lo que les hiciera falta, la respuesta había sido un orgulloso «no, gracias; tenemos todo lo que necesitamos».

Stephan, su hermano, había aparentemente seguido en su relación con Laura la línea de actuación de sus padres. Era un hombre guapo y, físicamente, muy parecido a su madre pero, como Laura fue descubriendo, de carácter débil. Tenía apenas trece años cuando su hermano John fue asesinado y su hermana llevada a la cárcel. Su madre tendió entonces sobre él

un obsesivo manto protector que había bloqueado su moldeable voluntad. Vivió en casa de sus padres ayudando en el negocio familiar hasta que, finalmente, a los veintiocho años se había casado.

Su mujer, de ascendencia irlandesa, resultaba atractiva y simpática en el trato, aunque, como Laura pronto descubrió, era en igual medida ambiciosa y carente de escrúpulos.

Al poco tiempo de la boda quedó claro que Stephan quería reanudar las relaciones con su hermana, pero también fue evidente para Laura que la que estaba detrás de ese renovado interés era Pat, su mujer.

El nuevo matrimonio no tuvo recato en pedir y aceptar un préstamo para la apertura de un negocio: Pat se proponía instalar una tienda de lencería de lujo en la que pudieran adquirirse las mejores marcas, tanto americanas como europeas. Aunque en teoría el negocio iba a ser compartido, cada vez fue más patente que era ella quien llevaba las riendas y, si bien como persona no le resultaba excesivamente grata, Laura hubo de reconocer que Pat, como empresaria, sabía lo que se hacía. En cuanto a Stephan, parecía aceptar con naturalidad el dominio que sobre él y sobre su vida ejercía la mujer. Acostumbrado a que alguien decidiera por él, su destino simplemente había cambiado de manos.

Pat había aprovechado la popularidad de Laura para dar a conocer su tienda. La llamaba con regularidad cada vez que veía una posibilidad de ser invitada a una fiesta o de poder ser presentada a alguien importante. Laura quería a su hermano y se avenía con buen humor a introducir en sociedad a su ambiciosa esposa.

Para celebrar el treinta cumpleaños de Stephan, Pat había sido por una vez sensata y se había conformado con dar una pequeña fiesta privada para familiares y amigos íntimos. Laura se había reencontrado con sus padres y, quizá por hacerlo en un terreno neutral, entre los tres había vuelto a fluir esa corriente de confianza y cariño aparentemente estancada. Se habían sentado juntos y, ajenos a los demás, habían recuperado durante un largo rato esa sensación de intimidad que ya parecía olvidada.

—La verdad es que lo he pasado bien —le dijo a María mientras regresaban a casa—. He encontrado a mis padres mejor de lo que esperaba. Sobre todo a mamá.

—Es cierto. Estaba muy guapa; y parecía animada.

—¿Y tú? ¿Te has aburrido mucho?

—No, qué va. Ese francés... Jean-Pierre, es muy simpático.

—Y muy guapo, por cierto —añadió Laura con una sonrisa—. Pero ten cuidado con los franceses. Son maestros en el arte de enamorar; y éste además es experto en ropa interior. Un verdadero peligro... Y, ¿qué tal con mi cuñada Pat?

—Bueno... ya la conoces. Al principio ha estado un poco pesada. Ya sabes: fiestas, personas, planes... Pretendía que fuera a visitarla a la tienda. Y que llevara a gente de la Fundación. Incluso ha pretendido fijar un día.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Le he hablado de la importancia de las relaciones sociales en la filosofía de Proust. Y cuando he sacado a colación a Schopenhauer, ¿sabes lo que ha hecho?

—No, ¿qué? —Laura no podía contener la risa.

—Pues ha dicho que iba a por un gintonic y no la he vuelto a ver en toda la tarde.

La jefatura de Laura al frente de la «familia» Valenti no era ya cuestionada por nadie y su presencia era aceptada como la de uno más en todas las reuniones. Si alguno de los capos llegó a albergar alguna duda, la decidida posición de Martin Jagger había contribuido a acallarla. Por otra parte, en las distintas «familias» imperaba un evidente pragmatismo y cuando todos comprobaron que Laura no sólo no creaba problemas sino que incluso resultaba positiva para la imagen de la corporación, cualquier postura en su contra fue rápidamente relegada al olvido.

Las frecuentes reuniones que celebraban los jefes del sector al que pertenecía su «familia» se habían convertido para ella más en ocasión de estar con sus amigos que en citas de negocios. Martin Jagger acudía con su abogado y alguno, o los dos, de sus hijos. Steve Pate, que, vencidos sus recelos, era divertido y amable, lo hacía con su asesor y Steve West, el sustituto de Joe Bresciani, aparecía generalmente acompañado por su segundo.



West se había revelado como una persona fiable y que se atenía estrictamente a la ocupación territorial que tenía asignada. Sentía un temor reverencial por Laura y la trataba con un respeto rayano en la sumisión. Sin duda aún conservaba viva en su mente la salida de la mujer del despacho de Joe Bresciani, convertida en ángel vengador.

Laura había asistido también a varias reuniones en las que se hallaban representados todos los sectores en que estaba dividida la ciudad. A ellas acudían un máximo de dos representantes por sector y, aunque en ninguna ocasión había ido sola, sí lo había hecho acompañando a Martin Jagger o a Steve Pate.

En esas reuniones siempre había estado presente Cario Patrese. El aura que rodeaba al don producía en ella sensaciones que podían llegar a ser dolorosas. El recuerdo de que aquel hombre era el causante de la muerte de John y Giuseppe era algo que Laura nunca olvidaba, pero que se convertía en una presencia ominosa cuando estaba Patrese cerca. La mujer tenía que hacer un tremendo esfuerzo para no dejar traslucir sus sentimientos al cruzar su mirada con aquellos ojos fríos y acuosos, carentes de vida.

En las reuniones, Patrese era tan acerado como su físico. Hablaba poco y lo hacía de una forma precisa y cortante, sin la menor concesión al oponente. Rara vez eran discutidas sus tesis. Tan sólo Martin Jagger y Karl Schulz, otro don histórico, se permitían hacerle alguna objeción. Con todo, Laura había de reconocer que la mente de Patrese, aunque fuera de una forma maligna, era penetrante como un bisturí.

En una de aquellas reuniones Laura había tenido una larga intervención. En ella proponía que se adoptaran acuerdos para mejorar la situación de las mujeres que trabajaban para las distintas organizaciones en el negocio de la prostitución.

—Tenemos que ofrecer una mejor cara —había dicho—. Será bueno para el negocio, para nuestras relaciones con la policía y para las chicas que trabajan con nosotros. Nuestra «familia» lleva ya un tiempo actuando bajo esos parámetros que propongo que todos adoptemos. Los resultados han sido incuestionablemente positivos.

Durante su exposición, la mirada de Laura se había cruzado con la de Patrese y, siempre que lo había hecho, los ojos del hombre estaban fijos en

ella. Nada en ellos ni en la expresión de su cara denotaba que estuviera a favor o en contra de lo que estaba escuchando. Por momentos Laura hasta dudaba de que fuera real: sus ojos ni siquiera parpadeaban.

Cuando terminó, un murmullo aprobatorio se oyó entre los presentes. Martin Jagger incluso golpeó suavemente el borde de la mesa en señal de aplauso. Pero fue la reacción de Cario Patrese la que inconscientemente buscó Laura con su mirada. Fue algo que después se reprocharía a sí misma, pero que en aquel momento puso de manifiesto hasta qué punto aquel hombre suponía una obsesión para ella.

El don se limitó a apartar la mirada y a murmurar unas palabras con su hombre de confianza. Después, en la votación, su postura fue afirmativa y ello le produjo a Laura una extraña satisfacción, aunque más tarde tampoco sabría encontrarle explicación.

Con Jennifer Butler las relaciones de Laura eran ya de franca amistad. La senadora incluso se había atrevido a insinuarle que se desligase por completo de la «familia» Valenti y se dedicase exclusivamente al desarrollo de la Fundación.

—No tienes nada que ganar perteneciendo a ese mundo, Laura. Además, no entiendo por qué sigues. Creo que ya te conozco lo suficiente; ¿qué tienes en común con ellos?

Laura la miró unos instantes antes de contestar. Luego habló casi para sí misma.

—Es curioso cómo el paso del tiempo puede cambiar nuestros puntos de vista. Hace ya bastantes años era yo la que le decía algo parecido a mi marido. Después fui comprendiendo que aquella era su vida y por último acabé admirando su manera de hacer las cosas. No quiero decirte con ello que esté especialmente orgullosa con lo que hago —sus ojos se posaron en los de la senadora—, pero sí que intento hacerlo con la mayor dignidad posible; y que de ello obtengo satisfacción. Tampoco voy a intentar defender el ambiente en que me muevo, pero sí te diré que no es peor que otros. Es... no sé cómo decirlo... más atávico, más rudo... pero tiene a cambio una serie de normas no escritas que todos aceptan.

—Laura... todo eso puede ser cierto; no voy a entrar a discutirlo. Lo que es evidente es que ni tú ni tu imagen ganáis nada perteneciendo a él. Tienes ahora en tus manos algo que es sin duda mucho más gratificante y mucho más provechoso para tus semejantes. No vayas a tirarlo por la borda. Tu posición puede verse seriamente dañada por tus otras actividades.

Laura sonrió con afecto a la senadora. Jennifer Butler estaba aconsejándole que cuidara su imagen cuando ella no había tenido reparo en poner en peligro la suya al ofrecerle su amistad. Sus enemigos políticos no dudarían en utilizar contra ella esos lazos cuando fuera necesario.

—Algún día te contaré qué fue lo que me hizo luchar por ocupar el puesto de mi marido. Lo que sí te digo es que acabaré dejándolo. Quédate tranquila.

La senadora le devolvió la sonrisa.

—Espero que sea pronto. Porque además te diré una cosa —la sonrisa se intensificó—: Aparte de todo, es ése un mundo que no te va nada. Es demasiado brusco, demasiado cruel. En resumen: es asquerosamente machista. Déjasele a los hombres.

A finales de noviembre Paul Preston recibió una llamada en la Fundación. Era Rose Karlson, la popular periodista, preguntando por Laura. Quería contar con ella para uno de sus próximos programas de entrevistas televisadas.

—Me ha dejado su teléfono; quiere que la llames —le dijo Paul—. Caramba, Laura —sonrió—, es todo un éxito. Esa mujer tiene una audiencia impresionante.

A Laura la noticia no le hizo tanta gracia como a Paul. Ella se prestaba a tener una vida pública porque pensaba que era bueno para la Fundación, pero entrar en el programa de Rose Karlson era poco menos que desnudar el alma ante millones de espectadores. Aquella mujer basaba su éxito en que solía saber de las actividades de los entrevistados más que ellos mismos y en que no dudaba en profundizar en las llagas que sus preguntas iban dejando abiertas.

Antes de devolver la llamada, Laura consultó sobre cuál debía ser su respuesta.

—Mi consejo es que no acudas al programa. —Martin Jagger fue tajante—. Cuanto menos se hable de nosotros, mejor. Siempre que se nos presta atención, la opinión pública se acuerda de que existimos y surgen presiones sobre los políticos. Al final acabamos pagándolo. Donde mejor estamos es en el anonimato.

Jennifer Butler no fue de la misma opinión. La senadora había sido ya invitada a *La hora de Rose Karlson* y había participado tres meses atrás.

—Debes decir que sí, Laura. Es una ocasión única. En el fondo tú estás haciendo política, igual que yo. Cuando esa mujer me lo propuso, acepté sin dudar. Aparecer en su programa supone una impresionante publicidad. Para mí representa votos, para ti donativos y apoyos a la Fundación. Y en cantidades muy importantes.

—El problema es que la Fundación es sólo una parte de mí. La otra mitad, tú lo sabes, no es precisamente edificante. Y mucho me temo que va a ser la preferida de Rose Karlson.

—Pues pacta. Habla con ella claramente y pacta. Yo lo hice. Y se atuvo a lo acordado.

—No sé... Tú puedes hacerlo. Es tu terreno y sabes moverte en él. Yo estaría en inferioridad.

—La decisión es tuya, pero con lo que no pierdes nada es hablando con ella. Y hazlo cara a cara, no por teléfono. Pienso que esa mujer te va a gustar. Tiene una personalidad extraordinaria.

A Laura le pareció bien ese paso intermedio y telefoneó a la periodista. Acordaron encontrarse el martes siguiente a las cinco y media de la tarde a tomar el té en el Plaza. Laura se dio cuenta, nada más colgar, de que fecha, hora y lugar habían sido propuestos por Rose Karlson. Ella se había limitado a aceptar.

—Como toda la negociación sea así —pensó con buen humor—, más me valdría intentar un pacto con el diablo.

La periodista se dirigió hacia ella exhibiendo una amplia sonrisa. Laura apreció la puntualidad de la mujer: faltaban aún tres minutos para las cinco y media de la tarde. La propia Laura había llegado apenas dos minutos antes y

se había sentado en una mesa discretamente situada en un rincón. Tras estrechar su mano, Rose Karlson se sentó frente a ella.

Era una mujer joven y su atractivo al natural no era inferior al que ofrecía a través de la pantalla. Laura le calculó poco más de treinta años. Su maquillaje era discreto y estaba sabiamente aplicado, haciendo resaltar los rasgos más favorecedores. Con todo, eran los ojos lo que más atraía la atención: de un verde muy puro parecían, inquietos, abarcar cuanto había a su alrededor. Cuando se fijaron en ella, la sensación fue la de ser observada por un ave de presa.

La reunión transcurrió agradablemente. Laura pronto olvidó esa primera impresión ante la simpatía y aparente cordialidad de su interlocutora. Se encontró riendo divertida ante las anécdotas que Rose contó de personajes que habían pasado por el programa y se halló a sí misma relatando sus proyectos al frente de la Fundación.

Laura tuvo que hacer un esfuerzo para centrarse cuando, finalmente, se habló de su participación en *La hora de Rose Karlson*. Ella lo había visto en más de una ocasión. Se trataba de un programa semanal, aunque alternaba una emisión en que se abordaba, desde un punto de vista crítico, un tema de actualidad con otra en que se entrevistaba a personajes de interés público.

—Este viernes entrevistado al gobernador del Estado. El que viene tenemos un «documento» sobre la industria farmacéutica y el siguiente podrías entrar tú. ¿Qué te parece?

—Todavía no he dicho que sí. —Sus labios esbozaron una sonrisa—. Primero tienes que decirme qué Laura te interesa. Y cuál va a ser el enfoque que piensas dar a tu programa.

—Me interesan todas: la Laura bienhechora de la humanidad, la Laura sucesora de Pietro Valenti y... —los ojos verdes se posaron en los suyos— también la que estuvo en la cárcel.

La sonrisa se congeló en los labios de la mujer.

—Aprecio tu sinceridad, Rose. Y te voy a pagar con la misma moneda. De las tres Lauras que has citado, sólo la primera está dispuesta a acudir a tu programa. La segunda no tiene el menor interés en aparecer en público y en cuanto a la tercera... —su cabeza hizo un gesto negativo— sólo me pertenece a mí.

Rose Karlson hizo una seña al camarero.

—Te invito a algo menos formal que un té. Vamos a ver, Laura: no te ocultó que eres un personaje que me interesa. Tu entrevista puede dar mucho juego, pero no si me limito a la presidenta de la Fundación Pietro Valenti. Espero que lo comprendas.

—Lo comprendo, pero no puedo aceptarlo. De ningún modo puedo prestarme a ello.

Rose Karlson la observó durante unos momentos con el ceño fruncido.

—Se trata de dar y recibir —dijo por fin—. Quid pro quo. A las dos nos interesa que aparezcas en mi programa. Sólo nos falta negociar las bases.

Laura se apoyó en el respaldo de su asiento y sonrió con picardía.

—Sabes, Rose, me parece que nos vamos a entender. Te acepto esa invitación —añadió mirando hacia el camarero, que, obsequioso, se acercaba hacia la mesa.

Las dos mujeres habían quedado en verse nuevamente tres días después. De su reunión en el Plaza, Laura había salido convencida de haber hecho una nueva amiga. Rose Karlson le pareció una persona directa, muy inteligente y con un extraordinario magnetismo personal. Habían acordado que ambas debían ceder en sus pretensiones y alcanzar un punto de encuentro común.

—No te fíes demasiado —le había dicho Elsa Stilian—. Esa gente no llega tan alto cumpliendo sus compromisos. Piensa en que el programa es en directo y, cuando ella lance su pregunta, tú ya no tendrás escapatoria.

—Creo que esta vez te equivocas, Elsa. Me da la impresión de que Rose Karlson está donde está precisamente porque cumple con sus compromisos. Por eso y por tener un inmejorable equipo de investigación.

Elsa se encogió de hombros, aunque había sonreído.

—Si es así, dame su teléfono. Ya sabes que a mí también me gusta estar bien informada.

Paul Preston, en cambio, se había mostrado desde un principio partidario de que Laura aceptara.

—Desconozco si tienes motivos personales y no pretendo que me lo digas, pero como gerente de la Fundación no veo más que ventajas. Es una

publicidad que vale millones.

Laura no tuvo más remedio que estar de acuerdo.

—Es uno de los pocos programas que suelo ver en televisión —continuó el joven—. Y te diré algo más: esa mujer me parece bárbara.

Laura hizo de nuevo un gesto afirmativo.

—Ah... y por cierto: tengo unas entradas para el béisbol y quería preguntarte si te parece bien que se lo diga a María... Geoffrey me ha comentado que le gusta mucho.

Laura se percató de que un ligero rubor había aparecido en la cara de Paul. También notó que, a pesar de una aparente indiferencia, esperaba con ansiedad la respuesta. Se encontró a sí misma asintiendo por tercera vez, mientras una amplia sonrisa iluminaba su rostro.

La Rose Karlson que la esperaba en la misma mesa que habían ocupado tres días antes en el salón de té del Plaza no era la misma persona. Laura lo intuyó mientras se acercaba a ella. La cara de la mujer estaba seria y apenas hizo un gesto de reconocimiento cuando Laura la saludó.

—Estoy realmente sorprendida —comenzó apenas Laura se hubo sentado—. Te aseguro que no esperaba esto. Y menos de ti. Creí, idiota de mí, que podíamos confiar la una en la otra... Sólo he venido a decirte que mi programa no te necesita.

Laura se había quedado paralizada sin llegar siquiera a apoyar su espalda en el respaldo de la silla.

—Rose... no te entiendo. ¿De qué estás hablando?

Los ojos de la periodista la escudaron con atención. Laura se sorprendió de la frialdad que había en ellos. No obstante, algo debieron de ver en su genuina expresión de asombro, porque aquella mirada inquisitiva se suavizó.

—Me cuesta creer que no lo sepas. —La observó durante unos segundos más—. Está bien: te lo contaré, aunque sigo pensando que lo sabes perfectamente. He recibido una llamada telefónica.

El gesto de Laura seguía siendo de incompreensión.

—Una llamada a mi teléfono particular, que muy poca gente conoce. Me leyeron un mensaje. Y te digo que lo leyeron porque la voz sonaba

monocorde, sin inflexiones. Sé distinguir cuando alguien lee.

—Y... ¿qué te dijeron? —Laura fue consciente de que su voz sonaba ronca.

Rose Karlson suspiró antes de continuar. Sus ojos seguían fijos en los de su oponente, pero habían recuperado parte de la calidez que Laura recordaba.

—Simplemente que si te trataba mal en mi programa, si no me limitaba estrictamente a lo que tú y yo pactáramos, tendría que atenerme a las consecuencias. A unas «desagradables consecuencias» fue exactamente la expresión.

Laura permaneció aún unos instantes envarada sobre su asiento. Después se echó hacia atrás mientras terminaba de quitarse los guantes y los guardaba en el bolso.

—Rose, ahora me vas a escuchar. Y si te convengo, como espero, luego te pediré un favor: quiero que vengas conmigo a conocer a una persona. Es importante para mí que aceptes. Y tengo la seguridad de que os gustaréis mutuamente —añadió con un esbozo de sonrisa.



Nueva York, 1986

Laura miró nuevamente el reloj. En apenas diez minutos Martin Jagger llamaría a la puerta. Ella le había pedido que llegara antes que el resto de los invitados y la puntualidad era uno de los rasgos que el hombre había heredado de sus antepasados alemanes.

«Junto con el de ser un cabezota», se dijo a sí misma en voz alta, aunque sin poder evitar una sensación de ternura al pensar en él.

Aquel día en el Plaza, meses atrás, Laura no había tenido ninguna duda sobre el origen de la amenaza que había recibido Rose Karlson. Sólo sus más afines colaboradores estaban al tanto de su intención de aparecer en televisión. Ellos... y Martin Jagger. El hombre se había mantenido firme en su primera opinión de que Laura no debía acudir al programa. «Ya no se trata sólo de nuestras organizaciones; es por tu bien. Esa mujer te puede hacer mucho daño».

De nada sirvió que Laura le hablara de la periodista y de la buena impresión que le había producido. Únicamente cuando le contó la idea de pactar el alcance de las preguntas el don se mostró más receptivo.

—¿Un pacto? Sí. Podría funcionar... Lo malo es que los pactos se hacen para romperlos; y luego vete a pedir explicaciones.

—Creo que ella cumplirá su parte, Martin.

—Esperemos... Quizá sí; podría ser —añadió pensativo.

Laura no prestó entonces mayor atención al cambio de actitud del don. Estaba acostumbrada a su continua tutela, que ella incluso alentaba. Martin Jagger era feliz velando por su vida y era mucho lo que Laura le debía.

No tuvo, pues, duda sobre el origen de la llamada telefónica; cuadraba además con la manera de actuar del hombre. También sabía que él nunca lo

reconocería, como seguía sin reconocer el origen del donativo de seis millones de dólares.

La idea de que Rose y Martin se conocieran había surgido de forma espontánea. Simplemente tuvo la certeza de que era lo conveniente.

Recordó como la periodista la había escuchado, todavía con una expresión seria en su rostro.

—Créeme, Rose, y, por favor, discúlpame... discúlpanos. Aunque yo no he tenido nada que ver, creo saber de dónde procede esa amenaza: es de alguien que quiere protegerme. Y exclusivamente porque me quiere mucho. Dame veinticuatro horas. Si estoy equivocada y no es ése el origen de la llamada, estoy de acuerdo en suspender el programa. Si, por el contrario, estoy en lo cierto, podremos seguir adelante con toda tranquilidad.

Rose Karlson seguía seria. Pareció pensarlo durante unos segundos. Luego asintió despacio.

Laura no le planteó la pregunta directamente a Martin. Lo conocía bien y sabía que el enfoque directo no era su estilo. Le habló del enfado de Rose Karlson y del contenido de la llamada telefónica.

—Más bien parece que alguien tratara de protegerme. ¿Tú qué opinas?

La expresión y un ligero brillo en los ojos del don la convencieron de que sus sospechas eran fundadas. El hombre simuló reflexionar.

—Sí. Podría ser. También es posible que sea una invención de esa periodista. Para que seas tú la que te sientas presionada y cedas a sus exigencias... todo es posible.

—Sí... no se me había ocurrido. Aunque, sinceramente, no lo creo. Martin —lo miró como si de repente se le hubiera ocurrido la idea—, creo que lo mejor es que os conozcáis. Así podrás formarte una idea de primera mano sobre ella. Ya sabes lo importante que es para mí tu opinión —añadió con una sonrisa.

Martin Jagger empezó a negar con la cabeza, pero algo en la expresión que vio en la cara de Laura le hizo cambiar de idea. Aun así trató de mostrar su rechazo, aunque lo hizo tan sólo de forma testimonial. Tras un breve monólogo en el que ella se limitó a escuchar, mostró finalmente su acuerdo.

—Bien, lo haré; pero sólo porque tú me lo pides.

Más tarde, al despedirse, el don preguntó a Laura:

—Dime, lo tenías previsto, ¿verdad?

Laura lo miró sin comprender.

—El encuentro... el que esa periodista y yo nos conociéramos.

—Pues... no sé. La verdad es que era una idea que me rondaba por la cabeza.

—Sabes, Laura —Martin la ayudó a ponerse la chaqueta—, lo bueno de que dos personas se conozcan bien es que cada una puede prever cuál va a ser la reacción de la otra. Y lo bueno de las amenazas —añadió con una media sonrisa— es que, aunque se hagan para no cumplirse, siempre dejan su poso y la persona amenazada se lo piensa dos veces antes de actuar. Suelen conseguir su objetivo —concluyó mientras la besaba en la mejilla.

Después de que la puerta se cerrara tras ella, Laura tuvo la sensación, y no por primera vez, de que Martin Jagger lo tenía todo previsto y de que incluso su próxima entrevista con Rose Karlson formaba parte de sus planes.

Laura sonrió divertida mientras recordaba aquel encuentro. Había sido la confrontación entre dos personalidades fuertemente acusadas, entre dos seres acostumbrados a imponer su voluntad y celosos de sus propios territorios. Quizá por todo ello resultó tan bien, había pensado en más de una ocasión.

Rose y Martin parecieron reconocer inmediatamente la fortaleza de su oponente y ambos mostraron su mejor cara, evitando plantear cualquier tipo de confrontación. Laura había decidido celebrar el encuentro en su propia casa y puso cuanto pudo de su parte para crear un ambiente cálido y distendido. Para ella fue resultando palpable, a lo largo de aquella tarde, que cada uno de sus invitados descubría en el otro cualidades que le eran propias y que, por tanto, aceptaba como positivas.

Martin fue tan seductor como sabía cuando se lo proponía y Rose supo también halagar el ego masculino. Ambas eran personas inteligentes, de ideas claras y palabra fácil. La conversación fluyó amena desde el primer instante.

—Una mujer muy interesante. Ha valido la pena —fue el comentario del don al día siguiente.

—Ahora comprendo mejor vuestro mundo. Me encantaría llevar a Martin a mi programa. Sería una bomba —le confesó Rose cuando, a la mañana siguiente, hablaron por teléfono.

Laura estuvo de acuerdo con ambos y sonrió para sus adentros: su instinto no la había engañado.

## 29

Nueva York, 1985

Si Rose Karlson tuvo en algún momento la sospecha de que Martin Jagger había sido el origen de la llamada telefónica, nunca hizo el menor comentario al respecto. Se limitó a asentir cuando Laura le dijo que el tema estaba zanjado y que podían olvidarlo.

Ambas se habían visto en dos ocasiones más, que habían dedicado a acordar las líneas maestras del programa.

—No, las preguntas no te las diré. Quitaríamos toda su frescura a la entrevista. Lo que tenemos que acordar es lo que no te preguntaré. Y pienso reducirlo al mínimo —añadió la periodista con expresión traviesa.

El acuerdo surgió fácil. Rose comprendió enseguida cuáles eran las fronteras que Laura no quería traspasar y ésta cuáles las concesiones que debía hacer.

—De acuerdo pues —dijo Rose Karlson cerrando su cuaderno—. Lo que sí haré es insinuar alguna pregunta que se adentre en el terreno prohibido. No será comprometida, tú te mostrarás hermética y yo no insistiré. Es para animar la entrevista, ¿sabes? —concluyó con mirada cómplice.

Laura se mantuvo seria.

—Rose, una vez que empiece el programa estaré en tus manos. Es tu terreno y en él eres maestra. Cuando me veas sentada frente a ti, piensa en que tendré mucho miedo. Por favor, mírame como a una amiga.

Los penetrantes ojos de la periodista la observaron durante unos instantes. Luego su sonrisa se hizo amable.

—No lo dudes, Laura, no lo dudes. Cuando termine el programa comprobarás que ha sido así.

Durante días se había planteado una y otra vez las posibles preguntas que le haría Rose Karlson y había ensayado las respuestas que ella podía dar. Sus dos amigas, Karla y sobre todo Elsa, se habían turnado en adoptar el papel de la inquisitiva periodista en sucesivas simulaciones de la entrevista.

—Seguro que me hace alguna pregunta que no hemos previsto —decía Laura—, pero al menos estoy ganando en seguridad.

Elsa le había preparado un dossier sobre Rose Karlson.

—Más que nada es por ver que mi red sigue funcionando —le había dicho al dejarlo encima de la mesa de despacho—. No hay nada especial sobre ella; un poco de sexo, como era de esperar. Léelo si quieres.

Laura lo había leído, reprochándose ligeramente su curiosidad.

Rose Hillary Karlson tenía treinta y dos años y era natural de un pequeño pueblo de Nueva Inglaterra. Era la más joven de tres hermanos: dos varones y ella. Desde pequeña había mostrado su afición por el periodismo, primero escribiendo en la revista del instituto y después pasando a formar parte de la redacción en la que se editaba en su universidad.

A los veintitrés años había obtenido una beca para entrar a trabajar como meritoria en el *New York Times*, donde permaneció tres años, llegando a publicar algún pequeño artículo en la sección de sucesos.

Finalizado su aprendizaje tuvo ocasión de incorporarse a la televisión como ayudante de producción en el programa de Dave Matthews, un magazine de variedades y entrevistas.

Su gran oportunidad surgió dos años después, cuando Rose contaba veintiocho. Su relación amorosa con el director de programación de la cadena, hombre de cuarenta y cinco años, casado y con dos hijos, le permitió aparecer en pantalla al frente de una unidad móvil que acudía en directo a los lugares donde se producía la noticia. La imagen juvenil, su atractivo personal y lo inquisitivo de sus intervenciones le dieron pronta notoriedad y su amante (así figuraba en el informe de Elsa) no tuvo problemas en justificar el ascenso para ponerla al frente de mayores responsabilidades. Tampoco tuvo que arrepentirse, pues el índice de popularidad de Rose creció de forma meteórica. Así, desde hacía ahora casi dos años, la periodista contaba con su propio programa, con el cual había logrado superar los registros de audiencia

jamás conseguidos por emisiones de similar contenido.

Seguía manteniendo la relación amorosa con el director de programación que la había encumbrado, aunque ella era ahora más poderosa. El hombre —concluía el informe— se había divorciado hacía dos años; desde entonces vivían como una pareja estable, aunque no se hablaba de boda.

El día de la entrevista Laura pidió a María que la acompañara. La habían citado a las seis de la tarde («con tiempo suficiente para que te maquillen y te hagas al ambiente», le había dicho Rose) y las dos mujeres salieron de casa a las cinco y media. María evitó hablar de la entrevista y entretuvo a Laura contándole anécdotas de la Fundación.

—El otro día fui al béisbol con Paul Preston —dijo al cabo de un rato la joven cambiando de tema—. ¿Lo sabías?

—Algo había oído —repuso Laura sonriente—. ¿Y qué tal?

—Lo pasamos muy bien. Al terminar me llevó a cenar. Es muy simpático.

—Y muy guapo, diría yo. ¿No te parece?

—Bueno... sí... supongo que lo es —respondió María apartando la mirada.

Al cabo de unos segundos, sus ojos buscaron nuevamente los de Laura.

—Caramba, qué tontería. Claro que es muy guapo. ¡Es guapísimo!

Laura no pudo hacer más preguntas porque en ese momento el automóvil se detuvo en la puerta de los estudios de televisión. Mientras le abrían la puerta se prometió a sí misma volver sobre el asunto más adelante.

Rose Karlson había salido a recibirla y la había acompañado al estudio desde el que se iba a emitir el programa. Allí le presentó a las personas que iban a intervenir en la realización. Laura sentía que el nudo que tenía en la boca del estómago se iba haciendo cada vez más presente y la sensación de náusea aumentó cuando vio los dos estilizados sillones que, sobre un estrado, flanqueaban una pequeña mesa circular.

—Es ahí, ¿verdad? —preguntó a Rose Karlson mientras los señalaba—. Creo que un condenado al contemplar la silla eléctrica no se puede sentir mucho peor que yo.

La periodista rió divertida.

—Te diré que a mí me pasaba lo mismo. Ya verás como esa sensación desaparece enseguida y hasta acaba gustándote. Lo que tienes que hacer es olvidarte por completo de las cámaras. Piensa en que estamos tú y yo solas y di lo que se te pase por la cabeza. Con toda tranquilidad.

Rose la acompañó al maquillaje y quedó en volver más tarde a por ella. En manos de la maquilladora, Laura empezó a relajarse. Cerró los ojos e intentó liberar su mente mientras María, sentada a su lado y consciente de lo que le pasaba, trataba de hablar de asuntos banales.

Cuando por fin se vio sentada en el sillón con Rose enfrente distaba aún mucho de encontrarse tranquila, pero el sentimiento de pánico había desaparecido. Se sentía especialmente atenta, con una ligera sensación de calor en la cabeza, y comprendió que su adrenalina se había disparado.

Vio como le prendían un pequeño micrófono negro en la solapa y escuchó atenta las recomendaciones del realizador. A su alrededor se encendieron focos que encontró de sorprendente intensidad. Bebió un poco de agua —sentía la boca muy seca— y sonrió a Rose, que le devolvió un guiño cómplice.

Poco después se pidió silencio y, al cabo de un momento, la luz roja de la cámara que se hallaba frente a la periodista se encendió. Cuando ésta comenzó a hablar con su inconfundible voz, sugerente y profesional, Laura comprendió que aquello había empezado.

—Bueno, ¿qué tal? —fue la pregunta que Rose Karlson lanzó al aire mientras desprendía su micrófono. Los focos se habían apagado y Laura pudo vislumbrar a la gente que había permanecido más allá del círculo de luz en el que las dos habían convivido durante los últimos cuarenta minutos. Tuvo la sensación de regresar a un mundo del que, durante un tiempo, había permanecido apartada.

—Espléndido, querida, espléndido. —Un hombre se dirigía hacia ellas sorteando las cámaras. Era Clark Donahue, realizador del programa. A Laura le pareció que hacía sólo unos minutos que había hablado con ella para darle las últimas indicaciones—. Has estado sensacional, como siempre. Bueno, las dos —añadió mientras apoyaba su mano en la de Laura—. Señora Valenti, si



alguna vez decide cambiar de profesión, venga a verme. Tendría usted un futuro espléndido —concluyó con un guiño.

Laura sonrió agradecida. Comprendió que el hombre únicamente pretendía animarla, pero de cualquier forma se sintió reconfortada. También notó que, de pronto, estaba muy cansada.

Mientras se quitaba el micrófono tuvo la sensación de recordar perfectamente cada uno de los momentos de la entrevista y cuáles habían sido sus respuestas pero, por otro lado, si se lo hubieran preguntado habría respondido que tan sólo había permanecido cinco minutos hablando con Rose.

La sensación de aislamiento y el magnetismo de la periodista casi la habían llevado a responder sin reservas cuando surgió la pregunta sobre su vida pasada. Recapacitó a tiempo y contestó con una de sus frases preparadas:

—Mi juventud no tiene mayor interés, Rose. Yo era como me imagino que hemos sido todos: joven y bastante incauta; una mezcla que tiene muchas ventajas, aunque también algunos inconvenientes.

—Incauta... ¿quiere eso decir, Laura, que alguna vez fue usted engañada?, ¿que alguien se aprovechó de su buena fe?

—¿No nos ha pasado a todos en mayor o menor grado? Lo importante es superarlo y aprender de ello; extraer la parte positiva, que casi siempre existe.

Rose Karlson había llevado el programa con maestría. Supo sacar el máximo partido de la Laura inmersa en obras sociales y pasó revista de forma ágil a las diversas actividades de la Fundación Pietro Valenti. El reportaje emitido en mitad del programa se centró en el mundo de la droga y en las aportaciones hechas por la Fundación desde su constitución. Laura, que no lo había visto antes, se sintió emocionada por las imágenes y por la sensibilidad con la que el equipo de Rose había tratado el problema.

Tras la publicidad, la periodista enlazó el problema de la droga con el de las organizaciones que se beneficiaban con su consumo, y pasó a hablar sobre quién ejercía el control dentro de los Estados Unidos.

—... lo llamamos el crimen organizado y también con otra palabra cuya sola mención despierta en nosotros una sensación de temor e impotencia y, sobre todo, de rechazo; esa palabra es «mafia».

Cuando, tras estas palabras, su mirada se posó en Laura, ésta comprendió que había llegado el momento de cumplir con su parte en el trato, de satisfacer el *quid pro quo* propuesto por la periodista.

—Usted es ahora viuda, Laura. Su marido fue abatido a tiros hace ahora nueve años y, perdone que se lo recuerde, en circunstancias todavía no aclaradas. Usted no sólo lleva su apellido sino que, por lo que sé, ha sido su sucesora al frente de la organización que él dirigía. —Unos instantes de silencio dieron mayor énfasis a las palabras que siguieron—. Una organización que, en el mundo en el que se mueve, es conocida como una «familia»; porque ese mundo, señora Valenti, no es otro que aquel al que acabo de referirme: el que se ha dado en llamar crimen organizado.

Aunque Laura esperaba la pregunta, se sintió sorprendida por su crudeza. Meditó su respuesta durante unos segundos.

—Rose, usted sabe bien la fuerza que pueden llegar a tener los tópicos. Bastan para que nos formemos una idea de una persona o de un colectivo sin molestarnos en profundizar un poco más. Y esa idea está, con gran frecuencia, equivocada. Como ejemplo le diré que si preguntamos a la gente por su opinión sobre los periodistas de investigación nos encontraremos con un sentimiento casi unánime de que son personas carentes de escrúpulos y sumamente ambiciosas de notoriedad. —Aquí Laura esbozó una sonrisa—. Y puedo asegurarle, Rose, que no es ésa la idea que yo tengo de usted.

—*Touchée*. —La periodista correspondió a la sonrisa—. Pero no ha contestado usted a mi pregunta.

—Es que más que preguntarme usted ha afirmado, Rose. Y una parte de lo que ha dicho es exacta, pero la otra no. Es cierto que, tras la muerte de mi marido, asumí la dirección del entramado que él había creado. Y lo hice simplemente porque pensé que ésa era mi obligación. No es exacto, en cambio, que esas actividades, ni siquiera una mínima parte de ellas, se movieran al margen de la ley.

Rose Karlson hizo una estudiada pausa mientras hojeaba unos papeles que tenía frente a ella.

—Veamos... Si no me equivoco, usted y su «familia» poseen importantes participaciones en un casino de Atlantic City; también en otro de Las Vegas. Usted y su «familia» manejan hoteles y clubes nocturnos. Usted y su

«familia», señora Valenti, controlan lo que podríamos llamar la vida alegre que se mueve alrededor de esos locales. —Levantó la cabeza y sus ojos buscaron inquisitivamente los de Laura—. ¿No es todo ello lo que siempre se ha considerado como actividades de la mafia?

Laura sintió alivio al ver que la periodista cumplía su palabra y no mencionaba la protección a locales comerciales, y estuvo a punto de sonreír ante el apelativo de «vida alegre» que Rose había dado a la prostitución.

—Volveré a referirme a los tópicos porque veo que, con su pregunta, me está dando la razón. Todo lo que usted ha mencionado es cierto, y todo es perfectamente legal. La ilegalidad no está normalmente en una actividad en sí, sino en la manera de llevarla. Mi marido tuvo siempre un especial cuidado en cumplir con los imperativos legales; incluso más allá de lo que parecía exigible. Y yo sigo sus pasos.

—Pero volviendo al principio, señora Valenti, convendrá conmigo en que el crimen organizado, la mafia o como quiera usted llamarlo, es quien controla la droga en nuestro país. Y ésa sí que no es una actividad legal, se lleve como se lleve.

—Completamente de acuerdo. No sólo no es legal, sino que es repugnante. Y le diré más: la aversión que mi marido sentía por la droga, su lucha personal por erradicarla, son las causas de que hoy exista la Fundación Pietro Valenti. Ella es un homenaje a su memoria y a sus profundas convicciones.

Las dos mujeres estaban en el pequeño despacho de la periodista. Laura tomaba agradecida un refresco y un poco de chocolate que Rose Karlson le había dado. —«Cómetelo, es bueno para recuperar fuerzas»—. Estaban solas porque Rose había insistido en que uno de los ayudantes de producción le enseñara los estudios a María. Los dos —el hombre era joven y atractivo— se habían ido encantados.

—Estoy feliz de que todo haya terminado —murmuró Laura mientras estiraba los brazos—. Te confieso que lo he pasado mal. Aunque también te diré que ha valido la pena —concluyó sonriente.

—Pues yo te confesaré que me ha costado reconocirme a mí misma. ¡Si

hasta en mi época universitaria mis entrevistas eran más agresivas! Espero que el patrocinador no pida mi cabeza. No tendría más remedio que darle la razón y cortármela yo misma.

—Y yo saldría en tu defensa, Rose. Tu éxito se basa en ser fiel a tus principios. Prometiste que me ibas a cuidar y lo has hecho. —Su sonrisa se amplió.

Rose Karlson posó su mirada en la de Laura, que sintió de nuevo sobre ella el magnetismo de aquellos increíbles ojos verdes.

—Efectivamente, lo he hecho. He querido que sepas que puedes fiarte de mí; de mi discreción y de la palabra que empeño, porque creo que vamos a seguir teniendo que confiar la una en la otra. —Su voz adquirió un tono de seriedad.

Laura compuso un gesto de extrañeza.

—¿A qué te refieres?

—Hay una pregunta que me habría encantado hacerte en público —Rose eludió de momento la respuesta— y te juro que la periodista que llevo dentro ha tenido que morderse la lengua. Voy a hacértela ahora.

Laura se limitó a asentir lentamente.

—Me consta que hay dos personas que te han causado un daño irreparable; a ti y a los tuyos. Los dos son poderosos, ambiciosos y carecen de escrúpulos. —Rose Karlson hablaba con el mismo énfasis que había puesto, un rato antes, ante las cámaras—. Uno es Cario Patrese, quizá el más notorio don de la mafia neoyorquina. Y él sí sabe muy bien lo que son las drogas. El otro es Kenneth Merrill, nuestro inefable y sempiterno alcalde. ¿Estoy o no en lo cierto, Laura?

Ésta asintió imperceptiblemente, asombrada ante lo profundo del conocimiento que, sobre su vida, tenía aquella mujer.

—Ésa es la pregunta que me habría gustado hacerte en público. —Los labios de Rose Karlson amagaron una sonrisa—. Lo que te voy a decir ahora es, en cambio, privado, muy privado.

Laura se limitaba a escuchar, prendida su atención en las palabras de la periodista.

—Laura —la voz de Rose Karlson se convirtió en un murmullo—, creo que voy a poder ofrecerte la cabeza de los dos en bandeja de plata, pero tienes

que colaborar.

## 30

Nueva York, 1986

«Pero tienes que colaborar...». Las palabras de la periodista resonaron nuevamente en su mente. «*Quid pro quo*, Laura; *quid pro quo*».

De aquella conversación hacía ya casi un año y el telón estaba a punto de levantarse para el último acto. Con un suspiro, Laura puso fin a sus recuerdos. Miró una vez más la hora y contempló nuevamente su imagen en el espejo, retocándose inconscientemente el peinado. Comprendió que estaba nerviosa, con esa sensación de anticipación que nos produce un cosquilleo en el estómago.

Antes de salir de la habitación se detuvo junto a la vitrina. Esta vez fue una pequeña figura de porcelana la que atrajo su atención. Se sustentaba en una peana circular que tenía una placa: *La hora de Rose Karlson*. Figuraba también la fecha del día en que Laura acudió al programa. Era el recuerdo que la periodista regalaba a sus invitados al finalizar la emisión. La figura representaba a una gata apoyada sobre los cuartos traseros, mientras con la pata delantera sujetaba un micrófono. El animal exhibía una picara sonrisa y sus ojos eran dos círculos de un verde intenso.

«Astuta y zalamera —se sonrió Laura—. Espero, Rose, que seas más digna de confianza que una gata».

Luego, con un breve encogimiento de hombros, apagó la luz y salió de la habitación.

Martin Jagger había llegado puntual, como siempre. Laura le había abierto la puerta personalmente y lo había acompañado al salón.

—Sabes, querida, cuando de pequeño mi padre me llevaba a cazar yo era

capaz de anticipar las tormentas. Había algo en el aire... no sé cómo explicártelo. Lo olía y lo sentía a la vez. En raras ocasiones me equivocaba; y ahora tengo esa misma sensación. —La miró con intención—. Y apostaría a que hoy el dios del trueno eres tú y que algo nos preparas.

—Una cena excitante; al menos eso espero. Todos mis invitados sois... muy interesantes. —Laura le alargó el whisky con limón que ella misma le había preparado.

Cinco parejas se sentarían aquella noche en el comedor de Laura. Además de ella misma y Martin Jagger, habían sido invitados el profesor William Cook, director de la Fundación, el congresista Randolph Stewart, el alcalde Merrill y Cario Patrese. Todos con sus respectivas mujeres.

Randolph Stewart era el gancho que Laura había usado para garantizarse la presencia de Patrese y del alcalde. El influyente congresista formaba parte de varias comisiones y, concretamente, presidía la que se ocupaba de legislar en temas relacionados con la droga. Laura lo había conocido a través de Jennifer Butler y lo había tratado con asiduidad durante la puesta en marcha de la Fundación. «Te interesa conocerlo —le había dicho la senadora—; os puede ayudar mucho».

Así fue. Ciertamente el congresista nunca hizo por la Fundación algo a cambio de nada y en cada paso que dio buscó siempre la contrapartida de añadir lustre a su figura política, pero Laura tuvo que agradecer el consejo de la senadora: Randolph Stewart le había resultado muy útil.

Era un hombre que daba la sensación de estar siempre en actividad y capaz, además, de ocuparse de varias cosas a la vez. En cada una de las ocasiones en las que Laura había estado con él se había despedido deseosa de volver a casa y sentarse un rato... a descansar. Randolph Stewart había facilitado a la Fundación contactos y subvenciones, pero siempre cuidándose de que su nombre apareciera después en los medios de comunicación. En cuanto a su honestidad, Laura no tenía nada que reprocharle y tampoco la senadora había podido —o querido— profundizar en el tema.

Lo que sí sabía Laura era que su presencia aquella noche avalaba la de aquellos en los que verdaderamente estaba ella interesada. Kenneth Merrill y, sobre todo, Cario Patrese no dejarían pasar la oportunidad de compartir con el congresista una charla en un ambiente privado.

El propio Martin no ocultaba su interés en la figura de Randolph Stewart.

—Veremos qué nos cuenta —dijo mientras aceptaba sonriente el vaso que Laura le tendía—. Aunque... no sé si tu profesor de universidad va a dar un nivel demasiado docto a la conversación. —En su voz no había reproche; tan sólo un mensaje que Laura creyó captar.

—Bueno... hay algunas cosas que quiero hablar con él, de modo que podréis tener a Stewart para vosotros. Tú y Patrese.

El hombre sonrió con aprobación.

—Y María... ¿dónde está?

—En Atlantic City; en el casino. Ha ido a pasar el fin de semana con Paul Preston. Ya sabes, el gerente de la Fundación. Me huelo que hay un romance en ciernes —añadió con una sonrisa mientras añadía hielo a su tónica—. Según ella, han ido para hacer compañía a Geoffrey, mi contable, que por lo visto tenía trabajo allí. Y, de paso, salir por unos días de Nueva York. —Hizo una mueca irónica—. Ésa es la versión oficial. Mis informes en cambio dicen que Geof se va en cuanto puede a Atlantic City porque está colado por la hermana de un crupier. La conoce hace ya años. La verdad es que se conocieron por mí —concluyó con una sonrisa atraída por el recuerdo.

—¿Y eso hace que Geoffrey trabaje menos?

—No... Bueno, no creo. ¿Por qué?

—Porque entonces la mejor solución sería que se casaran de una vez y se la trajera a vivir aquí.

Laura no pudo por menos que asentir ante la lógica del razonamiento de su amigo.

La velada transcurría en un ambiente cordial. Los invitados habían ido llegando con escasos minutos de diferencia entre ellos y Laura había recibido a cada pareja desplegando sus mejores dotes de anfitriona. No le había costado sonreír abiertamente al alcalde o intercambiar unas palabras amables con Cario Patrese. Todo ello formaba parte de una puesta en escena de la que ella se sabía protagonista. Por momentos sentía incluso una fuerte sensación de ser dos personas a la vez: de una parte la intérprete de un papel que caminaba hacia el desenlace final y de otra una Laura que, como espectadora,



asistía atenta a aquella representación.

Le llamó la atención el ver que su sensación de nerviosismo había desaparecido. Ciertamente notaba que se hallaba en tensión, pero era más por un sentimiento de expectación que de intranquilidad.

Patrese y Martin Jagger habían logrado su propósito de hablar a solas con el congresista y los tres estaban en uno de los rincones del salón con sendos vasos en sus manos. Las cuatro mujeres de los invitados se habían instalado en uno de los tresillos y reían mientras hablaban en voz alta. Laura, después de estar un rato con ellas, se había levantado para acercarse al alcalde y al profesor Cook. No le sorprendió el tema de la conversación: era sabido que Kenneth Merrill pensaba que cualquier momento era bueno para afianzar sus intereses.

—... y me encantaría poder contar con usted en uno de mis actos de campaña —estaba diciendo el alcalde—. Nadie mejor para hablar sobre la droga y poner de manifiesto sus peligros. Quiero hacer de la lucha contra ella, de nuestra lucha, querido William —puntualizó en tono coloquial mientras posaba una mano en su hombro—, bandera de mi campaña electoral.

Laura estuvo a punto de atragantarse al ver la expresión del profesor, cuyos ojos se habían agrandado tras los cristales de sus pesadas gafas de concha. William Cook era una persona de gran valía y de conocimientos enciclopédicos, pero también era profundamente celoso de su intimidad y odiaba tener que aparecer en público; de hecho, en la Fundación era siempre James Vineyard, su segundo, quien actuaba como portavoz ante los medios de comunicación.

Laura acudió en auxilio del profesor, aprovechando para dar salida a la sonrisa que pugnaba por aflorar en sus labios.

—Gracias, alcalde, por esa muestra de confianza en nuestra Fundación. Siempre nos encontrará dispuestos a darle la batalla a la droga. Pero, por favor, háganos de usted. Sé que tiene unos planes revolucionarios para controlar el tráfico.

El alivio del profesor Cook, cuando el alcalde se lanzó a hablar con fervor del tráfico en Nueva York, fue evidente. Sus ojos miopes miraron con agradecimiento a Laura mientras sus labios se curvaban en un asomo de sonrisa. Fue todo un homenaje viniendo de alguien tan poco dado a

exteriorizar sus sentimientos.

Cuando sonó el teléfono, Laura tuvo un ligero sobresalto. La extensión del salón había sido desconectada, pero aun así pudo oírlo con claridad mientras sonaba en el antedespacho. Posó la mirada en el reloj rococó que adornaba una de las repisas y comprendió que debía de ser la llamada que estaba esperando. Por segunda vez se sorprendió de su aparente falta de ansiedad: aquel sonido, si se confirmaba su origen, venía a ser la señal que anunciaba el levantamiento del telón. Mientras tanto ella estaba... ¡hablando del tráfico!

Se fijó en la puerta del salón, que permanecía cerrada. Ahora sí notó de golpe toda la tensión acumulada, mientras su corazón se aceleraba. La puerta se abrió y Peter, el mayordomo, tras buscarla con la mirada, se encaminó hacia ella.

Laura hizo un breve gesto de disculpa al alcalde y al profesor Cook y se dirigió a su encuentro.

—Disculpe, señora, espero que sea importante. Ha llamado una persona que no ha querido identificarse. Sólo ha insistido en que le transmitiera sin falta un mensaje.

—¿Y cuál ha sido, Peter?

—Ha dicho que no dejaran de ver la televisión, que el programa *La hora de Rose Karlson* iba a resultar muy interesante. Y ha añadido que lo será tanto para usted como para sus invitados.

El televisor del salón emitía ya la sintonía previa al inicio del programa. Hacía unos minutos que Laura había comunicado a sus invitados el contenido de la llamada telefónica y nadie había puesto reparos para ver lo que Rose Karlson tenía que contar. Las cuatro mujeres de los invitados seguían sentadas en el tresillo; a ellas se había unido el alcalde Merrill. Los demás se instalaron en sillas y butacas en las proximidades del televisor. Aunque las conversaciones seguían vivas, para Laura era palpable la curiosidad que flotaba en el ambiente. Curiosidad y una cierta intranquilidad, notoria sobre todo en Cario Patrese y en el alcalde. También Randolph Stewart, aunque permanecía sonriente con su vaso de whisky en la mano, tenía las cejas

ligeramente fruncidas, como si se hallase incómodo ante una situación que él no dominaba. Laura cruzó su mirada con la de Martin Jagger. Los ojos del don estaban alerta y le transmitieron una velada pregunta: ¿qué está pasando?

—Pues os confesaré que estaba deseando ver este programa —dijo la mujer del congresista—. Me encanta Rose Karlson y además llevan toda la semana anunciándolo. No han dicho cuál será el tema; sólo que va a ser una bomba que va a conmover Nueva York.

—Bueno, bueno. Ya sabéis lo que exageran siempre los periodistas —repuso la mujer del alcalde con una risita—. Luego nos contarán cualquier trapicheo sin importancia.

Cario Patrese levantó una mano pidiendo silencio. El rostro de Rose Karlson estaba en la pantalla.

—Hoy es viernes, veintiséis de septiembre de 1986 —empezó diciendo la periodista, mientras la cámara se acercaba poco a poco hacia ella—. Un día que, para la gran mayoría de todos ustedes, ha comenzado como cualquier otro y que, con toda probabilidad, terminará de la misma manera. Pero un día, también, que va a marcar un antes y un después en el empeño que desde este programa mantenemos por dar a conocer la verdad. Y no porque el testimonio que vamos a ofrecer sea ni más ni menos verdad que otros anteriores —el rostro de Rose Karlson ocupaba ya toda la pantalla—, sino por su importancia y por la repercusión que en la vida de muchos de nosotros va a tener. Y fundamentalmente en la de nuestra ciudad, Nueva York.

La imagen cambió a la de una figura sin rostro —un hombre, sin duda— cuya silueta en negro se recortaba sobre un fondo más claro.

—De la persona que aparece ahora en sus pantallas —continuó la voz de la periodista— no les voy a decir el nombre ni ustedes van a ver su cara. Basta con que sepan que es un agente especial de la DEA, la agencia gubernamental que se ocupa de la lucha contra la droga. Es lógico, por motivos de seguridad, que permanezca en el anonimato. Está aquí para, una vez finalizado el programa, hacerse cargo de la custodia de la persona que hoy nos acompaña y de la que podríamos decir que es nuestra auténtica estrella invitada.

En la pantalla volvió a aparecer el rostro de Rose Karlson.

—En seguida se la voy a presentar. Antes quiero decirles que ha acudido

libremente a este programa y que el testimonio que hoy va a ofrecernos lo repetirá ante una corte de justicia cuando llegue el momento. Es un testimonio que implica y acusa de forma muy grave a dos personas muy conocidas en nuestra ciudad. Y lo hace de forma documentada.

Rose Karlson se tomó unos instantes mientras estudiaba unos papeles que tenía ante sí. Luego miró de nuevo a la cámara.

—Este hombre que se encuentra aquí y ahora con nosotros ha formado parte desde su juventud de ese submundo que conocemos como la mafia. En este momento tiene cuarenta y un años y ocupaba hasta hoy un puesto de máxima responsabilidad en ese entramado que hemos dado en llamar crimen organizado. —Lina nueva pausa—. Señoras y señores —la cámara se fue abriendo para mostrar al personaje que se sentaba junto a ella—, les presento a Mario Caprini.

Rose Karlson guardó silencio mientras la imagen de televisión se centraba en su acompañante. Mario Caprini era bien parecido y estaba elegantemente trajeado; sus ojos se desplazaron lentamente desde la periodista hacia la cámara que lo estaba enfocando. Con la mirada parecía querer transmitir un mensaje de desafío a través de las ondas. Laura creyó adivinar quién era el destinatario.

—Nuestro invitado —se volvió a escuchar la voz de Rose— ha sido hasta hoy el número dos y hombre de confianza de la persona que, por sus múltiples actividades, mayor renombre ha alcanzado entre las que se encuentran al frente de esas organizaciones que operan al margen de la ley. —Un corto silencio—. Me refiero a Cario Patrese, o don —recalcó la palabra — Cario Patrese, como ustedes prefieran.

Laura pudo contemplar las sucesivas reacciones de Patrese mientras la periodista había ido realizando la presentación de su programa. Ella se había sentado en el brazo de un sofá y el don, que ocupaba un sillón bajo, estaba a su izquierda. Laura pudo ver, por primera vez desde que lo conocía, como aquel rostro, habitualmente imperturbable, era incapaz de contener las emociones. Pasó del asombro a la incredulidad, para acabar en un rictus de odio feroz. La mirada de los demás invitados también se volvió en su dirección, pero él no pareció darse cuenta; su atención seguía fija en la pantalla.

En cuanto al alcalde, Laura observó que se comportaba como un animal al acecho, venteando el peligro. Su eterna sonrisa se había esfumado y los ojos eran ahora dos inquietos puntos negros.

—Señor Caprini —continuó Rose Karlson—, ante todo gracias por venir. Ahora quiero que conteste con un sencillo sí o no a dos preguntas que le voy a hacer. ¿De acuerdo?

El hombre asintió.

—La primera es: ¿ha venido usted libremente, sin coacciones de ningún tipo, a este programa?

—Sí. —La voz de Caprini era grave y no mostró titubeo alguno.

—Bien. En cuanto a la segunda pregunta, y aunque esto sea un programa de televisión y no una corte de justicia, quiero que me confirme que el testimonio que nos va a ofrecer es sólo y exclusivamente la verdad.

—No le quepa la menor duda. —El hombre se permitió una ligera sonrisa—. Sí.

—Quiero que estos dos extremos queden muy claros —Rose se dirigió de nuevo a la cámara—, porque el testimonio que Mario Caprini va a presentar no sólo va a involucrar a personas muy conocidas de nuestra sociedad, sino que va a inculparle a él mismo. —Otra pausa mientras sus ojos verdes parecían taladrar la cámara—. Durante los próximos minutos el señor Caprini va a ofrecernos un pormenorizado informe, documentado con precisión, que va a inculpar criminalmente a toda una organización mafiosa y muy en concreto a su jefe, Cario Patrese.

Una vez más la periodista mantuvo unos instantes de silencio. Laura pudo comprobar que la mirada de Patrese estaba perdida en el vacío, en algún punto situado detrás del televisor. Los músculos de su mandíbula aparecían tensos y la boca formaba una línea apenas perceptible.

—El señor Caprini se ha comprometido conmigo a responder sin ambages a todas mis preguntas y a aportar pruebas que ratifiquen sus declaraciones. Esas pruebas pasarán, una vez finalizado el programa, a disposición judicial en la persona del agente de la DEA que hoy nos acompaña.

En el salón de Laura no se oía ni un murmullo. Las miradas de todos iban, con disimulo, de la pantalla a la hierática figura de Cario Patrese. Su mujer

seguía sentada en el sofá junto a la del alcalde. Era de mediana edad y más bien gruesa, aunque sus facciones aún hablaban de lo atractiva que debió de haber sido en su juventud. Por un momento, Laura creyó descubrir en la mirada que dirigió a su marido un destello de triunfo, de callada revancha tras muchos años de sumisión.

—Uno de los documentos aportados por el señor Caprini —continuó Rose Karlson— podrán verlo hacia la mitad de nuestro programa, en el espacio que habitualmente dedicamos a la proyección del reportaje relacionado con el tema que estemos tratando. —Su rostro ocupaba ahora toda la pantalla—. En este caso se trata también de un documento audiovisual, en el que podrán ver y oír al señor Patrese, al señor Caprini y a una tercera persona cerrando un negocio lucrativo para todos ellos. En él verán como Cario Patrese obtiene garantías de inmunidad policial para sus manejos con la droga. Escucharán como a cambio ofrece una muy importante suma de dinero. Y finalmente asistirán al comentario que, al terminar la reunión, Patrese le dirige a esa tercera persona mientras le estrecha la mano. Se lo voy a adelantar de manera textual.

Aquí la periodista se tomó un momento para consultar de nuevo sus papeles. Luego, con expresión seria, miró a la cámara. Los ojos no parpadearon.

—Me estás saliendo muy caro, pero valdrá la pena si este dinero garantiza tu reelección. Nos interesa a todos... alcalde.

Rose Karlson dejó caer la última palabra casi en un susurro, pero algo en la manera de decirla hizo que sonara como un aldabonazo. En el salón de Laura el silencio era absoluto cuando la periodista continuó:

—Sí, han oído bien... alcalde. Porque esa tercera persona que estaba confabulando para que la droga circulara libremente por nuestra ciudad... por nuestra nación, para que llegara a la sangre y al cerebro de nuestros jóvenes, es el varias veces electo alcalde de la ciudad de Nueva York, Kenneth Harwood Merrill.

Laura y Martin se habían quedado solos. En el cerebro de ella aún se agolpaban las imágenes de los últimos minutos. Había sido todo demasiado

rápido, demasiado intenso, y comprendía que tendría que pasar tiempo antes de poder revivirlo sin apresuramiento, de poder... saborearlo. Había apagado el televisor. El programa continuaba y Rose Karlson seguía interrogando a Mario Caprini, pero ahora ella necesitaba un poco de sosiego. Ya tendría ocasión de ver las imágenes más adelante.

Miró a Martin. El hombre parecía tan inmutable como siempre. Con su vaso recién servido en la mano dirigió a Laura una media sonrisa.

—¿Viste al alcalde? —preguntó—. Cuando tu amiga la periodista dijo su nombre empezó a boquear como un pez fuera del agua. —El recuerdo hizo que un amago de risa surgiera de su garganta.

Laura asintió mientras se sentaba a su lado. De momento sólo conservaba imágenes sueltas en la memoria. Eran como una sucesión de fotos fijas.

Recordó a Kenneth Merrill, próximo a la apoplejía, y también a Cario Patrese, inmóvil desde hacía varios minutos y con la vista fija en el vacío, mirando sin ver.

Recordó la entrada de Peter, el mayordomo, acercándose a ella discretamente para decirle que había llegado a la casa la policía acompañada por agentes federales. «Que pasen», fue su respuesta.

Recordó —ésta sí con todo detalle— la detención de Cario Patrese y de Kenneth Merrill; cómo les leían sus derechos y cómo salían esposados...

Recordó el llanto histérico de la mujer del alcalde y la mirada irónica de la mujer del don.

Y recordó, en fin, al congresista Stewart tratando de pasar desapercibido, fundiéndose con la oscuridad de uno de los rincones del salón.

—Sí, querido. He visto al alcalde. Y he visto a Cario Patrese. Creí que nunca llegaría el día, pero ha llegado al fin.

Martin Jagger tomó su mano y la apretó suavemente.

—Esta chica... Rose Karlson. Menudo éxito. No hay quien le quite el Pulitzer.

—Lo tendrá merecido. Bien sabe Dios que ha trabajado para alcanzarlo. Además era un poco su obsesión. Más de una vez me ha hablado de cuánto le gustaría conseguirlo.

Los dos se mantuvieron unos momentos en silencio mientras Martin Jagger sacaba un cigarro del bolsillo interior de la chaqueta y lo encendía con

parsimonia.

—Y Mario Caprini... —el don pareció hablar consigo mismo—, la verdad es que no me sorprende demasiado. Carlo lo trataba muy mal, como si fuera un empleado de segunda en lugar de su hombre de confianza. Nos debe servir a todos de lección. —Volvió la cabeza hacia ella—. El verdadero peligro, Laura, lo tenemos dentro, en nuestras propias organizaciones. Basta con echar una mirada a la historia para comprobarlo.

—De cualquier forma, Mario Caprini ha demostrado un gran valor, Martin. Por mucho que, después del juicio, el Gobierno se ocupe de darle un nuevo aspecto y una nueva identidad y hasta de hacerlo desaparecer, hay que estar muy desesperado para actuar como lo ha hecho.

—Sí. Y haber recibido mucho dinero por ello. —El hombre la miró con intención.

—Supongo. —Laura sonrió.

—Pero esa cantidad de dinero no puede haber salido de la productora de televisión. No pueden justificarla, ni tampoco les resultaría rentable aun con el éxito conseguido.

Laura se limitó a escuchar.

—Tampoco parece pensable que tu amiga Rose lo haya puesto de su bolsillo. No creo que lo tenga tan grande ni que un premio Pulitzer valga tanto.

—No sé qué decirte; imagino que hay gente que mataría por conseguirlo.

—Quizá. Pero matar puede resultar muy barato. Y esto... No creo que Caprini se haya vendido por menos de... ¿ocho millones de dólares? —Nuevamente sus ojos interrogaron a Laura.

—No sé... Me parece poco. Además a los hombres os gustan los números redondos. Yo diría que diez.

Martin Jagger asintió en silencio.

—¿Sabes, Laura? Carlo y el alcalde se van a preguntar muy pronto quién está detrás de Mario Caprini. Se darán cuenta enseguida de que Rose Karlson es sólo la beneficiaria.

—¿Y?

—Pues que son dos personas muy peligrosas. Sobre todo Patrese.

—¿Y tú qué harías?



—Si tuviese la certeza de que iban a sospechar de mí, les mandarí­a un mensaje por adelantado.

—¿Y qué les dirías?

—Que si a mí o a alguien de los míos nos pasara algo que pudiese, aunque remotamente, ser achacable a cualquiera de ellos, había dejado ya órdenes tajantes para que al día siguiente ambos se reunieran conmigo... en el infierno.

Laura tomó las manos del hombre entre las suyas.

—Mmm... No parece mala solución. Sólo le veo un fallo; y es que al infierno irían los dos solos, Martin, porque tú estarías en el cielo.

El don se encogió de hombros mientras sonreía.

—Sabes, Martin... de repente me siento muy cansada.

—Y muy feliz, supongo.

—Sí... bueno. Más que feliz te diría que un poco eufórica. Imagino que algo parecido debe de sentir un corredor al llegar a la meta.

—¿Y a partir de mañana?

—Vivir, Martin, vivir. ¿Te parece poco?

Fin

*A Almudena*

Una fría noche de 1968, en un suburbio de Brooklyn, el joven John Di Mato es asesinado a sangre fría por la policía en el transcurso de una redada. Su hermana Laura —acusada injustamente de cómplice y encerrada un año en la penitenciaría para mujeres del Estado de Nueva York— jurará vengarse de todas las personas implicadas en el asesinato. Casada con Pietro Valenti, jefe de una de las principales familias de la ciudad, Laura se irá introduciendo poco a poco en los múltiples negocios de su marido —que abarcan desde la prostitución hasta los casinos— y acabará haciéndose con el control de todos ellos después de que Pietro muera en un ajuste de cuentas. Laura no está dispuesta a olvidar ni a perdonar a los culpables de la muerte de su hermano... ni tampoco a los responsables del crimen de su marido, y por ello emprenderá una lenta, metódica y cuidada venganza que implicará a algunos de los hombres más influyentes de Nueva York... empezando por su alcalde.

Un *thriller* apasionante que describe cómo funcionaban las familias mafiosas en Nueva York en los años 70-80 y cómo una mujer logró ser aceptada para liderar una de ellas.